

Selecta

Esencia de Luna

PAMELA MEDINA



Esencia de luna

Mariángeles Pamela Medina

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la lengua española siempre está disponible para consultas.

A mis padres, a quienes les debo todo lo que soy.

A mis hijos, mis grandes maestros.

A mis hermanos, por coincidir conmigo en esta vida.

*A mi compañero de ruta, quien supo ver lo que habita en mí antes que yo
misma.*

Prólogo

Memorias de infancia - El legado

El cabello caoba trenzado de Francisca caía hacia un costado. «Trenza tu tristeza, mi niña... nuestro cabello es una red tan fuerte que es capaz de atraparlo todo», le decía su madre. Y Francisca así lo hacía. Cada vez que la angustia, los malos pensamientos o la melancolía se adueñaban de su espíritu, pasaba horas trenzándose el cabello, sentada a la sombra que el tilo floreciente le brindaba. La trenza atrapaba las tristezas y el dolor quedaba en la madeja, sin alcanzar el resto de su cuerpo. Cantaba mientras el sabor amargo fluía entre los canales que la luna estampaba en su imagen de mujer. Cuando el viento norte soplaba con fuerza, desenredaba sus cabellos con dedos apurados y soltaba al aire lo que la angustiaba. Las ausencias continuaban, los huesos seguían doliendo, sin embargo, el cabello se preparaba una vez más para volver a sujetarlo todo. Lo que soltaba al aire se iba con él sin haber alcanzado su cuerpo; la trenza le quitaba el poder para cuando era liberado.

Largas décadas después —y ya convertida en doña Pancha—, Francisca seguía inmovilizando sus cabellos, entonces canos. Sus puntas rozaban la cadera, que los años impregnados de vida habían redondeado. Se movía con parsimonia en la precaria habitación. Sentada en la única silla decente de la morada, hojeaba un gran libro de recetas. Por momentos se detenía, tomaba

algunas notas con lápiz de carbonilla, hacía hablar a los márgenes y asentía, mientras observaba los dibujos de pasteles acuarelas. La obra era tan rica en su encuadernación como viva en los papeles sueltos que se desperdigaban entre la misma. Los esbozos a mano alzada con tinta china eran nítidas imágenes de la realidad. Amarillentos documentos del compendio ancestral recogían cada especie. El legado de los *hênîa-kâmîare*(1] continuaba vivo en esas páginas añejadas por el paso del tiempo.

A su derecha, un niño moreno de ojos vivaces y cabello oscuro machacaba lavanda en un mortero de hueso. El aroma que se desprendía, en cada movimiento forzado, inundaba la sala. Sentado en una rústica banqueta apoyaba su pequeña espalda en la pared asentada en barro y blanqueada con cal. El ceño fruncido y el rictus de los labios atestiguaban el esfuerzo y la concentración inocente en la tarea ordenada. El pequeño la observaba en la labranza, tan concentrada, tan sabia. Admiraba a la mujer rolliza que vivía en completa armonía con el universo. Su energía ya no coincidía con su espíritu que nunca flaqueaba manteniéndose altivo. Ambos trabajaban en silencio, a excepción de las preguntas o los pedidos propios de la labor. La luz de las velas encendidas al pie de la imagen de la Virgen de Luján, acompañaba el pequeño farol a querosene que les permitía trabajar, a pesar de lo entrado de la noche. Era la hora propicia, cuando la luna brillaba en el cielo, para cumplir con la tarea. Los grillos, en la intemperie, cantaban acompasados con los que se encontraban dentro de la humildad del rancho. Doña Pancha se levantaba cada tanto. Pesada, lenta, abría las puertitas del aparador antiguo — único mueble de valor—, regalo de un remoto patrón. Retiraba algún frasco, leía su etiqueta, movía la tapa y lo apoyaba en la mesa. Olía con la mirada perdida, como si fuera a encontrar más allá, la vigencia del producto. Tomaba con sus manos un líquido o una cajita con pétalos de rosas y volvía a sentarse en la silla. Le echaba una mirada al niño, le sonreía con ternura y observaba la evolución de la faena. Los olores comenzaban a fundirse cuando el mechero se encendía. Escoger la fórmula, los elementos y las especies eran el primer paso

del ritual. Cumplido, continuaba la cocción. Vetiver, alcanfor, rosas, tilo eran parte de las mezclas cotidianas. Vibraba la energía aromática de modo natural, como si se entremezclaran solas y bailaran en la atmósfera casera al compás de una música silenciosa. Las esencias, los jabones, los ungüentos y los emplastes eran algunas satisfacciones elaboradas en la industria improvisada. Improvisada en lo rudimentario, mas no en fórmulas que fueron recogidas, estudiadas y mejoradas a lo largo de ocho siglos. Ocho siglos de magia. Ocho siglos de alquimia.

En el estante superior del mueble, se concentraban las mezclas que necesitaban suspensión y que —gracias a la prolijidad de doña Pancha— especificaban las fechas de factura y los cambios de luna que debían pasar para que el compuesto se encontrara a punto de continuar con el próximo paso. Cada recipiente contaba con una etiqueta que detallaba los ingredientes de las fusiones. Ella sabía para qué potaje, emulsión o aleación la utilizaría luego. La elaboración no conllevaba fines económicos. Sin embargo, muchos lugareños se acercaban a comprar los efectos que doña Pancha y su nieto producían con fórmulas secretas antiquísimas. Las familias pudientes enviaban a sus sirvientes a adquirir los productos naturales que ostentaban sello de milagrosos. Cada producto era entregado con las indicaciones, horarios o frecuencia de su utilización. El beneficio de la anciana era el sentirse útil, sabiendo que lo heredado aún mantenía vigencia a pesar de la existencia de los productos industrializados, para quienes no habían podido desarraigarse lo natural, lo genuino. La *Pachamama*^[2] continuaba generosa, esparciendo su savia transformadora desde el principio de los días, en conformidad con el mandato aborigen. Nada hubiera podido ser sin su bendita esencia.

Quizás, y solo quizás, el espíritu de los *hênîa-kâmîare* permanecía vivo en la alquimia practicada por los últimos descendientes de la etnia, que inmortalizaban el legado.

PRIMERA PARTE

*Por una mirada un mundo,
por una sonrisa un cielo, por un beso...,
yo no sé qué te diera por un beso.*

Gustavo Adolfo Bécquer

I

Aires serranos

Capilla del Monte, abril de 1931

Un relámpago más vivo que los anteriores y, casi al mismo tiempo, el estampido de un trueno arrancaron un débil grito a la tímida doncella que, por un movimiento involuntario cubrió sus ojos con ambas manos.

Elisa cerró con delicadeza el libro que descansaba en su falda y apoyó las manos sobre la tapa oscura, cubriendo el título. *Sab* en color plata, ajado por el tiempo. Acomodó su espalda cansada en la butaca negra del Packard y miró el cielo por la ventanilla. Sus ojos y su espíritu apreciaron que el mal clima, al que se refería en la lectura, distaba mucho de aquella tarde cordobesa y lo agradeció en silencio. El sol, en su hora dorada, pincelaba de naranja los arbustos y las rocas. La tierra se volvía tostada, y el verde de la vegetación, casi inexistente por la sequía del verano, también adquiría tintes cobrizos. El recorrido de los cerros le producía un letargo igual o mayor que el movimiento del barco, sin embargo, la ansiedad no le permitía dormir, a pesar del cansancio. Las horas pasaban lentas, con la melancolía habitual de los largos viajes y, en ese recorrido de espacio y tiempo, España quedaba cada vez más lejos. El tiempo condensaba pensamientos, hilvanaba decisiones, traía recuerdos a su memoria herida; y el espacio eternizaba los años vividos en el

Viejo Continente. Miró de reojo a su hermana mayor y vio en su rostro los inevitables signos del cansancio. «Debo verme como Amanda», pensó, y se frotó sus ojos almendrados, queriendo escapar de la realidad. Observó el perfil de su madre, quien viajaba en el asiento del acompañante. A pesar del agotamiento, Catalina conservaba impecable el maquillaje. Las secuelas del viaje se encontraban debajo de la gruesa capa de polvo que utilizaba para cubrir sus años. Pero había algo más. Su actitud estoica, su inmutabilidad constante, su incommovible postura ante la vida hacían de ella una mujer invariable. A veces fría, a veces fuerte. Otras veces indiferente. Todas aristas de su personalidad inquebrantable. Elisa volvió la vista a su padre. La tristeza y el desconcierto se filtraban en los ojos abatidos de Rafael. Las arrugas del rostro se veían acentuadas por la delgadez repentina y la preocupación vertiginosa. Sintió pena por el hombre que le había dado la vida. Su alegría se había quedado en España. Algunas veces, en los días previos al viaje, su angustia mudaba a enojo. El rictus se endurecía y se encerraba horas en su despacho para dirimir los asuntos que le quitaban el sueño. Quizás en uno de esos aislamientos resolvió este viaje decisivo, luego de semanas, días y horas de pensar otra solución, en busca de otra salida. La contundencia de lo determinante eran la lejanía del desarraigo y un pasaje solo de ida, sin fecha de retorno. La incertidumbre del cambio hacía mella en el espíritu familiar de los Silva Bazán.

El despojarse de su casa, de sus muebles, de sus prendas; el abandono de sus pequeños lujos fue un desnudo obligatorio que les provocó una enorme congoja. Sin embargo, en el primer contacto con el continente sureño tuvieron la cabal consciencia de que el despojo más costoso no había sido ese, sino el de sus planes, el de sus sueños e intenciones futuras. El camino de sierras, sinuoso y desconocido, era el fiel reflejo de lo que en adelante les esperaba; el laberinto que los desafiaba era imposible de desentrañar. No existían garantías de que la decisión tomada fuera la correcta.

Elisa volvió a mirar a cada uno de los ocupantes del vehículo y deseó en su

corazón que las mediterráneas tierras argentinas los acogieran en sus brazos. Llevó su mano al pecho rozó apenas, con la yema de sus dedos, el crucifijo de oro que portaba.

—Si no me equivoco, estamos llegando —dijo Rafael, alargando un suspiro aliviado. Catalina le devolvió una sonrisa gastada al comentario.

Las interminables horas de ruta los condujeron a Villa Firma, una estancia ubicada al pie del imponente Cerro Uritorco, en un diminuto pero pujante pueblo cordobés.

El arco de la entrada, construido en material y revestido de tejas españolas, se asemejaba mucho a los de algunas estancias o clubes de campo de España, y un cosquilleo de emoción se acunó en sus pechos. Por un instante, sintieron la comfortable cercanía de estar en casa. Guiados por el sendero que surcaba el bosque de olivos oriundos de su tierra natal, atravesaron un segundo arco que les daba la bienvenida con los brazos abiertos en bifurcado camino plagado de curvas. El ruido del motor se volvía estruendoso en el tranquilo ocaso que dejaba oír los últimos sonidos de la tarde.

Un pequeño grupo de personas los esperaba luego del tercer arco al que llegaron casi a paso de hombre. Los portones de hierro de las tres entradas se hallaban abiertos, símbolo de la recepción. Al pie de la escalinata, aguardaban su llegada el conde Odilo Estévez y su señora, Firma Mayor de Estévez, a la cual el nombre de la estancia hacía honor. Dos señoras de edad completaban el grupo: Rosa, el ama de llaves, y Sara, la cocinera.

El diseño arquitectónico respondía a la organización feudal en la cual los predios eran divididos en tres: el bosque de olivos, donde se encontraban las pequeñas construcciones de los siervos o vasallos; la zona de las caballerizas y las usinas de recursos o despensas; y la casa mayor o principal. Villa Firma se afincaba en una propiedad de dieciséis hectáreas. Cada una de ellas, guardaba celosamente un pasado místico, supraterrrenal, donde levitaban memorias aborígenes. Una sutil energía arropaba el encanto ancestral, donde los acordes de aquellas intensas melodías persistían en el aire.

El aroma puro del alcanfor invadió las fosas nasales de Elisa, con la primera bocanada de aire fresco, cuando descendió del vehículo. Cerró los ojos para sentir la fragancia en profundidad y, en ese instante, conectó con la magia del lugar.

El caluroso abrazo de los dueños de casa resumió la bienvenida. La tensión contenida en el viaje, por la incertidumbre de lo que pasaría, se manifestaba en sus rostros extenuados. Era la primera vez que se veían, sin embargo, los encargos y recomendaciones del rey Alfonso XIII acomodaban a Rafael Silva y a Catalina Bazán en el entorno más íntimo de la corona. Desde el mismo momento en que el rey se sintió acechado y preparado a perder su reinado, el conde Odilo Estévez —con quien sostenía una amistad— le había ofrecido su maravillosa estancia en Argentina, el rincón más austral del planeta. Lo intentó persuadir con los detalles y el estilo Mudéjar que inundaba todo el lugar para provocar en el rey la amigable sensación de sentirse como en su casa. Largas horas en el teléfono y tupidas cartas de correo postal, desplegaban cada uno de los centímetros de las mayólicas en todos los rincones, las fuentes de agua con exquisitas terminaciones y los veinticuatro jarrones ibéricos pintados a mano. Villa Firma desprendía un estilo español único en toda la región. Pero el rey finalmente eligió un lugar más cercano para su exilio —París— desde el que podía rondar más de cerca su país. Agradecido, el rey le envió a Odilo Estévez una extensísima carta —exhibida por él, con orgullo, a sus más distinguidos huéspedes— en la que le pedía que, en su lugar, recibiera al matrimonio Silva Bazán tras invocar fidelidad absoluta y estimación, producto de la amistad que conservarían hasta el fin de los días.

Finalizadas las presentaciones, subieron la escalinata sin dejar de observar y admirar la construcción que se erigía ante sus ojos. Resultaba imponente en ese marco espléndido albergado entre las sierras. Cada detalle escondía una razón de ser y estar en la armonía del entorno. Alejado del mundo real, un halo de misterio resguardaba lo visible y lo oculto.

En la cima de los once escalones de piedra, la galería abierta y sus tres

arcadas frontales —decoradas con lajas de piedra, soportadas por dos columnas cuadradas de gran volumen— enmarcaban los laterales, y dos columnas de menor grosor y circulares en el centro alimentaban el arco central.

Dentro de la galería, las aberturas de madera tallada —de una sola pieza—, con cerraduras de hierro forjado sin soldaduras, se imponían protegiendo lo que en su interior guardaban. Al abrirlas, los ojos de los visitantes se sorprendieron en la maravillosa calidez de la sala.

El horario de la cena había transcurrido y, como el conde y la condesa no podían precisar el horario de llegada de sus invitados, habían tomado su porción. Sin embargo, ofrecieron a los recién llegados la comida que conservaban a temperatura ideal, gracias a la buena predisposición de Sara, la cocinera. Agradeciendo el gesto, manifestaron que les urgía higienizarse y descansar luego de tan largo viaje, por lo que fueron ubicados en cada habitación preparada para la ocasión: el matrimonio ocuparía la principal en el sector de huéspedes, y las chicas, la secundaria; cada una de las habitaciones contaba con una *toilette en suite*. Los detalles lujosos y europeos estaban presentes en todos los rincones.

«Una nueva vida comienza», pensó Elisa, sin imaginar lo que el eco de su pensamiento presagiaba.

—Este lugar es una belleza —expresó mientras dibujaba con su dedo índice las vetas del mármol de la cómoda. Levantó una pequeña porcelana con forma de ostra y abrió su tapita para ver qué había dentro: pétalos secos de una flor roja. Levantó uno ante los ojos distantes de su hermana, que se encontraba dominada por un evidente disgusto.

—Deja eso, puedes romperlo —contestó Amanda ante las sandeces que hacía su hermana. Elisa se encogió de hombros y sonrió con inocencia. Ya conocía a su hermana y algunas veces era tomada por un mal humor excesivo.

Luego de una higiene rápida y con la promesa de ordenar al día siguiente las pocas pertenencias que habían traído, se aprestaron con sendos camisones a

ocupar una cama cada una. Amanda, por ser la mayor —y la más pretenciosa—, optó primera por la cama de su gusto. Afortunadamente para Elisa, era la más alejada de la ventana. Se llevaban solo dos años de diferencia, por lo que compartieron cada etapa de sus vidas. Sin embargo, eran muy distintas, tal es así que, salvo contadas excepciones, nunca pretendían lo mismo. Por lo único que, a consciencia, competían era por el amor de sus padres. Ellos eran igual con ambas. Rafael vivía para sus hijas y, si bien al principio pretendía un hijo varón, en aquel entonces estaba agradecido por lo que sus niñas —como él las llamaba— le devolvían en cariño sincero. Por su parte, Catalina marcaba una distancia con sus hijas, que ambas notaban y habían aprendido a aceptar, creyendo que eso era educarlas y prepararlas para la vida.

En el dormitorio principal de huéspedes, el aire era rancio; se tornaba cada vez más pesado, y el matrimonio Silva discutía las posibilidades a media voz. Rafael intentaba tranquilizar a Catalina que —luego de tantos días a bordo del Mauretania y el viaje por tierra— tenía agotadas las extremidades y el alma. No sabía con certeza qué estaba ocurriendo en los sectores más cercanos a la realeza, pero podía presentir que era de gravedad, y a juzgar por el comportamiento de su marido confirmaba su sospecha: Rafael ocultaba algo. Por aquellos días anteriores a la partida precoz, lo había notado irritado, ensimismado en un sinfín de pensamientos que no compartía con su familia y que, sin lugar a dudas, ya planeaba el exilio como única salida posible.

—¡Cálmate, por favor, mujer!, ya estamos en un lugar seguro —le dirigió a cortos pasos, tomándola de las manos. El temor de Rafael era que las chicas los oyesen susurrar—. Trata de descansar, yo sé que para ti no será fácil, pero intenta hacerlo por las niñas, que se preocuparán si nos escuchan.

—Intento hacerlo, querido, pero necesito comprender la situación. Yo sé que existen secretos que te llevarás a la tumba, pero exijo saber qué nos depara el destino —replicó Catalina, a los fines de agotar los últimos recursos con los que contaba, aun sabiendo que su compañero no soltaría palabra alguna.

—Está bien, está bien. Recuéstate. Intenta dormir decentemente, luego de

tantas penurias. Mañana veremos qué sucede —expresó sabiendo que, al día siguiente, la consciencia le seguiría pesando. Los miles de kilómetros que los separaban del Viejo Continente no borraban la culpa ni el reproche.

Las elegantes sábanas olían a lavanda con el esmero de quien se ocupaba de esos detalles. Arropados y confortados, la tensión en sus músculos fue desapareciendo y el cansancio les ganó de lleno, lo que los dejó profundamente dormidos.

II

Sonidos de agua

—**E**lisa, Amanda, ¿ya están listas? —se escuchó detrás de la puerta. Rafael golpeó con suavidad la madera oscura con sus nudillos.

—Sí, papá. Ya estamos listas. —Las chicas abrieron la puerta y salieron de la habitación para acompañar a sus padres y a los condes en el desayuno. Rafael las miró con cariño y, dándole un beso de buenos días a cada una, bajaron al comedor por la escalera.

Los aromas propios del desayuno, entremezclados en una cálida atmósfera temprana, terminó de recomponer los ánimos y convertir el tedio del viaje en un recuerdo. Odilo y Firma los esperaban con una sonrisa acogedora en sus rostros mañaneros, sentados en la gran mesa de madera oscura lustrada con patas torneadas. Rosa era la encargada de servir las cuatro comidas diarias, por lo que se presentó en el salón con una mesita a ruedas. Con mucho cuidado, mientras les deseaba los buenos días, Rosa apoyó en la mesa el gran óvalo de plata donde descansaban los alimentos preparados para consumir. El sabor del café con leche, el aroma del pan casero recién horneado, el color del jugo de frutas exprimido, y la variedad de dulces y mermeladas caseras invadieron de modo grato, el comedor.

—¿Cómo han descansado, Catalina? —se animó Firma, cuando todos se encontraban prestos a disfrutar las delicias del desayuno.

—Oh, señora condesa, desde ya muy agradecidos con su hospitalidad. La verdad es que, después de tantos días de viaje, hemos descansado maravillosamente. Gracias —le contestó, y le besó la mano, gesto que avergonzó a Firma.

—¡Catalina! ¡Faltaba más! Dejemos tanto protocolo a un lado... Llámame Firma y tutéame, como yo lo hago contigo. Compartiremos muchos días juntos, así que mejor que nos tratemos con confianza, ¿no les parece? Además ustedes son nuestros huéspedes, la intención es que su estadía sea inolvidable —contestó con alegría.

Firma preguntaba detalles y nimiedades de los viajes por tierra y por mar. Las penurias iban quedando atrás, poco a poco. Los pormenores comenzaban a causarles risa al recordarlos. Sobre la mesa se tendían agradables conversaciones, se dirigían miradas tímidas y las sonrisas eran cumplidos educados en sintonía con lo agradable del momento.

En un rincón de la mesa, apartados de las damas, los señores conversaban con tranquilidad y planificaban el resto de la jornada. Sería ardua —por ser la primera—, pero los apremiaba resolver algunas cuestiones.

Restos del desayuno daban cuenta de las delicias preparadas en la cocina de la estancia. Deseosas de ver el sol, las damas salieron al patio trasero con la intención de recorrer los alrededores de la construcción. La condesa esperaba con ansia mostrar a sus invitadas la majestuosidad de sus dominios. Disfrutaba compartir con sus visitantes, la belleza del lugar. En la terraza —circundada por una galería que seguía la tendencia estilística de toda la vivienda— se asentaba un patio de alto, cubierto por decorativas baldosas que formaban vistosas figuras. Caminaban maravilladas por las galerías del patio con la enorme fascinación de ver las obras de artes que componían los pasajes del Quijote de la Mancha, pincelados a mano.

—Esto es exquisito, Firma —dijo Catalina, mientras Amanda y Elisa se detenían en otro mural para apreciar los detalles. Atravesaron el patio descubierto y sintieron el sol de mediados de abril, que se adueñaba del cielo.

La incipiente estación otoñal se hacía presente en la suavidad de la brisa cálida y en el amarillo de las hojas que aún no se despedían de sus ramas. Producto del justo equilibrio entre la creación humana y la divina, la madre naturaleza desplegaba todas sus virtudes y la mano del hombre supo aprovechar y resaltarla, al formar un escenario auténtico y digno de orgullo y presunción.

—Mis queridas, ¿bajamos al jardín? —Firma no solo convidaba con las palabras amorosas, sino que el brillo de sus ojos acompañaba el convite. Dos escaleras de once peldaños permitían el descenso o ascenso tanto por la derecha como por la izquierda. Luego de un descanso continuaba una serie de iguales características para unirse en una sola escalera ancha y central de siete escalones, dividida en dos tramos: el primero de cuatro y el segundo de tres, que desembocaba en el patio de abajo—. Quiero que vean la fuente.

—¡Por supuesto! —exclamaron a coro—. Debo felicitarte —habló Catalina—, cada detalle es extraordinario. Tu buen gusto y dedicación hacen de este lugar un paraíso. Qué orgullo para ti y tu marido contar con este lugar.

—Sí, la verdad es que estamos muy conformes con todo lo realizado, nos apena mucho tener que partir a Europa cada seis meses —contestó Firma, con una marcada angustia en el rostro. En ningún lugar era tan feliz como al pie del Cerro Macho—. Señoritas, y ustedes, ¿se encuentran a gusto en nuestra morada? —cambió de tema.

—Sí, muy a gusto, señora condesa. Ha sido muy amable en invitarnos a pasar una temporada en su estancia —respondió Elisa, a quien se unió su hermana mayor con exclamaciones y gestos—. Si es que usted quisiera responder, señora condesa —continuó—, ¿cómo es que pasan una temporada lejos de este lugar? ¿No viven aquí?

—Así están dadas las cosas para un empresario y comerciante como Odilo. No le queda opción que dedicarse de lleno a sus negocios y, como están distribuidos por toda España y aquí en Argentina, pasamos seis meses en cada continente. Además en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, tenemos

nuestra residencia *urbana*, por llamarlo de algún modo. La verdad es que en Córdoba pasamos nuestras vacaciones y cada vez que Odilo necesita venir por trabajo. Sé que ahora, un asunto puntual con la empresa que se encuentra en esta provincia lo retiene más de lo acostumbrado —y no quiso dar más detalles de la situación, que ya era por demás complicada—. Pero en Europa vive lo máspreciado, nuestra única hija Lili, quien espera su primer bebe, o sea, nuestro primer nieto, por lo que viajaremos en breve tiempo —dijo Firma con gran emoción y hasta con orgullo—. Vayamos a la fuente, vean los sapos que la rodean. Sus cabezas son de oro.

Las chicas maravilladas asintieron con una gran sonrisa y vítores animados. El agua que los sapos parecían escupir era producto de un moderno sistema de acequias, que no solo regaba el predio por completo, sino que también alimentaba las piscinas y las fuentes —que eran varias— para terminar su recorrido en un gran dique de forma triangular construido con materiales y rocas dispuestas en el lateral más extendido. Allí anidaban patos, peces, nutrias y alguna que otra tortuga, lo que formaba así algo similar a una reserva natural de dichas especies. A continuación de la fuente central, se hallaban canteros de flores que regalaban los últimos vestigios de color después de haber soportado un verano intenso. La mansión desplegaba una exquisita imagen en la fusión de la fuente cubierta de mosaicos verdes y amarillos — que continuaban multiplicándose hasta abarcar el largo de la casona— y las últimas flores que salpicaban el parque otoñal. Las dos hileras de pinos dispuestos en fila terminaban con el primer espectáculo y dejaban en el centro un antojadizo sendero colmado de piñas de todos los tamaños.

—¿Qué se encuentra más allá de las rejas, doña Firma? —se interesó Elisa, al descubrir que el predio finalizaba abruptamente y, a unos pocos metros, se elevaba el terreno en grandes rocas.

—Más allá del muro que sostiene las rejas, está el río Calabalumba. Provee el sistema de riego y alimenta los jardines, que siempre se encuentran en buen estado —y, procurándole la importancia que este tenía, agregó—: además, es

el dueño del sonido maravilloso que crea el agua cuando corre entre las piedras. —Las huéspedes prestaron la atención debida y sintieron la melodía que sus aguas deslizaban.

Curiosa y sin poder contenerse, Elisa se acercó al portón. Divisó un arroyo, con poco caudal. Corría limpio, cristalino. El lecho cubierto de piedras de diversos tamaños y colores se translucía en su superficie. La frescura que el agua emanaba y su delicioso sonido hipnotizaron sus sentidos. Un nuevo ruido, que al principio no atinó a conocer, se sumó a la armonía musical que dibujaba pentagramas en el aire. El chapoteo de unas patas golpeaba el agua. A causa de los árboles bajos y de los altos que esparcían sus copas arqueadas rozando apenas el arroyo, no podía ver qué había detrás. Elevó la pierna derecha hasta que su zapato descansó en la pared de unos treinta centímetros. Trepó sostenida por las formas que las rejas dibujaban y se asomó por encima para ver de dónde provenía el sonido. Haciéndose sombra con su mano derecha —ya que el agua reflejaba el brillo del sol y le daba justo en los ojos—, pudo por fin mirar. Alguien se acercaba, caminando por la orilla, mientras su caballo azabache se refrescaba en el arroyo. El sombrero de cuero colgado a su cuello y sus botas tejanas le imprimían un aire campestre. Su camisa apenas abrochada y su pantalón ajustado marcaban una figura espléndida, torneada y fornida.

Elisa no pudo dejar de mirarlo.

III

Miradas encontradas

El cielo se presentaba diáfano entre las cumbres de los cerros. Sin embargo, el celeste despejado no se ajustaba al fastidio que Pedro sentía. El mal humor recurrente de los últimos días pregonaba en su interior, y evitar la confusión tampoco era síntoma de alivio. Debía, mal que le pesara, ordenar su desconcierto. Traería consecuencias, lo sabía. Chasqueó los labios en signo de inquietud, al pensar en Nuria. Era una bella y acaudalada señora de Capilla del Monte, que vivía en la opulencia y la abundancia gracias al esfuerzo de su marido por cumplirle todos sus caprichos. Juan Carlos Priamo era un comerciante acomodado que había caído bajo el embrujo de una niña rica, nacida en uno de los mejores hogares cordobeses. Desde el inicio, tuvo a sus suegros de su lado, y fue el afán de ellos por ver convertida a su hija en una reina, que se encauzó ese conveniente matrimonio. La satisfacción de Nuria era solo material: llevar una vida libre de privaciones y cumplir cada una de sus pretensiones, le bastaba para conformarse. Ella no amaba a ese hombre, pero sabía con certeza que esa era la vida que siempre quiso, por lo menos hasta ese momento. Sin embargo, había encontrado en brazos de Pedro lo que nunca había sentido con Juan Carlos. El mayor inconveniente era que Pedro no sentía lo mismo. El muchacho era una embarcación libre que navegaba en ríos caudalosos sin timón. Su libertad era la bandera que flameaba en lo más alto

de su mástil y su ancla no sabía de costas serenas. A Nuria le bastaba con tocarlo, besarlo, olerlo, saberlo suyo aunque fuera por fugaces momentos que siempre finalizaban del mismo modo: regresando al hogar conyugal. Él, en cambio, la consideraba una más del montón de damas que no encontraban en sus maridos más que un sostén económico y se disputaban su compañía en la mayor hipocresía. Ellas lo utilizaban para cumplir sus fantasías más bajas y él se dejaba utilizar. Les hacía creer que las conquistaba cuando sabía que casadas, solteras, comprometidas y viudas caían a sus pies. Las imaginaba encontrarse en los eventos de la alta sociedad y confesarse en susurros, mientras los caballeros hablaban de grandezas, cuál había sido víctima de sus encantos.

Pero esos días notó que Nuria se estaba empeinando con verlo más seguido. Ese era su límite. Nadie debía enamorarse: ni Pedro de Nuria, ni ella de él. «Dios», masculló entre dientes, frotándose el rostro con ambas manos.

Cerca del mediodía, y a unas cuantas horas de haber amanecido, Pedro bajó del cerro con las cabras de Villa Firma, sumido en el enredo. Cabalgó sobre Gitano hasta llegar al arroyo y decidió darle un descanso al animal. Descendió de él para estirar sus piernas y pisar tierra firme. Comenzó su recorrido con retazos del fastidio, por la orilla que lindaba con la propiedad, para que los animales se refrescaran un poco y regresar a las caballerizas para retomar los trabajos de rutina en el rancho. El amor que le profesaba a ese rincón del mundo lo fue tranquilizando. Reconocía cada centímetro del terreno, testigo de sus siestas, de sus amoríos, de sus tristezas. Su pensamiento, no obstante, no estaba allí. Camino a la casona, algo llamó su atención.

Cabellos de miel brillaban bajo el sol de abril. Caían gráciles sobre los hombros de la joven. El rostro angelical resaltaba sobre el color durazno de su blusa. Trepada a las rejas del muro de la estancia, lo escudriñaba con asombro.

—Regresemos a la casa, queridas, así descansan un poco hasta que nos llamen a almorzar. Pero antes les mostraré el lateral derecho de la mansión; la cancha de tenis y la de croquet son la envidia del lugar —las condujo Firma, divertida.

—¡Y nosotros que pensábamos que veníamos a un mundo incivilizado! —Rio Catalina, en la acidez de su comentario.

—Por la tarde le pediré al encargado de la caballeriza que prepare algunos caballos, si desean recorrer la zona —invitó la anfitriona.

—¡Ay, sí, Firma!, con Elisa adoramos los caballos —respondió Amanda, y Elisa no supo si su hermana lo dijo en serio o también observó el espectáculo. Aquel caballo de la orilla, junto a su dueño, rozaba lo irreal, lo onírico, y se confundía con el paisaje.

Al entrar a la casa, se toparon con los hombres que se aprestaban para realizar unas diligencias por el pueblo, antes que las dependencias cerraran sus puertas al mediodía. No se demorarían más de lo correspondiente y regresarían para la hora del almuerzo. El conde y la condesa se despidieron con un beso en los labios, lo que causó en el matrimonio europeo cierta sorpresa, pues era un gesto fuera de lo común.

Esa noche Nuria sospechó que a su amante algo lo mantenía distanciado. Pedro era reservado y, sobre todo, difícil de adivinar. Después del placer que compartían, jamás conversaban de las posibilidades de llevar una vida juntos ni de enfrentar el mundo, ya que no existía tal amor por el cual luchar. Pedro no creía capaz a Nuria de dejar su vida holgada, su posición de dama extravagante y sus comodidades por una vida errante, de restricciones y necesidades. Sin embargo, Nuria tenía otros planes.

—Estas más raro que de costumbre, Pedro —tentó Nuria.

—¡Te parece, mujer! —intentó disimular—. Es solo el cansancio que me

tiene un poco callado.

—No sé por qué, pero aseguraría que me mientes. Lo que no sabes es que las mujeres tenemos un sexto sentido y sabemos cuándo huele a mentira. En este momento, no sé qué pasa, pero sí sé que hay algo más que cansancio que te quita el habla —sostuvo, mientras la audacia de sus dedos dibujaba una línea en el bajo vientre masculino, alrededor del ombligo.

Pedro farfulló por lo bajo y, aunque no quisiese reconocerlo, tenía que admitir que, la mujer que se encontraba tendida a su lado, tenía razón. Desestimando las ideas de Nuria, dio media vuelta y le dio la espalda. Ella lo abrazó por detrás y, mientras le acariciaba el antebrazo fibroso, Pedro recordaba la dulzura de los ojos de la joven del arroyo. «¿Quién era y qué hacía en Villa Firma?», meditó en silencio, sin respuesta.

Elisa, recostada en la habitación —con una lamparita encendida para no molestar a su hermana— y lejos de conciliar el sueño, intentaba leer un libro de poemas. Estilo literario que disfrutaba y que se había asegurado de empacar entre los escasos bultos que traían consigo. Aquella noche de luna, que continuaba con la misma calidez del día, fue testigo de la nula atención que le prestaba a su texto. Sin poder hallar la concentración, saltaba de un pensamiento a otro. Repasaba los días a bordo del Mauritania, recontaba las horas de viaje en el Packard, perfeccionaba el discurso de sus padres cuando les comunicaron que debían viajar a un lugar lejano, rememoraba el llanto compartido con sus mejores amigas a la hora de despedirse. Pero inevitablemente —por más hojas de poesía que leyó esa noche para distraerse— su vista se perdía en el techo de la habitación recordando al hombre de aquella mañana: sus cabellos oscuros y su torso empapado se fundían con el negro pelaje de su brío caballo.

IV

Dulce espera

No bien el sol aparecía en el horizonte, Villa Firma cobraba vida. Las actividades en la casona no cesaban ni un instante. Al aumentar en cantidad los habitantes, los empleados fueron puestos a disposición de todos. Los días que sobrevinieron a la llegada intempestiva del matrimonio Silva Bazán se tornaron esenciales para la reorganización de la casa. Rosa y Sara pasaban muchas horas organizando las habitaciones, las salas generales, el comedor y hasta la galería, el aire otoñal se prestaba para el disfrute. Las comidas diarias, la ropa de todos, y el mantenimiento y la limpieza de la casona eran un arduo trabajo que implicaba casi todas las horas de luz, de cada día. Las varias habitaciones exigían una limpieza diaria, el polvillo proveniente del clima seco cordobés se adueñaba de ellas. Tal era la invasión del polvo que la vistosa madera oscura de los muebles estilo Luis XV parecía teñirse con un tono blanquecino. Los objetos, que enriquecían la decoración de toda la casa, también requerían de un tratamiento especial. Las pesadas cortinas, que sabían proteger el interior del calor acechante de verano, fueron reemplazadas por finos *voiles* que permitían la entrada de la luz del sol, pero su blancura evidenciaba también el roce con la tierra volátil y debían ser cambiadas cada semana. Lo mismo sucedía con las sábanas y las colchas de las camas, de todas las habitaciones. Las bañeras, las jofainas y palanganas de loza blanca

europea y las jarras de vidrio que contenían el agua en los dormitorios debían encontrarse preparadas siempre a disposición de quienes habitaban la mansión. Los pisos de madera de la planta superior debían ser encerados cada dos días, por orden de la condesa, al igual que los escalones de la escalera y los accesos. Los menús que componían los platos de todas las comidas diarias —incluyendo desayuno y merienda— se ajustaban a un riguroso plan que contenía las cantidades justas de todos los ingredientes que debían consumir y la variedad equilibrada de los alimentos. Y como nada escapaba a la mirada de Firma, enseguida notó que faltaría más personal. Fue entonces que sumó a la esposa de uno de los peones de las caballerizas para ocuparse con exclusividad del lavado y planchado, que significaban el trabajo esmerado de blanquear, secar, doblar y perfumar con lavanda cada una de las prendas que llegaba a sus manos. A Sara y a Rosa las aliviaba bastante, lo que permitía a la cocinera retornar a sus labores gastronómicas y el ama de llaves cuidar con pericia cada detalle.

Catalina y Rafael volvieron a encontrarse. Su matrimonio, con el desgaste propio por el paso del tiempo, sintió la agonía los últimos días vividos en España. Discusiones que nunca habían tenido, conversaciones de elevado tono de voz y encierros por horas en el despacho, situaciones que no tuvieron lugar en casi veinticinco años de convivencia fueron recurrentes experiencias en la transición de aventurarse a la suerte. En el rincón austral, sus diálogos comenzaban a perder tensión. No obstante, no se animaban a conversar sobre los verdaderos motivos del cambio de vida, y Rafael aún no se atrevía a confesar su verdad, aunque esta fuera una espina clavada en su pecho. Por su parte, Catalina no estaba segura de querer saber más, no quería perder la tranquilidad encontrada.

Amanda y Elisa se correspondían: conversaban de temas que no les habían interesado otrora, recordaban anécdotas graciosas de la escuela y de sus amigas, paseaban tomadas del brazo y disfrutaban del sol de la tarde. Entre las dos comenzaron a limar algunas asperezas que las separaban, y las diferencias

que antes las alejaba, en ese momento, las unía. Se aferraron una a la otra, como nunca. Quizás encontrarse en un lugar virgen de pasado para ellas, y solo la una para la otra, era lo que les faltaba para comenzar a valorarse, respetarse y aceptarse.

Cada minuto que pasaba en Villa Firma les prorrataba visos de buen ánimo, lo que les devolvía paz y tranquilidad. Se respiraba nueva vida. El matrimonio de los condes Odilo y Firma Estévez llenaba a la medida de momentos cómodos y agradables. Amables y buenos anfitriones, personas interesantes, con sentido común. Sus títulos nobiliarios no influían en la cotidianeidad de la villa, se mostraban simples y modernos. El enigmático conde era, además, una persona pragmática con un sentido de la realidad aprehendido en sus años jóvenes, época en la que se ganaba el pan con esfuerzo. Su veta empresarial también se debía a esa voluntad. La condesa escoltaba a su marido y lo resguardaba de las eventualidades, representando para él el hogar, la familia, lo íntimo y sobrecogedor. No tenían hijos biológicos, no habían podido. La vida a veces pegaba golpes duros, aunque regalaba esperanzas y nuevas oportunidades. Así fue como Lilian había llegado a sus vidas, hacía veintiún años. Corría el año 1910. Los condes Firma y Odilo hacía algunos años que estaban juntos, no demasiados que estaban casados. Ella era originaria de Rosario, provincia de Santa Fe. Y la cuna de Odilo: Ourense, en España. Era una pareja modernizada para la época. Los unía la cordialidad y el trato cariñoso, sin maltratos, como los que sufrían muchas mujeres de la época. Pero, a pesar de transitar casi a diario una «luna de miel» colmada de disfrute y la vida de a dos, les faltaba algo fundamental: necesitaban risas de niños, correteadas de piernitas apuradas, caras y manitos sucias, el llanto en desconsuelo y las consecuentes noches en vela que demandaba una familia. Las manos de Firma requerían acunar; su voz, cantar canciones de cuna, y sus ojos encontrarse en otros recién asomados al mundo. Las entrañas desgarraban gritos callados de ansias por verse convertida en madre. Fue por entonces que, luego de haber probado unos cuantos tratamientos para cumplir su ferviente

deseo, su hermana y el marido sufrieron un lamentable y fatal accidente de tránsito. La única hijita —Lilian, pequeña de dos años, morenita de ojos grandes— quedó desde entonces al cuidado de los condes Odilo y Firma. En un solo instante, la vida en negro y blanco cambiaba la historia desde la tragedia: perder a seres queridos y a la vez comenzar una familia. Al tiempo los condes lograron adoptarla como hija propia y la educaron con el amor y la devoción propios de los padres. A pesar del fatalismo que había marcado la primera infancia de Lilian, nada pudo con su templanza, su buen humor, su consideración por los demás. Gracias a quienes fueron sus padres adoptivos, que supieron darle el amor y la contención que ella necesitaba, en aquel entonces, vivía uno de sus mejores momentos convertida ya en mujer. Una vida se estaba gestando en la suya. El veintiséis de junio del año anterior había contraído matrimonio con el duque Alfonso Diez de Tejada, de la ciudad de Sevilla. Un diario del lugar y de la época, relataba lo siguiente:

BODA ARISTOCRÁTICA - Madrid 26, I madrugada.

La iglesia de San Jerónimo el Real. El mediodía de ayer. Mucho adorno; flores blancas, plantas, gran tapiz central. Sobre él marcha el cortejo de una boda. La novia, esbelta, bonita, morena, con los ojos grandes y la sonrisa dulce. Le van bien las galas nupciales: un vestido blanco, con mangas de tul, bordado en plata. Se llama Lilian Arijón y Mayor, y es sobrina de los señores Estévez Yañez, matrimonio de origen español, pero que reside en la Argentina. El señor Estévez Yañez, que es hombre de considerable fortuna, figura en Buenos Aires al frente de importantes negocios. El novio es un aristócrata de Sevilla: Alfonso Diez de Tejada, conde del Castillo de Tajo. Viste de chaqué. Como madrina figura la madre del novio, baronesa viuda de Sabosana, y como padrino el ya mencionado señor Estévez Yañez. La bendición nupcial. La plática. La misa de velaciones. Los novios, sus padrinos, los testigos firman el acta. Hay lluvia de enhorabuenas y relámpagos de magnesio... Mucha concurrencia y muy elegida. Gente de Madrid, personalidades que vinieron

exclusivamente de Sevilla para asistir a esta boda. Porque el idilio, que tiene continuación en un matrimonio, comenzó en Sevilla cuando se inauguraba la Exposición. Hotel Ritz. Tres salones acotados. En uno se toma el aperitivo, en otro juégase, en el tercero están las mesas del almuerzo, presidida por la gran mesa de los novios. Decoración de tapices en los tres salones. Baile después del almuerzo. Una señorita de Diez de Tejada, hermana del novio y sevillana —con ello está dicho su mejor elogio—, informa al que esto escribe. Los nuevos condes del Castillo de Tajo van primero a El Escorial. Empezarán después un largo viaje por el extranjero y para el otoño fijarán su residencia en Madrid.

Tres meses pasaron de la luna de miel, cuando Lili se enteró de su embarazo. Le envió una carta a sus padres en la que les contaba la buena nueva. La condesa Firma no cabía en sí. De solo imaginar que nacería un nieto, se sentía más dichosa que de costumbre. Lili esperaba su primogénito para agosto. Los futuros abuelos planeaban el viaje a Europa para esperar su llegada. Así, la venida de Catalina y Rafael a Villa Firma —junto a sus hijas— facilitaba los asuntos comerciales y hogareños de los condes, al menos por unos meses, mientras estuvieran ausentes. Firma confiaba en Catalina para la organización del hogar tanto que, una tarde en el patio, al tomarla del brazo para bajar las escaleras, le dijo en un susurro:

—En un par de semanas tendremos que regresar a España, así que ustedes serán como los dueños de esta casa, salvo que no se encuentren cómodos en las sierras y decidan mudarse a Rosario. No sé cómo se arreglarán nuestros maridos, pero si deciden permanecer aquí, quedarás al mando de todo, querida. Tienes mi absoluta confianza. Tú y tu marido vienen con las mejores recomendaciones. —Y le guiñó un ojo, mientras le presionaba con delicadeza y cariño la muñeca.

—Firma, querida —le habló emocionada Catalina—, no te imaginas lo halagada y agradecida que estoy con tus palabras.

Odilo, por su parte, comenzaba a interiorizar a Rafael para que este pudiera cargar con sus asuntos en Rosario y Córdoba. Lo relacionado a sus empresas y productos no representaría ningún escollo para Rafael Silva, sin embargo, debía mostrarle el ritmo y la cadencia del aspecto social.

—Querida, ¿qué te parece si organizas una cena? Para que nuestras amistades comiencen a relacionarse un poco...

—¡Sí, querido! ¡Sabes que adoro organizar festejos! Hacía unos días que venía pensando en algo para darles la bienvenida y que puedan disfrutar de la compañía de nuestras amistades —se alegró Firma, y agregó—: Sabes que nuestro nieto puede hacernos retrasar nuestra vuelta a Córdoba, ¡no queremos perdernos de nada en su crecimiento!

—Justamente, porque la conozco, señora condesa, es que pensé en usted para tan ardua tarea. El mundo es un mundo de relaciones y me gustaría que, al ser necesario, sepan quienes nos rodean —concluyó—. Y para que mis conocidos también puedan confiar en Rafael, mientras nosotros estamos tranquilos en Madrid, sin la premura por retornar a la Argentina.

—¡Gracias, querido mío! —Y, entre risas de festejo, tomó el rostro de su marido en sus manos apresuradas. Un beso ligero y espontáneo daba pie a los detalles de la fiesta.

V

Jazmines de luna

El crepúsculo en Villa Firma despertaba en Elisa un nuevo sentir. Era el momento del día en que se permitía abrigar pensamientos inesperados, donde abrazaba posibilidades desconocidas hasta ese momento. Emociones nacientes, sacudidas por estímulos renovados, se albergaban en su espíritu ingenuo, inexperto. Mientras el sol finalizaba su tarea diurna y se desencontraba con la luna, la belleza del lugar se realzaba. Los pinos proyectaban sombras más largas y la luz pretendía colarse entre los troncos. El color violáceo del cielo resaltaba el anaranjado del astro mayor, que rápidamente se escondía tras el cerro para darle lugar a la luna que comenzaba a imponerse. El brillo resplandeciente plateaba los claros a medida que la noche se cerraba de a poco. La joven extrañaba su casa en España —su entorno, los días tranquilos—, pero nunca imaginó sentirse tan a gusto en las sierras cordobesas, que comenzaban a hacerse entrañables. Se respiraba un aire mágico y obraba en ella. Una tardecita se animó a recorrer el lugar y el paseo la sorprendió entrando la noche. Detuvo su atención en una enredadera de jazmines. La luna los teñía con rayos platinados, y la intensidad del aroma la conmovió. Se acercó a observarla y aspirar de lleno su fragancia. Una presencia detrás de ella la sorprendió. No se atrevió a girar para enfrentarla. Con la respiración entrecortada, intentó disimular el miedo que, por el

momento, la paralizó.

—Buenas noches, señorita. No es mi intención asustarla. —Una voz grave y masculina hizo que un intenso escalofrío le recorriera la espalda. El timbre cascado le llegó al fondo de sus tímpanos. Sintiendo la cercanía, esquivó la planta de flores y regresó corriendo a la casa en el mismo instante en que se reprochaba su conducta infantil por reaccionar de ese modo. No miró hacia atrás. No vio quién era. Pero algo le decía que esa voz era del jinete castaño que había visto en el arroyo hacía unos días. Seguramente no quiso asustarla, hubiera bastado con acercarse sin hablar o con sujetarla del brazo, si otra hubiese sido su intención. O incluso la hubiera alcanzado para que no se alejara. La voz manifestó que no quería asustarla, ¿qué querría, entonces? Ahora su sonido completaba la imagen muda que una y otra vez aparecía en su mente desde que lo vio aquella tarde en el arroyo. La mansión se dejó ver y el eco de aquella voz grave y rotunda perdió energía.

Buscó su compostura habitual para entrar en la casa y subió la escalinata a paso lento, recuperando el aliento de a poco. Sin embargo, se sintió perturbada hasta el final del día. Al traspasar el umbral de la casona, sintió voces conocidas que conversaban con alegría en la sala. Sabía que debía disimular, no existía alternativa de refugiarse en su habitación. La escala en el comedor era obligatoria.

—¡Elisa! —dijo su madre al avistarla en la puerta—. Pasa, pasa. Siéntate a la mesa.

—Estamos conversando, queridita —acotó Firma—, del festejo de bienvenida que estoy organizando en honor a ustedes.

—¡Al fin vamos a conocer la sociedad cordobesa! —se entusiasmó Amanda—. La verdad es que ya me estaba aburriendo de recorrer los campos. —Rio con picardía. Los demás las siguieron a la par.

—Vendrán personalidades cordobesas. Aquí nos movemos en un círculo estupendo, donde la gente nos respeta y considera. El pueblo argentino no ofrece reparos a la hora de recibir extranjeros —habló la dueña de casa.

—Firma, ¿podríamos encontrar alguna *boutique* con ropa adecuada para la ocasión? —se preocupó Catalina, luego de meditar que sus mejores prendas, sobre todo las de gala, aún se encontraban cruzando el océano.

—¡Oh, sí! Lo había olvidado. Tendremos que disponer de un día, que no puede pasar de esta semana, para que Odilo nos acerque hasta la capital a hacernos del atuendo —se entusiasmó Firma—. Yo podría prestarte a ti, Catalina, ¡pero las chicas parecerán disfrazadas! —remató, lo que provocó las risas en la sala.

Como si los hubieran llamado con el pensamiento, el conde Odilo y Rafael ingresaron por la puerta trasera con ropa de montar.

—Buenas noches, preciosuras —coqueteó el conde—. Permítame saludarla, su Alteza. —Tomó la mano de su esposa para besarla, lo que provocó risas divertidas en los demás, dedicándole Firma una mirada cargada de complicidad.

—¡Estábamos conversando sobre el evento, querido! —manifestó entusiasmada—. Nuestras homenajeadas se encuentran dichosas. Bueno... Amanda y Catalina —y las miró de soslayo—, porque Elisa aún no pronunció palabra.

—Es que a Elisa no le interesan esas cosas —se unió Amanda—. Usted no piense en ella, Firma. La terminaremos convenciendo.

—¡Oh, señora Firma! Por favor, no vaya a pensar usted que yo no estoy de acuerdo. Simplemente no me lo esperaba y, la verdad, es que no quise interrumpirlas —se justificó Elisa, que todavía sentía en sus oídos el timbre de aquella voz.

—La cuestión, mi querido —intervino Catalina hablándole a su marido—, es que nuestros atuendos de noche quedaron todos en España. Así que planeamos un viajecito hasta la capital cordobesa para ver vestidos adecuados para la ocasión. Siempre y cuando el conde nos oficie de chofer. —Sonrió en complicidad a Firma.

—Pero ¡vaya coincidencia! —se entusiasmó Odilo—. Con Rafael iremos

hasta Córdoba Capital pasado mañana. Es un viaje de negocios, pero la ocasión amerita que llevemos a nuestras damas.

—Gracias, querido. —Sonrió Firma—. Sabía que contábamos contigo.

—Tendremos que salir antes del amanecer para aprovechar el día por completo y regresar con luz solar —afirmó el conde—. Además, conociendo a las damas, estarán horas probándose vestidos, zapatos, collares y demás accesorios. —Rio.

—¡Ay, sí! Además, podemos recorrer lugares de la Capital, que son realmente estupendos —dijo Firma entusiasmada.

—Es cierto. Córdoba, pintoresca y cultural, es una ciudad inmejorable. La Manzana Jesuita, por ejemplo, es un patrimonio religioso que no pueden dejar de conocer —y comenzó una elocución sobre la misma que dejó a todos perplejos por el conocimiento que el conde Odilo poseía. Les habló de las misiones jesuitas españolas; sobre lo que la provincia representaba para los planes de la Compañía de Jesús, al ser un punto estratégico. Les contó quién había recibido el predio en carácter de donación de lo que hoy constituía aquel lugar histórico. Por ser Córdoba, un punto neurálgico para las conquistas —que eran materializadas por la Iglesia—, tenía construidos muchísimos templos, que mencionó Odilo. Les refirió además la catedral, las plazas y paseos con los que contaba la ciudad. Todos quedaron maravillados, mientras Firma admiraba a su marido en cada comentario.

El murmullo y las risas duraron hasta que Rosa ingresó a la sala para avisar que en pocos minutos estaría lista la cena. Los hombres decidieron higienizarse y cambiarse de ropa. Habían disfrutado de un paseo a caballo por las sierras y no se encontraban en condiciones de sentarse aún. La mesa grande de madera de roble recibía de a uno a los comensales.

Los cubiertos de plata y las copas de cristal —que siempre se encontraban llenas— hacían de la cena un momento lujoso y extravagante. El mantel —que los invitados veían por primera vez— era un regalo de los reyes de España. Bordado en hilos de plata, brillaba gracias a las lágrimas de la araña que

tintineaban suspendidas sobre la mesa. Las servilletas, haciendo juego, tenían dibujado con los mismos hilos en un ángulo «A XIII» para que los agasajados no olvidaran de quién provenía el obsequio. El posa plato —también de plata— era confección artesanal argentina. Los platos, dirigidos por las manos de la cocinera Sara, en coloridos manjares y aromas intensos, se fueron vaciando entre el brindis y el itinerario del viaje a la capital.

Esa noche Pedro daba vueltas para conciliar el sueño. Conocía de memoria el techo de su habitación, sin embargo, no podía mirar para otro lado. Acomodado en su catre, un poco acalorado, entrecerraba los ojos como quien busca algunas respuestas. ¿A qué estaría jugando el destino al traer a esta señorita tan bella a las sierras? ¿Sería su estadía definitiva? Saltó de la cama y, así como estaba —descalzo y solo con el pantalón puesto—, salió del rancho para tomar aire fresco. La luna seguía en el cielo, desplegando su brillo plateado. La pureza y blancura le recordó la piel de Elisa. Tersa y joven. Los pensamientos se hilvanaron y sin intención se encontró pensando en la planta de jazmines, tan immaculados como la luna, tan níveos como ella. Solo el aroma los diferenciaba, y tuvo una idea magnífica: prepararía una esencia de jazmines, para regalarle a la señorita, con las recetas de alquimia que su abuela le había legado. La llamaría *Esencia de luna*.

VI

Tiempos de cambio

La cena continuó en la misma algarabía en que el día había transcurrido. El café después de cenar era casi un rito, pero, esta vez, Odilo lo invitó a Rafael a tomarlo en el despacho, a pesar del cansancio.

—¿Brandy? —preguntó el conde, en señal de incorporarle al café un chorrito de esa bebida.

—Sí, claro.

Odilo Estévez era dueño de la firma Estévez y Cía., la cual producía —en mayor medida— la marca registrada Yerba 43. Cigarrillos y demás productos completaban la manufactura. Su vida laboral comenzó a la edad de catorce años cuando desembarcó en la localidad de Colón, Entre Ríos, por un llamado de su hermano. Comenzó trabajando en distintas actividades. Una de ellas, como peón de un molino de yerba. De inmediato la intuición le dictó que si aprendía tal actividad, podía desplegarse como empresario. Desde pequeño Odilo era muy observador y perseverante, y fue eso lo que marcó la diferencia en tiempos difíciles. En la época en la que estuvo como empleado en el molino, supo ver que la mayor cantidad de yerba que se consumía en el país era importada de Paraguay, y esa fue su piedra de toque para alcanzar la fortuna de la que disfrutaba. Es por esta razón que se afincó en la provincia de Santa Fe, precisamente en Rosario, y desde allí comenzó con tal actividad.

El conde Estévez planeaba grandes responsabilidades laborales para Rafael Silva por dos motivos: en resarcimiento del hospedaje brindado en la estancia Villa Firma y porque el recién llegado le gustaba. Su fidelidad, a pesar de no estar de acuerdo con la tarea encomendada, era una buena carta de presentación. De esta manera, podría tener alguien de confianza en su empresa y, quizás, desenmascarar a Crespo —su contador— de quien sospechaba. No era momento aún de contarle lo que venía presintiendo ni lo mucho que esto lo afectaba, ya habría tiempo de detallar las suspicacias y hechos fraudulentos que venían aconteciendo.

—Bien. Creo que está llegando la hora que te adelante un poco lo que mal me trae. Voy a hacerte absolutamente sincero. Mi mayor preocupación, hoy, radica en la traición de mi mano derecha. Fernández Crespo trabaja conmigo hace décadas, casi desde mis comienzos con la yerbatera. Era tanto el trajín que llevaba tener un contador fuera de la empresa que le propuse trabajar exclusivamente en mi firma. Tal fue así que transformamos una de las oficinas de la empresa en su oficina particular. Te imaginas... tantos años de trabajar juntos nos ha convertido en amigos. Y sospechar ahora de él, me causa dolor, desilusión... no sé. Me lo hubiera esperado de cualquiera, pero no de mi amigo. —El gesto del conde se endureció y una sombra cubrió su mirada.

—Entiendo, pues, tu pena. Dos hechos te afligen. Por un lado, querer descubrir los fraudes, si es que eso en verdad está sucediendo, y por otro, si lo descubres, sentir la traición de un amigo.

—Exacto.

—No me gustaría estar en tus zapatos, estimado...

—Es que no puedo más con esto. Una parte de mí exige una investigación y solución al problema, y a la otra le duele perder una amistad de años. Lógicamente no podrá seguir, aunque Crespo no sea culpable de nada. Si sabe que sospecho de él, no me lo perdonaría, y si yo descubro lo que sospecho, mucho menos.

—¿Tienes una certeza, por mínima que sea?

—Algo... datos que no me cierran... recursos que solo él podría utilizar...

—Entiendo.

—Bueno, algo ya adelantamos. Ahora cuéntame tú lo que verdaderamente te trajo hasta aquí...

Rafael le resumió a Odilo el motivo por el cual había decidido, junto con el rey depuesto, confinarse en el continente sudamericano. La secuencia de los hechos se tejía sobre una trama intrincada en la que Silva parecía ser el más comprometido. Se disponían a pensar cómo seguir el curso de su vida.

—¡Fíjate, hombre! —Odilo exclamó para disminuir la tensión evidenciada en el rostro de su interlocutor—. ¿Quién te dice que no encuentres, por estos pagos, tu realización como ser humano de bien...?

—Sí, Odilo, pero tuvimos que dejar toda nuestra vida, nuestra historia, nuestros afectos y actividades por un hecho que cae sobre mis espaldas —le confió Rafael, con la aflicción propia de quien toma una decisión sin saber si será la acertada.

—Piensa que no tuviste opción al aceptar el cometido —terció el conde, palmeándole el hombro—. Además, explícame ¿cómo hubiera sido tu vida y la de tu familia si no aceptabas el mandato del rey Alfonso? Por más amistad que me una a Su Majestad, sé muy bien cómo son estos asuntos y lo que implicaría una negativa. —Y levantó su ceja izquierda, en gesto cómplice.

Ambos bebieron el último sorbo de café. El conde lo invitó a Rafael, señalándole la puerta del despacho al retirarse. Se saludaron, deseándose buen descanso y, antes de salir de la sala, Odilo apagó la luz de la lámpara, intentando dejar dentro sus preocupaciones hasta el día siguiente.

En su habitación, las hermanas hacían tiempo para apagar la luz.

—Elisa, este lugar tiene su encanto, ¿no? —sorprendió a su hermana.

—Desde que llegamos, me cautivó. ¿Tú podías apreciarlo, Amanda?

—Un poco... —y ante el gesto de reclamo de Elisa, continuó—: Lo sé, me comporté injusta contigo y con todos —se confesó Amanda—. No imaginé que me sentiría bien lejos de nuestra casa. Esa noche que papá y mamá nos contaron que debíamos irnos a un lugar desconocido, sentí que el mundo se derrumbaba a mi alrededor. Ese último tiempo antes de llegar aquí, reconozco que estuve intratable —dijo avergonzada.

Amanda no tenía malos sentimientos, solo fue absorbiendo conductas propias de la clase a la que pertenecía bajo la influencia de su madre. Con enseñanzas aristocráticas, no se le dio la opción de ser de otra forma. Se sentía cómoda departiendo en ambientes exclusivos y relacionándose solo con personas que tenían la misma condición económica y cultural que ellos. En Madrid, las muchachas disfrutaban de distintas actividades. Estudiaban *ballet*, inglés, piano y francés, sin contar con las intenciones de sus padres de casarlas con los mejores candidatos y asegurarles un porvenir acorde a su instrucción. Ambas habían sido educadas para continuar con el buen pasar, pero a Elisa eso no le preocupaba. Sin embargo, Villa Firma envolvía con su magia a quien ingresaba y en Amanda se estaba perfilando un cambio de actitud. Quizás su alma estaba hallando su lugar en el mundo.

—Me sorprende tu confesión, hermana. Aún desconocemos los motivos de papá para *huir* como lo hicimos, pero bienvenido sea si nos ayuda a fortalecernos como personas y familia —dijo Elisa.

Amanda sabía que su hermana hablaba con sinceridad y, en ese momento, fue ella la sorprendida con el discurso; encontró a la menor más sabia de lo que suponía. Ambas se acomodaron en sus confortables camas y meditaron en silencio hasta quedarse dormidas. El cielo cubierto de estrellas velaba sus sueños. Solo los ruidos propios del lugar se escapaban en la serenidad de la noche.

Al día siguiente amanecieron temprano con una sonrisa pintada en sus rostros. Luego del aseo matinal, bajaron a desayunar y entre las dos se evidenciaba otro brillo en sus miradas, lo que sorprendió gratamente a su

madre, quien toda la vida notó la diferencia que existía entre sus hijas. De Amanda le gustaba el porte altivo y la forma en que se dirigía en la sociedad. De Elisa —aunque sin reconocerlo— envidiaba lo auténtica y llena de virtudes que era.

A lo largo de la jornada, disfrutaron el sol y el paisaje, en el jardín de la villa, tratando de retener en sus cuerpos la calidez del clima, ya que serían los últimos días antes que empezara a sentirse el frío otoñal y los cubriera con su manto dorado, lo que alejaría al sol. Si bien el clima era aún agradable, ya se comenzaba a notar el descenso de la temperatura. Las tardes se acortaban y las noches se volvían más largas y frescas.

Sentadas frente a las rejas que daban al arroyo, planeaban las actividades del día siguiente. Firma les contaba que comprar en Córdoba no era lo mismo que hacerlo en Europa. Pero en algunas casas se encontraban vestidos importados que costaban más del doble que los nacionales. Aun así, les aseguró que no habría problemas con el dinero. Su idea era que las homenajeadas se vieran y las notaran hermosas, y realzar la belleza personal de cada una. En los días que venían compartiendo, había notado que las tres tenían buen gusto y que eran sobrias cuando debían serlo y que se distendían un poco más cuando la ocasión lo permitía. La condesa Firma, conocedora de las mejores marcas del mundo y amante del buen vestir, enseguida advirtió que sus invitadas eran de una elegancia exquisita, cada una en su estilo. Catalina era una mujer más o menos de su edad, pero se conservaba esbelta y realzaba sus formas con la ropa que usaba. Aún en el tradicionalismo propio de la madurez, conservaba las formas necesarias, no más. En más de una ocasión se atrevía a subir el largo de las faldas, y las chaquetas o camisas que utilizaba siempre las llevaba desprendidas en el último botón, salvo aquellas que tenían lazo incorporado. Se animaba además a añadirle un lindo pañuelo o *pashmina*, anudado al cuello. Los colores que mejor le sentaban eran azulados, grises y verdes. Los aprovechaba siempre en tonos claros y más de una vez se animaba a un conjunto blanco combinado con negro. Las chicas, por

su parte, en épocas cálidas se interesaban por los tonos pasteles, desde el crema, *champagne* o hueso, hasta el rosa. También el amarillo patito, el verde agua y los colores salmón, celeste y blanco eran sus elegidos. Cada una en su estilo, vestían también a la usanza europea, y engalanaban cada conjunto con accesorios finos y elegantes. Elisa prefería los tonos cálidos, pasteles, y Amanda los más fríos, dentro de los claros. Eran jóvenes para los colores oscuros y sus armoniosas figuras se lo permitían. Sus favoritos eran los zapatos de diseño que combinaban con pequeñas carteritas. Estaba decidido que se radicaría en Argentina, al menos por algún tiempo, por lo que contrataron un servicio de encomiendas, que se encargaba de traspasar las fronteras y acercar los baúles en transporte terrestre al lugar pretendido. Su antigua ama de llaves Alcira —quien residía en Europa— se encargó de empacar y despachar todo en forma planificada en el buque de carga. Fue la institutriz y niñera de Catalina en su infancia y los acompañó desde el comienzo del matrimonio. Con dolor y mucha fortaleza catalana, cubrió con lienzos blancos los muebles y enseres de la casa de la Calle de los Jardines, que constituía su hogar. Todo prolija y debidamente acomodado y resguardado del polvo que acarrearía el tiempo, se encontraría en esa casa a la espera de un incierto regreso. Acunaba así los recuerdos más intensos, testigo de todas las escenas familiares. Cada mueble que cubrió, cada adorno que limpió y guardó tenía grabado a fuego la memoria de los Silva Bazán. Los vestidos de las muchachas, sus sombreros, sus libros estaban llenos de risas sonoras. La dulce ama de llaves no resistía la tentación de aproximárselos a su pecho, olerlos, mirarlos con nostalgia antes de acomodarlos en los baúles. Cada cosa guardaba una historia y Alcira sonreía con el recuerdo. A pesar de sus años, todavía se sentía jovial. Sin embargo, las pocas lágrimas derramadas por la partida de la familia eran el reflejo de un profundo sentimiento.

No volvería a verlos.

VII

Buena madera

Rafael y Odilo se encontraban en el despacho repasando los detalles del día siguiente. En la ciudad de Córdoba, debían moverse con diligencia si pretendían resolver asuntos pendientes y comenzar con otros. Mientras las damas visitaran casas de moda, tendrían tiempo de dirigirse hasta la aduana y poner en orden la papeleta de arribo a la Argentina de la familia. Debían realizarlo en ese entonces, puesto que al momento del ingreso no registraron el lugar donde se alojarían en el transcurso de su estadía. Tampoco especificaron el tiempo que la misma duraría. Eran trámites sin complicación alguna. Ante el inminente regreso de los condes a Europa, querían —lo antes posible— regularizar la situación. Odilo depositaría sus negocios en manos de casi un desconocido y, por momentos, temía una traición. Que se encontrara asentado su nombre en los archivos de ingreso y egreso del país le daba más seguridad a la hora de delegar la dirección de su empresa a Rafael. Lo creía muy capaz de hacerse cargo de toda la actividad. Las charlas dieron cuenta de que era un hombre culto, preparado y con buen ojo para las relaciones. Al analizar algunos problemas administrativos, Rafael respondía como el conde esperaba. Luego del festejo que estaba pactado para el fin de semana siguiente, los condes atravesarían el océano en el buque Margarans 1930. Debían también retirar los pasajes que tenían comprados desde hacía unas semanas y que,

seguramente, ya se encontraban en la casilla postal del conde.

Entre otras cosas, Rafael conocería al contador Fernández Crespo, a quien controlaría para corroborar si estafaba o no al conde en sus negocios. Para eso necesitaba conocerlo en persona. Odilo los presentaría en ocasión de invitarlo a la fiesta. La debilitada confianza, visible con las sospechas de los últimos meses, estaba complicando el vínculo entre Odilo y Fernández Crespo. Le comentaría —casi al pasar— que Rafael sería el nuevo encargado de las gestiones y las finanzas en Villa Firma hasta su regreso de Europa. Crespo intuía que Odilo comenzaba a desconfiar de él. Convenía dejar para después el anuncio más importante: Rafael también estaría a cargo de Estévez y Cía.

En el sector de los ranchos, la actividad iniciaba temprano. Aun antes que el sol asomara sus primeros rayos, el movimiento de los empleados ya era agitado. Zorzales madrugadores, gallos tempraneros y algún que otro relincho recreaban los sonidos mañaneros de Villa Firma. Entre vaivenes de baldes de comida, granos para las aves y recipientes para ordeñar las vacas, se paseaban los peones y se saludaban con mates y risas.

Ya era la hora programada para salir. Los condes y la familia Silva Bazán debían acomodarse en el Mercedes Benz. Era el vehículo más amplio y confortable de Odilo: tenía siete asientos.

En el descenso de las escaleras, Elisa distinguió a Pedro entre los demás. Su cuerpo garbo resaltaba entre la peonada, que se movía en posturas encorvadas y a las corridas. Sus movimientos eran armoniosos sin dejar de ser prodigiosamente masculinos. Se notaba fuerza y seguridad en sus acciones. Su porte altivo y sus pasos seguros recreaban una estampa serrana y, a la distancia, Elisa suspiraba en silencio. Temiendo que él la notara embelesada, bajó su vista con timidez. No se atrevía a cruzar su mirada con la del muchacho.

Ante un gesto de la mano derecha del conde —en señal de llamado—, Pedro atravesó el arco que dividía el sector y se acercó a la callecita, hasta que llegó al automóvil que ya estaba en marcha. Con los ojos puestos en Elisa, recorrió la distancia a largos pasos. Solo desvió su mirada sugestiva cuando se encontró frente a frente con Odilo. Luego de un intercambio rápido de palabras y algunas directivas con respecto a los caballos, el conde se subió al Mercedes y emprendieron la marcha. Rafael ocupaba la butaca del acompañante y la primera conversación del viaje giró en torno al encargado de la estancia.

—Rafael, si existe persona en el mundo en la que puedes confiar ciegamente, es en el capataz de mi estancia —afirmó con certeza, Odilo.

Por un momento, Elisa sintió que su rostro dejaba notar sus pensamientos y que, por esa razón, el conde lo había mencionado. Al cabo de un rato, confirmó que no era así. No obstante, sus mejillas se ruborizaron.

—Me hablas del joven que se acercó recién, ¿verdad? —interrogó Silva.

—El mismo —y fue contundente—: Es el hombre en el que más confío mis asuntos de Villa Firma. Si bien no es instruido, es muy inteligente. Conoce más del mundo que muchos y es un experto en cuestiones de campo. Además, daría su vida por cualquier persona que estime o le interese. Es un muchacho valiente y leal. Jamás traicionaría a nadie. Es de la mejor madera —terció el conde.

—Gracias, Odilo, por tanta información. Cada detalle que puedas darme sobre tus asuntos personales y de negocios, además de ser datos interesantes, es un halago para mí. Eso demuestra que estoy ganándome tu confianza —aseguró Rafael. Y preguntó—. ¿Cómo es su nombre?

Ante la mención de la pregunta, Elisa se puso en alerta. Había escuchado el diálogo con mucha atención, sin embargo, su corazón esperaba ansioso el nombre del muchacho. Por fin dejaría el anonimato.

—Pedro Saldivia —contestó Odilo.

Aquel hombre de ojos azabaches que Elisa vio a la vera del arroyo con sus

prendas salpicadas de agua no solo era una estampa que cobraba magnificencia en el paisaje serrano, sino que también era una voz profunda y cascada. En ese instante, además, era un nombre. No era solo una representación muda y anónima de su añoranza. Pedro Saldivia. Se escuchó a sí misma pronunciarlo: «Pedro». Su propia voz interna le provocó un vuelco en el corazón. Era el nombre más varonil que sus oídos habían escuchado, y a aquel muchacho rústico, campestre, sencillo le sentaba de maravillas.

Sin dudas, olería a pino, a caballo, a alfalfa. Se lo notaba duro como una roca. Sus prendas eran de trabajo, dignas de un hombre que se ganaba el pan con orgullo. No hablaría idiomas ni sabría de reglas de protocolo y etiqueta, pero su atractivo radicaba en su encanto.

Su sonrisa seductora y arrogante, su actitud intensa y su voz gruesa hacían temblar el corazón de la joven española, cada vez que aparecía recortando las sierras.

VIII

Ciudad de Córdoba

El camino de las sierras asomó a la luz diurna mientras lo recorrían entre mates y conversaciones. Si bien no era su costumbre, al conde le gustaba saborear la infusión argentina de vez en cuando. Su producción de la yerba mate era buena y el sabor, uno de los mejores.

Llegaron a la capital antes de lo previsto, puesto que el viaje se desarrolló tranquilo. El conde Estévez propuso estacionar en *Romagnolo* y comenzar la jornada con el estómago lleno. La gran confitería era un clásico cordobés, ambientada con adornos de la mejor calidad y buen gusto. La clase alta de la sociedad mediterránea, los intelectuales, los políticos y profesionales acertaban en encontrarse en sitios como este.

Fueron atendidos enseguida. Les sirvieron un agradable y aromático desayuno. Degustaron excelentes alfajores y medialunas calentitas. Un placentero café cortado con leche era la infusión escogida. Entre risas y dudas, Firma planificaba el itinerario. Pensaba si sería mejor localizar los vestidos con anterioridad a los zapatos, o viceversa. Eso determinaría el recorrido. Odilo y Rafael, leían el periódico. Finalizada dichosamente la primera ingesta del día, decidieron separarse. Cada grupo iría por su lado. Las mujeres caminarían por el centro, en tanto que los caballeros recorrerían organismos públicos y oficinas. Luego de los compromisos, se reunirían a almorzar en una

parrilla frente a la plaza mayor. Pasearían y disfrutarían de la capital cordobesa.

El día era estupendo. El comienzo perceptible del otoño ya teñía hojas de naranjas y amarillos. La brisa matinal acariciaba sus rostros. Se sentían bien predispuestas y con ansias por conseguir los mejores vestidos.

Catalina fue la primera en encontrar en *Lady Rosé* —un local exclusivo de prendas de fiestas al mejor estilo europeo— un conjunto de falda y chaqueta de shantung negro. Sus terminaciones eran bordadas en *paiette* del mismo color que realzaban el equipo con un brillo fantástico. Lo completaba una flor de la misma tela en color rojo. Decidida con el atuendo, solo restaba combinar los demás accesorios —sobre y zapatos— en el mismo tono colorado.

Firma se probó una falda hasta el piso en color verde seco, confeccionado en gasa bordada con pequeñas piedrecitas. Un corsé de *crepé Georgette* en un tono más oscuro ceñía su cintura. Tenía el cabello castaño, cortado a la altura de los hombros. El vestido le sentaba muy bien y resaltaba sus atributos. Sabía destacar con distinción su belleza de mujer adulta. Elegante y fina en sus modales, el color le realzaba el verde de sus ojos. Amanda eligió un modelo exclusivo color rosa viejo, entalladísimo. El escote era pronunciado y su corte en la cintura tenía un pequeño lazo que hacía juego y terminaba en un broche con forma de flor. De tela importada similar al terciopelo, pero más suave. El vestido era magnífico y enaltecía las curvas de Amanda. Era tan alta como Elisa, pero más delgada. No contaba con las formas femeninas tan acentuadas, pero lucía una armonía estilizada en sus piernas largas y finas.

Indecisa, luego de observar los vestidos de las demás, Elisa escogió el suyo. Ante la insistencia de las mujeres, se probó el vestido más exquisito y refinado que encontraron en la *boutique*. El color manteca del tafetán de seda empalidecía ante los ojos vivaces, ambarinos e inquietos de quien lo luciría en la cena de bienvenida. Solo sus labios carnosos se entreabrían para sonreír con timidez ante el atuendo. De corte entallado a la cintura, resaltaba sus curvas armoniosas. Las mangas de tul, bordado en el mismo tono, dejaban la

piel tersa y clara de sus brazos a la vista de todos. El escote era espejo y en su borde tenía un pequeñísimo volado casi transparente, nimio; como una línea delgada dibujada en su piel. Si bien la pollera era hasta los tobillos, el tul caía en forma de cascada hasta el piso y finalizaba en pequeñas ondas. La tela marcaba sutilmente el contorno de sus muslos redondos, de luna llena. Sus pies de princesas asomaban por debajo del ruedo, delicada y primorosamente. Las líneas de su cuello se recortaban perfectas y las ondas, que su cabello de miel formaba, caían con gracia sobre sus hombros.

—¡Ese vestido es lo más bello que vi en mi vida, Elisa! —presumió con generosidad Firma—. Te sienta maravillosamente.

—¡Gracias, Firma! Los vestidos de este lugar son hermosos. Gracias por habernos traído aquí —respondió Elisa, mientras estudiaba su imagen en los espejos del gran salón.

—Sí, Firma, eso es cierto. Está a la altura de los mejores diseñadores de Europa —manifestó Catalina, gran conocedora y admiradora de los diseños de moda.

—Es que los dueños de *Lady Rosé* compran a los mismos proveedores de las mejores *boutiques* de París, Roma y Londres. Cada temporada se los envían por buque —respondió la condesa, y continuó—: Además, tienen muy buen gusto para la moda. Lo mismo que ustedes, señoritas. ¡Han elegido vestidos preciosos!

—Son modelos exclusivísimos, Firma. Los vestidos son únicos —agradeció Amanda con notado entusiasmo.

—¡Cuán gustosa me siento por ustedes, chicas! La verdad es que son mejor compañía que mi marido para las compras. —Río Firma divertida, y agregó—; ahora, vamos, vamos, no perdamos más tiempo. Mientras nos envuelven los atuendos que luego retiraremos con el coche, elijamos los accesorios y zapatos.

—Gracias por tus consejos y sugerencias, Firma —se mostró agradecida Catalina. Al alejarse de su hogar, creyeron que nada peor podía sucederles,

lejos de imaginar que en el fin del mundo también podían llevar una buena vida.

Salieron del local cerca del mediodía y caminaron jocosamente las dos veredas que debían hasta llegar a la zapatería más tradicional de Córdoba. Allí escogían sus calzados las mujeres y hombres de la alta sociedad. Al ingresar al local de la esquina, Firma se encontró con una amiga de Capilla del Monte. Aprovechando el saludo y la presentación de las damas españolas, la invitó a la fiesta de bienvenida. La presentación en sociedad del matrimonio Silva Bazán era el motivo. La señora —joven, fresca y de una belleza exquisita— saludó educadamente a la madre y a sus hijas y aceptó gustosa la invitación al evento, que prometía ser distintivo.

—Nuria, querida, estaremos esperándolos con expectación a ti y a Juan Carlos. Sabes que tu presencia distingue cualquier evento —la halagó la condesa.

—Querida, Firma, siempre tan atenta con nosotros. Por supuesto que ahí estaremos. Ya sabes lo que disfruto de tu hacienda —aseguró Nuria, imaginando un encuentro con Pedro, sin tener en cuenta el evento. El brillo en sus ojos delataba su ansiedad por verlo cada oportunidad que se presentaba. No sería esta la primera vez que, mientras su marido conversaba de política con los demás destacados de la noche, ella se escapara por la parte trasera y corriera entre las sombras para perderse en la ilusión de ese hombre que estaba cada vez más lejos.

Luego de saludar, Firma se dirigió al trío de mujeres. Refiriéndose a la joven que acababa de irse, les dijo:

—La señora Príamo es una dama de alcurnia. Vive en el barrio más céntrico de la ciudad. Ella y su marido son un matrimonio excelso.

—Es una mujer muy hermosa y parece agradable —manifestó Amanda, aún con cierta desconfianza, tras haber percibido algo de hipocresía.

—Sí, y una excelente compañía. Es un poco mayor que ustedes, niñas, pero pueden llegar a ser grandes amigas —concluyó Firma.

—¿Su matrimonio se celebró con alguien de por aquí? —preguntó Catalina.

—Sí. Juan Carlos Príamo es el hijo mayor de una familia muy adinerada y respetada de Córdoba. Ella es de Capilla del Monte y afincaron en ese lugar su hogar, a unas cuadras de la iglesia. Príamo tiene sus negocios en casi toda la provincia. Vivan donde vivan, él permanece fuera de la casa mucho tiempo. Y ella no quería cortar el vínculo diario que mantiene con sus padres y sus amistades.

—¿A qué se dedica Juan Carlos? —indagó Amanda, mientras aguardaban a que las atendieran.

—A la compra y venta de bienes raíces. Sobre todo, en las zonas más despobladas de Córdoba porque son los que tienen precios más bajos y es ahí donde puede hacer la diferencia —explicó Firma. Cuando la empleada más destacada del local reconoció a una de sus mejores clientas, se presentó rápido donde se encontraban las mujeres. Saludó primero a la condesa —a quien llenó de halagos— y luego de las presentaciones formales, siguieron los consejos de la persona con más conocimiento en el rubro, dentro del comercio. Muy amablemente, condujo a las damas al piso de arriba, donde se encontraban los calzados de fiesta. Sus modelos eran exclusivos, no encontrarían los mismos en otros pies. Conforme los colores de los vestidos, la empleada sugería los tonos de zapatos con los que combinarían cada uno. Luego de tomar nota sobre las preferencias y las tallas, se encargó de los bultos. Se probaron unos cuantos calzados. No pensaron que les llevaría más tiempo que los vestidos, pero así fue. Efectuadas satisfactoriamente las compras, las cuatro sonreían con agrado. Mucho brillo, apliques en piedras, costuras sobresalientes y tacones altos marcaban la tendencia de los modelos que llevaban.

Al salir de la zapatería, cruzaron en diagonal hacia la otra esquina. Allí se encontraba la joyería Tristán. En el local de joyas, todo brillaba. Anillos, pulseras, aros. Accesorios de oro y plata eran celosamente guardados en portentosas vitrinas. En el lugar escogieron broches, pendientes y gargantillas

para el evento. Las mujeres Silva Bazán revelaban un buen pasar económico. El dinero con el que contaban para gastar en estas lujosas compras era del que traían de Europa. Estaba claro que la cercanía a la corona era real y el estrato social al que pertenecían se delataba por el buen gusto.

A la hora acordada, las mujeres aguardaban a los caballeros en el lugar convenido. Al cabo de un rato de permanecer sentadas, bebiendo finos tragos para tornar la espera más amena, Elisa cayó en la cuenta de que en cada silencio prolongado su pensamiento divagaba hasta Pedro. Las horas pasaban y se avergonzaba más de haber actuado como una chiquilina cuando él se acercó la otra noche. Por más vueltas que le daba al asunto, caía siempre en la misma conclusión: era tonta y miedosa. Lo que más le corroía las neuronas era imaginarse qué habría pensado Pedro después de su huida rápida y fugaz, quien tan amablemente se había acercado. «¡Qué vergüenza!». Por suerte, su padre y el conde llegaron para almorzar y en el restaurante, entre comentarios sobre vestidos, calzados y accesorios, sintió menguada su acalorada huida. Empezaba a pensar que, en realidad, todo lo que la unía a ese extraño muchacho eran la cobardía y la vergüenza.

Tal y como fue prometido por el conde Estévez, luego del almuerzo, recorrieron centros históricos y culturales. Los religiosos —atiborrados de pasado— fueron los más elogiados. Sus pasillos y sectores de meditación invitaban al silencio y a la contemplación de las imágenes religiosas. Casualmente pudieron participar de la misa vespertina, y cayeron en la cuenta que desde el arribo a la Argentina no habían participado en una. Gozosos por la paz que el rezo les había provocado, emprendieron el regreso a las sierras.

IX

Palpitando un regreso

—**B**uen día, señora condesa. ¿Podría molestarla un ratito? Necesitaría hablar con usted. —Rosa se presentó en el comedor antes de servir el desayuno.

Los condes Firma y Odilo Estévez se encontraban en la punta de la mesa aguardando que el matrimonio Silva Bazán bajara a desayunar. El servicio en Villa Firma era tratado con respeto y hasta cierto cariño. Rosa era la empleada más antigua del lugar. Ella y Paco, su marido, quien realizaba las tareas de mantenimiento de los jardines, los pequeños trabajos de pintura, albañilería y resolvía los demás desperfectos que sobrevenían en la estancia. A veces auxiliaba a Pedro con algunas tareas, tanto como su cuerpo y su edad se lo permitía, solo podía realizar esfuerzos mínimos.

—Sí, Rosa, dime qué ocurre. —Se acercó Firma luego de cerrar la puerta del despacho al notar la preocupación de la doméstica.

—Mire, señora, no sé si corresponda pedirle un favor luego de todas las atenciones que usted tuvo para con nosotros, pero acabo de recibir una carta de mi hija. —Su preocupación de madre asomó en su mirada.

—¿Ocurre algo malo, Rosa? No me asustes mujer. ¡Habla de una vez! —le exigió Firma.

—Señora condesa, ocurre que mi niña se quedó sin trabajo y se encuentra

sola y agotada de buscar otro empleo. Ella estaba trabajando cama adentro y...

—Sí, Rosa. Lo recuerdo. —Firma se sentó en el sillón del dispensario donde se encontraban desde que Rosa le había solicitado la charla y, con gesto preocupado, agregó—: Y quieres pedirme que vuelva a la casa, ¿no es así?

Rosa bajó la vista al advertir que su patrona le adivinaba el pensamiento.

—Sí, señora —y se apresuró a agregar—, pero no en carácter de una huésped. Yo pensé que, ahora que usted y el conde regresan unos meses a España y en la casa quedan sus invitados, sería muy útil su ayuda. Sobre todo en las comidas diarias. Usted sabe, señora, que ese no es mi fuerte. Yo cocino para nosotros cuando ustedes no se encuentran en Córdoba. Pero me preocupa tener que atender a los españoles sin saber cocinar... —y al decir esto, terminó de exhalar el último vestigio de aire que le quedaba en los pulmones.

—Tienes razón, Rosa. No lo había tenido en cuenta aún. Con las ansias de viajar a España a ayudar a nuestra hija Lili en todos los preparativos para la llegada de mi nieto, y con todo esto de la fiesta de bienvenida, se me había pasado por completo —manifestó Firma—. Además, tu hija se ha especializado con los mejores maestros desde que se ha ido, según tengo entendido, ¿no es así? Sara no puede quedarse, ya que la cocinera de nuestra hija Lili también se encuentra en cinta y estaba dispuesta a dejar el trabajo. Es por eso que pensé en Sara para que viaje con nosotros y la reemplace. Incluso, si tu hija quiere quedarse a trabajar con nosotros, sería una buena alternativa para que Sara se quede allí un tiempo bajo las órdenes de Lili. Con todo esto del embarazo, necesitará más personal que de costumbre —afirmó pensativa la condesa.

—¡Señora! No sé cómo agradecerle el gesto que está teniendo con mi hija. Luego del desplante que les ha hecho, no tengo manera de pedirles disculpas. Muchas gracias, señora Estévez. ¡Dios se lo pague con salud para ese nietito suyo! —Se emocionó la empleada.

La condesa le respondió entre risas:

—Lo de tu hija, ya lo hemos olvidado, Rosa. Era una niña muy joven que quería explorar otros mundos, y eso no está mal. Mira lo que ha conseguido Odilo por tener esas mismas ideas —le habló amablemente.

—Tiene usted razón, señora, pero mi hija no tuvo la misma suerte, ¡y yo le dije eso! ¡Vaya si se lo dije! Abandonarlos así por probar suerte en Buenos Aires... —dijo Rosa con sarcasmo.

—Nunca vimos como un desplante que tu hija se mudara a la gran ciudad. Si le propusimos el trabajo en aquel momento, fue porque pensamos que tú no ibas a poder vivir sin ella —se compadeció de esta forma la condesa.

—Gracias, señora, nuevamente. —Rosa se sintió infinitamente en deuda con la condesa—. Luego de servir el desayuno le contaré a Paco y le escribiré a Clara que regrese cuanto antes. ¡Su padre estará feliz de volver a tenerla entre nosotros! —pronunció la criada, acomodándose el delantal que se le había corrido de la emoción.

Detrás del sillón del escritorio descansaba un cuadro con marco de plata. Una foto en sepia dibujaba un momento de absoluta dicha: la celebración de la boda de Lili. Sola en el despacho, Firma se acercó a él. Se la veía espléndida, envuelta en un aura angelical. Sus cabellos oscuros y los ojos grandes y morenos le recordaban la expresión de sorpresa de su querida hermana. Qué pena que no pudo compartir la felicidad con su hija. Sin embargo, con su amor y el de Odilo, Lili había crecido en un hogar.

Su hermana les había dejado un maravilloso milagro: una hija, además de una hermosa sobrina.

X

Roce cobrizo

El paisaje otoñal de la estancia era muy distinto al del verano que comenzaba a alejarse. Las ramas de los árboles se veían cubiertas de matices amarillos, naranjas y dorados. Algunos ya habían comenzado a despedir sus hojas y, con disimulo, intentaban acomodarse en alfombras de oro. Pocos árboles frutales se resistían a desprenderse del color de sus flores. Los arbustos y enredaderas ya no ventilaban fragancias envolventes. Apenas despojos de la estación estival no se hacían eco de su muerte necesaria. Elisa y Amanda paseaban en el escenario cobrizo de Villa Firma, conversando. Se acercaron a las caballerizas sin advertir que Pedro cepillaba a Cleopatra, una frisona de raza distinguida. Ambas rieron alegremente, lo que llamó la atención del capataz, quien no pudo dejar de asombrarse por la belleza de las señoritas que lucían sendos sombreros de paja. Sus pieles blancas se mostraban poco menos que bronceadas por haberse visto expuestas al acuciante sol veraniego. Elisa era capaz de detener los latidos de cualquier corazón. Era encantadora por donde se la mirase y Pedro solía pensarla desde aquel día en que la había visto trepada al cerco. Los rasgos eran sutiles, femeninos. Delicados y tiernos como los de una niña. Como si la inocencia luchara contra la sensualidad de mujer en su rostro angelical. Sus pómulos altos, rosados, llenos de encanto. Sus labios gruesos de corazón le recordaban

a Pedro el néctar de las flores: lo más íntimo y custodiado. El color de sus ojos, mezcla entre verde y miel, brillaban de manera refulgente en los jardines de Villa Firma. Del matrimonio Silva Bazán, Pedro solo había podido averiguar que disfrutaban de un alto rango de la sociedad española y que su cercanía al rey depuesto era lo que los había traído a tierras tan lejanas. Solo eso... y sus nombres. Él las veía sentadas en las piedras mirando los caballos, y notaba su timidez cada vez que las saludaba. Algo hacía que ella bajara la mirada sin toparse con la profundidad de sus ojos castaños. Quizás de vergüenza al recordar la noche en que la enredadera de jazmines atestiguó la huida. Pedro se ocupaba de las herraduras flojas de Cleopatra, mientras Gitano y Fuego descansaban bajo una tipa de grandes dimensiones, aprovechando el refugio que sus ramas inventaban recién pasado el mediodía. Todos eran pulcrísimos ejemplares y las chicas pasaban largos ratos observándolos pastar y trotar en el claro que se hallaba antes de las sierras.

Luego de meditar unos segundos, se convenció de acercarse y preguntarles si querían pasear a caballo. Al notar Elisa que Pedro se dirigía hacia ellas, comenzó a toser de los nervios. Amanda —al advertir lo que le sucedía a su hermana menor— la tomó del brazo y, con un ligero apretón, la contuvo. En pocos pasos, Pedro alcanzó a las hermanas. Se retiró el sombrero en gesto cordial y las saludó con una reverencia que ambas encontraron encantadora.

—Disculpen mi atrevimiento, señoritas, ¿desean dar una vuelta a caballo? —les habló mirándolas a los ojos—. ¡Perdón! No me presenté. Mi nombre es Pedro.

Elisa, perdida en su rostro de rasgos masculinos, su cuerpo esbelto y fuerte, bronceado por el sol, no contestó. Le costaba conciliar el sueño desde que lo vio en el arroyo. Y, en ese instante, se acercaba y ¡las invitaba a pasear!

Escuchó la voz de Amanda decirle que sí. Y vio a su hermana y a Pedro caminar hacia las caballerizas. Movida por la curiosidad, sin dar paso a su timidez, comenzó a caminar en dirección a su hermana que ya dialogaba con el capataz como si lo conociera de años; tampoco quería dejarla sola, se

justificó. Desde los pocos pasos que la separaba de ellos, pudo apreciar el ancho real de los hombros del joven. La camisa a cuadros, poco abrochada y fuera del pantalón, enmarcaba su espalda y resaltaba sus músculos perfectos.

Sobre el lateral izquierdo de las caballerizas, los caballos descansaban a la sombra. Dos peones jovencitos y comedidos vieron que Pedro se acercaba acompañado de las señoritas que estaban viviendo en Villa Firma y comenzaron a ensillar los caballos.

—Nosotras no sabemos montar a caballo —mencionó Amanda—. En Madrid íbamos al rancho de nuestro padre, pero siempre paseábamos con algún acompañante.

—Qué noticia interesante. —Sonrió Pedro—. Todo indicaría que van a tener que pasear conmigo.

—¿Y si yo voy con él? —dijo Amanda señalando a Roquecito, quien de solo observar que la española lo apuntaba delicadamente con su dedo, se incomodó.

—Si usted se anima... —atinó a decir Pedro, al notar la intención de Amanda.

—¡Sí, me animo! Lo he visto cabalgar y tiene un estilo seguro y confiado que me da tranquilidad —replicó la mayor de las hermanas.

—Y usted, señorita, ¿se anima a subirse a Gitano, conmigo? —interrogó a Elisa con tanto desparpajo que la enrojeció de vergüenza. Después del episodio en el que había salido corriendo aquella noche, intentó por todos los medios no dirigirle ni siquiera una mirada; aun cuando sentía que los ojos del capataz la perforaban. Ya había sido víctima de su mirada profunda en más de una ocasión. Las tardes en que se sentaban con Amanda a observar la hermosura del lugar, a leer bajo la sombra de los pinos, incluso cuando paseaban por los senderos de piedra entre las fuentes. No hubo una vez en que no rogara verlo, aunque llegado el momento no se animara a mirarlo.

—Creo que sí, sobre todo si usted me promete ser cuidadoso —y se arrepintió al instante de darle una respuesta que, a los oídos de cualquiera,

podría sonar sugestiva. —Seré tan cuidadoso con usted como no lo fui antes con nadie —sentenció Pedro, con voz grave, como en un susurro, mientras terminaba de ensillar a Gitano. Elisa recordaría su mirada por debajo del ala del sombrero el resto de su vida. Sus ojos irradiaban calidez y una chispa de sensualidad.

Luego de cruzar el arco con los caballos y buscar un lugar más descampado para comenzar el paseo, el joven peón ayudó a Amanda a subir al anca de Fuego, en actitud respetuosa, lo cual agradeció. Se estaba sacrificando por su hermana menor, con quien hablaría en un rato y no dejaría de insistirle hasta que le confesara la verdad: algo sentía por Pedro. No era para menos, era un hombre imponente, imposible no mirarlo. Amanda sabía que su hermana nunca se había enamorado ni había conocido nadie que le atrajera, por eso podía asegurar que en su corazón algo sucedía.

Pedro se acercó a Elisa —erguida y dura de los nervios— al costado de Gitano. Y, con un gesto de su mirada, como pidiendo autorización, la sostuvo de la cintura para elevarla hasta el anca del animal y sentarla de costado. El contacto con el cuerpo de la joven, por sobre el género del vestido, fue tan íntimo que hasta las fibras más recónditas de su cuerpo reaccionaron al roce. El perfume que despidió su piel con el movimiento de ascensión sobre el caballo embargaron a Pedro de una sensación exquisita. Elisa era encantadora, delicada y femenina. E inalcanzable. Esa mujercita barría, con su sola presencia, los recuerdos de un único amor frustrado. Su pequeña cintura fue el disparador de sus pensamientos efervescentes.

Paseaban tranquilos sobre Gitano, con un ritmo casi relajante y a su costado, unos pasos por delante, su hermana, ¡su hermana! y Roquecito. Sabía que Amanda se había dado cuenta de todo, de sus nervios, de su vergüenza, de lo que ese hombre estaba provocando en su interior. ¿Y a Amanda? ¿Qué le estaba sucediendo? Pasear con un peón de estancia. Si Catalina las hubiera visto...

El aire de las sierras tenía un atractivo especial, parecía que el viento reunía

los olores esparcidos en cada rincón del páramo y se los acercaba. Flores, árboles, arbustos, la tierra mojada por las vertientes, el arroyo, todo era un sinfín de fragancias entremezcladas con armonía. Las notas características del lugar eran la frescura y la pureza. Elisa se juzgó renovada. La alcanzaban los mismos bríos que sintió la primera vez que puso un pie fuera del auto al llegar a Villa Firma. No podía definir si era el paisaje, los olores, los sonidos, el sol en la piel, o la conjunción de todo eso. Comenzaban a iluminarse las sombras de sus miedos.

Amanda también se sentía distinta, era la respuesta a un cambio que no esperaba, pero en el dejarse llevar por las circunstancias pudo aceptar que sus padres se encontraban liberados de una carga pesada que desconocía; que se daban la oportunidad de maravillarse por la sencillez de las pequeñas cosas. Su familia siempre vivió en la abundancia y si bien no les faltaba nada en Villa Firma, comenzaban a descubrir que había otros pequeños actos que le llenaban el alma en profundidad y no de un modo tan banal como hasta la llegada a Córdoba.

—¿Se siente bien, señorita? —preguntó Pedro, asombrado por el mutismo que los unía, mientras miraba cómo Roquecito arrancaba carcajadas a Amanda con sus ocurrencias.

—Eh, sí, me siento muy bien, señor —respondió como salida de un trance.

—Por favor, señorita, puede llamarme Pedro. —La sorprendió.

—Como usted quiera, Pedro —se animó Elisa, tímidamente. Trató de imaginarse cuántas veces lo había pronunciado en silencio.

—Eso que ve usted por allá es el pico más alto del Cerro Uritorco. Es un lugar encantado. La luna cuando asoma por ese lado tiene otro brillo —aseguró el jinete—. ¿Ha tenido posibilidad de notarlo alguna vez?

Elisa no supo qué contestar. Ella adoraba la luna y, en más de una ocasión, asomaba su cabeza por la ventana para asegurarse de que su brillo plateado reinara en el cielo.

—¿Recuerda la noche que sin querer le provoqué un gran susto que la obligó

a correr hasta la casa? —preguntó Pedro, con voz entre pícara y risueña.

Elisa bajó la vista y agradeció que Pedro no pudiese verla en ese momento en el que sentía que las mejillas se le ruborizaban.

—Sí, lo recuerdo, pues —aceptó.

—Lo supuse. —Sonrió triunfante—. Esa noche, en que la luna brillaba espléndida, usted opacó su belleza —afirmó desafiante, con voz profunda y sentida.

El corazón de Elisa se soltó a galopar rápidamente y una mezcla de timidez y emoción le corrió por el torrente sanguíneo. Un estremecimiento desconocido se alojó en su pecho.

—Eso que ve allá lejos es la piedra más enorme de los cerros y desde ahí la visión es única. ¿Le gustaría acompañarme alguna vez? —con criterio acertado, Pedro cambió rotundamente el tema de conversación.

—Sí, me gustaría subir, pero ¿se puede a caballo? —preguntó Elisa, tratando de disimular su turbación.

—Sí, es posible subir a caballo, pero es hermoso subir caminando también. Aunque más agotador, como usted comprenderá.

—Ya deberíamos volver, Pedro —advirtió Roquecito.

—Sí, amigo, tienes razón. Ya es momento de regresar a las *señoritas* a la casa grande. —Cada vez que Pedro las llamaba así, lo hacía con un acento cargado de solemnidad; como marcando una diferencia entre ellos y ellas.

—¿Se animan a una carrera? —Y espoleó entusiasmado a Gitano, mientras Elisa se apresuraba para aferrarse a su cuerpo, lo que evitaría una caída. En estos pequeños encuentros, Pedro había descubierto que se trataba de una muchacha frágil, como necesitada de protección. Y él se sentía dispuesto a cuidarla si ella le daba la oportunidad.

La cabalgata continuó tranquila entre los árboles añejos y las hojas crujientes del otoño. La tardecita apuraba el tranco de los caballos, mientras observaban el cielo teñido de rojo. Al llegar al rancho, los muchachos ayudaron a las señoritas a descender de los animales. Ambas se sentían

radiantes con el paseo y se les notaba. Miradas cómplices, sonrisas intensas. Pedro y Elisa comenzaban a dejarse llevar por el placer que les provocaba sentirse cerca. Cada uno descubría —a su manera— lo que despertaba en el otro. Pero debían atravesar un océano de prejuicios para estar juntos. Se encontraban, de algún modo, en orillas opuestas.

Ya en la casa grande, Amanda y Elisa disfrutaban de un baño de sales, caliente y reconfortante, antes de bajar a cenar. El cuarto de baño era un refugio tranquilo y acogedor que les permitía complicidad en la privacidad absoluta. Los muebles de ébano contrastaban con el mármol blanco de las mesadas. Las palanganas y jofainas de loza, pintadas a mano, eran utilizadas por las jóvenes en el lavado de sus largos cabellos. Las velas que encendían siempre (aunque contaban con luz eléctrica) eran parte del ritual que compartían. Las cortinas se ajustaban a la pomposidad de las demás que adornaban la casa.

—Dime la verdad —insistió Amanda, quien desde hacía un rato se empeñaba en que Elisa le contase qué pasaba con el capataz de las caballerizas, mientras cepillaba su cabello húmedo frente al espejo del tocador. Sus pies desnudos, elevados sobre la silla oscura, se movían con curiosidad.

—¡Basta, Amanda! Con ese muchacho, que apenas si conozco, no pasa nada —respondió Elisa con talante ofendido.

—Pues no te creo. —Levantó la ceja izquierda, en señal de haber ganado la batalla.

—¡Uf! —resopló la menor, al comprender que ningún argumento, por válido que sonase, convencería a su hermana de desechar esa idea.

—Está bien, está bien..., has ganado, Mandy. No entiendo cómo te has dado cuenta, pero lo has conseguido —confesó Elisa.

—No creas que me fue tan difícil...

—¿Tan notorio es? —preguntó Elisa, nerviosa y asombrada.

—¡No! Eres muy transparente. A pesar del tiempo que estuvimos

distanciadas, te conozco muy bien. Eres mi hermanita pequeña...

Emocionada por las palabras, Elisa se incorporó de la bañera y así, empapada como estaba, se echó sobre su cuello y la abrazó con mucha fuerza y deseos acumulados durante años. Amanda comenzó a comprender que la relación que las había unido hasta ese momento era fría y distante y que había sido por su entera responsabilidad, ya que Elisa era muy cálida y bondadosa y no almacenaba en su corazón ningún vestigio de maldad.

—Quiero pedirte perdón. —Tomó coraje la mayor—. Sé que no he sido la hermana que te hubiera gustado tener. Cuando éramos niñas, sentía que mamá y papá te querían más a ti y veía tus esfuerzos por agradarme. No he sido justa contigo, pero luego de compartir esta nueva realidad y verte aceptarlo con entereza desde el mismo momento en que nuestros padres nos lo comunicaron, me he dado cuenta de que los cuatro unidos sobrellevaríamos mejor la situación.

—¡Oh, no, Amanda! No digas que no has sido una buena hermana conmigo. Yo crecí admirando tus cualidades y siempre pensé que nuestras diferencias algún día nos unirían en vez de alejarnos. Tenemos distintas personalidades, pero siempre te adoré —atinó Elisa, con el corazón desbocado de emoción. Siempre sintió el rechazo de Amanda, pero creció albergando la esperanza de que su hermana modificara su actitud—. Me alegro tanto de poder compartir contigo mi vida, y de que podamos empezar a llevarnos bien.

—Sí. Al fin comprendí que mis celos hacia ti y la envidia, que en algún momento se alojaron en mi alma, no tienen razón de ser. En estos días en que la vida nos cambió, reflexioné sobre algunos defectos míos y comprendí que no eres responsable de ninguno de mis problemas pasados y que si no conseguimos unirnos, estando solas, nunca lo haremos —finalizó su discurso.

Se miraron con lágrimas en los ojos, pero ninguna cayó. No eran lágrimas de tristeza, sino de felicidad.

—Que todo esto no opaque los detalles de hoy. —Se incorporó resuelta Amanda del borde de la bañera y le alcanzó la bata afelpada—. Me parece

que tienes mucho por contarme, pequeña... ¿Cómo es que tomabas tan fuerte de la cintura a ese extraño capataz de estancia?, ¿hay algo que todavía no sé? ¿Acaso crees que serás liberada de contarme todo? —interrogaba, pícara, Amanda, mientras Elisa escondía su cara ruborizada en la solapa manteca. Las preguntas continuaron con tintes de reclamo hasta la hora de la cena—: ¿Crees que no me debes nada por cabalgar con Roquecito, que apenas lo conozco?... —Divertidas, conversaron un buen rato.

XI

Avances empresariales

El conde Odilo Estévez y Rafael Silva —luego de dar cierta regularidad a la situación en la Argentina— ya se encontraban en condiciones de avanzar en cuestiones de negocios. Odilo sabía que Rafael no tenía muchos conocimientos en cuanto a la elaboración de los productos que comercializaban, sin embargo, lo notaba capaz de aprender el fluido del comercio y, sobre todo, sabía que poseía buen ojo para tratar con la gente. Haber trabajado toda la vida para el ejército de España —en un escuadrón paralelo, donde se aglomeraban los que efectuaban el trabajo sucio— lo había transformado en un espía nato, un hombre en estado de alerta permanente. Esto era precisamente lo que le serviría para los negocios a los que estaba por embarcarse. Le ofrecería la administración de la empresa elaboradora de Yerba 43, de los cigarrillos de la misma marca y de la importación de algunos productos desde Europa, ya que en el país sureño aún no se fabricaban. La firma Estévez y Cía. era una de las más pujantes de la Argentina de los últimos años. La fabricación de sus yerbas lideraba el mercado de consumo interno y de exportación desde hacía ya una década. Hasta los primeros años del siglo XX, las grandes industrias yerbateras de Argentina aún no habían visto la luz, pues la yerba mate era explotada mayormente en los montes naturales de Brasil y Paraguay. Transportada por el río Paraná, la yerba ingresaba al país por el lado noroeste

argentino y llegaba así a Puerto Rosario. Odilo poseía amplias parcelas que se cubrían con plantaciones de yerba mate, por lo que no solo la industrializaba, sino que era el dueño de toda la cadena productiva desde el mismo comienzo de la materia prima. La esquina norte del litoral fue siempre una región inmejorable para el cultivo de la planta. El clima, que no permitía estaciones secas, propiciaba la humedad necesaria. Por su parte, el suelo colorado del nordeste del país —rico en minerales— permitía que creciera naturalmente la yerba mate bajo la frondosa selva misionera.

A pesar de la crisis que ahogaba a Misiones —producto de la negativa de los industriales yerbateros a comprar esa yerba, a quienes les convenía seguir importando—, Odilo no se desanimaba. Su mayor producción era exportada y, como no necesitaba comprar la materia prima, el costo de su elaboración no resultaba más costoso. Además, sus excelentes contactos europeos le permitían tomar algunas ventajas. Gracias a su tesón y perseverancia, su industria no solo no decaía, sino que, además, mejoraba en calidad y cantidad cada período. Uno de los objetivos primordiales de su cadena productiva —y de su vida como empresario— era el sostenimiento del trabajo de la peonada. Un viento frío no tumbaba sus principios y si era necesario, reacomodaba los puestos de trabajo para que ningún peón se quedara sin empleo. Desde la siembra hasta el empaquetado de la yerba, cientos de familias dependían de su estabilidad en el empleo para comer. La cosecha se realizaba durante el otoño, el invierno y principios de la primavera, período en el cual la planta presentaba la mayor cantidad de hojas maduras. Por esta razón, los cosecheros tenían su ingreso más sólido en estas estaciones. Sin embargo, en la época estival se encargaban de adelantar el proceso en la medida de sus posibilidades. El *sapecado* —primer paso en el proceso de eliminación de bacterias— era realizado en forma manual por los cosecheros. Ellos mismos pasaban las hojas cosechadas por las llamas del fuego. Generalmente este trabajo se realizaba en los establecimientos industriales, sin embargo, hacerlo de esta forma incrementaba el trabajo de los peones.

Para Odilo era fundamental garantizar la calidad. Por esta razón la mayoría de los insumos estaban certificados por una firma inglesa, que cada año les proveía grandes contenedores de almacenamiento y distribución para que el traslado en trenes fuera óptimo. Las hojas ya viajaban «secadas» en los hornos de barro y llegaban a la planta industrial de Rosario listas para su trituración. Además, las bolsas de arpillera, que contenían las hojas ya trituradas, eran confeccionadas por los mejores tejedores de Misiones. En las mismas, las hojas descansaban entre nueve y dieciocho meses en el establecimiento de Rosario, puesto que necesitaban hacerlo en un lugar de clima seco.

Sin embargo, no todo brillaba como correspondía —y como Firma quería— en las cuestiones de los trabajadores. Un tiempo atrás sucedieron algunos accidentes con niños que fueron contratados en las cosechas, y por ese motivo salieron en la tapa de los diarios regionales más importantes. Consistió en una muy mala maniobra del contador, quien desobedeció la directiva de Odilo que prohibía la contratación de menores. En aquel momento, Crespo le argumentó al conde que la diferencia de los costos entre trabajadores mayores de edad y menores era un abismo, y lo había resuelto conforme eso. A Odilo no le gustó, pero creyó que había sido un error sin intención. Luego de ese episodio, siguieron otros. En el último viaje a Misiones, Odilo decidió visitar las hectáreas sembradas previo a la cosecha la semana entrante. A caballo recorrió varios kilómetros hasta encontrar una zona extensa, ya cosechada, lo que provocó su confusión. Ante semejante sorpresa —ninguna cosecha podía realizarse sin su permiso, con los papeles correspondientes—, se acercó a un peón que estaba finalizando la recolección de hojas maduras, con ramas, antes de enviarlas al secadero. El hombre rondaba los cuarenta años, un experimentado en el oficio de los yerbales. Ante la pregunta de Odilo acerca de los motivos de la temprana cosecha, respondió:

«—Sí. Usted verá, nunca empezamos tan temprano. Pero el señor Crespo, que nos visita seguido, nos ordenó comenzar antes de ayer. Insistió en que nos apuráramos porque si no, serían descontados los días de trabajo.»

Odilo sintió un nudo en el estómago. No era función del contador visitar los campos y mucho menos dar órdenes. Saludó al peón y se volvió al galope a la estancia donde se hospedaba en Misiones. Antes de volver a Córdoba, reunió la peonada y dejó órdenes precisas de no rendir cuentas a nadie que no fuera él en persona. Varios días se sintió conmocionado luego del descubrimiento. Al regresar a la empresa, no pudo hablar con Crespo, tal desconcierto le causó la traición.

La tarea de Rafael no sería sencilla. Además de formar parte del cuerpo administrador, debía tener absoluta certeza de los movimientos del contador Crespo y conductor de la administración, de quien desconfiaba. Esa era en verdad su auténtica labor: cuidar la empresa de ese sinvergüenza que no podía hacerlo a un lado, ya que conocía todas las artimañas para que su accionar pasara desapercibido. Odilo —que había tratado durante toda su vida con gente de cualquier calaña— ya lo había descubierto. La idea era atraparlo con las manos en la masa, y para eso Rafael debía ser muy hábil: tendría que ganarse su confianza para ingresar en los negociados y engancharlo en el momento oportuno. Para semejante tarea «de espionaje» sería secundado por un sobrino —de afecto— del conde, que llegaría de Estados Unidos con el doctorado en Contabilidad y Derecho, expedido por la Universidad de Stanford, gracias a una beca que le habían otorgado en la Universidad de Córdoba dados sus excelentes promedios en ambas carreras. Julián Soler era un muchacho aplicado y prolijo. Su educación había estado siempre bajo los ojos controladores de su madre: Cristiana Soler, amiga de muchos años de Odilo. Por el bien de la empresa, debían desajustar los planes del contador Crespo, quien pretendía seguir tomando tajadas de los negocios del conde Estévez.

XII

Principio del fin

En el vaivén relajante de la mecedora, Nuria se apoltronaba debajo de la galería. En su casa solitaria —en compañía de un buen libro y una taza de té de hierbas—, pensaba. El libro se encontraba dormido en su regazo, mientras miraba la inmensidad de las sierras —que aparecían a unas pocas cuadras de su casa— y su mente le acercaba retazos de los momentos con Pedro. Sabía que se había enamorado más allá de sus planes y que no contaba aún con el suficiente valor para abandonarlo todo. Verse en el cuadro que adornaba la sala de estar le resultaba insoportable: aquella escena de la celebración de su matrimonio con Juan Carlos Príamo. Recrear una imagen con su marido o la posible cercanía a él le generaba una repugnancia que nacía desde lo más profundo. Si bien nunca lo amó, en su cuerpo y en su alma siempre hubo lugar para ambos; hasta entonces. Cada uno era dueño de una parte de ella. Mientras su marido le daba seguridad económica, posición social, tranquilidad y el trato de reina —a cambio de un encuentro quincenal—, Pedro la hacía vibrar por las noches en cada arriesgada visita a su rancho. Solo él conseguía sacar de ella lo más audaz y pasional que existía entumecido e inmóvil en su interior. Mas no era ilusa, solo conseguían mutuos placeres. Difícilmente el capataz de caballerizas se enamoraría algún día; y si eso sucedía, no sería de ella, quien solo era su amante de turno, aunque no quisiera asumirlo. Menos

aún pensar que podría enamorarse de otra y abandonarla después de haberla hecho suya tantas veces y de todas las formas posibles. Nunca se había negado a ningún pedido y no quedaba ni un solo trozo de su cuerpo sin explorar, pero eso no alcanzaba para enamorarlo. Por momentos se conformaba al pensar que lo mejor sería que su marido se enterase de su engaño y la echase a la calle. Si así fuera, Pedro no podría rechazarla. Al ser el causante de tal vergüenza pública, no se animaría a dejarla. Sus pensamientos —que vagaban hasta Villa Firma en cada descuido de su mente— se volvían incontrolables. Se estaba volviendo demasiado audaz, demasiado peligrosa. Quizás en verdad deseaba gritarle al mundo que ella amaba a otro hombre para dejar que después sucediera lo que debiera suceder. Atrapando el lápiz que se deslizaba por su falda, masculló en voz audible:

—Si se entera, mejor. —Y lo ubicó en la página señalada—. Me haría un favor —entrecerrando los ojos, observó el horizonte.

La noche apretaba el cielo, tal y como oprimía la rabia dentro suyo. Sumida en esa vorágine de pensamientos, divisó el coche de su marido doblar la esquina. Su mirada por encima de la taza —que contenía la infusión fría por el paso de los minutos— destilaba apatía. La sensación de rechazo hacia el hombre que, en aquel momento, le daba el carácter de señora y hacía que su vida continuase con lujosas extravagancias ya era notoria e insoportable. Pero debía disimular hasta conseguir que Pedro también reuniera el valor para elegir estar juntos. Podría convencerlo, ya se le ocurriría cómo.

En la casa grande, Elisa se acercó a la ventana, al haber creído oír el relincho de Gitano. Movida por la curiosidad, no dudó en correr la cortina clara. Tímida en el primer instante y audaz al cabo de unos segundos, divisó sobre Gitano la figura que buscaba. Desde esa altura y a esa distancia la vista era inmejorable. Pedro, seguro de sí y del poder que tenía sobre su animal,

hacía girar el corcel en busca del punto donde este se tranquilizaba. La camisa arremangada dejaba ver sus antebrazos curtidos por el sol. Anchos, fornidos. Los músculos se movían ante la presión que ejercía al cinchar de las riendas. El sonido típico que se utiliza para quitarle la zozobra al caballo, dibujaba en sus labios gruesos un beso imaginario. Los músculos de las piernas se tensaban alrededor de la monta y mostraban una sugestiva masculinidad. Elisa lo miraba embelesada. Su torso moreno —que asomaba bajo la camisa desprendida hasta entrado el pecho—, el ancho de sus hombros y el cuello grueso acentuaban su porte masculino, su apariencia varonil. Su cabello castaño, empapado, se escapaba por debajo del sombrero. «Debe haberse refrescado en el arroyo», imaginó Elisa. Pedro disfrutaba de la frescura del agua en sus tardes solitarias. Cuando bajaba con las cabras, por los cerros, finalizaba el recorrido en el Calabalumba y, en sus orillas, se deleitaba con una siesta breve a la sombra de los árboles. Otras veces, cuando el tiempo apremiaba, solo se detenía a mojarse la cara y refrescar su cabeza, de calor y pensamientos que rumiaban sin parar. Por momentos era tal la telaraña que entretejía en su mente, que luego no sabía qué era real y qué imaginario.

En ese embeleso se encontraba Elisa, cuando Pedro, haciendo caso a un llamado interno, levantó la vista y se encontró con una señorita observadora en la ventana. Su mirada profunda e intensa se clavó en sus ojos. Seductor, con un gesto de su mano derecha, se tocó el ala del sombrero en señal de saludo, al tiempo que enarcaba la ceja izquierda. Elisa elevó su mano y gesticuló un saludo casi imperceptible. Y bajó la cabeza con una sonrisa tímida dibujada en sus labios, tras cerrar un poco la cortina. Ese hombre la encantaba, la hechizaba. Producía en su interior un sentimiento similar a un embrujo. Lo deseaba. Su figura parecía esculpida en piedra. Tan fuerte y varonil era Pedro que hacía honor a su nombre: *piedra fuerte, roca*.

XIII

Cena de bienvenida

Todo estaba dispuesto y organizado para la velada de bienvenida. El matrimonio Silva Bazán sería homenajeado con las mejores galas. Hacía días que la casa era escenario viviente de todos los preparativos del festejo.

Esa tarde comenzaron temprano con los últimos detalles. Rosa y Sara —con ayuda de algunas esposas e hijas de los tantos peones que trabajaban para Villa Firma— dispusieron las mesas en el salón principal. Las adornaron con manteles de coco de color blanco —oriundos de Asia— y centros de mesas traídos de los lugares más recónditos del mundo, recuerdos de sus paseos. La condesa Firma aprovechaba ocasiones como estas para lucirlos. Una fuente de bronce con odaliscas que sostenían cacharros con sus cabezas —traída de Marruecos— se encontraba al pie de la escalera. El agua que caía en forma de chorro desde las vasijas emitía un sonido aletargado. En el salón contiguo —donde se encontraba el piano—, se acomodaron los sillones y algunas sillas. Todas con respaldo estilo Luis XV, brillaban con esplendor. Habían sido cuidadosamente lustradas para la ocasión.

El sol caía implacable para darle fin a la tarde y la familia anfitriona se daba los últimos retoques.

—Ese jaquet le queda perfecto, caballero —bromeó Firma al ingresar a su dormitorio a buscar a su marido.

—Y usted, amada condesa, está hermosa. —Odilo la observaba a través del espejo, mientras se acomodaba el cabello que ya pintaba algunas canas. Al mirarla, siempre descubría cuánto la adoraba. Levantándose de la butaca del tocador, le acarició suavemente la nuca y bajó sus manos por la espalda de Firma, quien sonrió para su marido amorosamente. Además, era cierto. Odilo estaba soberbio, y Firma elegante y bella como siempre. Era de destacar el buen gusto que ambos tenían por la vestimenta. La vida que llevaban era buena y equilibrada, y entre ellos reinaba la armonía.

Luego de abrazarse y desearse «buena suerte» con la mirada, bajaron las escaleras para comenzar a recibir a los invitados. Por lo avanzado de la temporada otoñal, ya se aproximaba la noche y las primeras estrellas comenzaban a adornar el cielo que intentaba oscurecerse.

La formalidad en esta clase de festejos era respetada. Al llegar todos los invitados, se presentaba al homenajeado o a los homenajeados, en el caso de que fueran más de uno. Las saluciones eran con dos besos, uno en cada mejilla.

La victrola, con sus puertas apenas abiertas, cantaba música europea, sobre todo francesa e italiana. Era un aparato único en Argentina, uno de los atractivos más interesantes del salón y su sistema de volumen dependía del grado de apertura de las puertas. Más abiertas se encontraban, más alto se escuchaba. Sonaba a disco de masa, que el matrimonio dueño del aparato traía del exterior. En oportunidad de la cena o del saludo de los invitados, el volumen era bajo para no interferir en las conversaciones. Resultaba más audible cuando la reunión se encontraba avanzada y se disponían algunos a bailar. Habitualmente los caballeros —salvo el que quisiera conquistar una dama— se apartaban a otro salón para fumar. El *brandy* reunía a los más adultos —y algún que otro joven ambicioso— siendo la política y la economía las protagonistas en la elegante fiesta de la estancia.

Los primeros en llegar a la fiesta fueron el intendente de Capilla del Monte, escoltado por su familia: su esposa y su hijo varón —quien pretendía seguir

sus pasos—. Smith ocupaba el cargo desde hacía un par de años y sociabilizaba con agrado en este tipo de eventos. Su señora Joaquina y su hijo Santiago lo acompañaban a menudo a las reuniones sociales en donde se encontraban las familias más respetables del lugar.

Rosa —ataviada como las demás domésticas, con trajes azul marino, cofia, guantes y delantal blancos— les abrió la puerta que daba al salón principal, luego de traspasar el porche techado.

—¡Querida, Joaquina! Adelante. —Salió Firma a su encuentro.

—Firma, estás espléndida, querida —respondió la primera dama, saludando a la anfitriona con un beso a cada lado—. Qué honor estar en tu casa.

—El honor es nuestro, Joaquina —respondió Firma, con la sencillez que la caracterizaba.

—Y cuánto misterio por conocer a tus invitados —declaró Joaquina, al no poder controlar su ansiedad.

—Ya, ya, mi querida. —Tomó a su invitada de las manos—. Pues, pasen, pasen —invitó a los tres y se hizo a un lado para que terminaran de ingresar al salón y continuar con las saluciones.

Luego de ubicarlos en los lugares designados, Firma regresó a la puerta de entrada. Al escuchar el sonido de un motor que se apagaba, se apresuró para darle la bienvenida al nuevo invitado que se acercaba. En esta oportunidad era la viuda Cristiana Soler, que hacía las veces de madrina de Lilian en las épocas que pasaban en Argentina. Era algo así como una tía de la familia. Además, era la madre de Julián, el profesional que llegaría en unos días para ayudar a Rafael en los negocios. Detrás de la viuda Soler, llegó la familia Molinares; el médico del pueblo, Dr. Silleros y señora; y el comisario Benavidez y su esposa, una joven cordobesa, que estaba embarazada por segunda vez y que, además, había llevado a Bautista, un niño rubio de cuatro años de edad. Juan Carlos Príamo y Nuria llegaron casi últimos. El dueño de la panadería Santa Rosa y su esposa; los dueños de la farmacia y el sacerdote de la Capilla San Antonio terminaron de completar la lista de presentes.

Finalizada la ronda de saludos ocuparon sus lugares en la mesa para aguardar la entrada del matrimonio homenajeado. Cada uno advertía la belleza y distinción de la anfitriona. Le hacía honor a su título nobiliario en cada movimiento, en cada conversación. Odilo salió a buscarlos para decirles que los invitados ya estaban todos y que era el momento de realizar las presentaciones en sociedad.

Catalina y Rafael descendieron la escalera y, seguidos a ellos, Amanda y Elisa. Ambas estaban magníficas, cada una en su vestido escogido para la ocasión. Catalina también estaba hermosa. Los aires cordobeses les sentaban a todos de maravilla.

Las damas se saludaron por su lado, presentadas por Firma, y los caballeros por otro, presentados por Odilo. Nadie se guardó un halago sobre las muchachas. Ellas los aceptaron con simpatía. Los caballeros les besaban las manos y las damas les dedicaban amplias sonrisas. El intendente no dejó que nadie saludara a Rafael antes que él y se acercó con los brazos abiertos para estrecharle la mano derecha con sus dos manos. El comisario se incorporó al saludo y se puso a disposición de lo que necesitara. Las señoras se acercaron a Catalina susurrando lo bella que era.

Distendidos, pasaron a la mesa para darle entrada a la cena, exquisitamente preparada por Sara y prolijamente acomodada por Rosa. Si bien eran varios los comensales, tuvieron que hacer más dinámico el servir. Aun así, los anfitriones y sus empleados pudieron lucirse con la excelencia de siempre. Las chicas Silva se sentaron juntas, enfrente de Margarita Benavidez —la esposa del comisario— y su pequeño hijito que no dejaba de conversar con ellas. El conde ocupó el lugar de la punta de la mesa, a su derecha Firma. El homenajeado —Rafael Silva— a su izquierda, y pegado a él, Catalina. Al lado de Firma, ubicaron al padre Jacinto, quien bendijo la mesa y los alimentos antes de comenzar. Los demás se ubicaron a continuación. Nuria buscó una silla lejos de su marido con la intención de conversar con los huéspedes de Villa Firma, sobre todo con las hijas del matrimonio. Príamo se ubicó entre

Catalina y el comisario Benavidez.

Las bandejas con los platos de la entrada comenzaron a aparecer y las copas de vino se alzaron para brindar por los nuevos llegados a Capilla del Monte.

—Propongo un brindis por el matrimonio Silva que nos honra con vuestra presencia. —Tomó la palabra el anfitrión como sugerían las costumbres.

—¡Salud! —se alzó el coro de comensales, al unísono.

—¡Ahora sí! Demos lugar a nuestros aparatos digestivos, ¡que comiencen a actuar! —exclamó Odilo, divertido.

El menú, para la ocasión escrito, con una caligrafía exquisita, en unas tarjetitas, rezaba así:

Hoy nuestra mesa se engalana con vuestra presencia.

Muy agradecidos nos sentimos en la compañía de tan gratas amistades.

Dar la bienvenida es la ocasión que nos reúne.

Y para eso, cenaremos:

ENTRADA

Empanadas criollas (dulces y saladas)

PLATO PRINCIPAL

Corderito al horno con batatas

Pollo estofado con papas

Matambre de cerdo con verduras asadas

POSTRE

Panqueques con dulce de leche

Torta de ricota

Lemon Pie

Tarta de manzana

BEBIDAS

Vino de distintas edades - Agua mineral

Los condes Estévez

Las conversaciones —si bien se seguían escuchando— ya no eran tan audibles ni tan estruendosas como momentos atrás. Los manjares preparados por Sara eran unas exquisiteces supremas. La cocinera de la familia tenía no solo la preparación correspondiente que los condes se habían encargado de costear, sino que, además, traía recetas familiares que constituían un tesoro exclusivo e impagable a la hora de homenajear con distinción.

Finalizado el primer plato, Santiago —el hijo del intendente—, con una copa de vino en la mano, se acercó al lugar donde se hallaban sentadas las hermanas Silva. Elisa había notado que ese muchacho no le quitaba los ojos de encima. Santiago era rubio, alto, de ojos profundamente verdes, de mirada audaz y arrogante. Tenía las facciones de un inglés y era muy apuesto. No obstante, esa belleza, no llamaba la atención de Elisa. Comenzaba a concluir que la belleza para ella no era solo eso.

—¿Puedo acompañarlas un momento, señoritas? —preguntó Santiago, sin dejar de mirar a Elisa.

—Por supuesto, querido —contestó Nuria—. ¿Qué podríamos negarle al hijo de la máxima autoridad local, que además es tan apuesto? —concluyó, con sarcasmo.

—Muchas gracias, señora Príamo —dijo Santiago acercando una silla que pretendió acomodar en segunda fila, detrás de las hermanas extranjeras.

—Es una pena que usted sea casada, con tantos halagos... —Sonó con voz divertida, marcando una reverencia con su cabeza.

Santiago comenzó a dirigir su conversación hacia Elisa, quien captó su atención desde el ingreso al salón principal vestida de color manteca con un tocado que le despejaba el rostro y elevaba su belleza.

—¿Puedo saber si tan grata presencia es transitoria o definitiva? —les

preguntó.

—Aún no lo sabemos, señor —tomando la palabra Amanda, respondió—. La realidad es que la situación en nuestro país es complicada y, con la caída del rey Alfonso, no sabemos cuál va a ser el destino de la nación.

—Estoy al tanto de la realidad de España y la verdad es que aquí se respiran otros aires —y, cambiando de tema, agregó—: Se verá más adelante. Hoy celebro la llegada de dos hermosas damas que engalanan nuestro pueblo.

—Gracias, señor —dijo Elisa, ruborizada.

—Voy a regresar a mi lugar. Creo que en momentos servirán el plato principal —dijo el caballero, levantándose de la silla, y la acomodó en el rincón de donde la había tomado—. Luego de la cena, seguiremos conversando —completó con seguridad.

—Es muy fastidioso —remató Nuria.

—Pensé que te caía en gracia por la forma en que lo trataste al comienzo. —Sonrió Margarita.

—Educación ante todo. —Rio Nuria.

—Pero eso es ser hipócrita también, con todo respeto, señora —habló Amanda.

—Sí, querida, puede ser, pero a veces, ante circunstancias excepcionales, es necesario faltarle a la verdad —se excusó—. Además, habrá cosas que aprenderán luego de vivir en este pueblo...

—Permiso, voy hasta la *toilette* —dijo Elisa. Se encontraba un tanto agotada por tener que sonreír a diestra y siniestra, como si hubiera pretendido caerles bien a todos.

—Rafael trabajará secundado por tu hijo, Cristiana —habló Odilo en el otro extremo de la mesa.

—La verdad, es un placer que mi hijo vuelva a la Argentina a trabajar para tu empresa, Odilo —respondió la viuda Soler.

—El placer fue para mí, Cris. Cuando leí la misiva que me envió en respuesta a la mía, en la que decía que aceptaba mi propuesta de trabajo, no

podía creerlo. Julián será una pieza clave en mi nuevo proyecto —declaró con firmeza, echándole una mirada fugaz pero elocuente a Rafael.

—Sabes que los adora, Odilo. Jamás hubiera osado desaprovechar una oportunidad que provenga de tu parte. Además, estaba extrañando la vida en Córdoba —habló Cristiana.

—Pues mejor, entonces volverá lo antes posible. Me urge reacomodar las cosas antes de mi partida a Europa —terminó por concluir Odilo.

—¿Y cómo está mi ahijada del corazón?

—Muy bien, gracias a Dios —respondió Firma, con tono alegre—. Estamos muy entusiasmados con la llegada de nuestro primer nieto. No veo las horas de que el bebé llegue por fin a nuestras vidas. —Se emocionó Firma.

—Gracias a Dios, entonces. Después de que nazca, tendrán que venir a la Argentina a presentarlo en sociedad —dijo Cristiana.

—Ten paciencia, querida. Vendrán, por supuesto, pero quién sabe en cuánto tiempo.

—Espero estar viva para conocerlo. —Cristiana era una mujer alegre y jovial, pero una de sus bromas recurrentes era sobre su propia muerte.

—Vas a ver que tú vas a enterrarnos a todos —contestó Firma, y todos se echaron a reír.

XIV

Cruel hallazgo

Finalizado el postre, pasaron al salón, donde se agruparon por preferencia. Todos se sentían cómodos y hablaban unos con otros; resuelta la incertidumbre sobre los homenajeados, algunas copas de vino hicieron de la velada una noche placentera. Interrogaban a Elisa y Amanda sobre su vida, sus costumbres, su relación con el rey; ambas fueron el centro de atención de la noche casi por completo. Los caballeros pasaron al despacho, donde había un juego de sillones. Se acomodaron a fumar, beber *brandy* y coñac, dependiendo de los gustos. Firma acompañó al sacerdote hasta el coche, quien se retiró a descansar antes de medianoche, debía guardar las formas por su investidura. Agradecido con sinceridad por la invitación, se despidió sin dejar de mencionar que los esperaba en la Capilla San Antonio para oír misa. Al retornar a la casa, la anfitriona se sentó al piano y estimuló a las invitadas que hicieran lo mismo. Elisa amaba el arte, la música, la pintura, la poesía, pero no tenía esa noche deseos de lucirse. Con la mente un poco cansada, salió a tomar aire fresco al patio trasero. A esa hora —desde la galería donde estaba— se apreciaba un paisaje distinto al que se veía en el transcurso del día. Con un poco más de confianza por conocer el lugar y a casi todas las personas que trabajaban en la estancia, se animó a bajar las escaleras que se encontraban al final. Una suave brisa se elevó en forma de remolino, y del árbol de durazno

se desprendieron pequeños pétalos que cayeron en forma de cascada. El efecto «lluvia de colores» la hechizó y sintió el impulso de caminar en esa dirección. Al llegar a un claro —casi al final de las canchas—, comenzó a escuchar voces que al principio no supo distinguir. Guiada por la curiosidad, se levantó un poco el ruedo de la falda para que no se oyera el roce del vestido con el piso. Se acercó al lugar hasta ubicarse detrás de los pinos para así obtener una visión de los interlocutores. Bajo el resplandor que la luna llena regalaba, había dos personas: una dama y un caballero. Un hombre y una mujer. Se percibía con claridad el reclamo propio de dos amantes. El timbre profundo de la voz del hombre le sonó familiar. Ahuecada, grave. Aunque no en ese tono. Se notaba molesto, con fastidio. No alcanzaba a oír con certeza las palabras que Nuria y Pedro se decían, pero por la forma en que actuaban supo, con certeza, que entre ellos existía algo que los unía. Certeza que le cayó tan sorprendente como un balde de agua fría y tan pesada que aplastó su sentido del entendimiento. El perfil de ambos rostros dejaba adivinar que la postura de Pedro era irreconciliable, en cambio, Nuria se mostraba despechada; reclamaba, negaba. Cuando pudo ordenar las ideas, cayó en la cuenta de que Nuria faltaba de la sala de reuniones de la casa de los condes hacía un buen rato. En una actitud de resguardo, comenzó a dar pasos cortos, de espaldas, queriendo huir de esa realidad. El crujiente sonido de las ramas, a la sombra de los pinos, delató su presencia. Al ver que ambos voltearon las cabezas para descubrir de dónde provenía el sonido, se paralizó del miedo al ser vista y aguardó un momento. Cuando comprendió que se habían convencido que no era nada y siguieron interactuando entre ellos, comenzó a moverse nuevamente y se alejó despacio hasta que los pinos ya no la cubrían. Entonces echó a correr a toda velocidad.

No lo pensó hasta que se acercó a la casa y buscó compostura, pero era la segunda vez que huía de ese hombre. Dentro del salón, buscó con los ojos a su hermana, quien supo ver que algo sucedía.

—¡No puedes abandonarme, Pedro! —casi en un llanto, Nuria le hablaba al capataz.

—¡No te estoy abandonando! No tienes idea lo que es el abandono —trataba de hacerla entrar en razón.

—Sí, me estas abandonando, ¡sabes que ya no puedo vivir sin ti! —remató con cierto con enfado.

Sorpresivamente, Pedro cayó en la cuenta de que el amorío se les había ido de las manos. No era esa la idea de ninguno de los dos, pero supo ver en los ojos de la mujer que se encontraba frente a él que ya no existía posibilidad de retroceso. «No puede ser posible», pensó disgustado. Su mente buscaba una salida para alejarla sin que saliera despechada. No existía posibilidad de quedar atado en esa relación. No en ese momento que su corazón comenzaba a sanar la herida que Clara había dejado.

Todo parecía derrumbarse, este no era el momento de enamorar a nadie. Ese no había sido el trato.

—Trata de tranquilizarte, Nuria —le dijo, mientras ganaba tiempo—. Esto se ha vuelto peligroso para ambos. Pero la más perjudicada serás tú si tu marido nos descubre. Piénsalo.

—A estas alturas, ya no importa si mi marido se entera. Es más —se incorporó desafiante—, existen momentos en que quiero que se entere —le soltó a Pedro, quien se sintió más enredado y confundido al oír la declaración.

—¡Cómo puedes decir eso! Nunca quisimos que esto saliera a la luz. Sobre todo al saber lo que te caería encima a ti. Estás acostumbrada a llevar una buena vida —expresó rozando ya la irritación.

—No pienso renunciar a ti, querido Pedro. Quizás no lo creas, pero te aclaro que estoy dispuesta a todo para que cambies de opinión. —Y, tras secarse las lágrimas, le estampó un beso en los labios que lo dejó perplejo. Sin atinar a nada, Pedro la vio dar una media vuelta soberbia y tomar el camino de regreso

a la casa.

Pedro no pudo, en los minutos que siguieron al episodio, abandonar la posición en la que Nuria lo había dejado. Tenía que tomar una decisión concreta, le urgía planificar una estrategia para sacarse de encima esa mujer que ya le había confesado que no se dejaría abandonar tan fácilmente. Qué error tan inmenso había cometido al enredarse con ella. No tenía mucho tiempo si quería salir ileso de la trama pasional en la que se encontraba.

Elisa no pudo evitar el nudo en la garganta en el momento en que Nuria entró al salón, como si nada hubiera sucedido. Cuando atrevidas lágrimas brotaron de sus ojos, bajó su cabeza y abandonó el comedor de manera intempestiva. Por suerte, solo Amanda notó que algo sucedía y corrió detrás de ella hasta alcanzarla dentro de la habitación que compartían desde la llegada a Córdoba.

—¡Hermana! ¿Qué pasó? —preguntó Amanda, enérgica, antes de recibir por respuesta el abrazo estrecho y el llanto exacerbado de Elisa—. Bueno, bueno..., intenta calmarte. Lo que sea, pasará —trataba de tranquilizarla—. Ven, sentémonos en tu cama. Te traeré un vaso con agua —dijo Amanda, y cuando pudo estabilizarla al borde de la cama, se alejó hasta la mesita, donde estaba la jarra de agua fresca que Rosa se encargaba de cambiar dos veces al día y le sirvió un vaso, intentando adivinar cuál era el motivo que la tenía tan desconsolada.

Tomando el agua de a pequeños sorbos, Elisa fue ganando compostura y las lágrimas ya no le surgían a borbotones, sino que caían regando sus mejillas.

—La señora Nuria Príamo y Pedro son amantes —soltó, sin anestesia. Amanda no podía siquiera razonar lo que escuchaba.

—¿Cómo dices? —se animó a preguntar.

—Los he visto en el patio, momentos atrás, cuando salí a refrescarme un poco —dijo mientras sostenía la mirada fija en un punto del revestimiento de

la pared de enfrente.

—No puedo entender lo que estás diciendo, hermana. —Y se dejó caer en la cama con pesadez. Giró el torso para mirarla y le preguntó—. Pero los has visto, eh... ¿en alguna situación en particular? Es decir, ¿qué has visto para afirmar semejante cosa?

—Sí, los he visto discutiendo —y cuando vio que su hermana estaba a punto de desacreditar lo que le contaba, agregó—, discutiendo como amantes, reclamándose cuestiones íntimas. Incluso, estaban muy cerca y, por un momento, vi a Pedro tomándola de los hombros, como explicándole algo que la señora Príamo no estaba entendiendo.

La percepción de Elisa era real; aun sin haber oído ni una sola palabra, fue un diálogo tan expresivo y cargado de vehemencia que no cabía otra interpretación.

—No puedo creerlo. —Tocándose las sienes, Amanda negaba con la cabeza—. Tan dama de sociedad que parecía, tan, tan, tan... ¡tan arrogante que se mostró! Como si fuera de otro nivel social y económico. Cómo si tuviera valores, principios...

—Pues mira tú la dama, ¿no? —preguntó Elisa, y agregó—. ¿Y Pedro? ¿Qué lugar ocuparía en esta historia? —dijo con sarcasmo.

—La verdad, hermana, que ahora entiendo tu congoja —y se apresuró a decirle—: No te preocupes ni saques conclusiones adelantadas. Averiguaremos, como sea, de qué se trata todo esto —trató de desestimar Amanda los dichos de Elisa, aun sabiendo que las conclusiones ya se habían clavado en la mente de su hermana con certeza indudable.

XV

Volver a casa

Querida hija:

He hablado con mi señoito y ha comprendido tu situación. Nos ha permitido que vuelvas cuando quieras o puedas. Lo único que quiero pedirte, hija mía, es que vengas dispuesta a ayudar a Sara en la cocina y te prepares para quedarte conmigo. Los patroncitos volverán a la Europa, y aquí se han hospedado unos amigos de los condes.

Necesitamos ayuda por todos los lados.

Te esperamos con ansias. Papa Paco y mama Rosa.

Clara apretó contra su pecho la hoja de papel que acababa de leer. La letra raída, mal dibujada, llevaba la esencia de su madre. Cerrando los ojos, evocó algunas imágenes de su pasado que el tiempo en la ciudad no lograba borrar. Trazos grandes, temblorosos, le recordaban a Clara que su madre sufría extrañándola. Pero también significaban otra cosa: en Villa Firma aún era bien recibida. Su familia todavía constituía el refugio seguro. La noticia actuó como un bálsamo en las noches de angustia que aún quedaban en Buenos Aires. Sin embargo, el regreso no sería fácil. Volver al lugar que ya había desechado para vivir era renunciar a sus sueños. Pero se encontraba apesadumbrada y necesitaba el calor de su familia. Un trozo de pan casero, un mate amargo, el

arroz con leche de Rosa. Imágenes que calentaron sus ojos, pero que le dibujaron una sonrisa.

Entre las sierras cordobesas de Capilla del Monte, había transcurrido su vida tranquila. La infancia plagada de libertad y sencillez. Carreras contra el viento, siestas de sol, reuniones con amigas en la plaza eran las imágenes que guardaba en su retina.

Sus padres —dos personas humildes y trabajadoras— eran nobles luchadores de la vida. Desde que Clara tenía uso de razón, trabajaban en casas de familias o en estancias. No obstante, ella siempre había soñado con un futuro más prometedor, que le diera la posibilidad de crecer cultural, económica y socialmente. Y en el deseo de cumplir con eso fijó su meta: Buenos Aires.

Cuando desembarcó en la pujante ciudad porteña —cinco años atrás— la recibió una antigua empleadora de Rosa y Paco. Una amiga suya necesitaba cubrir un puesto de cocinera. En compañía de la mujer llegó a su primer trabajo. Si bien la trataron con amabilidad, no era lo mismo que trabajar en el interior del país. Además, el puesto requería exigencias. Clara debía disponerse para cumplir con ellas. Básicamente consistía en preparar las comidas de la familia durante todos los días de la semana. Pero para eso debía tomar lecciones del arte de cocinar. La familia contrató un cocinero profesional —oriundo de Italia— que se dedicaba a dar clases a domicilio.

El chef italiano no solo fue su maestro en la cocina, sino que también tuvo un importante protagonismo en su vida. Giuseppe —un hombre mayor que ella— era de contextura delgada, con aires europeos, refinados. De una cultura extraordinaria, producto de los años y de la preparación constante, le enseñó a la muchacha cordobesa a desenvolverse en otro mundo. Giuseppe y Clara fueron fervientes amantes. Se encontraban por las tardes —luego de cada clase— en el departamento del italiano. En ese lugar pasaban largas horas compartiendo momentos eternos. No solo se amaban, sino que también Giuseppe le enseñaba el idioma italiano, la historia de la gastronomía de

todos los continentes y curiosidades del mundo de la pasta. Le hablaba de sus años en su tierra natal y de sus amantes anteriores; pero lo que más disfrutaban era la lectura de los libros que leían y analizaban: política, filosofía, novelas románticas, historia, religión y hasta libros que se encontraban prohibidos o que nadie sugería su lectura.

Pero todo eso había llegado a su fin. Por razones que Clara aún no entendía, Giuseppe había decidido retornar a su país hacía unos meses. Luego de esta separación intempestiva y sentimentalmente quebrada, Clara había perdido su trabajo. Su rendimiento ya no era el mismo. Había decaído como consecuencia directa de su malestar emocional. No había notado que lo amaba tanto. De vivir prácticamente en pareja con él a encontrarse nuevamente sola —como al principio—, pero a su vez diferente. Al llegar a Buenos Aires, venía con las ínfulas hinchadas de energía nueva y exultante por haber logrado su propósito. Verse, en aquel momento, armando su equipaje para volver a Córdoba la sumía en una tristeza extrema. No obstante, necesitaba volver a los brazos de su familia para recomponerse y volver a comenzar, aunque eso implicara declinar sus objetivos, lo que desviaba su rumbo.

Volvió a leer las palabras de su madre. Guardó en su corazón el sentimiento de afecto que acercaba, a pesar de las distancias y salió a la calle. Enfrentando el espíritu porteño que cubría la ciudad, caminó hasta la estación del ferrocarril a comprar sus pasajes de ida. O de vuelta.

XVI

Afinidades

Odilo Estévez y Rafael Silva trabajaban codo a codo, como si hubieran nacido para eso. Sugerencias, advertencias, intercambio de opiniones, trabajo compartido y enseñanzas transmitidas hicieron de los primeros días la piedra de toque para formar un muy buen equipo. La llegada de Julián Soler —hijo de la viuda Cristiana Soler, entrañable amiga de los condes— fue el broche de oro para comenzar a marchar los cambios en la empresa. El joven no solo le dio el estilo moderno que le faltaba al proyecto, también trajo la experiencia adquirida en Estados Unidos. Conocía nuevas pautas de desarrollo, tecnología y administración, que la firma necesitaba.

Julián era un joven bien educado. No lo avergonzaba solicitar con un «por favor» y agradecer cada servicio, aunque proviniera de los empleados. Su madurez no siempre correspondía con su edad. De carácter serio pero agradable, los caprichos nunca tuvieron admisión en su vida, a pesar de haber sido hijo único. Capacitado por las mejores academias y universidades, hacía honor a su preparación. De contextura moderada, su cuerpo estaba bien formado, a pesar de sus trabajos poco rudimentarios. De rostro interesante, seductor por naturaleza. Sus tratos amables y caballerosos hacían de él un muchacho sumamente atractivo. Se consideraba —y lo era— un trabajador incansable y un estudioso permanente; su entusiasmo y su capacidad para

aprender nunca terminaban. A la hora de vestirse, no se le escapaba ni un solo detalle. Pantalones pinzados en tonos claros u oscuros, según la temporada, los combinaba con camisas de vestir, blancas o cuadrillé. Los pañuelos al cuello eran infaltables para realzar su atuendo. Sacos en *composé* o finos suéteres de *bremer* completaban el diario vestir de Julián. Siempre olía a colonias frescas, limpias. Sus conversaciones y modales delataban su excelente crianza y cultura. Tenía un brillo especial en la mirada, sus ojos reían aun cuando sus labios no se movían. De cabello castaño claro, su piel mate destacaba un bronceado natural. Sus ojos pardos, en días de humedad, se teñían de un verde oscuro, lo que resaltaba su encanto.

Luego de su llegada y puesta en órbita en la empresa, fue convidado a almorzar a la mansión para conocer a la familia de Rafael Silva. Cuando el conde viajara a Europa, quedaría como su mano derecha y la relación debía ser lo más estrecha posible. La intimidad de la cena generaría más confianza entre ambos.

El día que se preparó el almuerzo en su honor, Julián llegó puntual a Villa Firma escoltado de Cristiana. Luego de largas ausencias, siempre se sentía dispuesta a acompañarlo en los eventos sociales. Madre e hijo disfrutaban de una hermosa relación; se confiaban todo —aún más, luego de la muerte de Soler— y compartían una complicidad que los volvía únicos.

Al atravesar el último arco, Julián Soler vio a Amanda sentada en uno de los sillones de la galería trasera. La muchacha llevaba puesto un sombrero de paja, adornado con cintas celestes y verdes para protegerse del sol del mediodía. Su paz interior y su alma reconfortada se translucían en su piel, en sus ojos. Julián la encontró encantadora y le dedicó una amplia sonrisa, aun sin conocerla. Amanda notó que la belleza de esos ojos le regaló una mirada especial. La hija mayor del matrimonio Silva no estaba acostumbrada a ser el centro de atención, cuando Elisa se encontraba cerca. Pero ese domingo de fines de abril fue Amanda quien lo cautivó.

El ciervo a la parrilla —cocinado por Sara en las afueras de la casona,

durante largas siete horas— desprendía dulces aromas de madera de quebracho. Ya servido en la mesa era el punto obligado donde se posaban cada una de las miradas de los comensales. Despacio se acercaron a la mesa, mientras se recordaban mutuamente los nombres por segunda vez y se contaban detalles básicos en cuanto a los oficios y los motivos de estar en Villa Firma. Los platos y aromas del almuerzo recreaban una atmósfera muy agradable, donde las conversaciones se volvían distendidas. El clima acompañaba el convite y a pleno sol del mediodía las relaciones fueron cobrando significancia. La algarabía —acompañada por excelentes vinos— reinaba en la mesa campestre. Las anécdotas de Julián de cómo le había costado llegar a California, a pesar de conocer el idioma a la perfección —requisito esencial para las becas— y de las veces que se quedaba mirando a quien le hablaba sin entender lo que le decían, provocaba carcajadas en los demás comensales. Sus gestos de desconcierto y la tonada cordobesa —que los años en el exterior no habían borrado— disparaban cómicos aportes de todos, sobre todo de Cristiana, a quien ya le conocían su sentido del humor.

El almuerzo no solo era para presentar a Julián, a Catalina y a las chicas, sino que también era la despedida de los condes. En la semana partirían a Europa para acompañar a Lilian en sus últimos meses de gestación.

—Mi hijo Julián me está negando la posibilidad de tener nietos —soltó Cristiana con una sonrisa.

—Ya te dije, querida madre, que vendrán cuando conozca a la señorita que me quite el sueño —respondió Julián guiñándole un ojo a Firma.

—Como te envidio sanamente, ¡querida Firma! Que Lili te dé tu primer nieto me ha llenado aún más de ganas —declaró, y todos rieron y hablaron unos sobre otros, hasta que llegaron a la misma conclusión: que Julián aún era joven y ya encontraría la mujer adecuada para formar su familia.

—No imaginé que sabría montar a caballo, Julián —afirmó Amanda, a modo de interrogación para que Julián Soler le contara un poco más de su vida.

Luego del almuerzo, cuando todos se ubicaron en el jardín a degustar la *crème brûlée* —especialidad de Sara, la cocinera— ellos se habían apartado del grupo. El sol otoñal de la siesta los animó a alejarse un poco y a conversar un buen rato.

—Es que yo pasé toda mi infancia en estas tierras y mi familia siempre tuvo una estancia llena de animales —explicó Julián.

—Entonces ¿usted vivió su infancia en el campo? —volvió a curiosear Amanda.

—No, no señorita. Nosotros siempre vivimos aquí, pero mi padre, un estanciero de alma, mantuvo la estancia heredada de sus padres, o sea, mis abuelos, y la convirtió en nuestro refugio de fin de semanas y vacaciones.

—Y esa estancia, ¿todavía existe, Julián?

—Sí. Todavía no he ido desde mi llegada, pero según mi querida madre, que la ha visitado en el último verano, me contó que continúa hermosa —contó Julián. Y continuó diciendo—: La estancia, además de ser un lugar de recreación, tiene una producción que nos permitió, entre otras cosas, que yo fuera a estudiar al exterior sin necesidad de recurrir a una beca, a pesar de haber alcanzado una. Hoy la administra mi tío, que además es mi padrino y que prácticamente vivió toda su vida en ese lugar. Era la mano derecha de mi difunto padre. Qué digo la mano derecha... ¡las dos manos! —repuso divertido para mostrar el grado de confianza que don Soler le había depositado en vida a su hermano.

—Y su tío, ¿aún vive allí? —quiso saber Amanda, viendo que la historia se tornaba cada vez más interesante.

—Sí, gracias a él, la estancia produce granos que exportamos y la cría de animales de ganado menor, que comercializamos en el país —contestó Julián.

—¿Y está lejos de aquí?

—No, no muy lejos. La Libertad, qué era el nombre de mi bisabuela, está a

unos treinta kilómetros. —El nombre sonó hermoso en su voz—. Es más, si usted quisiera y si sus padres lo permitieran, me encantaría que vaya conmigo a conocerla —tentó Julián—. Usted y su hermana, quiero decir —se apuró a terminar para que Amanda no pensara nada malo de él.

—¡Oh, sí! ¡Me encantaría! Es más, a mi hermana también le va a encantar — contestó Amanda, rogando internamente que sus padres les dieran permiso.

El fin del paseo dio lugar a la merienda. Tartas de frutos rojos y bollitos horneados, teteras humeantes y tazas pintadas adornaban el mantel blanquísimo que flameaba sus puntas al ritmo de la brisa otoñal. La galería de la casa grande se vestía de fiesta para los últimos acordes del domingo.

Elisa no se encontraba bien. Se sentía triste y desganada como para conversar. Terminado el almuerzo que apenas probó, se excusó educadamente con todos. Saludó a Julián —a quien encontró muy gentil— y se retiró a descansar. A Catalina le pareció un poco raro, pero Elisa la conformó al decir que era solo un pequeño malestar. Estaba sumida en una angustia recurrente desde el momento en que encontró a Pedro y Nuria en esa escena tan elocuentemente comprometedora. Algo se rompió dentro de ella. Aunque no comprendía por qué sentía esa desilusión tan grande, no podía evitarlo. Tampoco podría realizarle reclamo alguno. ¿Qué la había llevado a creer que ese hombre, que ni siquiera conocía, le debía respeto en algún sentido? No lo sabía. Pensar en todo eso la sumía en una confusión muy profunda, pero no podía alejarse de esos pensamientos. Nada existía entre ellos; sin embargo, Elisa sentía que Pedro la había traicionado. El juego de miradas, las huidas de ella, la galantería de él y las pocas charlas eran todo. La mayor intimidad que habían compartido fue el paseo a caballo y los roces lógicos del movimiento del galope. Para Elisa había sido la primera experiencia cercana vivida con un hombre. Sin embargo, se notaba que él manejaba con soltura los encuentros

con una dama.

Luego del paseo en ancas de Gitano, Elisa atesoraba en su mente y en su corazón los días venideros y anteriores a la fiesta de bienvenida. Por aquellas tardes, Pedro se detenía a conversar con ella y su hermana en cada puesta de sol al retornar a los establos trayendo las cabras de su habitual pastoreo. Hubo promesas de nuevos paseos, de picnics fuera de las cercanías de la estancia, de caminatas por los cerros, y Elisa, ilusionada con la idea de seguir conociendo a ese hombre, nunca imaginó el secreto que escondía. Verlo cada tarde, en sus trabajos habituales, vestido con camisas desprendidas o directamente sin ellas, con pantalones que le marcaban suficientemente los músculos de las piernas y sombreros que pretendían pelear con un sol que todavía no quería despedirse del cielo conformaba un espectáculo que a Elisa satisfacía repetidamente. Así, de lejos, sin contactos, ni besos, ni abrazos. Ni promesas de amor. Un deseo profundo e inesperado de tenerlo cerca remolineaba en su vientre. Lo que la joven sentía por Pedro, en el refugio de su mirada castaña, la estremecía. Sus miradas borraban el contexto de un impulso, y la intensidad lograba que se perdieran en el recorrido de distancia que los separaba. Miradas únicas. Miradas cercanas, más allá de los espacios. En aquel entonces, todo hacía suponer que ese vínculo existía solo en su imaginación de niña o de mujer inexperta. Sumida en esos pensamientos, que no hacían otra cosa que abrir más puertas que cerrarlas, no encontró respuestas ni arribó a ninguna conclusión. Solo ganaron privarla de una cosa: no alcanzó a ver que, en el marco de su ventana, había un ramito de flores blancas. Con aspecto silvestre, revelaban la intervención humana por cómo se encontraban rústicamente atadas.

Recostada en su cama, tomó su novela romántica preferida para ver si podía descansar un poco su mente de tanto martirio sentimental e intentar pensar en otra cosa que no fuera Pedro, lo cual no consiguió en las horas venideras.

XVII

Hênîa-kâmîare

Pedro vio a Elisa bajar por las escalinatas del parque central, como todas las mañanas. Apuró su paso para cruzarse con ella, tal y como lo hacía siempre en la complicidad de su mirada de miel. Esta vez, Elisa no levantó sus pupilas. Con la cabeza gacha y la boca deslucida, miraba cada uno de los escalones, como si temiera caerse. O caer en una tentación si elevaba la vista. Sus manos no eran el torbellino nervioso, inquieto, que buscaba saludarlo, llamando su atención con un movimiento gracioso de los dedos. La tristeza impregnada en su rostro revelaba momentos de llanto íntimo. No alzó su cara al sol, a pesar de la calidez que bañaba el paisaje serrano. Tampoco arrancó un ramito de la planta de lavanda que decoraba la baranda, como acostumbraba, en gesto de *buenos días*. Lo imaginó esperando esa ceremonia y una perla translúcida se escurrió por su mejilla. La brisa matutina le acercó a Pedro el desánimo de Elisa, que se contagió. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué había pasado? Erguido, confundido y esperando, su cuerpo dio media vuelta en un gesto casi de protesta. Quizás el movimiento llamaría su atención. Con su sombrero, que caía por la espalda y el ruido grotesco de sus botas chocando contra el piso, se alejó levantando el polvo que cubría la callecita de tierra.

Elisa lo vio alejarse con aire demudado. La perturbación había caído sobre él. Supo entonces que Pedro acusaba el golpe de su comportamiento, lo que la

entristecía aún más. Quería hablarle de su dolor. Deseaba pedirle explicaciones, decirle que estaba desilusionada, que esperaba otra cosa de él. Que supiera que ella lo había visto en una conversación comprometida con Nuria, que había sido testigo de la noche de la cena en la casa, del reclamo acalorado. Pero nada de eso hizo. Se tragó su enojo, su desilusión. Creyó marchitarse —quiso hacerlo— como las flores que, luego de un verano intenso, despiden sus pétalos de modo angustioso.

A la hora que Villa Firma descansaba, Pedro acomodó su cuerpo a la orilla del arroyo. Entre los pastos a medio secar y la gruesa arena del borde, contemplaba el agua que corría en un murmullo entre las piedras. Tendido en el suelo, apoyado de costado sobre su codo, descansaba su cabeza en la amplia mano callosa. Cerró los ojos aspirando el aroma húmedo que despedía la arena mojada. La brisa era fresca y limpia. Cada tanto el canto de un zorzal cortaba el silencio de la siesta. No quería pensar en Elisa, sin embargo, no podía quitarla de su mente. Como si esa joven con aspecto de niña hubiera hechizado hasta el último de sus sentidos. Quería olerla, acariciarla, saborearla. Escuchar su voz en el susurro de la noche. Verla sonreír, observarla respirar. Se le hacía agua la boca de imaginarla dormir. La soñaba descansando en su cama mullida de plumas, aletargada. Aspiraba profundo y sentía el aroma que su cabello había despedido cuando, en ancas de Gitano, pasearon por los cerros. Un fuego interno ardía en él, lo que avivó la llama esperanzada. ¿Qué no daría por ella? Hipotecaría su vida, de ser necesario. Dejaría atrás los malos hábitos que reinaron en épocas pasadas. Sin embargo, y pese a su deseo palpable y manifiesto, la juzgaba inalcanzable. Lejana a sus posibilidades de conquista. Noble, pura, con la inocencia espontánea de quien aún no se ha convertido en mujer. Elisa era para Pedro todo lo anhelado. La calidez, la dulzura. La mujer con la que compartiría el resto de su existencia si

ella lo aceptaba. Un sentimiento intenso, profundo, nacido desde el corazón de hombre herido, revolucionaba su vida.

—¿Qué hago con esto que siento? —Elevó sus ojos al celeste del cielo y suplicó, a su modo, una respuesta. No era fuera sino dentro, donde debía buscar. En su interior, vibraba el vínculo más íntimo con sus orígenes, que le revelaba una idea. Los antepasados bailaban encantados ante el retiro del velo que ocultaba lo genuino. En tiempos remotos, en la profundidad de su génesis, se hallaba la respuesta.

En el rincón más profundo de las sierras, un jardín se ocultaba en las ruinas aborígenes. Un milagro de la Madre Tierra hacía que las flores, las plantas y los arbustos medicinales crecieran desde hacía siglos sin el cuidado de nadie. Quizás en retribución a los nativos que le habían rendido culto con su vida entera. O tal vez en ocasión de manifestar de qué era capaz. Una suerte de diosa natural se aferraba a no dimitir ante los nuevos tiempos. Y en ese «no claudicar» regalaba, para la posteridad, las más variadas especies. Misteriosamente no existían estaciones ni el paso del tiempo hacía mella en el frondoso prodigio. Un fenómeno sobrenatural cubría con su manto protector la dicha de existir. Una bendición ancestral retribuía lo bien recibido.

Solo Pedro sabía que este lugar existía. Recurría a él cada vez que necesitaba renovarse. Cuando sus demonios internos no lo dejaban en paz, recorría con Gitano la distancia que lo separaba del jardín y ahí los liberaba. Buscaba conectarse con la profundidad de su ser en este lugar alejado del mundo. Su alma volvía reconfortada, entregada a sus antepasados. Como si no perteneciera a su época sino a otra, a una pasada, en la que los comechingones todavía habitaban las serranías cordobesas. Él era el último descendiente aborígen. El legado de sus antepasados era inconmensurable, sin embargo, era en este jardín donde hallaba lo más palmario de su origen. Con la partida de su abuela, solo quedaba este lugar.

Sin mamá, que falleció a diez días de su nacimiento a causa de una infección puerperal, sin siquiera haberlo amamantado, y sin su papá, que tomó la

decisión de terminar con su vida al arrojarse a un arroyo de aguas turbulentas, en ese universo de desgracias, su abuela lo fue todo. Con su mirada ajada por los años, supo transmitirle al único nieto mucho más que las palabras, lo que trascendió momentos fugaces y eternizó instantes cotidianos. Doña Pancha fue —en los hechos— su madre. Desde su edad temprana lo cuidó y se hizo cargo del pequeño. Su amor incondicional y su despojo por los bienes materiales forjaron el carácter de Pedro. Además, le transmitió una cultura casi perdida, que tenía que ver con sus orígenes, y que caló hondo en el espíritu de Pedro, por lo que se sintió parte de la misma y la respetó con todo su ser. La adoración que Pedro sentía por los astros que componían el cielo, principalmente «la reina de la noche» —como él llamaba a la luna— provenía de sus ancestros. Sus antepasados eran los dueños de esta tierra. Pueblo que fue diezmado por los conquistadores. Los pocos que se salvaron echaron raíces, y Pedro y su abuela, por entonces, eran la prueba viviente de esa verdad. El muchacho siempre se sintió un testimonio vivo de esa comunidad aborígen, los comechingones. Antes que el cuerpo de su abuela dejara para siempre este mundo, Pedro recibió un bagaje de conocimientos que atesoraba y recurría cada vez que sentía que los necesitaba. Poseía un diario de memorias que habían escrito los pocos descendientes de los indígenas. Había ido pasando de generación en generación. Luego del fallecimiento de doña Pancha, y por expreso pedido de ella, Pedro cremó su cuerpo en la soledad del cerro, donde se erigían los restos de las construcciones de los *hênîa-kâmîare*, y el viento se encargó de esparcir sus cenizas, lo que tiñó de gris una gran extensión de tierra. El espíritu de su abuela permanecería allí, convocando los vientos de la Madre Naturaleza.

De ese jardín encantado, Pedro recogió unas poquitas flores blancas y las sujetó con una piola para evitar que el viento serrano las desparramara. Sin papel ni firma, las dejó en el marco de la ventana de Elisa, como quien deja una esperanza anclada a la Tierra, rogando a sus dioses que la joven las encontrara.

Su conquista había comenzado.

XVIII

Un amor del pasado

Pedro no acertaba a creer lo que sus ojos veían. Una oleada de aire frío recorrió su espalda empapada de sudor. Miró con detenimiento. La sorpresa de la llegada de Clara fue apremiante, tanto que no podía ordenar sus ideas. ¿No se había marchado para no volver? Atónito, sintió que el tiempo lo arrastraba hasta el pasado, donde Clara le había arrancado de un soplo la vida y le había dejado cicatrices imborrables; por lo menos hasta ese momento. Se había marchado llevándose consigo todo, lo que le asestó un golpe mortal. Se fue con su alma, con su vida. La muchacha que, en aquel entonces, descendía del coche alquilado, con maletas en sus brazos y aires de citadina, lo había herido de muerte, sin ganas de resucitar. Los bullicios laboriosos y las voces de la peonada no pudieron ocultar que ya no era la mujercita que se había ido para conquistar nuevos aires. Su porte era tranquilo, aplomado, femenino. A pesar de su sencillez, vestía prendas modernas, el aire campestre ya no se le notaba. Los gestos parecían de una desconocida.

Pedro estaba seguro de que el amor que sintió por ella había quedado en el recuerdo, no obstante, su regreso parecía una burla del destino. Una cosa era haberla olvidado a cientos de kilómetros, pero otra muy distinta era tener que convivir con un amor del pasado que tanto le había costado enterrar. Un amor aventurado, pasional, inmaduro. Y la desilusión más grande de su vida.

—¡Hija mía! —exclamó Rosa dando un salto cuando vio a Clara poner un pie en tierra cordobesa. Dejando las valijas de los condes a medio hacer, salió exasperada. Su hija pródiga regresaba de varios años de ausencias y nada impediría que la madre saliera al encuentro de modo inminente.

—¡Mamá! —gritó Clara. Su madre descendía las escaleras del acceso principal del palacete de Villa Firma a velocidad máxima.

Al pie de las escalinatas, madre e hija se reencontraron. Un abrazo postergado por años les sacudió el alma.

—¡Clarita, querida! —decía Rosa, mientras le cubría el rostro de besos acalorados—. Déjame verte, ¡estás hermosa! ¡Te he echado tanto de menos, hija!

—Mamita, cuánta falta me hiciste —le confesó Clara, al tiempo que las lágrimas regaban sus mejillas.

—Bueno, bueno, vamos a contarle a tu papá que llegaste. Se va a poner feliz ni bien te vea ese viejo chacuaco —dijo mientras acomodaba entre sus fuertes brazos las maletas cargadas de recuerdos porteños—. Pero ¿cómo es que no me has avisado cuándo llegabas? Podría haberte preparado tu habitación, tu comida... —como era su costumbre, Rosa no paraba de hablar.

La joven necesitaba preguntarle lo que hacía días le asediaba la mente: el reencuentro; y, tomándola del brazo más fuerte para que se callara un instante, le inquirió en un murmullo:

—¿Y Pedro?, ¿aún sigue aquí?

Su madre la miró de soslayo y apoyó en el suelo los bolsos que cargaba en sus manos y, con seriedad, le contestó:

—Sí, hija, Pedro aún vive y trabaja aquí. Tu padre a veces lo ayuda un poco. No quieres encontrártelo, ¿verdad? —Leyendo su mente, cual madre instintiva, acertó con la pregunta.

—No, mamá. No quisiera encontrármelo, por lo menos por ahora. Creo que necesito prepararme para sus planteos y preguntas. No olvides que me fui sin darle demasiadas explicaciones —manifestó, apenada.

—Tienes razón. Le diré a tu padre entonces que venga él a la casa a saludarte, ¿te parece? —concluyó Rosa, comprensiva.

—Creo que será lo mejor. No es momento para encontrarme con él todavía... Sé que no podré esconderme por mucho tiempo, pero no estoy preparada ahora. —Y miró a su alrededor pensando que quizás ya había sido vista.

—Ven, hija, entremos a la casa que doña Firma está dentro y quisiera que la saludes antes que a nadie —recordó Rosa—. Además, debes agradecerle lo buena que ha sido contigo por volver a recibirte sin rencores —manifestó, lacónica.

—Ya lo sé, madre. Y se lo voy a agradecer con trabajo, ya verás. —Se entusiasmó Clara.

Al subir las escaleras, Clara alcanzó a divisar en la fuente a Amanda y a Elisa. El tenue sol otoñal de mediodía las abrigaba y quiso saber quiénes eran esas señoritas con tanto porte y elegancia. En realidad, solo quería confirmar lo que sospechaba: se hospedaban en Villa Firma.

—Son las hijas del matrimonio Silva Bazán. Son excelentes niñas con las que no tendrás mayores inconvenientes. Son españolas y su padre está aquí para ayudar en la empresa a Julián Soler, ¿lo recuerdas? —Clara asintió sin dejar de observarlas conversar—. Además, los condes se van mañana al mediodía, así que el señor Silva les vino como anillo al dedo —razonó Rosa en voz alta.

—¿Y Sara? ¡Estoy ansiosa por darle un abrazo! —cambió de tema Clara.

—Después de que saludes a la condesa, te llevo a la cocina, que está preparando todas las conservas y dulces que le llevarán a Lili. Sabías que está en cinta, ¿no? —le dijo casi en un susurro.

—Sí, me lo contaste ni bien se supo en una de tus cartas —respondió a sabiendas que su madre adoraba dar las primicias.

Al entrar a la casa por la puerta principal, cayó en la cuenta de que en verdad extrañaba a Villa Firma. No había cambiado demasiado en su ausencia.

Algunos adornos nuevos, cortinas de colores y almohadones de origen árabe le daban un toque moderno a la sala de estar. El juego de sillones se veía tan mullido y apetecible como siempre. El piano, aunque habían variado su lugar de ubicación, era la presencia imponente de la música en la casa. Señorial, lustrado y con una enorme cola llamaba la atención de quien entrara. La biblioteca estaba más llena. Libros de diversos temas se mezclaban con enciclopedias de historias, atlas y diccionarios de idiomas. Diarios y revistas que traían de Europa también encontraban su lugar entre los estantes.

La condesa estaba en el escritorio de Odilo ordenando los documentos necesarios para el viaje. Cerró las cajas fuertes y organizó las cartas que serían despachadas luego de su partida. Era una tarea que siempre realizaba su marido, sin embargo, esta vez lo hizo ella. Él se encontraba avocado en dejar minuciosamente detallado el trabajo que lo tendría ocupado a Rafael Silva durante su estadía en Europa. No quería dejar ningún cabo suelto ni nada librado al azar. Sabía que su ausencia podía acarrear serios perjuicios en la empresa. Las maniobras del contador Crespo lo tenían realmente preocupado y quería evitar que Julián y Rafael se enredaran en tan grandes artilugios sucios.

—Sí, Rosa. Adelante. —Firma ya conocía ese golpecito en la puerta.

—Permiso, señito, vengo acompañada —y al decir esto abrió la puerta en forma completa. Ante los ojos de la condesa, apareció Clara, distinta de como se había marchado, sin rebeldía en su mirada. La madurez le sentaba de maravillas.

—¡Clara! ¡Qué alegría tenerte entre nosotros! ¡Cuán cambiada estás y cuán hermosa! Los aires del puerto te han favorecido enormemente. —Y la abrazó. La observación de Firma era la correcta. La ciudad la había mejorado muchísimo en cuanto a sus gestos y modales. No obstante, la capital porteña no le había borrado su belleza; estaba intacta. Su rostro guardaba la misma armonía que tiempo atrás, pero en ese momento sus rasgos eran de una mujer y no de una adolescente.

El cabello castaño y ondulado se encontraba sujeto debajo de su nuca, lo que

le otorgaba un aspecto más adulto. Sus labios se abrían en amplia sonrisa y mostraban una dentadura magnífica.

—¡Señora! ¡Qué alegría volver a verla! —declaró emocionada. Y le habló a ambas—: No me había dado cuenta de cuánto extrañé este lugar hasta ahora que he vuelto.

—Este lugar es especial. Ya lo decía yo cuando compramos la estancia— aseveró Firma convencida del poder enigmático de esas hectáreas.

Había llegado el momento de responder a la buena voluntad de Firma de volver a recibirla y Clara se lo agradeció. Le prometió, además, que no iba a arrepentirse de haber tomado esa decisión. Firma le habló a Clara de sus tareas sin saber que Rosa ya lo había hecho. Escuchó convencida de que sería de gran ayuda en la casa. Sobre todo en ausencia de la cocinera, a quien pensaban llevarla a Europa como de costumbre. Sara se quedaría con Lili hasta tanto encontraran otra cocinera. Al tener huéspedes en la mansión, su trabajo no sería liviano. El matrimonio Silva Bazán se comportaba en Villa Firma como dueños y señores de la casa. Hacían uso libertario de la mansión, al entrar y salir a gusto, al ser atendidas sus necesidades por todo el servicio doméstico día y noche. Estaban habituados a los lujos, pero no menospreciaban el trabajo de nadie y se habían adaptado a las rutinas de la casa principal. Tanto ellos como los condes —sobre todo doña Firma— eran personas simples, de una gran humanidad y jamás marcaban diferencias, más allá de las lógicas según el estrato social.

Clara y Rosa se alejaron del despacho luego de la conversación de bienvenida, ya que Firma se encontraba muy atareada preparando todo. Marcharon hacia la cocina mientras Rosa le acomodaba el cabello detrás de la oreja y planchaba con su mano la blusa beige que su niña, ya crecida, lucía ceñida al cuerpo. Clara tomó a su madre por la cintura y apoyó su cabeza en el hombro de ella para caminar a paso lento y confiado durante el largo corredor que separaba el despacho de la cocina.

Paco ya había sido anoticiado de la llegada de su hija pródiga y aguardaba

con Sara donde se cocían los platos más exquisitos. El hombre —de contextura delgada y unos cuantos años encima— supuso que ese sería el segundo lugar de la casa que visitarían luego de anunciarle a la señora el regreso.

Paco sostenía su sombrero con ambas manos, estrujándolo con nerviosismo y ansiedad. Las lágrimas aparecían indiscretas aun antes de verla. El corazón desbocado le hacía ruido en el pecho. El emotivo reencuentro entre padre e hija les robó el aliento. Se fundieron en un abrazo extenuante. La calidez de la cocina fue testigo de la felicidad que experimentaron. La escena desbordaba ternura. Clara acarició el rostro avejentado de su padre. Lo miró a los ojos y la emoción embargó el centro de su alma. Abrazada a él, le agradeció a Dios en silencio por permitirle volver. Sus padres ya estaban grandes. ¿Cuánto más los disfrutaría? Sin soltar la mano de su viejo, abrazó con la otra a Sara. Había sido su tía del corazón, así la quería, y se dejó llenar la cabeza de besos ruidosos.

Entre palabras de reencuentro y expresiones de sentimientos guardados, fueron cobrando la calma. Una deliciosa limonada actuó, menguando la sensibilidad del encuentro, y les permitió conversar con más ánimo. Aún debían preparar el almuerzo. El último de la temporada, ya que antes del mediodía del día siguiente los condes emprenderían su largo viaje a Europa.

XIX

Una sombra en la noche

Las primeras estrellas y el canto de los grillos anunciaban que la noche comenzaba. Una sombra envuelta en una manta negra se introdujo en Villa Firma por el portón que conocían solo unos pocos y que daba al sendero del rancho de Pedro. Con el sigilo de un gato, evitando las zonas donde la luz de la luna alcanzaba, caminó a paso lento sin hacer ruido. El crujir de las hojas secas, esparcidas por todos los rincones, era el único delator de la presencia de un alma humana.

Pedro se encontraba fuera de su casa con el ánimo revuelto. No había sido una visión producto de su imaginación ni su memoria podía fallarle tanto. Era Clara quien apareció delante de sus ojos, unas cuantas horas antes cuando el día llegaba a su mitad. Además, ¿a quién habría recibido Rosa con tanta vehemencia? Trataba de calmar los nervios fumando un cigarrillo. Su abuela le había enseñado a armarlos y le aseguró que no acarrearía ningún efecto nocivo fumar uno de vez en cuando. Por el contrario, las hierbas secas que lo componían bajaban la ansiedad. Observaba la luna menguante en toda su magnificencia y dibujaba círculos con el humo intentando no volverse loco. Un sonido que conocía bien —el crujir de las hojas al pisarlas— lo dejó expectante. Sus pupilas miraron lejos, tratando de concentrarse en el ruido. Su sentido de audición estaba alerta. Tal y como lo supuso: cada vez más audible,

por lo tanto, cada vez más cercano. Disimulando su sagacidad, le dio la última bocanada al puro. Contuvo el humo en su boca para largarlo lento y preciso unos instantes después. Miró el suelo y, tras levantar el talón, lo arrojó debajo de sus botas para pisarlo. En la misma acción de agacharse, tomó su cuchillo de hueso —herencia de su abuela— de la botamanga del pantalón y esperó que las pisadas se tornaran más próximas todavía. Por el rabillo, alcanzó a ver una sombra. Apoyado en la gran piedra donde se sentaba a aliviar sus tensiones, afirmó las rodillas y, con el cuchillo en la mano, trepó de un salto ligero.

—¡Casi me matas de un susto, animal! ¿Qué estás haciendo aquí afuera? —preguntó la mujer, bajándose la mantilla que le envolvía la cabeza y parte de la cara.

—¡Nuria! ¿Qué haces tú aquí? —reaccionó Pedro, aturdido por la sorpresa—. ¡Podría haberte matado sin preguntarte quién eres!

—No imaginé que estuvieras aquí afuera, pensé en encontrarte dentro y darte una agradable sorpresa —dijo abriendo del todo la manta para mostrar claramente el escote que apenas le cubría el busto. Con su mano derecha, bajó la manga de la blusa y descubrió su hombro sin dejar de mirarlo, lo que le provocó en Pedro un enorme hastío.

—¿¡Qué parte de la conversación que mantuvimos no has entendido!? —Nuria se comportaba como una leona en celo al acorrallar a su presa y lamer el dulce sabor del triunfo, tras suponer que aún podría llevarlo a la cama. ¡Broche de oro al día transcurrido!

—No pensarás que me mantendré alejada de ti, ahora que me has enamorado, ¿no? —Y se acercó hasta rozarle la mandíbula masculina suavemente con sus labios. Despedía un aroma dulzón que invadió el olfato de Pedro.

—¡Basta, Nuria! —asqueado de la situación, la tomó con bastante fuerza por los hombros y la retiró de su órbita de alcance. En un acto reflejo, comenzó a retroceder. La situación se estaba volviendo intolerable. Ya ni siquiera la quería para un momento de placer, y su insistencia la volvía más repugnante

ante sus ojos. Sacársela de encima no sería asunto fácil.

—No es verdad que quieres alejarte de mí, ¿no? —dijo Nuria, simulando desconcierto.

—Sí que es verdad. No quiero saber nada más contigo. Ya no me gusta este juego y no nos conviene que salga a la luz, vuelvo a repetirte —Sin enfurecerla, debía hacerla a un lado. En ese momento, si Príamo se enteraba, todo se iría al diablo.

—¿Has conocido a alguien, traidor?! —exclamó Nuria, al darse de bruces contra la realidad—. No puedes terminar conmigo si no es por causa de otra.

—¡Cálmate! No he conocido a nadie —mintió Pedro—. Tú sabías que esto era circunstancial. A ambos nos servía.

—¿*Nos servía* has dicho? —preguntó Nuria, volviéndose intratable—. Contéstame, ¿escuché bien?

—No quise decir eso. Digo que era algo que a los dos nos divertía y cada uno encontraba placer en el otro. Pero ya sabíamos cuáles eran las condiciones —declaró Pedro, visiblemente contrariado.

—Al diablo con las condiciones. Yo te amo como nunca amé a nadie —le afirmó al hombre que tenía enfrente y que evitaba escuchar esa verdad que presentía. En aquel instante, que todo estaba dicho, se veía envuelto en una situación de la cual no iba a ser posible escapar. ¿Cómo haría para retroceder sin enfurecer más a la leona que se le paraba enfrente y que parecía dispuesta a todo? Elevó los ojos al cielo como en busca de ayuda o una salida y vio la luna más radiante que nunca. Tomó aire para replicar.

—No es posible que me ames, ¡no tengo nada que ofrecerte, no tengo posición, no tengo fortuna, no tengo nada! Sácate ese romanticismo de la cabeza y piensa en ti. No tendrás una buena vida conmigo. Somos muy distintos, no funcionaría —trató Pedro de convencerla. Era una mujer hermosa e inteligente, pero superficial y frívola. No la quería en su vida.

—¡Por favor, Pedro! Concédeme una oportunidad de hacerte feliz. Permíteme entrar en tu vida. Dejo todo por ti. Mi casa, que me ahoga, mi

marido, que me hartó, y hasta mis principios por ti. —El despecho había mudado a súplica, lo cual le pareció mucho peor. Verla en tren de novia abandonada no era mejor que verla enojada. Prefería la rabia que podía sentir ante la ruptura, el despecho por el rechazo, pero el dolor no podía soportarlo.

—Vuelve a tu casa, Nuria. Trata de poner los pies sobre la tierra. Si es que me amas como dices, me olvidarás. Compara tu vida con la que llevarías conmigo y te darás cuenta que no valgo la pena —intentó convencerla.

—Mi vida es la que no vale un céntimo —refutó amargada—. Está bien, hoy me iré, pero no puedo asegurarte que no volveré a buscarte. Así tenga que volver aquí mil veces, tú serás mío, Pedro Saldivia —y arrojó las palabras, cual sentencia. A pesar de la seguridad en el discurso, era fácil advertir el orgullo herido. Sin esperar respuesta, se acomodó el cabello y se secó las mejillas mojadas por las lágrimas derramadas. Los ojos enrojecidos estaban inyectados de indignación. Se embozó nuevamente con la manta y dio media vuelta para emprender la retirada. Alejándose a pasos rápidos, volvió a perderse en la oscuridad del camino que la trajo hasta el rancho del capataz.

Pedro observó su salida y se armó otro cigarro. Ya no se sentía confundido, en ese momento, estaba furioso. Todo se le estaba escabullendo de los dedos, cual arena del desierto. No podía aclarar sus pensamientos. Recién por entonces tomaba consciencia de que Príamo podría enterarse del romance que había mantenido con su esposa. Nunca se lo había imaginado. ¿Qué podría pasar si se enteraba? Ya no era solo un tema a cerrar para conquistar a Elisa. Ya no era solo un asunto de polleras, las complicaciones iban mucho más allá. Se apiadó de su suerte y, mirando la luna nuevamente, elevó una plegaria a sus dioses. Rogó sensatez para manejar la situación, no quería dar otro paso en falso. Su vida debía cambiar en forma radical. Imploró, además, por Nuria. Ella debía darse cuenta de que con él no tenía futuro. Y suplicó, ante todo, por su silencio.

XX

Señales de ilusión

El regreso de los condes al Viejo Continente y la llegada de Clara a la estancia alteraron notablemente el ritmo de Villa Firma y su rutina diaria. En épocas en que Odilo y Firma no se encontraban en Córdoba, los empleados tenían todo bajo control. Las tareas de limpieza y mantenimiento continuaban realizándose, pero el servicio quedaba suspendido. Sin embargo, esta vez no era lo mismo. Sus invitados permanecían en la estancia y los sirvientes tenían órdenes precisas de atenderlos. Rosa seguía ocupando su puesto de «ama de llaves», todo lo que a la casa concernía quedaba bajo su mirada. Además, debía poner su atención en Clara, quien se había sumado al grupo de empleados.

Mientras todo tomaba un nuevo curso, Elisa no dejaba de pensar en Pedro. Su poca actividad conspiraba en su contra. Al tiempo libre, en el que paseaba, leía o conversaba con su familia, debía sumarle los galanteos decididos del joven. Las sensaciones en su cuerpo ante los tímidos saludos matinales o los indecisos cruces de miradas le revelaban que ya no era posible ocultar lo que sentía por ese hombre. La simpleza de su vida, la dedicación al trabajo y la consideración por todos hacían de Pedro un ser respetable. Sin embargo, existía algo en el color de su mirada que velaba su alma, lo que pretendía ocultar. Ella, en cambio, era transparente, el dolor se representaba en toda su

existencia y Pedro, que aún no la conocía demasiado, pudo acertar que algo la intranquilizaba. Ya no se comportaban de la misma manera. Pedro continuaba con sus planes de conquista aun después del desconcierto sufrido por la llegada de Clara. Cada mañana, Elisa encontraba un puñado de flores diversas en su ventana que despedían un perfume mágico y que recreaba hasta su más íntimo anhelo. De los más variados colores, no podía entender que cada día llegaran hasta su ventana. Luego de recorrer los jardines, nunca encontró las mismas especies que misteriosamente aparecían. Eran la amalgama perfecta entre la simpleza de lo silvestre y la belleza de lo refinado. Amanda, que presenciaba cada hallazgo, suponía de dónde provenía.

—Tiene que ser Pedro —repetía una y otra vez.

—Pues espero que no sea. Sería de muy mal gusto de su parte, teniendo un romance con otra mujer —replicaba mientras acomodaba las flores en un jarrón con agua fresca que encontraba todas las mañanas. El brillo de la galantería irradiaba luz en la habitación, y Elisa comenzó a acostumbrarse a su presencia y aroma. Todo se embargaba de su esencia y el día tomaba otro color.

—Hablas como mamá —se molestaba Amanda—. Quizás ya terminó con esa *señora*... o quizás nunca estuvieron juntos. Ya me lo dijo Roquecito, ¿te acuerdas? Pedro es admirado por toda clase de mujeres, y todas quieren tenerlo en su cama —alegó en un susurro, de modo cómplice.

—Te he dicho que no me hables del tema, hermana. Además, no quiero que un ser tan bajo, que va enamorando a mujeres por todo el pueblo, me haga regalos de ningún tipo —afirmaba con dureza.

—Cuando te cierras de esa forma, ¡eres imposible! —Y resoplando, se dejó caer en su mullida cama cubierta de blancos edredones—. Voy a seguir averiguando y si tengo que hablar con el mismísimo Pedro para sacarnos la duda, ten por cierto que lo haré.

—Te lo prohíbo terminantemente —la cortó con brusquedad y se retiró de la habitación.

Amanda volvió a acomodarse en la cama, reflexionando sobre la obstinación de su hermana. Ensayaba conversaciones con Pedro que no se animaba a entablar. Sabía que Elisa se estaba enamorando y tenía la total certeza de que él también. ¿De dónde provenían esas flores, si no?

En la amplia cocina, Clara se debatía entre el estofado y sus pensamientos. El olor de las preparaciones siempre la calmaba y entretenía, pero esta vez no podía concentrarse de forma completa. Estar tan cerca de su primer amor le había trastocado un poco los sentidos. Después de su fracaso con el chef italiano y con la guardia baja, mascullaba la idea de hablar con Pedro. Era inevitable. Antes de un encuentro involuntario, que los tomaría a ambos por sorpresa, prefería dar el primer paso. Ya sabía que él la había visto. Sin embargo, no alcanzaba a comprender por qué no se había acercado todavía. Podría ser por dos motivos —o alguno de ellos—: resentimiento o dolor. Volver a Villa Firma sin aires de progreso y con metas ya cumplidas, le hacían ver todo de otra forma. En un acto de impulso, retomó a sus viejas prácticas adolescentes y, tras tomar una servilleta y un bolígrafo, escribió:

Te espero, cuando baje el sol, en el lugar de siempre. Necesito hablar contigo.

Y, tras garabatear el símbolo con el que firmaba sus notas, salió decidida. Lo llevaría hasta el rancho de Pedro para dejarlo pegado en su puerta. Como antes, cuando recién comenzaban a verse secretamente. Necesitaba realmente conversar con él; hubiera preferido que fuera de otra forma, pero las cosas se habían dado así y él tenía que entenderla si ya no lo había hecho. Al salir al patio, se topó con la imagen de Elisa, que leía bajo el sol de junio, en un excepcional cálido día de invierno. No pudo evitar mirarla y tardó solo un instante en convencerse de que era hermosa. Por un momento, hasta sintió

envidia de ese rostro. Su atuendo celeste y el cabello suelto en graciosos bucles resaltaban sobre los tonos secos del paisaje serrano, digna imagen de un óleo. Desechando cualquier pensamiento y volviendo a concentrarse en su cometido, esquivó las caballerizas y tomó el atajo que conducía a la morada de Pedro, intentando no encontrárselo. No quería detenerse, ya que había dejado la hornalla encendida con el estofado de conejo para el almuerzo.

Al llegar al rancho, una sensación de lo conocido le embargó el ánimo. Sin pensar demasiado, entró y dejó la nota sobre la mesita de la cocina debajo de un cacharro. Doña Pancha lo había creado con sus propias manos. Dio media vuelta para regresar a la casa y un objeto, que colgaba del cuadrito de la Virgen de Luján, llamó su atención. El collar de caracoles. *Su* collar. Pedro se lo había regalado la noche en que ella le confesó que dejaba Villa Firma y, antes de partir, se lo había devuelto. La muchacha se detuvo un instante. Lo tomó entre sus dedos, hizo tintinear los caracoles y una lágrima rodó por su mejilla. «Cuánto mal te hice», pensó angustiada, pero estaba dispuesta a pedir perdón si era necesario.

Salió del lugar a pleno sol del mediodía, rogando que Pedro encontrara la nota y asistiera a la cita.

—Este estofado es de los mejores que he probado —acotó Rafael, mientras degustaba los primeros bocados del almuerzo.

—Sí, muy delicioso. Desde que llegamos a Argentina, hemos comprobado que cocinan exquisitamente —coincidió Catalina. Mientras Rosa servía agua fresca en las copas de cristal tallado que utilizaban en los almuerzos, le preguntó a su marido—: ¿Cómo van las cosas en la empresa ahora que Odilo ya no está?

—Y tratamos de que las cosas funcionen. Entre Julián y yo estamos armando un buen equipo de trabajo. La verdad es que lo más difícil va a ser

desenmascarar al contador. Si supiéramos cómo comenzar a desovillar la madeja... —hablando más para sí mismo que para el resto de su familia, Silva se mostró preocupado.

—Será un asunto complicado, seguramente. Por algo Odilo no pudo hacer nada, o no se atrevió a ello —terció Catalina.

—No mujer, no lo entiendes. Ni lo uno, ni lo otro. Crespo fue la mano derecha de Odilo durante toda su vida comercial. Los unen otro tipo de intereses, además de un afecto enorme que, obviamente a esta altura, ya está quebrado —argumentó Rafael—. ¡Eran como hermanos! Fue una gran desilusión para Rafael convencerse de la mala jugada de su amigo.

—¿Y es necesario desenmascararlo? Es decir, ¿no podrían solo despedirlo o solicitarle la renuncia? —preguntó Catalina.

—No, Catalina, no es así de fácil. No solo por los proyectos en común, sino por el acceso a la información que siempre tuvo y por el manejo de la cuestiones contables. A Odilo no le sirve echarlo sin más. Necesita pruebas concretas del fraude. —Y dirigiéndole una mirada rápida a su esposa, ella entendió que no era momento de seguir cuestionando sobre el asunto. Cambiando de tema, agregó—: Antes que lo olvide, Julián vendrá por la tarde a reunirse conmigo, fuera de la empresa, porque allí las paredes oyen —y hablándole a Rosa que se encontraba detrás de ellos para asistirlos en lo que necesitaran, agregó—: Rosa, dígale a su hija que prepare alguna tarta de frutos secos o galletitas horneadas para convidar al señor Soler, que tomará el té esta tarde en Villa Firma.

Oído esto, las hermanas se miraron y un brillo pícaro se instaló en los ojos de Amanda. Solo Elisa lo notó.

Luego del almuerzo, se retiraron a sus habitaciones a descansar un poco. Amanda y Elisa conversaron del recibimiento a Julián. No era la primera vez que los visitaba, pero siempre lo hacía de manera formal, por asuntos relacionados a la empresa, para conversar con Silva o con Odilo cuando este aún se encontraba en Argentina. De todos modos, Amanda siempre se enteraba

de su llegada y realizaba esas apariciones «espontáneas» o trataba de estar en el patio delantero para generar una pequeña conversación entre ellos o, aunque sea, un saludo. Siempre se preparaba como si de una visita personal se tratara. Se bañaba en sales recuperadas de Europa, que llegaron entre sus pertenencias, se peinaba y se perfumaba con esencias francesas.

«Ya llegará el día en que Julián venga a visitarme exclusivamente a mí», repetía hasta el cansancio. «Mientras tanto, aceleraré el proceso». Y ambas reían de las ocurrencias de Amanda.

—¿Qué te pondrás esta vez? —preguntó Elisa.

—No lo sé, ven. Ayúdame a escoger algo bien bonito —entusiasta, la tomó del brazo y la arrastró hasta el mueble que contenía los vestidos.

—¿Te parece el púrpura o el verde? Nunca sé por cual decidirme. —Y se ubicó frente al espejo del tocador estilo Luis XV con un atuendo en cada mano.

—Creo que te sienta mejor el púrpura. Además, casi va a ser de noche cuando se produzca el encuentro —le soltó Elisa en medio de una carcajada. Dejó el verde sobre la cama y se pusieron a danzar en posición de vals. Sonreían al unísono, la una por la otra. No importaba en realidad cuál estuviera feliz, ambas lo eran cuando una de ellas lo era. Se miraban mientras giraban al ritmo de una música inventada, al ritmo de sus corazones, en el espacio que las camas y el placar les permitía.

—Adelante, señor Soler. El señor Silva lo espera en el despacho —lo recibió la conocida sonrisa franca del ama de llaves.

—Gracias, Rosa. Tú tan amable, como siempre —expresó, dándose paso al despacho del conde.

Antes de llegar a la puerta, se encontró con Amanda que bajaba la escalera alegremente. Julián la encontró particularmente hermosa. El color púrpura le

sentaba de maravillas y el peinado —fresco y elegante a la vez— le remarcaba las facciones femeninas del rostro: una media cola, que solo recogía los mechones de ambos costados de la cabeza, terminaba en un broche de perlas entrelazadas con canutillos púrpura que se perdían entre el cabello con cada movimiento. El aroma que desprendía la muchacha lo terminó de convencer que le encantaba verla. Esperó sonriendo que llegara al pie de la escalera para tomarla de ambas manos y besárselas sin despegar la vista de sus ojos. Amanda creía que no soportaría más los latidos acelerados de su corazón.

—Buenas tardes, Amanda. Esta usted bellísima hoy —la saludó cuando pudo incorporarse.

—Gracias, señor Julián. Usted siempre tan caballero —atinó a responderle.

—Su padre me está esperando en el despacho, pero voy a confesarle que esta vez no voy a perder la oportunidad de preguntarle si me permite venir a la finca, en alguna ocasión, para visitarla —le dijo bajando la voz intencionalmente, a modo de susurro.

Ante el sonrojo y la risita nerviosa de Amanda, Julián supo que estaba esperando esa confesión.

—Ahora debo irme, señorita. Sepa usted disculparme, pero el deber me llama. —Y le besó nuevamente las manos que aún no había soltado.

XXI

Collar de caracoles

El sol aun brillaba imponente en el cielo. Las nubes corrían en grandes masas formadas de algodón blanco. La jornada finalizaba sin contratiempos. El trabajo bien hecho tranquilizaba la consciencia de Pedro. Cada tarde recibía el reconocimiento del deber cumplido. El sendero era la pausa que necesitaba entre el día laborioso y el ingreso a su verdadera vocación: la alquimia. Artesano por esencia, desplegaba todas sus virtudes en la fabricación de productos naturales. Siguiendo siempre las enseñanzas de su abuela, elaboraba, transformaba, experimentaba. Mantenía en secreto su oficio de alquimista, no por vergüenza, sino porque no necesitaba contárselo a nadie. Por las noches, desplegaba con entusiasmo lo que en verdad le apasionaba.

Al ingresar a su rancho, Pedro notó que alguien ya lo había hecho. En puntas de pie y maldiciendo, se movió en la pequeña estancia. ¿Quién habría violado su confinamiento? Todo hacía suponer que se trataba de Nuria. Mascullando su nombre, pensó que la encontraría dentro. Dio un rápido golpe de vista y halló la nota sobre la mesa. La tomó con desconfianza y reconoció de inmediato la caligrafía dibujada en la servilleta. Soltando despacio el aire sostenido en sus pulmones, la leyó detenidamente. Clara le estaba dando la oportunidad de cerrar esa etapa de su vida, de comportarse con valentía para decirle a la cara que ya no sufría por ella. Era el momento de soltar las cadenas que aún lo

tenían ligado al pasado y mirar su presente. Y su futuro. Sin pensar demasiado, se asomó por la ventana para comprobar que todavía tenía tiempo de higienizarse un poco. Salió al patio y, tras cargar la fuente con agua, se encerró en lo que consideraba su baño y comenzó a echársela encima. El líquido apenas tibio reconfortaba sus músculos cansados. El efecto tranquilizador se multiplicó hasta aclarar sus pensamientos. Sabía que tenía que actuar de esta forma y dejar atrás todos los acontecimientos de otras épocas. Pedro Saldivia debía llegar sin heridas, sin rencores, sin amores contrariados a la vida de Elisa. Y solo pensar en ella le bastaba para tomar las decisiones correctas y actuar con coherencia. Se secó en forma rápida y se vistió a toda prisa para llegar con antelación al lugar determinado. Eligió una fragancia que Clara no reconociera para no confundirla y se aplicó unas gotas en el cuello y detrás de las orejas. Justo antes de salir de su rancho, recordó que debía hacer algo. Volviendo sobre sus pasos, tomó el collar de caracoles y lo miró. Rápidos pasajes atravesaron su mente: el entusiasmo al recoger los caracoles, su elección cuidadosa, la dedicación con la que lo había fabricado, el momento de obsequiarlo... el instante del regreso. Lo colocó dentro del bolsillo de su camisa y desechó cualquier emoción que pudiera desconcentrarlo. Había llegado el momento de cerrar esa etapa. Su antiguo amor quedaba en el pasado.

Sentado en la gran roca que miraba hacia el poniente, esperó la caída del sol. Observó cómo el cielo se teñía de pronto de un tono violáceo en la línea del horizonte. Las cumbres más altas comenzaban a pintarse de un rojo sorprendente. Encendió un cigarro para matar el tiempo. La visión que desde allí tenía le acercó a su memoria los recuerdos de su romance con Clara. Dos adolescentes se entregaban al amor de modo inexperto, apasionado. Quizá por la edad no habían tamizado las consecuencias. Ambos se enamoraron con locura. Se amaron sin tapujos, sin prejuicios, como se ama por primera vez; sin cuidados, sin pensar en quién resultaría herido... Por un lado, añoraba lo feliz que allí había sido y, por otro, evocaba el dolor cuando la joven le

comunicó que se marchaba. La noche fatídica de la confesión había sido igual a otras noches, sin embargo, Clara guardaba dentro de ella un puñal que se clavaría por años en la espalda de Pedro. El collar iba envuelto en una bolsita de arpillera, lo único que había encontrado. «¿Qué importancia tiene el envoltorio?», se había preguntado con una sonrisa en los labios. Solo iba envuelto para sorprenderla. Todo fue muy rápido: luego del abrazo cotidiano, Pedro le entregó el pequeño obsequio. Clara lo había abierto pensando en lo que tenía para decirle. La importancia del collar se había esfumado cuando, acto seguido, la muchachita le exponía su idea de marcharse. Nada volvió a ser igual. Sus caminos se habían dividido. Luego de la partida —a los pocos días de la última charla—, Pedro había vuelto a aquel sitio varias veces a buscar explicaciones, a huir de su soledad, a repasar los hechos una y otra vez. Pero tuvo en cuenta que desde el momento en que Elisa llegó a Córdoba, ni siquiera había recordado ese lugar como escenario de los encuentros. Inmerso en el mar de las memorias, sacó el collar perlado que traía en su camisa y, tras advertir que alguien se acercaba, levantó la vista. Vio aproximarse la figura femenina de su primer amor.

Al verlo, Clara apresuró el ritmo. No sabía cuánto tiempo hacía que la esperaba. Subió las cuestas a pasos rápidos con el corazón saliéndole del pecho.

—Hola, Pedro —logró mencionar sin acercarse demasiado, pero fijando la vista en sus ojos. Quería ser cautelosa, no sabía con qué se encontraría. Habían pasado muchos años y veía la madurez en los ojos del muchacho.

—Clara —respondió él.

—Gracias por haber venido. Por un momento pensé que no lo harías y hubiera estado bien.

—Ante todo, soy un hombre hecho y derecho. Lo sabes. Dudo de que no lo recuerdes.

No esperaba esa respuesta. La seguridad se filtraba en la voz cascada y profunda de quien le hablaba a corta distancia. Sin dejar de mirarse a los ojos,

comenzaron a familiarizarse con el rostro, con las expresiones, con la voz del otro y cayeron en la cuenta de que eran dos viejos conocidos que la vida había desencontrado de modo caprichoso. Clara se sentó en la misma piedra que Pedro y, respetando cierta distancia, absorbió el aroma limpio que Pedro despedía; advirtió que era desconocido a sus recuerdos. Retomó la conversación luego de unos segundos eternos.

—Quiero pedirte disculpas. *Necesito* que me perdones —y marcó la palabra «necesito» con mayor énfasis, como si se hubiera tratado de un ruego, como si el perdón hubiera quedado estacionado en el tiempo, suspendido hasta el momento de la respuesta.

Pedro no quiso interrumpirla y no contestó. Miró al horizonte. Nada había cambiado en este tiempo, todo estaba en su sitio: las rocas, los espinillos, el pajonal, los caminos. Solo en sus corazones se debatían luchas internas. Solo entre ellos se percibía la energía que intentaba sanarlos. Liberarlos.

—Quiero que sepas que nunca dejé de pensar en ti. Cada día en Buenos Aires, *algo* me traía a la estancia. Un sabor, un aroma, un gesto, un nombre... Siempre estuviste en mis pensamientos. Y cuando comprendí el mal que te habría causado con mi partida, no tuve el valor de analizar si había valido la pena.

—Valió la pena si tú conseguiste lo que fuiste a buscar —manifestó Pedro, aunque no estaba seguro de haberlo pensado así en algún momento, sino hasta ese instante. El adolescente herido se había ido detrás de ella. Cada noche que la lloró algo moría en su interior. En aquel entonces, un hombre con la madurez suficiente para darle esa respuesta se encontraba delante de ella.

—Conseguí crecer en mi vida profesional, conocí otro mundo, otra cultura. Supe lo que era estar lejos de los afectos. Más de una vez quise dejar todo y volver a la seguridad de Villa Firma. Pero entendí que nada se logra sin esfuerzo. Y quería probarle al mundo y a mí misma que cuando tienes una meta, debes hacer hasta lo imposible para alcanzarla.

«Cuando tienes una meta, debes hacer hasta lo imposible para alcanzarla».

Precisamente eso era lo que él estaba haciendo con Elisa. ¡Cuánta razón tenía Clara! ¿Por qué, entonces, no dejar de castigarla por algo que él ya había superado?

—Ya pasó, Clara. No tienes que pedirme perdón. Las relaciones tienen un principio y un final. Dejar de amar es tan inevitable como hacerlo —al decir esto, liberó su alma. Cadenas invisibles pero pesadas se evaporaban de modo instantáneo. Todo el sufrimiento de años volaba a otro sitio, tras desplegar alas desconocidas.

—Gracias, Pedro. No esperaba menos de ti. Siempre fuiste un gran hombre... —y quiso decirle que nunca había conocido una persona tan íntegra; que aún podría amarlo desde su adultez y no desde la pasión adolescente. Tuvo también la intención de decirle que estaba más hermoso que nunca, que los años le sentaban de maravillas... Pero no pudo. Prefirió correr el riesgo de no encontrar otra oportunidad para hacérselo saber. Le alcanzaba con que se hubiera acercado y la hubiese tratado con tanta cordialidad, a pesar de todo el sufrimiento que le había causado.

Las facciones de Pedro se atemperaron. Ya no mostraba la rudeza en el gesto de su boca. Ya no se encontraba a la defensiva por temerle a la tentación escondida por años, ya le había ganado al tiempo de amoríos con la joven cordobesa. Le acercó el puño cerrado justo a la altura de sus ojos, lo abrió y desplegó el collar que había mantenido en su mano y que Clara reconoció colgado en el rancho.

—Supuse que lo harías —manifestó ella, tras adivinar su intención. Sus dedos querían traicionar su temple, querían acercarse hasta rozar su mano; probar quizás que aún tenía algún poder sobre el muchacho. Sabía que no era lo correcto y que el tiempo y la distancia hacían estragos si se lo proponían. Y no lo hizo.

—Es tuyo. Siempre lo fue. No debería habértelo aceptado cuando lo dejaste. Pero no tuve el valor de arrojarlo a la basura. En los peores momentos, tenerlo entre mis manos era como tenerte cerca. Te pertenece y ha estado esperando a

que regresaras para volver a ti. Puedes hacer con él lo que desees. —Y tomando la mano pequeña, la giró para que el collar descansara en su palma. La cerró sobre el colgante, sin dejar de mirarla a los ojos. Una lágrima destelló en la mejilla de Clara, quien entendió que la historia estaba cerrada para Pedro. Él le acarició el rostro, secándolo, y apoyó sus labios sobre la mejilla suave de la joven para sellar lo que sería el final de ese amor que tantas noches le había quitado el sueño. Clara cerró sus ojos y aspiró el olor que se desprendía de la mano que la rozaba, quería recordar ese perfume al absorber la fragancia alimonada.

Pedro se levantó con pesadez de la roca que compartían y, guardando el recuerdo del momento en que se despedía del amor adolescente, se alejó sin volver a mirarla.

XXII

Esencia de jazmines

Los vientos fríos y secos surcaban las sierras y se colaban entre las grandes rocas que cubrían las cumbres. El invierno comenzaba a golpear Villa Firma con dureza. El aire se volvía más puro y refrescante, se hacía más dificultoso respirarlo. Los serranos —que ya estaban habituados— casi no sentían el cambio. Los extranjeros necesitaban acostumbrarse. Pese a todo, Elisa amaneció esperanzada de salir de la casa a dar un paseo. El encierro la agobiaba y caminar le aclaraba un poco las ideas. Sabía que Amanda no aceptaría acompañarla; lo haría de todas formas, con o sin ella.

Como todas las mañanas, encontró el ramito de flores al abrir la ventana. Las yerberas corales y los helechos plateados alegrarían la habitación de modo exquisito, pensó. Mientras las acomodaba en el jarrón no dejaba de preguntarse de dónde saldrían, ya que el crudo invierno apagaba la vida de las flores.

—Cada día abres la ventana más temprano —dijo Amanda intencionalmente y se cubrió la cabeza con el blanco acolchado de plumas que descansaba pesadamente sobre su cama. Su hermana tenía razón y Elisa lo sabía. Sonriendo, no llegó a contestar nada. La incertidumbre de no saber si encontraría su ramito cada día la entusiasmaba tanto que apenas podía esperar a que amaneciera para realizar el hallazgo.

Luego de vestirse y acomodar su cabello en una media cola sencilla, salió de sus aposentos. No sabía si encontraría a alguien en el comedor, por lo que bajó directamente hasta la cocina, donde Rosa reservaba calentito el desayuno. En más de una oportunidad su padre amanecía tempranísimo y, antes del alba, ya partía hasta Córdoba. Su madre aprovechaba para leer o rezar el rosario, aún acostada en su cama.

Con apetito considerable y guiada por el aroma a café fresco, descendió las escaleras. Sin pasar por el comedor, llegó directamente a la cocina. Al ingresar, se topó con una presencia que no esperaba y la sorpresa la dejó sin habla. Pedro se encontraba sentado en la punta de la mesa más cercana a la puerta que daba al patio. Bebía en una taza rústica lo que ella supuso café. El recipiente simple era muy distinto al que utilizaban para servir el desayuno en el comedor. Rosa le acercaba a Pedro unas rodajas de pan, mientras conversaban amistosamente. Se notaba que existía entre ellos afecto grande, confianza y cercanía. El corazón de Elisa comenzó a correr desbocado. Los pómulos se encendieron de un carmín encantador, como cada vez que lo veía. Intentaba disimularlo al bajar la cabeza y al acomodar su cabello, aunque siempre lucía perfecto. Sus dedos índice y pulgar acariciaron la pequeña perla rosa que adornaba el lóbulo de su oreja. Se los veía como familiares, sin serlo. La temperatura adentro era ideal y los sabores se mezclaban unos y otros, con delicia. El ambiente creado en la cocina era cálido, acogedor. Deseó permanecer allí.

—Buen día, señorita —logró decir Rosa, apenas la vio.

—Buen día, Rosa. —Y cambiando la dirección de su mirada, bajó su cabeza en señal de saludo para Pedro.

—Señorita Elisa, de haber sabido que amanecería tan temprano le hubiera dispuesto el desayuno en el comedor. Su señora madre aún descansa y a su padre apenas lo vi cuando se echaba al cuerpo una taza de café con leche.

—Está bien, Rosa, no se preocupe. Decidí venir directamente hasta aquí, tentada por el aroma.

—¿Desea sentarse, señorita? ¿Le sirvo el desayuno aquí?

—Sí, Rosa. Si no molesto, preferiría tomar mi desayuno aquí. No me agrada hacerlo sola —y dicho esto acomodó una silla al otro extremo de la mesa. Nadie se atrevería a contrariarla, sin embargo, por educación, Rosa podría haber insistido en servirle el desayuno en el rincón del comedor que los primeros rayos de sol de la mañana iluminaban. La mesita redonda de patas torneadas, acompañadas por dos silloncitos de terciopelo terracota bordado en filigranas de oro, era el sitio ideal y acogedor para desayunar en soledad. Las cortinas corridas en tono manteca de la ventana del frente servían de marco para la vista que atravesaba el vidrio por su estampa. Todo el predio serrano se apreciaba desde ese lugar.

—Como desee, señorita. Voy a servirle el café que aún está calentito.

—Gracias, Rosa.

Pedro se sentía embargado de felicidad, aunque intentaba que su rostro permaneciera inalterable. Un gesto lo delataba: el brillo de sus ojos parecía agrandarlos. Un acto tan íntimo y tan genuino como compartir la mesa, le cosquilleaba el alma. La veía muy bella, angelical. Su rostro claro, despejado, y su sonrisa mañanera entibiaban su espíritu. Estaba enloqueciendo por esa jovencita que un día cualquiera desembarcó en tierras sureñas. La sangre le hervía por dentro, perdía la razón con solo verla. Un volcán de pasiones se desataba en su interior, sin embargo, aún no era tiempo de avivar.

Luego de servirle a Elisa el desayuno, Rosa salió de la cocina para buscar la leña que Paco estaba cortando. Aprovechando, tomó la pava y el mate para cebarle algunos.

Pedro y Elisa se encontraron solos en la cálida cocina, respirando el mismo aire, el aroma a café, compartiendo la sencillez de la mesa. Sin embargo, ninguno pronunciaba palabra. Los sonidos crujientes del desayuno rompían el pesado silencio que horadaba el momento. Se buscaban con timidez, con picardía en la mirada, simulando no advertir la presencia del otro. Ambos se empecinaban en ocultar la atracción que sentían. Elisa examinó la mesa

buscando la miel y, al notar que se encontraba apoyada en la mesada, se aproximó hasta esta. Al girar para volver a su sitio, se encontró con Pedro de pie, detrás de ella. La cercanía era tal que Elisa no pudo moverse, ni siquiera para esquivarlo. Tampoco quiso hacerlo. Acercándose más, el muchacho bajó la vista hasta posarla en los labios carnosos y rosados de la joven, que se sintió cautiva cuando él apoyó sus dos manos en la mesada para apresarla. Un hormigueo en el pecho le aceleró los latidos. Y otra vez el aroma de la piel morena la embelesó. Quiso cerrar los ojos para disfrutar de su fragancia, pero no se atrevió. Un rayo de sol dorado se coló por la ventana para acabar rozando los labios húmedos de la muchacha. Las pupilas de Pedro reflejaron el atrevimiento de la luz, como si el hilo invisible que unía el deseo se hubiera hecho a través de ella. Sus miradas se toparon sin distancias. Aspirando el aire agitado que Elisa exhalaba, Pedro volvió a mirarla a los ojos y le dijo:

—Luego de que acabe su desayuno, quisiera mostrarle un lugar. —Y dio media vuelta para salir de la cocina. Al llegar a la puerta, le volvió a hablar —: Póngase ropa más cómoda, iremos a caballo —finalizó la orden. Divertido, comprobó que seguía parada en el mismo sitio donde él le había hablado. Su vulnerabilidad la volvía más encantadora. Su fragilidad lo conquistaba.

Sin apetito y con el estómago revolucionado, ya no pudo volver a sentarse a la mesa y corrió hasta su habitación. Como huyendo de la realidad, cerró la puerta detrás de ella con la respiración agitada.

—¡Amanda! ¡Despierta! —dijo mientras le corría el cobertor y le quitaba la almohada de su cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —llegó a preguntar mientras se retiraba el cabello de sus ojos.

—Escucha lo que acaba de sucederme en la cocina.

—¿Y qué hacías tú en la cocina? —preguntó Amanda, sin comprender demasiado, tal la sorpresa mañanera.

—¡No importa! Luego te explico, pero necesito que escuches lo que me

sucedió —y comenzó a contarle a Amanda el episodio.

—¿Qué haces que no te cambias de ropa? —dijo Amanda levantándose de la cama para abrir la puerta del mueble, todo en un solo movimiento.

—¿Tú estás loca? No pienso ir —contestó Elisa con aires de indignación.

—¡Debes ir, Elisa! Debes preguntarle qué lo une a esa mujer.

—¿Y para qué quisiera yo saber eso? —intentó mentirse y mentirle a su hermana, cosa que no logró.

—Debes saberlo. Esta intriga no nos deja continuar. —Y acercándose, la tomó de la mano—. Vamos, Elisa, es necesario que lo hagas. —Y la condujo hasta el mueble para mudarse de atuendo.

Elisa se dejó guiar por su hermana mayor. Mientras se preparaba, acumulaba distintos sentimientos: ansiedad, nervios y hasta un poco de miedo de enfrentarlo.

—¿Qué le diremos a mamá? —Elisa acababa de recordar que no había muchas actividades en Villa Firma.

—Le diremos que... ¡Que fuiste a andar a caballo por las sierras! ¿Estamos de acuerdo? Y, ahora, apresúrate. Cuanto antes salgas, más tiempo ganarás con mamá. —Cruzando los dedos en complicidad con su hermana, se abrazaron y Elisa abandonó la casona a toda prisa.

—Ya estoy lista, Pedro —se presentó en los establos. Elisa vestía de manera exquisita y un peinado recogido en la nuca le sentaba de maravillas. Su chaqueta caqui y sus botas de montar le conferían un aire soberbio, altivo. El pantalón ajustado tentaba sobremanera a la altura de las caderas. Sus curvas tenían el encanto de lo femenino. Sin mencionar palabras, Pedro le sonrió con sensualidad y terminó de ensillar a Gitano. Su intuición le decía que vendría. Y pocas veces se equivocaba. Se colocó el sombrero y, con un ademán, la invitó a acercarse al caballo para subir. Elisa, en el mismo silencio, se acercó

a Gitano, y Pedro la subió como lo había hecho la primera vez. Ese hombre transmitía una magia que la extasiaba.

Salieron del establo alejándose de la casa a paso lento. Bajaron por el arroyito que corría tranquilo y cristalino. Mientras rayaban su vera, Elisa rememoró el momento en que vio a Pedro por primera vez y cerró sus ojos para concentrarse solo en el sonido del agua. Soslayando la prudencia, sus manos acariciaron la cintura y el vientre de Pedro, quien sonrió estremecido ante la sorpresa del contacto, al sentir en su espalda el roce de sus pechos que subían y bajaban por el movimiento del trotecito. Luego de recorrer unos cuantos metros por la orilla, comenzaron a subir, lo que dejó atrás el paisaje verdoso para internarse en la zona más rocosa de las sierras. Hicieron todo el trayecto a paso lento. Gitano comenzó a saltar de roca en roca, ya que no quedaba terreno sin ellas. El color del cielo era plumizo, se confundía con el cerro. Llegando casi a la cima, tomaron un camino que la rodeaba y, al cabo de unos metros, la fisonomía del lugar volvió a transformarse. La vegetación se hizo cada vez más espesa y hasta parecía que el sol de invierno la iluminaba. Bajaron hasta un vallecito que se formaba entre las cumbres. Pedro frenó la marcha y, girando sobre el anca del caballo, le pidió a Elisa que le permitiera hacer algo. Desató su pañuelo que llevaba anudado en el cuello y lo apoyó suavemente sobre su rostro. Desconcertada, cerró los ojos. Una vez más aspiró un perfume agradable. A campo, a limón.

—No tenga miedo, señorita. Quiero que sea una sorpresa —le habló con ternura.

Elisa no pronunció sonido y solo asintió con la cabeza. Con sus ojos vendados, Pedro sintió unas ganas inmensas de besarla, mas se contuvo. Pudo estudiar con detenimiento sus facciones y notó un lunar casi imperceptible, muy cercano a la comisura de los labios. Levantó la mano y con el dedo lo señaló, casi rozando su piel. Apretó el puño y cerró los ojos para frenar el impulso de la caricia que provenía de las entrañas de su ser viril. Se obligó a concentrarse en el camino y continuó la marcha hasta llegar a la parte más

profunda del valle. Descendió del caballo y, con Elisa aún sobre Gitano, los condujo hasta un gran árbol de hojas verdes. En la oscuridad y sin Pedro delante, Elisa descubrió el aire fresco que le acariciaba sus mejillas. En las sierras era puro, sin embargo, en este lugar se respiraba una mezcla de distintos aromas: hierbas frescas, flores, árboles, arbustos, tierra mojada, agua...

—Le ayudaré a descender del caballo —le dijo Pedro.

Elisa lo dejó hacer. Con su visión nula, los demás sentidos cobraban intensidad. Los aromas eran profundos, diáfanos. Las sensaciones con el tacto se volvían más agudas. Hasta la voz sonaba cada vez más grave. Sintió sus manos fuertes y grandes que se apoyaban en su cintura. Retirándola de su aletargada comodidad, la tomó con firmeza y la bajó de Gitano para depositarla en el suelo. Pedro se colocó detrás de ella y lentamente le fue desatando el pañuelo que tapaba sus ojos de almendra.

—Ábralos con cuidado, señorita. Estuvieron un buen rato tapados y la luz puede molestarle —le habló muy cerca de su cuello, lo que le erizó la piel.

Siguiendo los consejos de Pedro, levantó sus párpados con suavidad para dejar que sus pupilas se llenaran de a poco con la luz que embargaba todo alrededor. No acusaba lo que sus ojos veían. Un valle iluminado mostraba vastas flores de diferentes especies y colores. Arbustos de media altura desbordaban de pequeñas flores rosadas. Pompones amarillos caían de los árboles en gajos largos, interminables. Una hilera de árboles de la misma especie desplegaba ramilletes de flores ínfimas en distintos colores: blancas con el centro rosa, lilas, salmón, rosadas. Los cerezos blancos y rosas se recortaban del paisaje, y esfumaba con su delicada belleza lo que se encontraba detrás. El rojo intenso teñía los pétalos que se abrían a la vida en forma de flor. Más allá, entre las piedras, crecían, adheridas al suelo, florcitas naranjas con destellos amarillos. Una pequeña elevación se hallaba cubierta de tulipanes coloridos y entre ellos asomaban blancas campanitas, que cortaban la intensidad del color. Hierbas medicinales de todos los tamaños y

sabores integraban un rincón alejado del florido, donde eucaliptus, laureles, melisa, aromos, marcela despedían agudas fragancias cuando el viento las acariciaba. Arbustos enormes de lavandas tupían de color y olor la brisa. Pequeños plumerillos volaban inquietos y se elevaban al cielo. Árboles que parecían haber tomado el color de la tierra para pintar sus hojas. Verdes penetrantes pintaban las grandes hojas de una deliciosa monstera. En el centro de la abundante naturaleza, una laguna protegía de la sequía a su orilla y dejaba que las totoras y los camalotes también fueran parte de tan bello paisaje. En su exquisita pureza, flores de loto emergían de la superficie del estanque. Simples, blancas, tan perfectas que sus pétalos puros se abrían en armónico círculo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Elisa, cuando por fin pudo hablar.

—Este valle es mi lugar en el mundo. Mis ancestros, los *hênîa-kâmîare*, supieron ocultarlo de manos ambiciosas que nunca pudieron encontrarlo. Aquí crecen todas las especies y ni el otoño ni el invierno pueden alcanzarlo.

—¡Pedro! ¡Esto es maravilloso!

—Venga por aquí, señorita. Siéntese a mi lado. Hay algo que quiero contarle. —Se ubicó en la orilla del estanque, donde el agua no rozaba la arena. Y comenzó a relatarle su historia familiar. En el centro de ella, su abuela. Con ella había crecido. Sus antepasados eran una tribu casi extinguida, los comechingones. Ya no quedaban sobre estas tierras rastros de la etnia, sin embargo, toda su vida había actuado como tal. Le contó de sus antepasados y cómo se habían extinguido de la mano del «hombre blanco». Los españoles quisieron civilizar las tribus y, sin lograrlo, acabaron con ellos, tras sacudir las raíces de la Tierra. A pesar de eso, su abuela le había enseñado a no guardarles rencor, a aceptar el devenir de la vida y a comprender que la Madre Tierra así lo había permitido. Pero también le dijo que mientras viviera, él debía ser lo que era: un descendiente de los aborígenes. Así fue como le transmitió toda su sabiduría: lo que conocía y lo que practicaba. Lo que creía y hacía para mantener vivo todo lo heredado. Pedro le contó,

además, lo que sabía de su mamá. Una muchacha frágil y delicada de salud que había fallecido después de parirlo; y lo que conocía de su papá, que un buen día decidió que su vida ya no tenía sentido sin ella.

Su abuela también le enseñó a agradecer cada día vivido. Le transmitió el amor por la naturaleza, por los seres vivientes, por el agua, por la tierra y por la luna. Por *su* luna. Compañera de tantas noches de soledad. Testigo incansable de sus desvelos. Espectadora de honor de sus conquistas.

Elisa estaba maravillada. Todo era nuevo para ella. Lo poco que conocía de los *indios* era lo que había estudiado en la escuela cuando le hablaban de conquistas, de invasiones y colonización. Se encontraba absorta ante la gran revelación nacida del alma. Se sentía expectante por conocer más de la historia de ese hombre que la conmovía.

—Elisa —le habló con convicción—, de este lugar son las flores que usted encuentra en su ventana cada mañana.

Sin poder responderle, sintió que el corazón le daba un vuelco. Sabía que era él. En su interior quería, deseaba, anhelaba que fuera él. Ruborizada, posó su vista en la inmensidad de la pequeña laguna y se perdió en el movimiento del agua.

—Mi abuela me enseñó este lugar y me dijo que solo aquí, mágicamente, crece toda la vegetación. A partir de hoy, usted también lo conoce.

Elisa volvió a mirarlo y se encontró con sus ojos castaños, profundos. Pudo ver en ellos la calidez de quien ha aprendido a sortear dificultades, a reconciliarse con sus circunstancias, a aceptar las condiciones que la vida le había impuesto. Pudo ver también la serenidad de su temperamento, lo apacible de sus modos y lo cortés, a pesar de su rudeza. La vida le había formado una corteza impenetrable, sin embargo, la sensibilidad se colaba por alguna fisura. Elisa sintió que ese hombre desconocido se entregaba sin miramientos. En palabras, en gestos, en sonrisas. En la eternidad de ese instante, Pedro tomó entre sus manos el rostro de la joven, quien por intuición cerró sus ojos. Sonrió con franqueza. Se acercó lento, como queriendo aspirar

el aire que ella exhalaba, hasta que sus labios se rozaron con delicadeza. En la intimidad del contacto se separaron, se miraron a los ojos y ninguno pudo contenerse. Sus bocas se fundieron en un beso inmenso. Pedro saboreó la candidez de su inocencia virginal y Elisa se dejó guiar por la experiencia. Esa mujer sabía a miel. Sus almas —embargadas de pasión— se reconocieron en ese beso. Espíritus legendarios adversarios de épocas lejanas, se unían en el sentimiento más noble. El opresor rescató al vencido; y el antepasado aborigen se rindió ante el sicario español.

Volvieron a mirarse esperando alguna palabra, escuchar algo que el otro quisiera decir. Ninguno dijo nada. Se abrazaron con ternura y Elisa se sintió infinitamente protegida. Recostada en su pecho, absorbió su olor a hombre, a campo, a caballo; sin embargo, notas deliciosamente frescas emergían. Un dejo de vetiver lo refinaba.

—Debemos volver, Elisa —le dijo Pedro, lo que la sacó de ese trance inexplicable en el que estaba sumergida—. Quizás te estén buscando. Hace un buen rato que te ausentaste de la casa —le habló, tuteándola por primera vez, lo que dio lugar a ella para que también lo hiciera.

—Tienes razón, Pedro —le dijo, sin tener la menor intención de irse, de volver a la realidad. Pero debía hacerlo. Debían regresar.

—Antes, quiero darte algo —desplegó ante sus ojos una bolsita de lienzo, atado con una cinta de color rosado—. Esto es para ti —dijo emocionado y lo ubicó entre las manos blancas.

Elisa lo miró confundida. Con curiosidad, desató el moño que sostenía la bolsita. Dentro del paquete había un frasquito de vidrio con tapa de madera, hecha por las propias manos de Pedro. Un líquido espeso y ambarino se movía con pesadez.

—¡Gracias, Pedro! —agradeció la joven, sonriendo.

—¡Pruébalo! Quiero saber si te gusta —dijo ansioso.

Elisa destapó con cuidado la botellita y la acercó a su nariz. Aspiró profundo, con los ojos cerrados. Un aroma a jazmines la invadió. Miró a

Pedro con curiosidad y recordó la huida en la enredadera, la noche en la que él le habló a sus espaldas.

—Es una fragancia exquisita de jazmines.

—Es una receta de mi abuela. Además de todo lo que hacía, mi abuela practicaba la alquimia. Los *hênîa-kâmîare* eran muy celosos en el resguardo de los secretos, sin embargo, mi abuela confiaba tanto en mí que me enseñó absolutamente todo. Esta esencia está hecha en una base de resina de un árbol especial, que tarda más de cien años en producirla. Por eso es así de espesa —y tocó el frasco para moverlo— y es lo que permite su conservación. La esencia es de jazmines: de la enredadera que olías aquella noche. Los demás ingredientes no nos interesan...

Elisa veía la pasión con la que Pedro hablaba de sus antepasados y esta práctica que no había mencionado hasta obsequiarle el perfume. Quiso saber más. Quiso saber todo de él.

—Le puse de nombre: Esencia de luna, ¿te gusta? Creo que no tengo que decirte por qué... —Y sonrió con todo el sentimiento floreciendo. Un nuevo beso apasionado selló el instante.

Con cierto desgano, se levantó del suelo donde se encontraban y se aproximó a Gitano para comenzar el retiro. Le palmeó la frente a su amigo y le habló como en susurros, señalándole el lugar donde Elisa aún continuaba recostada. Los ojos traviesos del muchacho sonreían más que sus labios mientras le decía quién sabe qué cosa al caballo. Trepó de un salto y, por un instante, el abdomen marcado y moreno asomó debajo de su camisa. Elisa, ruborizada, cambió la dirección de su vista, sin embargo, la imagen capturada por sus ojos cercó su mente, mientras un cosquilleo atrevido recorría la intimidad de su vientre.

XXIII

Complicidades

El salteado de verduras olía exquisito. Clara se esforzaba mucho para no perder la excelencia en la lejanía de la ciudad. A pesar de servirse comidas más sencillas en Villa Firma, no se dejaba tentar por la comodidad y continuaba experimentando platos impregnados del glamour porteño. Sin embargo, las hermanas a duras penas probaron bocado. Les urgía terminar con el almuerzo para conversar sobre lo acontecido en la mañana. Amanda era la más impaciente. Veía a Elisa suspirar perdida en la inmensidad de las berenjenas y sabía que «algo» había sucedido en el paseo improvisado. Insistía mirándola a los ojos, trataba de averiguar algo, pero Elisa ocultaba una sonrisita con la blanca servilleta bordada. Un tenue rubor matizaba sus mejillas con sutileza, y el brillo en sus ojos verdes la exponía ante la mirada inquisidora de su hermana. Catalina las notó un tanto extrañas, sin embargo, no hizo mención de eso. Incluso Rosa percibía un aire inquieto en el comedor, a pesar de haber hecho pocos ingresos. Cuando las damas comían solas, no solicitaban tanto sus atenciones como cuando las acompañaba Rafael. El agua o el vino se los servían ellas mismas y, al no repetir los platos, el almuerzo era más breve, sin sobremesa.

—Cuéntame todo. Si me entero de que te guardas algo, me vas a conocer —
Amanda la retiró del comedor inmediatamente al terminar de almorzar.

—¡Baja la voz! Te contaré todo, pero no aquí. Alguien podría escucharnos —le dijo Elisa, haciendo ademanes para que se callara.

—Está bien, está bien, ¡tienes razón! Iremos al patio —Y tomando sendos abrigos, la arrió hasta la puerta principal y salieron al sol de la siesta. Caminaron entre risas tomadas del brazo. A pasos apurados, bajaron hasta el claro detrás de las caballerizas. No alcanzaron a sentarse que Elisa le mostró a Amanda el frasquito de perfume. Lo escondió rápidamente, con picardía.

—¡Trae eso para acá! ¡Quiero saber qué es! —Y hurgó entre las ropas de su hermana, que se resistía a entregárselo entre carcajadas acostada sobre el pasto.

Amanda destapó el perfume y se lo acercó al rostro.

—¡Jazmines! —dijo excitada—. ¿Te lo regaló Pedro?

Parpadeó varias veces de modo consciente y, arqueando una ceja, levantó el hombro derecho y bajó y subió la cabeza de modo afirmativo.

—Lo hizo él —le contestó, para su asombro.

—¿Lo fabricó él, quieres decir?

—¡Sí, sí! Así como lo oyes... Pedro es descendiente de los aborígenes que poblaban este país —le dijo casi en un susurro. Y continuó, viendo la expresión de sorpresa de Amanda—: Sus antepasados vivían aquí y las conquistas españolas diezmaron las tribus, por lo que quedaron solo unos pocos de ellos. Sin dudas, habrá otros habitantes de esta región que serán descendientes, pero Pedro sabe quién es y continúa con algunas prácticas antiquísimas. Como los perfumes, por ejemplo.

—¡Es excelente! ¡Luego le pides uno para mí! —Y ambas rieron felices.

—Es un hombre muy sensible, ¿sabes? A pesar de su rudeza, es tierno y considerado. Me ha llevado a recorrer un poco las sierras y cuando nos detuvimos para descansar, me ha contado un poco de su vida. ¡Fue tan sincero!

—¿Te besó? —Quiso saber.

Elisa sonrió con timidez y bajó los párpados con lentitud. No hizo falta responder. Amanda la atrajo contra su pecho y estuvieron unos instantes

abrazadas. Era su primera experiencia amorosa y su hermana mayor le daba la importancia que esto guardaba.

—Las flores las deja él en nuestra ventana.

—¡Lo sabía! ¡Te lo dije! —gritó Amanda, triunfante.

Conversaron largamente rodeadas de la frescura del invierno. El embriagador olor de la resina de los pinos guardaba sus risas y las condensaba en el húmedo parque. El cielo, que se había despejado en un azul profundo, las acompañaba y envolvía de luz.

—¿Aquel que viene ahí es Pedro? —preguntó Amanda simulando curiosidad, mientras fruncía el ceño intencionalmente.

Elisa giró la cabeza con rapidez hacia el lugar donde su hermana señalaba con la mirada. Pedro regresaba sujetando dos caballos, una rienda en cada mano. Al verlas, supuso que hablaban de él y de lo ocurrido en el jardín secreto. Buscó con la mirada a la joven que estaba comenzando a habitar en su corazón. Y ella también lo miró. Él levantó su mano hasta tocar el ala del sombrero, a modo de saludo. Una sonrisa pícaro se le dibujó en el rostro. Elisa sintió un cosquilleo en el torrente sanguíneo. Su cuerpo también respondía a lo que sentía su alma.

Un hilo invisible comenzaba a unirlos, entretejiendo las castas sociales, las culturas; el pasado con el presente. Historias de conquistas, de muertes innecesarias, de espíritus legendarios se redimían en el sentimiento ensamblado. Un amor inesperado nacía y renovaba la energía que fluía sin tiempo ni espacio.

XXIV

Caro error

En la empresa de Odilo, ciertas irregularidades comenzaban a desaparecer. Las anomalías presentes en la compleja ruta de la yerba y la elaboración y posterior distribución de los demás productos sucumbían ante la nueva administración, bajo la conducción de Rafael y la observación certera de Julián. Ambos estaban al tanto de los abusos, producto de la libertad de algunos asistentes de Odilo, más precisamente de Crespo y de sus súbditos o cómplices. Claramente, determinados hechos fraudulentos no lograba solo.

Esa mañana, y luego de haber hallado la tarde anterior una caja de archivo con papeles de embarque «no oficiales» a precios viles, que solo servían para rendirse cuentas entre un pequeño grupo de personas, Rafael y Julián desayunaban fuera de la empresa. Databa de un frondoso historial de varios años, quizás desde el mismo comienzo de su trabajo. Algunas hojas rotas, otras desgastadas y amarillas por el paso del tiempo eran fieles testigos del inicio de los fraudes.

—Debemos tomar una decisión —dijo Rafael, mientras aguardaban que el mozo del bar cordobés les tomara el pedido. Un suspiro salió de su pecho, aguardaba una idea del muchacho. La preocupación imperante se notaba en sus rostros. Las ojeras bajo los ojos daban cuenta de los desvelos sufridos noches anteriores.

—Sí... ¿pero qué? —preguntó Julián, despojándose del saco marrón.

—A mí se me ocurre algo —dijo Rafael, luego de ordenar—. Deberíamos reorganizar los departamentos o sectores en que está dividida la empresa para ceñirle la cintura a Crespo sin que lo note. Deberíamos reunir al personal de las oficinas y encargados de las plantas y mover algunas fichas que nos permitan descubrir quién está asociado a Crespo.

—Es una buena idea. Cuando Crespo se encuentre sin libertad de acción, sin poder, sin facilidades para llevar a cabo sus planes, se verá acorralado...

—Es posible... ¿y qué pasará luego? —cuestionó Rafael.

—Ese es el punto. ¿Crespo se sabrá descubierto? Porque si es así, podemos esperar cualquier cosa de él.

El mozo apareció con dos pocillos de humeante café sobre una bandeja de plata ante la mirada de preocupación de ambos. El tintinar de las tazas apoyadas en los platillos y el movimiento del empleado de la cafetería interrumpió las ideas que se entretejían sobre la mesa del centro.

—¿Desean algo más? —interrogó, desconociendo la conversación que había interrumpido.

—No, está bien así —dijo Rafael, mirando a Julián en busca de aprobación, y consiguió del joven el movimiento afirmativo de su cabeza.

—Debemos trazar los pasos a seguir de inmediato... a la caja no podemos esconderla durante mucho tiempo.

—¿Dónde la tienes? —preguntó Rafael, recordando que se la había entregado al muchacho antes de salir del cuarto de depósito para que la guardara.

—En el hotel. Creo que lo más conveniente sería llevarla a Villa Firma hasta que todo esto pase.

Los dos hombres terminaron el café de un sorbo y bebieron el agua con gas servida en sendos vasitos antes de retirarse de la confitería. Rafael tomó la billetera de su bolsillo y Julián frenó la acción de su futuro suegro.

—Deje, don Rafael. Esta vez invito yo.

—Permiso, Crespo —ingresó su asistente al despacho luego de golpear la puerta. El olor del cigarrillo repugnó al joven del departamento contable de la empresa del conde Estévez.

—Pasa. Cierra la puerta.

Los nervios que sentía el joven y el olor rancio de la oficina lo marearon. Sin embargo, hizo lo que le ordenaba.

—Vengo a darle una mala noticia, jefe.

—Quiero soluciones, no problemas —le contestó Crespo sin levantar la vista de la máquina de escribir que estaba utilizando, restándole importancia al asunto.

—Sí, jefe, ya lo sé... pero ocurrió algo terrible.

—¿Sí? A ver... —Crespo detestaba las interrupciones, sobre todo si se trataban de malas noticias. Cruzando los brazos, en señal de fastidio, recostó su espalda ancha en el respaldo del sillón del escritorio—. Te escucho.

—Desapareció la caja...

—¿Qué caja?

—Usted ya sabe, Crespo: la *caja*...

—¿¡Dónde carajo estaba?! —Crespo se puso de pie y golpeó con el canto del puño el escritorio.

—En uno de los cuartos de los depósitos. —El joven sabía que la responsabilidad recaería sobre él, por lo que no tuvo más remedio que ponerlo en sobre aviso.

—¿Y qué mierda hacía la caja ahí? —El susurro agresivo de la voz de Crespo y los ojos inyectados de furia estremecieron al joven. Conocía los enojos del contador, sobre todo los arranques de rabia que tuvieron lugar los últimos meses cuando ya se sentía acechado por Odilo y su desconfianza.

—Jefe, cuando Estévez se fue y llegaron estos dos nuevos, yo le dije que había que hacerla desaparecer... pero usted no me escuchó.

—Repito: ¿qué hacía la caja ahí? —Crespo solicitaba respuestas que no hacían a la cuestión en ese momento, sin embargo, no quería sentirse responsable del error. Él no había tenido la suficiente precaución de esconderla en un sitio más seguro y propuso que se encargara alguno de los muchachos. Los días en los que el conde se preparaba para viajar, él no tenía cabeza para todo. Odilo había hecho más preguntas que de costumbre, y Crespo sabía que el conde se había ido con varios interrogantes sin resolver. En aquel momento, con la desaparición de la caja, quería a alguien a quien culpar.

—Yo la llevé... —dijo el joven de modo casi inaudible.

—¡Pedazo de animal! ¡En el archivo es el primer lugar donde se revisa para continuar una administración! —Ya no le importaba que los demás trabajadores de la planta lo oyeran. Estaba acorralado.

—Es que no supe dónde. Me parecía que si quedaba en el archivo, pasaría desapercibida con tantos papeles que ahí hay...

Crespo volvió a sentarse. Desabrochó el primer botón de su camisa, también los de los puños y dobló sus mangas. Resoplaba furioso. El joven parado del otro lado del escritorio no sabía qué hacer.

—Capaz no fue Silva ni Soler...

—Y quién más va a ser, si no... ¿A quién le interesa *reordenar* la fábrica? Las veces que Odilo se fue, siempre me dejó al mando de todo. Dejó ahora a estos dos, porque sospecha de mí, estoy seguro... varias veces me hizo preguntas que no hacía. ¡Mierda! —masculló y encendió el quinto cigarrillo del día, a pesar de que la mañana aún no terminaba.

—¿Qué hacemos ahora? Encima varios de los muchachos que ya saben de la desaparición de la caja, porque uno de ellos fue quien se dio cuenta, me avisaron que si la policía se mete, van a hablar...

—Sí. Mientras todo marcha bien, somos leales... ¡Mierda! —repitió. Y con un gesto de la mano derecha, ordenó al joven que se retirara de su despacho —. ¡Vete, vete! Ya se me ocurrirá algo.

Cuando el joven cerró la puerta detrás de él, Crespo apagó el cigarrillo por la mitad y pateó el cenicero de pie. El adorno de madera cayó al piso, lo que causó un estruendo considerable. Colillas de varios días se desparramaron por toda la oficina. La ceniza se dispersó como talco e inundó el rincón donde el cenicero había sido arrojado.

Cenizas. Así de volátil se desintegraba su existencia.

XXV

De dioses y chamanes

Por aquellos días, mientras el sol más triste del año iluminaba la crudeza del invierno, una llama de fuego abrasador entibiaba el corazón de Pedro y Elisa. Hacía unos cuantos años que el suelo cordobés no se convertía en alfombra blanca, pero en ese julio, la tierra sintió el golpe frío de la nieve. Las sierras cubiertas de un blanco espléndido pintaban otro paisaje diferente al del verano. Los días eran cortos y las noches, eternas. En la chimenea de la casona, todas las tardes las llamas crepitaban creando una sutil melodía que inundaba la sala. Costaba hallar una excusa para verse, para encontrarse, mientras aumentaba lo que cada uno sentía por el otro. Los días menos helados, Elisa contaba con la complicidad de su hermana para desaparecer un rato a la hora de la siesta. Los demás días, encontraba un ramo de flores en su ventana, distinto cada mañana. Solo ella sabía el origen de ese detalle. Alcanzaba con verse para que el corazón se acelerara. No querían ser indiscretos, así era que se encontraban en la zona de las piletas y caminaban por un sendero, uno delante del otro, guardando distancias prudentiales. Cuando nadie podía verlos, Elisa se arrojaba al cuello de Pedro y, en puntas de pie, lo besaba calurosamente. Otras veces, era él quien la sorprendía desde atrás al ponerle una flor por delante, al tomarla de la cintura o al taparle los ojos. Pasaban el rato riendo a carcajadas por las ocurrencias de Pedro, que

algunas veces corría a Elisa alrededor de su casa para atraparla, cosa que siempre lograba. Él le enseñaba lo que sabía y ella le contaba historias maravillosas del Viejo Continente, mientras caminaban entre las flores o se recostaban sobre una manta. Daban largos paseos por las hectáreas de Villa Firma y un poco más. Algunas veces a pie y otras a caballo. Se animaban a soñar una vida juntos, a pesar de la realidad, mientras Gitano comía las hojas de los arbustos.

Pedro le leía memorias aborígenes que su abuela había rescatado junto al legado de recetas, y Elisa, recostada en su pecho, poesía. En ocasiones elegía los versos de García Lorca y los recitaba de memoria:

«La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
en el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.»

Pasaban largos ratos sentados en las rocas de los cerros y conversaban mientras saboreaban alguna delicia que se preparaba en la casa y que Elisa siempre tenía en cuenta para convidarlo. El cielo de la tarde era testigo de sus besos, sus caricias, sus roces fugaces.

Cuando la crudeza del frío los sorprendía en el descampado, Pedro la llevaba hasta su rancho. A pesar de sentir vergüenza en los primeros encuentros, terminó por darse cuenta de que Elisa lo aceptaba tal cuál era. Sin

caprichos y despojada de todo lujo, sabía aceptar la diferencia de comodidades con tal de pasar un rato con el hombre que le estaba robando el corazón.

Algunas veces la esperaba con hierbas o pequeñas flores para fabricar una esencia aromática o ungüento. Todo lo hacían bajo rituales sencillos que Pedro traía del diario de su abuela. Elisa apreciaba con muchísimo respeto lo que le confiaba y le explicaba. Admiraba a ese hombre simple que, a pesar de su rusticidad, no dejaba de demostrar ternura y emoción al estar con ella o al hablar de su abuela. Aprendía junto a él a deshojar las ramas, a machacar los pétalos, a cocer las esencias. Disfrutaba de los olores que asomaban primero tímidos y luego intensos, lo que la embriagaba de bienestar.

Cada momento compartido les recargaba energías para esperar al próximo encuentro. Sabían que cuando no estaban juntos, se estaban pensando. Se sentían fuera de sí en la sola presencia del otro. Se perdían en un beso, en un abrazo, en una caricia. Ella sabía que él querría más, sin embargo, y a pesar de las urgencias, él había decidido esperarla. Sabía de su pureza y no quería mancillar su honor hasta que ella estuviera segura de que lo amaba. Pedro no tenía dudas de haber encontrado la mujer de su vida, pero respetaba su inexperiencia y valoraba las mentiras que debía decir o las escapadas arriesgadas que hacía para verse con él. Cuando el contacto los precipitaba a más, Pedro sentía la obligación de frenar la caricia, aunque su pantalón no pudiera cubrir el ardor que bullía por su sangre. Si ella besaba la base de su cuello, que el primer botón de la camisa dejaba ver por encontrarse desprendido, y tenía a mano sus caderas, llegaba a la locura sin escalas. Intentaba no perderse en la pasión, que atemperaba con destreza. Simulando alguna torpeza, se levantaba del sitio donde se encontraban y respiraba profundo para bajar las pulsaciones. Si no tomaba distancia, podría hacerla suya allí mismo, sin rodeos.

Pedro se estaba convirtiendo en un hombre distinto. La integridad que Elisa le inspiraba lo transformaba en una persona nueva. Menos hosca, menos

desconfiada, menos parca. Más bella. Más iluminada. Elisa también se estaba transformando. Ya no le causaba culpa tener que mentirle a sus padres. Ya no se sentía tan vulnerable. El amor que empezaba a sentir por Pedro la llenaba de valentía para realizar cualquier locura para verlo. Corría desmedida hasta el lugar del encuentro y atravesaba páramos, senderos y cerros por Pedro. Inevitablemente se estaban enamorando. Irremediablemente comenzaban a amarse.

En una siesta de sol, Pedro la invitó a recorrer un sector de Villa Firma. Debían hacerlo a pie y retirarse de los alrededores de la casona, sin ser vistos. A la izquierda del sendero de entrada, luego del segundo arco, se encontraban las casas de algunos peones, la despensa, las caballerizas y alguna que otra pequeña construcción. Sin embargo, a la izquierda, un monte cerrado tupía el paraje. Un muro de espinillos, matorrales pajosos y altos cardos no permitían la visión al otro lado. A poquísimos metros del sendero, se encontraba la entrada de un lugar sagrado para los *hênîa-kâmîare*. Nadie, a excepción de Pedro, sabía de su existencia. Ni siquiera los condes, al adquirir la propiedad, se preocuparon por saber qué había más allá del sendero.

—Ahora iremos por aquí. No te asustes. Conozco un hueco en la maleza para ingresar. Es como un paredón, no es espeso todo el tiempo. Apenas unos pasos y estaremos dentro. ¡Ah! Toma una piedra, la que más te guste.

Elisa no pronunció palabra. Solo asintió con la cabeza y abrió lo más que pudo sus ojos de almendra. Pedro le sonrió compasivamente e hizo a un lado la maleza con sus brazos fuertes, lo que formó un túnel por donde ingresaron, primero Elisa y luego él. Caminaron unos cuantos pasos, casi encorvados, hasta que el claro se abrió ante ellos. Unos muros de piedra de distintas alturas se erigían delante de sus ojos. Una contención en forma de barracas les indicaba el inicio del recorrido. Tres entradas parecían rodear el centro.

—Voy a contarte cada cosa que vayamos viendo. Las señales, los símbolos o representaciones que nos muestran que este lugar era sagrado para mis antepasados. Todo lo que yo sé, ya sabes quién me lo enseñó y, ahora, tal y

como te presenté el jardín, te voy a mostrar este lugar, que nadie sabe que existe —dijo Pedro a Elisa, que ya estaba maravillada por el relato. La voz del hombre que se encontraba frente a ella la tenía hipnotizada, hechizada. Encantada. Pedro continuó y señaló la primera entrada, la de la izquierda más extrema—: Esa entrada era para la tribu. Por ahí ingresaban los que no participaban, solo oían al resto departir, orar, o bailar. Aquella entrada — señaló la derecha— era la de armas. Por ahí entraba el guerrero, conduce a la plaza de armas. Y la entrada del chamán era esta. —Y le señaló la del medio—. Era el ingreso del conocimiento, de la fe, de lo que supera lo terrenal. Ahora quédate ahí —le dijo mientras trepaba los muros. Elisa lo miró subir, pero no se movió.

—Mira esta piedra —le dijo desde la altura, señalando aquella que coronaba la contención más alta. Altiva, erguida, orgullosa.

—El chamán era quien llevaba adelante el conocimiento de la tribu. Era como el cacique en otras tribus. Dime qué ves aquí —le dijo desde lo alto, abrazando la roca como si la sostuviera.

—¡Eh! ¿Un rostro? —dijo Elisa, moviendo graciosamente su cabeza hacia un costado, como si hubiera buscado hacer foco a pesar del sol.

—¡Claro que sí! Aquí hay un rostro. Es el símbolo del chamán. Fíjate que tiene el ceño fruncido y como un copete de plumas... Mis antepasados no pintaban las piedras, sino que las grababan, por eso se conservan a pesar del paso del tiempo.

Elisa aplaudió emocionada. ¿Cuánto faltaría por conocer de ese mundo tan misterioso que Pedro atesoraba? No se imaginaba cuánto...

Pedro bajó de la barraca velozmente, como una gacela con la mirada encendida y la sonrisa trazada en su rostro.

—Ahora, ingresaremos... debemos pedir permiso —dijo con solemnidad, señalándole tres peldaños pequeños en la entrada: la *chacala*. Le contó que cada uno guardaba un significado—: El de aquí abajo, el más cercano a la Tierra, es el de la *Pachamama*... ¿sabes quién es? Es la Madre Naturaleza, la

Madre Tierra. La Diosa de los *hênîa-kâmîare*. ¡Le debemos todo! Este de aquí —señaló el segundo— es la dimensión del *aquí y ahora*. Es lo que somos hoy, en este momento. Y este de aquí arriba, es el universo; el Plano Superior, el de las ideas, el del conocimiento. La ida hacia el más allá: la proyección cósmica. Y aquí está *Inti*, nuestro Dios Sol. —Y le señaló la piedra que coronaba los tres escalones, alineada a la otra, la del rostro del chamán—. Los chamanes, por su conocimiento y su fe, se veían representados en esa deidad, la del Astro Mayor, centro del universo, por eso las dos piedras se encuentran alineadas. Y las dos miran a un centro magnético. La salida de esta existencia es para arriba, donde nos encontraremos con los dioses. Te pedí que juntes una piedra para que la tengas en tus manos y pienses en todo lo que en este momento te está haciendo daño. Algún rencor, algún mal recuerdo... lo que sea que te haga mal para que le pidas al universo que lo convierta en bueno. Luego de eso, ofrécele la piedra y deposítala en el escalón que dicte tu corazón... y pídele permiso para entrar en este lugar milenario de ritos.

Elisa cerró sus ojos y apretó la piedra escogida con ambas manos. No pudo pensar en nada malo, solo rogó que su amor con Pedro prosperara. Y ofreció la piedra al *aquí y ahora*. El momento y el lugar eran lo mejor que le había pasado en la vida. Había conocido el amor en Villa Firma y, en aquel entonces, cuando Pedro había caminado cerca del arroyo.

—Ya podemos entrar —dijo él, mirándola a los ojos, y la tomó de la mano. Caminaron por el sendero del centro. No mucho, algunos pocos pasos, pero se sentía una fuerza especial, algo inexplicable que los llenaba de buenas energías.

—¿Ves esa piedra? —le señaló Pedro, una especie de trono detrás de las otras dos—. Cuando te sientas sobre ella, tienes una ubicación que te obliga a mirar hacia donde sale el sol, en el solsticio de invierno. ¿Sabes lo que es el solsticio? —Elisa movió la cabeza negando—. Coincide con los cambios de estaciones de verano y de invierno. Los solsticios son los momentos en que el día o la noche duran más. Los equinoccios son aquellos en los que la noche y

el día duran exactamente lo mismo.

Elisa no dejaba de maravillarse de todo lo que él sabía y le relataba. Pedro se sentó en el silloncito que la piedra formaba y, mostrándole la ubicación, se bajó para que ella también lo probara.

—¿Ves? Por ese lado sale el sol el 21 de junio, cuando comienza el invierno.

—Claro —respondió la joven—, en Europa el invierno comienza el 21 de diciembre.

Siguieron caminando y el sendero los llevó por distintas terrazas amuradas en piedras. Le fue mostrando orificios en las grandes rocas, de una pulgada de diámetro y varios centímetros de largo, con curvas que desembocaban en otros orificios más arriba o más abajo.

Las terrazas continuaban y Pedro le contó que la que pisaban era la más antigua de todas. Al finalizar ese sendero, una gran roca obstruía el lateral de una posible nueva entrada que formaba una curva obligada.

—Esta piedra es el guardián del primer altar. ¿Ves el perfil? Aquí está su nariz, la mueca de su boca, las cejas, los ojos y el penacho de plumas. Él protege el primer centro ritual sagrado. Desde la antigüedad, también viene a protegernos.

Lo tocaron al pasar para pedirle permiso, y entraron. Una vista de alto se abrió ante ellos. Las cimas de los cerros, el arroyo Calabalumba debajo y las barrancas enfrente.

—¿Tienes vértigo, bonita? —le preguntó en tono juguetón.

—Mmm... creo que no —respondió Elisa con timidez.

—Ven aquí —le dijo y le tendió la mano para que llegase hasta él—. Tómame unos instantes en sentir el vacío. No mires tus pies. Mira la inmensidad que nos rodea. No pienses con la cabeza...

Elisa hizo lo que el muchacho le decía. La sensación de flotar se apoderó de ella.

—¿No sientes que estás volando? —le preguntó él con su voz ronca, cerquita de su cuello. Tan cerca estaba que pudo sentir el perfume de jazmines que él

había preparado para ella.

—Ahora, siéntate por aquí... quiero mostrarte algo... —Tomando un nuevo impulso, Pedro se paró delante de unas grandes rocas y ubicó a Elisa de frente a ellas, a unos poquitos metros de distancia—. Mira estos orificios, todos de distintos tamaños. —En efecto, alineados verticalmente; orificios de distintos tamaños perforaban la roca. Señaló el más alto y le dijo—: Este es un ombligo; este representa la uretra; este es un útero y este es el ano. Es la «mujer cósmica». Es una figura femenina un poco rara. —Elisa se rio nerviosa—. Cada orificio representa las distintas partes del cuerpo de una mujer. Y cada una de ellas coincide con una constelación estelar. Por ejemplo, el útero —le dijo señalando el orificio más grande con forma de bolsa colgada de un extremo— representa el *Big Bang*, el principio de la materia. No de la vida, ya que el alma de las personas llega a nosotros después de las dos primeras lunaciones luego del nacimiento. Las ceremonias para pedir «materia» se hacían justo aquí, no de la vida.

Bajaron riendo a una terraza que se encontraba más abajo. Elisa se sentía en una visita guiada a milenios del presente. Los relatos pasionales que Pedro le hacía, los sonidos del viento chocando contra las ramas de los espinillos y el aroma a pradera quedarían grabados en su corazón por siempre, aunque pasaran años.

—Ahora mira hacia aquí. —Pedro se colocó delante de otra piedra que se encontraba alineada debajo de las que había mirado hacía unos instantes, y le dijo—: La mujer no sería mujer sin su entrepierna. Y aquí está... —Le señaló una ojiva dispuesta en forma vertical que tenía el tamaño de un puño aproximadamente. Elisa se ruborizó ante la declaración y bajó sus manos al ombligo, inconscientemente avergonzada—. No te avergüences —le dijo él.

Elisa se acercó y tocó apenas la cavidad, extasiada ante la correspondencia perfecta con la vagina real.

—De aquí sale la vida. Siempre vengo aquí a pedirle al universo que no me conceda más vida de la que está predestinada, pero sí que me alcance para

cumplir la misión para la que fui enviado. Todos tenemos una misión y a veces sucede que las fuerzas del mal no nos dejan alcanzarla. Aquí se pide la vida, terminar la misión...

—No puedo creerlo...

—Sigamos, sigamos que aún queda un buen trecho por recorrer —dijo Pedro, tomándola del antebrazo, tratando de que Elisa no perdiera la consciencia con todo lo que le estaba mostrando. Caminaron algunos metros más, subiendo y bajando, hasta llegar a una terracita protegida del viento. Solo el canto de algunos pájaros se dejaba oír. Pedro le contó que estaban en un lugar donde la conexión entre lo interno y lo externo no conocía de barreras. La intimidad entre el adentro y el afuera era absoluta. Sentados como estaban, tomados de la mano, Pedro le señaló a Elisa un murito de rocas enfrente.

—¿Ves el aborigen ahí? Es un figura un poco rara de un hombrecito con el ponchito... ¿Lo ves?

Elisa asintió sonriendo. La imagen era nítida y graciosa. El poncho tenía una pirámide con un ojo dentro, en el medio de lo que sería su pecho. Sobre ese hombrecito, un cóndor con sus alas desplegadas grababa la piedra.

Miraron al cielo y un ave de la familia de los cóndores sobrevoló en círculo. Un mensaje celestial parecía acompañarlos. Un beso tierno coronó el momento de conexión.

—Ahora, párate. Date vuelta. —Ambos se levantaron del suelo a la vez y se ubicaron a dos pasos de donde estaban sentados, pero mirando para la roca que habían usado de respaldo. Pedro le mostró unas nervaduras acostilladas de la gran piedra que formaban un triángulo de gran tamaño. A sus laterales, dos aberturas por donde entraban las manos parecían esconder la posibilidad de abrir una puerta.

—Aquí, ante el Dios del universo, mis antepasados oraban. Y yo también. Con las manos en estos orificios y la frente apoyada en la roca, soltamos la oración al Cielo. En esa posición, la comunicación con Dios es completa. Por momentos, parece que contesta.

El último altar al que llegaron era una roca de gran tamaño. Una especie de diván enorme se plantaba majestuoso en la altura.

—Mira esto —le dijo Pedro, subiendo por un peldaño que estaba ahí para cumplir una misión espiritual. Se sentó y movió sus piernas, arqueando una ceja. Elisa aplaudió nerviosa creyendo que todo terminaba ahí. Sin embargo, Pedro levantó el índice en señal de advertencia; y cambió de posición, al recostarse.

—Si me acuesto en esta posición, mi cabeza da hacia allá, por donde nace el sol. Mis pies miran hacia el poniente. Recuerda que Inti es una de nuestras máximas deidades y de él tomamos la energía para el transcurso del día. Por eso mi cabeza va hacia el naciente. Al mediodía, Inti está justo aquí arriba y nos da la fuerza para seguir todo lo que haga falta. Y el sol del poniente es el del conocimiento. El de la experiencia de saberlo todo, de haber recorrido todo el mundo. A ese sol le hacemos las preguntas. Elisa quiso probar ese sillón de piedra y advirtió que, a pesar de la dureza, era muy cómodo. Esa roca de gran porte, dura por fuera, pero comfortable, le recordaba a Pedro: un ser cubierto por una dura coraza, pero tan comfortable que la vida transcurría perfecta en sus brazos.

El horizonte ya se preparaba para recibir al sol del poniente. El atardecer se hacía sentir en el rojo que teñía el Uritorco. El ocaso los invitaba a recostarse en la roca. Uno junto al otro, se tomaron de la mano. Él le propuso pedirle algo a Inti. Ambos murmuraron algunas preguntas, mientras el color violáceo dibujaba trazos en el cielo. Pedro no pudo más que mirarla de reojo: su nariz tan perfecta y la boca más linda de todas se veía de miel con los últimos rayos de sol. Olvidó el pedido al sol del conocimiento. Pasó su brazo por el cuello y la besó sin pausa, devoraba la calidez de sus labios. Sintió el perfume de su piel: jazmines. Estremecido miró al cielo. Alguna estrella ya empezaba a titilar en lo alto. La apretó contra su pecho hasta que el grito del cóndor se hizo oír en el ocaso.

XXVI

Querencias

Querida Catalina:

Te escribo estas líneas con una dicha enorme. Nació Alfonso Diez de Tejada y Arijón, el hijo de Lilia, el día 13 de este mes de agosto. ¿Alcanzas a imaginarte? ¡Mi primer nieto! Gracias a Dios, ambos —el niño y su madre— se encuentran en perfectas condiciones.

Al nacer pesó tres kilos doscientos cincuenta y midió cuarenta y nueve centímetros, pero gracias a la cantidad de leche que Lili tiene, ya debe estar alcanzando los cuatro kilos en poco más de dos semanas.

Te cuento que por estos días Fonsito —así le decimos— es mi sola ocupación. Excepto cuando Lili lo amamanta, está en mis brazos. Mi querida hija todavía siente algunas molestias propias del parto. Aún no puedo creer que la vida me haya bendecido de esta forma tan hermosa.

¿Cómo va todo por allí? Espero que tu estadía en Villa Firma siga de lo más placentera. Europa está como siempre. El sol ilumina un verano caluroso. A Dios gracias aquí la lluvia no escasea como en mi querida Córdoba.

Del rey depuesto ya casi nadie habla. Las noticias de su exilio ya no son primicias y la gente rápidamente olvida los acontecimientos. Odilo ha ido hasta París a visitarlo y lo encontró un poco deprimido. El rey preguntó por Rafael y su familia, y mi marido lo tranquilizó contándole lo a gusto que se encontraban en mi adorada Villa Firma.

¿Y las chicas? ¿Cómo están? Las extraño mucho, a pesar del poco tiempo compartido. Sus ocurrencias me divertían sobremanera y sus conversaciones me entretenían las tardes. ¿Han hecho amistades en el sur del planisferio? Espero que sí, aunque es difícil hacerlo sin sociabilizar y, por lo que me has contado en tu carta, no es mucho lo que salen.

Bueno, estimada amiga Catalina, envío mis bendiciones desde el Viejo Continente y espero tu respuesta para saber cómo están ustedes.

Mis saludos afectuosos para ti y para tu adorada familia.

Firma Mayor de Estévez

Emocionada por las noticias de su querida Firma, Catalina reflexionó sobre el modo en que la vida había cambiado para ellos. En menos de un año se encontraban viviendo al amparo de un matrimonio casi desconocido al que habían llegado gracias a los contactos de Rafael. En un lugar recóndito y, luego de una suerte de huida, el destino casi asegurado se había transformado por completo.

Agradecida por el modo apacible en que sus días transcurrían, tomó una pluma y sentada cómodamente en el escritorio de la alcoba comenzó a redactar la respuesta a la misiva de la condesa.

«Mi estimada Firma», garabateó en el extremo superior izquierdo. Tantas semanas habían pasado ya de aquel trajinar en Madrid y del viaje interminable en el que cruzaron el Atlántico que parecía toda una vida transcurrida. ¡Si hasta las chicas parecían haber crecido tanto! Dos niñas habían dejado España, dos mujercitas habían llegado a la Argentina. Catalina se echó atrás en el sillón y retiró las gafas que descansaban en su nariz. Miró por la ventana y observó el paisaje serrano. Apenas unos rayos tenues de sol tamizaban entre los pinos. El movimiento se hacía cada vez más lento con el correr de las

horas. Los caballos y las cabras se preparaban para ingresar a sus corrales ante los gritos cansados de la peonada. Un movimiento llamó su atención y, acercándose al vidrio, observó a sus hijas que caminaban por el sendero de entrada. Nunca las había visto comunicarse de ese modo. Compartían largos ratos, se las veía confiarse secretos. Conversaban y reían alegremente. Villa Firma mejoraba sus acciones. Catalina se alegró ante la reflexión y acomodó el abrigo sobre sus hombros. Con serenidad, retomó la escritura olvidada sobre el escritorio y, arrojando la hoja al cesto de la basura, tomó otra en blanco.

Mi querida amiga, Firma:

¡Cuánta felicidad se advierte en tu carta! Nos alegramos muchísimo al saber que Fonsito y Lili se encuentran en perfectas condiciones. Te confieso que hasta un poco de envidia me provoca tu suerte. De la sana, obvio. Quisiera saber cuándo mis hijas —o aunque sea una de ellas— me darán la dicha de tener un nieto. ¡Las veo tan lejos! Sobre todo a Elisa que aún no tiene pretendientes. En cambio, Amanda es frecuentada por Julián desde aquel día del almuerzo. Ellos creían que no advertíamos sus miradas, ¡pero fueron tan elocuentes! De todos modos, Julián me resulta encantador. Rafael les dio autorización para visitarla en casa y bajo nuestra supervisión, pero tengo fe en que formalicen su noviazgo y continúen adelante.

Rafael sigue atareado con todos los asuntos de la empresa de Odilo. Estoy segura de que la permanencia en este lugar fue condicionada por la labor encomendada. Mi marido no hubiera escogido un lugar para mudarse sin trabajo incorporado.

Por mi parte, disfruto de mis hijas, de la tranquilidad de tu estancia y del clima. Aquí los inviernos no son tan crudos como en Europa. Si bien nevó unos días, pareciera que solo fue para regalarnos un paisaje distinto.

La atención de tus empleados y, sobre todo la comida, son dignos de la

realeza. Felicitarle por esto es agradecerle por acogernos como lo hicieron con Odilo. Me emociono al recordar la bienvenida y los días que pasamos juntos. Nos brindaron mucho más que «amistades» que conservábamos en España, pese a cierta hipocresía que se hizo sentir cuando no nos quedó otra que el exilio. Si no fuera por ustedes, no quiero imaginar qué sería de nosotros.

Gracias por tu carta, querida mía, y espero de todo corazón que tu nieto y tu hija permanezcan sanos y felices como hasta ahora.

Aguardo tu respuesta y novedades.

Siempre agradecida,

Catalina Bazán de Silva

Las visitas de Julián a la estancia eran cada vez más frecuentes. Amanda se sentía halagada con las galanterías del joven. Ella, consciente de lo que en él provocaba, utilizaba todos sus recursos femeninos de seducción para llamar aún más su atención. Usaba prendas distinguidas y colores que le sentaban al color de su piel. Usaba fragancias exquisitas y colocaba pequeñas gotitas sobre su cuello y muñecas. Pasaba largos ratos frente al espejo retocando sus peinados y el rubor de sus mejillas. Los días que Julián avisaba con anticipación que visitaría la estancia, Amanda le pedía a Rosa que preparara los budines de limón que tanto deleitaban el paladar del muchacho. Las tardes en que no anticipaba su visita, él llegaba a la estancia con un paquete de masas de la panadería del pueblo; otras, con pasteles que Cristiana horneaba en su casa y que enviaba especialmente a la familia Silva.

Julián llevaba capítulos del manuscrito de una novela policial que estaba escribiendo y la leía ante los prestos oídos atentos y los ojos engrandecidos por el suspenso que la historia le provocaba.

«—¿Piensas publicarlo? —le preguntó una noche Elisa, cuando la invitaron

a escuchar unos fragmentos.

—No lo sé, respondió el joven.

—Pues, piénsalo, le respondió ella, yo seré una lectora voraz de tus novelas. Y los tres rieron, divertidos.»

Por las noches, luego de la cena, se sentaban en el rincón de los sillones terracota a conversar sobre España, Argentina, Estados Unidos. El derrotero de los viajes eran sus temas preferidos. Mientras degustaban un café, Julián avanzaba con alguna picardía. Un mechón fuera de lugar que corría del rostro o su dedo que limpiaba la comisura de los labios de Amanda daban pie a un beso tierno que sonrojaba a la muchacha. Las caricias amorosas y los halagos sucesivos se hacían notar cuando las luces de Villa Firma comenzaban a apagarse. Para despedirlo, Amanda lo acompañaba hasta el coche —o hasta el portón si ese día se movilizaba a pie— y, en el silencio de la estancia, afloraba la pasión que atemperaban en la casa. Lejos de las miradas, encendían la llama íntima de sus cuerpos, y los besos dulces de la tarde se volvían audaces y explosivos, como si el sentimiento contenido estallara en sus bocas. La frialdad de las noches no hacía mella en la hoguera que mantenían encendida cuando se encontraban a solas. Complacidos y, en el deleite de ese instante, la intimidad crecía en el vínculo.

Amanda se tomaba unos segundos en recorrer el caminito de piedra hasta llegar a la casa, respirando el frío aire serrano. Acomodaba sus ropas y su cabello, mientras sus pulsaciones descendían poco a poco. Sus mejillas arreboladas y el enrojecimiento de su boca delataban la fogosidad del momento, y no era conveniente desear las buenas noches, a sus padres, en ese estado.

XXVII

Trágico final

El proceso de reorganización de la empresa había comenzado. Rafael y Julián citaron a todos los empleados administrativos a una reunión obligatoria en la que se conocerían importantes y novedosos cambios. El silencioso corredor se fue poblando de murmullos inquietos y gestos de intriga que los empleados se dedicaban. Llegaban acompañados, en grupos de dos o tres, y conversaban por lo bajo de posibles hipótesis nerviosas. Ese mediodía, Crespo quiso participar como parte del grupo de la dirección de la empresa, pero solo Rafael Silva y Julián Soler lo integraban. Ambos le contestaron con la negativa rotunda, tras argumentar órdenes precisas del conde. Ante la indiferencia de Rafael y Julián, Crespo no tuvo más remedio que aguardar las nuevas directivas. Se acomodó en una de las columnas y fumó cinco cigarrillos en lo que duró la reunión, aun contra las miradas de desaprobación del resto del personal.

La caja en cuestión había sido trasladada a Villa Firma, y Rosa les había ofrecido guardarla en la caja fuerte del conde. Gran parte del tiempo permanecía sobre el escritorio de Odilo, y que Rafael utilizaba, donde junto a Julián revisaban y volvían a revisar cada uno de los papeles que contenía. El cubo de cartón marrón guardaba secretos de décadas. Incluso notas manuscritas con la caligrafía de Odilo aparecieron en un sobre entre las hojas.

Eran cartas cargadas de palabras de amistad y afecto que el conde le hacía llegar cuando se encontraba en Europa.

—¡Qué hombre morboso! Guardar las cartas de Odilo junto a los papeles que acreditan su fraude, justamente a Odilo... —le dijo Julián a Rafael, cuando desempolvó ese sobre y luego de haber pasado varias horas leyendo y observando.

—Increíble —le respondió Rafael, que no salía de su asombro.

Noticias de Lili, del correr de sus etapas, de su boda; de los adelantos en sus transacciones internacionales, las puertas que comenzaban a abrirse, anécdotas de Firma, descripción de paisajes europeos. En ese mismo sobre, plagado de epístolas afectuosas, una tarjeta de invitación a la boda de Lili apareció ante sus ojos. Ambos hombres cayeron en la cuenta de que, en verdad, Crespo era para Odilo lo mismo que Odilo para Crespo. En la vida de Crespo no había otro afecto que el de Odilo y su familia. El sobre de las cartas dentro de la caja era una especie de redención, como si el afecto que se tenían perdonara la traición.

Días después de esa fatídica conferencia, en la que tuvieron que argumentar ante más de uno los traslados y movimientos necesarios, un dato concreto cayó en manos de Rafael. Era el comodín que habían estado esperando para concretar la jugada y asestar el golpe. Una nota especificaba el horario y el día en que un barco ilegal y no autorizado recogería gran cantidad de la producción elaborada en Estévez y Cía., sin la marca, que Crespo vendía por su cuenta a un precio irracional. Los comerciantes que transaban bajo estas irregularidades con él eran tan o más corruptos, puesto que no conseguían los productos bajo las formas legales. Esos productos salían al exterior sin ninguna medida de seguridad e higiene. Al no abonar impuestos ni gravámenes, la ganancia era del ciento por ciento. Esa operación debía ser desactivada o no contarían con otra oportunidad para desnudar sus artimañas.

Con esa prueba, la sospecha se materializaba. El cuerpo especializado de la Policía Cordobesa, que tenía asiento en la capital de la provincia, se

encontraba ya en el puerto de Rosario para impedirle el delito. El operativo se estaba llevando a cabo con eficiencia. Los integrantes de la fuerza ya ocupaban sus puestos y aguardaban el momento crucial.

Como en cada comercialización de gran magnitud, Crespo se hacía presente corroborando que todo saliera según lo planeado. Rafael y Julián sabían que se encontraría en la escena porque, además, había avisado que se ausentaría, por asuntos personales, durante unos días.

Los hombres de Crespo y la tripulación del barco ilegal trabajaban con mucha rapidez y prestancia. Estos embarques se hacían de ese modo. Cuando la mitad de la mercadería fue traspasada de los contenedores al barco, la fuerza policial se hizo visible en el lugar. Todos los hombres que trabajaban para él elevaron sus brazos al cielo y continuó cada uno en su puesto. Años que trabajaban de ese modo y jamás habían sido presa del descubrimiento.

Advirtiendo el movimiento de luces y sirenas, Fernández Crespo supo que había sido descubierto. Miró a todos sus flancos y percibió que estaba rodeado. Sus hombres lo miraban con los ojos muy abiertos, y Crespo se sintió perdido. Sin pensarlo demasiado, se arrojó a las aguas profundas del río Paraná. La inmensidad lo recibió turbulenta y desapareció inmediatamente.

Nadie podía creer lo que el contador había hecho. Sin duda, no fue un suicidio premeditado. La falta de escapatoria fue la causa de la toma de decisión apresurada y sin reflexión.

Crespo nada tenía que perder, a excepción de la amistad con Odilo.

En la primera hora de la mañana del siguiente día, Rafael y Julián se presentaron en la empresa. La ansiedad por tener novedades los intranquilizaba al punto tal de querer viajar hasta el puerto de Rosario. No fue necesario: un llamado telefónico del jefe de policía de la ciudad les dio la nueva. La intensa búsqueda en las aguas del Paraná, que duró la madrugada y

las primeras horas de luz de aquel día, echó por tierra alguna posibilidad de supervivencia, por lo que concluyeron que estaba muerto. Las noticias alertarían de su desaparición, pero las fuerzas públicas extraoficialmente hablaban de muerte.

—¿Cómo se lo diremos a Odilo? —expresó apenado, Rafael. Si bien Crespo no era santo de su devoción, sumado a la distancia con el conde, la tragedia a la que debían hacer frente era inesperada.

—Sí —manifestó Julián, lacónico—. ¡Qué noticia más desagradable!

Recién después de revisar sus papeles secretos, ambos hombres tomaron cabal consciencia de la amistad que los unía, a pesar de la traición de los últimos años. Concluían que para Odilo había sido un escape viajar a Europa, con la investigación tan avanzada, justamente para no verse obligado a hacerle frente a su amigo traidor, sin imaginarse siquiera la reacción que tendría Crespo.

—No quiero ponerme a pensar en el dolor que le causaremos a Odilo. No solo es decirle que estaba en lo cierto en sus sospechas, sino también anoticiarlo de lo otro.

—De solo pensarlo, se me pone la piel de gallina, Rafael.

—Pero debemos contárselo cuanto antes. No quisiera que se enterara por otro que no sea alguno de nosotros. ¡Eran amigos!, ¿lo entiendes? —Rafael no podía con su asombro, pero sabía que el tiempo apremiaba; no mucho más podrían guardar la mala noticia. Resultaba conveniente, además, comunicarlo en la empresa cuanto antes. La información corría como reguero de pólvora, y bastaba que uno solo de los empleados se enterara de lo sucedido para que los demás lo supieran y tejieran y destejieran conjeturas.

—Escribámosle a Odilo a Europa y roguemos que por lo menos se encuentre con Firma cuando lea la carta. Luego reuniremos a todos para contarles lo sucedido.

—Sí, Rafael, coincido contigo. Por lo menos que todos tengan la misma versión de los hechos, aunque no ahondemos tanto en detalles.

Rafael comenzó a esbozar serias y difíciles líneas. Fue estudiando cada palabra mientras la escribía. Frenaba en los puntos y releía las frases a medida que avanzaba. El texto no lo conformaba del todo, pero el tenor de los hechos no daba lugar a dibujar demasiado lo acontecido. Escribiera lo que escribiera, el duro final sería el mismo.

Trágico e inevitable.

XXVIII

Preciado tesoro

Mitigado el frío y con la nieve de recuerdo, Elisa fue invitada por Pedro para volver al jardín secreto. Nunca lo había notado tan reservado, juicioso. El sol era radiante y las cimas del Uritorco parecían clavarse en el azul del cielo. Al llegar, Pedro la miró a los ojos y le dijo:

—Pase lo que pase, este es desde ahora tu lugar. Memoriza el recorrido. Si debes venir sin mí y tienes la suerte de encontrar a Gitano, sé que él sabrá traerte; pero si tomas otro caballo, debes estar segura de donde queda este lugar.

Elisa quiso saber si corrían algún peligro, pero Pedro solo le dijo que la noche anterior había soñado con su abuela, que esta le había susurrado frases en su lengua de origen y que lo poco que había entendido era que se cuidara a sí mismo y a ella. Se abrazaron largamente, y Elisa supo que su vida solo cobraba sentido si estaban juntos, si podían amarse, que era capaz de entregarle lo más preciado que tenía una mujer. Él la observó con ternura, le acarició el pómulos rosa con suavidad, y ella se plació en ese contacto sutil. Sus miradas se dijeron las palabras que ninguno se animó a pronunciar. Emocionado y con el corazón desbocado, sintió la humedad de las lágrimas que resbalaron por las mejillas de la joven. No sentía ser merecedor de eso. Elisa se acercó más hasta sentir el golpe del aliento de Pedro, que salía

agitado de su boca. Alzó su mano blanca y delicada y secó la humedad de su propia mejilla; y, cerrando sus ojos almendrados, le hizo saber que estaba preparada para entregarse a él. Recogieron algunas ramitas secas para encender un pequeño fuego que ardería más por costumbre que por necesidad. Sus cuerpos entibiaban todo alrededor.

Despojándose del abrigo que tenía puesto sobre la camisa, Pedro lo acondicionó sobre la hierba fresca lo mejor que pudo. La besó dulcemente en los ojos de almendra, en el carmín de sus mejillas, en el cuello perfumado, hasta que sus labios volvieron a encontrarse. El delirio del contacto, el sabor de sus lenguas, el calor de la intimidad aceleraron las pulsaciones acompasadas. Pedro comenzó a deslizar su boca por el cuello frágil y perfumado de Elisa. La suavidad de aquella piel y sus reacciones le recordaron que aún era una mujercita inexperta. Nunca nadie la había explorado, nunca nadie había llegado a esas zonas. En un movimiento lento pero firme, Pedro consiguió recostarla sobre el improvisado lecho. Y se acostó a su lado, inclinado sobre ella. Sin dejar de besarla, de saborear esos labios carnosos, comenzó a acariciarla sobre el vestido. Sus manos decididas se deslizaron sobre sus senos cubiertos y se detuvieron en su generoso volumen. Elisa sentía las caricias sobre la tela de su vestido, deseando que este no existiera. Pedro comenzó a descender su mano hasta alcanzar el fin de la falda y comenzó a elevarlo con delicadeza, acariciando la tersura de su pierna hasta encontrar el sujetador de la media que la cubría. En un acto reflejo, volviendo a la realidad, Elisa abrió los ojos para implorar cautela. Él la miró profundamente y continuó con lo que había comenzado. No encontró resistencia. Llegó a la inmensidad de esos muslos firmes que tantas veces había imaginado. Se detuvo en ellos, lo que alargó el momento. Se dijo a sí mismo que ya llegaría el tiempo de besarlos y, ante la audacia de su propio pensamiento, sonrió para sí. Sus dedos quisieron hurgar más allá y se encontraron con la humedad esperada: la que brota de la hembra cortejada, dispuesta a recibir a su hombre. Presintiendo que estaba lista, se arrodilló a su

lado y se desabrochó su camisa, lo que dejó al descubierto su pecho moreno y marcado. Elisa se ruborizó y sonrió. Esta vez Pedro se colocó encima de ella y comenzó a frotar lenta y profundamente su entrepierna con la de ella. Por primera vez, Elisa sintió su virilidad. Encendido ante el contacto, desabrochó su cinto de cuero, el botón del pantalón y bajó su cierre en un solo movimiento urgente y terminante. Liberó su masculinidad y, excitado, levantó por completo el vestido de su compañera. Deslizándose la ropa interior de Elisa, volvió a buscar su cálida humedad, y ahí estaba. Se incorporó un instante y la miró a los ojos con amor. Revelaban una mezcla de temor y ansiedad. En silencio, le imploró que no temiera. Y, afirmándose en sus brazos, penetró su esencia. Elisa ahogó un grito ante la sorpresa del dolor, pero su necesidad de albergarlo era tan intensa que no hacerlo se volvería más lacerante aún. Intentó aflojarse y cuando al fin lo consiguió, lo sintió en toda su inmensidad. Ambos cuerpos se acoplaron. Tan blanca ella. Tan castaño él. Ante el sutil movimiento del vaivén, se sintieron etéreos, como si la materia hubiera dejado de existir, como si tan solo hubiera desaparecido. Sus piernas entrelazadas, sus manos recorriendo sus pieles. Los aromas que sus cuerpos despedían se entremezclaron y se transformaron en uno. El movimiento se tornaba cada vez más intenso y más veloz. Parecía que Pedro quería alcanzar algo tan dentro de ella como fuera posible hasta que una explosión ardiente, acompañada por una exclamación grave, nació de sus entrañas. Extasiado, se dejó caer e intentó no lastimarla. Se incorporó y comenzó a acariciarle su cabello suelto y desordenado.

—Sé que no podrás hacerlo esta vez, si no te ayudo —le dijo con voz ronca y agitada. Con su mano derecha y teniendo en cuenta que era su primera vez, comenzó a acariciar su intimidad palpitante. Elisa volvió a cerrar sus ojos y, en un acto impensado, se humedeció sus propios labios. Pedro creyó enloquecer ante tanta sensualidad natural y rogó contenerse. No quería volver a excitarse sin que Elisa alcanzara la deliciosa sensación. Pedro continuó con su caricia, la volvió rítmica, frenética, hasta que Elisa encorvó su cuerpo y

hundió sus uñas y dedos en la espalda de él. Exhausto, se acostó sobre el pasto y apoyó su frente sobre su antebrazo, lo que dejó al descubierto la piel más clara de su brazo.

—¿Te encuentras bien, amor mío? —la interrogó, al cabo de unos segundos.

—Creo que sí. —Fue su respuesta.

Pedro la atrajo contra su pecho imponente y la sostuvo, así abrazada, mientras le tarareaba una dulce melodía ancestral. A pesar del aire fresco y la intensidad del momento, Elisa se dejó llevar por la cadencia de la música que Pedro susurraba cerca de su oreja y, adormilada, repasó en su mente las miradas que se dedicaron desde que se conocieron. Pedro acercó un abrigo y cubrió la espalda nívea de la joven.

El sol comenzaba a confinarse entre los cerros y daba pinceladas violetas en el cielo. Debían volver o las mentiras no alcanzarían para excusar la tardanza.

Pedro le alcanzó la ropa a Elisa, mientras la ayudaba a incorporarse. Ella aún conservaba la languidez, sumergida en el letargo amoroso. La observaba con su amplia sonrisa plácida, al tiempo que ella se vestía con desgano.

—No quiero irme...

—Yo tampoco, cariño, pero no podemos quedarnos —al decir esto, se incorporó de golpe como si algo hubiera venido a su mente y caminó unos metros hasta llegar al árbol de jazmines. La llamó desde ahí y, en cuanto Elisa se acercó, le dijo:

—Tu piel huele a estas flores. Su blancura, su perfume, su suavidad, todo es del jazmín.

Elisa se estiró todo lo que pudo y, en puntas de pie, buscó los labios de Pedro que la miraba embelesado.

XXIX

Obediencia debida

— ¡Despierta, Rafael! Cariño, estás soñando —Catalina llamaba desesperadamente a su marido quien, acostado a su lado, se revolvía entre las sábanas. Sudaba y jadeaba, moviendo su cabeza con movimientos frenéticos, preso de una pesadilla de la que no podía despertar. Un «no» rotundo salió disparado de su garganta. El eco de su negación retumbó en la habitación y más allá. En un movimiento rápido, se incorporó sin saber si estaba despierto o aún dormido.

—¿Qué pasa, Rafael? Desde que el contador Crespo se suicidó, no has podido conciliar un sueño tranquilo. —Se mostró preocupada Catalina.

—No soporto más esto que llevo dentro, Catalina —dijo Rafael, mientras sacudía la cabeza entre sus manos temblorosas y húmedas.

—¿Qué te tiene tan angustiado? —preguntó ella.

—Debo serte sincero. Voy a enloquecer de otro modo, pero debes prometerme que harás todo lo posible por no juzgarme. No he sido yo quien ha tomado esas decisiones y no tuve opción. Y debes jurarme que mis niñas nunca sabrán lo que voy a contarte, nunca más podría mirarlas a los ojos —le habló Rafael, con su perfil recortado en la tenue luz lunar que ingresaba por los postigos mal cerrados.

—¡Dime qué pasa, Rafael! —Catalina ya no podía más con tanto misterio.

—¡Primero debes jurarlo, Catalina! —Sus ojos, además de desesperación, denotaban cansancio.

—Está bien, está bien. Te prometo no juzgarte y te juro que tus hijas no sabrán por mi boca —pronunció Catalina con una mano apoyada en su corazón y la otra levantada en señal de juramento.

—Ahora, siéntate cómoda y prepárate para escuchar una historia que nunca hubiera querido que supieras —Rafael comenzó a relatarle una serie de acontecimientos que tenían que ver con la dictadura militar y civil que España vivía por aquellos años, y que el rey Alfonso XIII había apañado hasta que todo se volvió fuera de control. Luego, el mismo rey le había soltado la mano al dictador militar que había orquestado el plan. Rafael había sido quien «marcaba» las personas que debían ser investigadas a la luz de las posibles traiciones a la Corona. Mucha gente había perdido la vida, especialmente jóvenes estudiantes y opositores a la monarquía. Además, había cumplimentado un pedido especial relacionado a la desaparición del «Expediente Picasso», investigación que constaba de una serie de documentos y archivos que, si veía la luz, el rey Alfonso XIII podía ser destituido. Historias de sangre, muertes, desapariciones fueron tomando cuerpo a medida que Rafael exponía su relato. Cada tanto tomaba aire profundamente y exhalaba con un suspiro para poder continuar. En más de una oportunidad elevó los ojos al techo, como buscando las palabras adecuadas, las que no sonaran tan crueles. Estaba arrepentido, Catalina Bazán podía percibirlo. Ella dejaba que él le contase, prácticamente sin formular preguntas, y las pocas que hacía eran para comprender más el asunto. Había prometido no juzgar la conducta de Rafael, pero internamente no era capaz de cumplir su promesa. El desconcierto la apabullaba y, en más de una ocasión, se sintió tentada a pedirle que se detuviera para dejar de escuchar, pero no quiso hacerlo. Sabía que Rafael necesitaba escupir todo lo que llevaba dentro, era la única forma de redimirse y ella no era quién para no perdonarlo.

—Y ahora, con lo de Crespo y su suicidio, volví a recordar todo aquello que

pensé que había dejado atrás al cruzar el océano —le habló con franqueza.

—Debo aclararme un poco las ideas —dijo Catalina, levantándose del lecho que compartía desde hacía más de veinticinco años con el hombre que, en ese momento, no podía reconocer. ¿Cómo era posible ser un buen marido, un padre excepcional, un gran compañero de vida y de trabajo y esconder semejante secreto? No había matado a nadie con sus propias manos ni fue testigo de ningún crimen siniestro, pero sabía que a algunas personas que fueron señaladas como posibles detractores se les inició una investigación que las llevó a su muerte. La culpa lo estaba envenenando. Quería convertirse en un hombre nuevo, pero con el suicidio del contador sentía que todo se repetía. Si bien era un sinvergüenza que estaba engañando —en el mejor de los casos — al conde Estévez, Rafael sentía que otra muerte caía sobre sus espaldas. Catalina rezó en silencio para la redención del alma de su marido, pero no pudo expresarle ninguna palabra de consuelo o compasión. También necesitaba tiempo. Sabía que si Rafael lo había hecho, en parte era para proteger a su familia. Si no hubiera cumplido las disposiciones de la Corona, ellos hubieran sido señalados como traidores.

En aquel momento, entendía Catalina la decisión apresurada de Rafael Silva de abandonar toda su vida en España y recomenzar una nueva en otras tierras. Lejos de la realeza, a enormes distancias de todo lo que lo unía a ese pasado horrendo, a incontables kilómetros del espanto. No habían tenido opción: era el exilio o la cárcel. Si hubieran continuado sus días en Madrid, probablemente él hubiera sido procesado, acusado y apresado por obedecer órdenes reales.

Obediencia debida.

XXX

Siniestra mujer

Querido Pedro:

He tomado una decisión. Le contaré a mi marido de lo nuestro. Si no estás de acuerdo con eso, ven a mi casa esta noche y volvamos a amarnos. Si reanudamos nuestros encuentros, seguirá siendo un secreto, si no, irremediablemente todo Capilla del Monte estará al tanto de nuestro romance.

Tuya. Nuria

Arrollando la carta entre sus manos, Pedro le dio un puñetazo a la mesa de su rancho. Destilaba bronca por cada uno de sus poros y su rostro adquirió un gesto colérico. La maldita le había dejado la nota pegada en la puerta. Por unos segundos, tuvo la esperanza que fuera una carta de despedida, sin embargo, la ilusión duró muy poco. Nuria era contundente. Y muy aguda. Su perversidad no encontraba límites.

—¡Maldita seas, Nuria! ¡Maldigo el día que empezó esto! —Pedro elevó sus ojos al techo y se encontró mascullando su propia idiotez. De todas las mujeres que pasaron por su vida, Nuria era la más monstruosa. Debía resolverlo rápido. Pero ¿cómo? Esta mujer lo tenía atado de pies y manos. Quizás era una amenaza infundada y nunca se atrevería a tal cosa, pero ¿si lo

hacía? También podían no creerle, mas ¿qué sentido tendría que, una mujer como ella, pisoteara su propia dignidad? Lo primero que debía hacer era hablar con Elisa, contarle toda la verdad, aun con el riesgo de que no lo comprendiera. «Maldita sea», susurró apretando su mandíbula y, tras dar un puntapié a la puerta, salió al fresco del ocaso. Hurgó en el bolsillo de su pantalón lo necesario y se armó un cigarrillo. Era un ritual que siempre lo serenaba y, algunas veces, le permitía desenredar las madejas de pensamientos que tomaban forma en su cabeza. ¿Cuántas veces más debía hablar con Nuria hasta que entendiera? ¿Esa mujer no se cansaba? Desde la noche en que él quiso desligarse, se volvió un capricho. Era muy obstinada con todos sus antojos y él no sería la excepción. Sin embargo, Pedro también era obstinado. No dejaría que una aventura arruinara su verdadero amor.

Esperando que la noche cayera por completo, se higienizó con rapidez y salió a toda prisa del rancho con un objetivo: probaría por última vez hacerle entender que él ya no era objeto de sus fantasías por las buenas. O frenaría sus intenciones de cualquier modo. Tomó su caballo para agilizar el trayecto. Gitano percibía la ira y la ansiedad de su amo; con un corto silbido al animal, lo llevó el viento. Cada metro que se acercaba a Nuria, sentía cómo el odio agigantaba su pecho. Esa mujer, que tantos placeres había despertado en él, hoy era el blanco de su rechazo más absoluto. Desaparecerla de sus noches pasadas no era posible, pero intentaría que no perjudicara las futuras. Frenó la marcha con discreción frente a la casa del matrimonio Príamo. Gitano giró sobre sí mismo, mientras Pedro cavilaba en su monta. Las luces se encontraban apagadas y, en el resplandor de la luna, se recortaba la silueta de la mecedora, donde Nuria pasaba sus tardes. Un viento frío atravesó el follaje de los árboles cercanos, lo que cortó el silencio de la noche. Caminó con sigilo, pero a paso rápido por el sendero de entrada que lo separaba de la escalera y subió saltando de dos zancadas por el apuro de terminar con aquello. Ideas de todo tipo daban vueltas en su aturdida cabeza. Cuando se encontraba a punto de golpear, se encendió la luz del porche. Juan Carlos

Príamo abrió la puerta y se hizo presente delante de él. El marido de Nuria empuñaba su escopeta. Sus ojos ardían de rabia y celos.

—¿Así que tú eres el hombre que molesta a mi señora en mi ausencia, cada noche? —preguntó el dueño de casa. Un aire de sátira rodeó la escena.

—¡No! ¡No sé de qué me habla! —contestó Pedro confundido, en cuanto pudo salir del espasmo que la sorpresa le causó.

—Ven, mujer —llamó al interior de la sala— ¿Este es el atrevido que ronda nuestra casa en el afán de encontrarte? —lo señalaba con soberbia.

—Sí, es él —respondió Nuria, sin bajar la mirada mientras una sonrisa socarrona se le dibujaba en el rostro. En ese momento, Pedro comprendió que todo había sido una trampa. Su vida daba un giro inesperado y se encontraba a punto de perderlo todo. «Elisa», pensó.

—¿Qué prefieres: que te mate aquí o que te lleve hasta tu rancho? —Por fortuna, Príamo no lo conocía, sin embargo, le dijo «rancho» por lo sencillo de su vestimenta. Rogó que Nuria no le hubiera dicho tampoco quién era o para quién trabajaba. Eso complicaría las cosas.

—Puedo explicar esto —dijo Pedro, en el intento desesperado de buscar un plan para sortear la situación, sin salir lastimado. Se notaba que Príamo quería ser el héroe frente a su esposa. Hacerse de su puñal no era la mejor alternativa. Sin darle la espalda al matrimonio, intentó bajar las escaleras del porche. Príamo, ciego de celos y envidia al ver la figura de un hombre apuesto —a pesar de su vestimenta campesina—, tuvo deseos de terminar con él y, en un abrir y cerrar de ojos, disparó un tiro al aire para asustarlo. Por fortuna, los reflejos de Pedro estaban intactos y, ante la señal de alerta, comenzó a correr silbando a Gitano para montarlo a la carrera. Pero el deseo de Príamo encontró un canal por donde aflorar y se oyó un segundo disparo que alcanzó a Pedro en la pierna derecha. Gracias a su fortaleza, no se doblegó y pudo montar su caballo para perderse en la noche. Inmediatamente supo que lo había herido. Un calor intenso le recorría desde el muslo hasta la rodilla; aunque no sentía dolor, sí la adrenalina. Un sentimiento de bronca lo acechaba.

«¡Qué idiota! ¿Cómo no pude ver que era una trampa?», se reprochaba cada vez más cansado, mientras volvía a su rancho.

Las últimas cuadras de la localidad serrana se volvieron interminables. Al llegar a su casa, se higienizó la pierna como pudo. Sabía que no contaba con los elementos necesarios para cerrarse la herida que el paso del perdigón le había causado y que eso, inevitablemente, agravaría la situación. En cuestión de minutos, el aire aún fresco lo sofocó. Un temblor acompañado de una fiebre intensa se apoderó de su cuerpo y de su ánimo. Tomándose de una silla de su habitación —para evitar darse de bruces contra el piso—, se fue arrodillando lentamente hasta quedar tendido en el suelo. Con el último resto de consciencia, rogó por su vida e invocó sus espíritus guardianes. Antes del sopor, una imagen recurrente aparecía en su mente. Elisa se encontraba trepada en las rejas del paredón que daba al arroyo aquella otoñal mañana de abril. Una sonrisa de paz endulzó su rostro.

XXXI

Graves heridas

Algo estaba sucediendo. Clara sabía que, aunque el mundo estuviese de cabeza, Pedro no faltaba a sus obligaciones laborales. Sin perder la costumbre de buscarlo —aunque todo fuera historia—, cayó en la cuenta de que no lo había visto a lo largo de la mañana. Ya no soportaba la incertidumbre y, en un acto más intuitivo que racional, recorrió el sendero —como tantas veces había hecho— que separaba, o que unía, el rancho con la casona. Al llegar, algo le provocó temor. La puerta no se encontraba cerrada con el pasador y, ante el apoyo de su mano, cedió liviana. Trató de acomodar sus ojos a la oscuridad y cuando por fin pudo hacerlo, se acercó al hueco que dividía la cocina de la habitación de Pedro y lo llamó por su nombre. Acechada por un presentimiento y sin escuchar sonido alguno, encendió una vela que se encontraba sobre la mesa y, con esta en mano, se internó en la habitación. Desde donde estaba, vio lo que nunca hubiera querido: Pedro tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Lo creyó muerto. Un grito lacerante irritó su garganta. La angustia del sonido horadó el silencio y una bandada de pájaros, que descansaba en las inmediaciones, levantó vuelo al dar latigazos al aire con sus alas. Aleteando con fuerza, se alejó del lugar antes que una sombra lúgubre cubriera el páramo. El alarido acongojado y el resonar de los pájaros se confundieron en un lamento agudo y penetrante.

Clara no podía pensar con lucidez y sus extremidades no le funcionaban con la rapidez que hubiera querido. A pesar de eso, se acercó al pecho de Pedro y trató de buscar una señal de vida. El corazón aún latía, pero su color era tan pálido que parecía muerto. Pedro ardía de fiebre y la muchacha suponía que la pérdida de sangre y el ardor que le quemaba estaban relacionados entre sí, sin embargo, no podía confirmarlo. Combatiendo sus propios miedos, comenzó a palpar el cuerpo con manos nerviosas. No sabía qué buscaba hasta que descubrió la herida en su pierna derecha. No atinaba a pensar qué diablos había ocurrido. En otras épocas, Pedro no tenía enemigos, pero en ese momento lo desconocía. Su presente era un misterio, aunque cobraban sentido los rumores oídos de boca de sus padres. Pedro era un conquistador de las mujeres más peligrosas: las casadas de la alta sociedad. Quizá un marido celoso buscó ajusticiarlo por mano propia. Desestimó la idea con rapidez, intentando concentrarse en cómo actuar ante el cuadro. No intentó subirlo al catre, sabía que sola sería imposible; ya vería luego cómo. Pedro era un hombre rústico, habituado a condiciones básicas de comodidad, no empeoraría su estado si continuaba en el suelo del rancho por un rato más. Buscó un recipiente limpio, que llenó de agua del pozo. Con telas que juzgó inútiles para otra cosa, improvisó dos elementos: uno de higiene, con el que limpiaría la pierna que se encontraba cubierta con sangre seca, y el otro, como compresa para su frente empapada en sudor.

Comenzada la ardua tarea, escuchó la voz de Pedro balbucear frases ininteligibles y, haciendo caso omiso de los sonidos provenientes de un delirio afebrado, siguió con su cometido. El hombre que se encontraba aún en el piso siguió profiriendo palabras hasta que un nombre de mujer se desprendió de sus cuerdas vocales con la claridad del agua. Esto sí llamó la atención de la joven que se desvivía en agudizar su labor de enfermera espontánea y, antes que pudiera incorporarse, la mano de Pedro le sujetó con firmeza el brazo.

—¡Pedro! Dime qué fue lo que pasó —le ordenó Clara preocupada, advirtiéndole que realizaba un esfuerzo enorme en sostener los ojos abiertos.

Notando que le urgía decirle algo, acercó su oído a la boca pastosa de Pedro.

—Ve a buscar a Elisa. Ella sabrá qué hacer —y dicho esto, cayó nuevamente en la inconsciencia.

Presas de los nervios, la muchacha no relacionó el nombre con ninguna mujer. Menos una doctora en medicina. Además, sabía que cuando raramente un mal lo aquejaba, Pedro no asistía a ningún galeno. Siempre hallaba la cura en los legados comechingones o recurría a algún curandero. Quizás ese fuera el nombre de una curandera que ella desconocía. ¿Por dónde empezaría la búsqueda? Resuelta a cumplir su hallazgo, trabó la puerta del rancho desde adentro y saltó por la ventana, no sin antes mirar a ese hombre tendido en el suelo en estado vulnerable. Echó a correr por el camino de vuelta a la casona. Seguramente su madre conocería a esa tal «Elisa». El sol del mediodía golpeó sus ojos, acostumbrados a la penumbra que reinaba en la casa de Pedro. Sumida en pensamientos alocados y en la urgencia de llegar cuanto antes con la ayuda para el herido, rezó desesperadamente. En tan solo un par de minutos, atravesó el arco que dividía el sector de los peones y las caballerizas, y bajó las escaleras que daban directo a la cocina, donde se hallaría su madre que, ante la desaparición de su hija, ya debería estar cocinando. Ingresó con estrépito y sobresaltó a Rosa envuelta en aromas caseros.

—¡Clara! ¿Dónde te habías metido? ¡Te busqué por todos lados! Tuve que improvisar un almuerzo al ver la hora que ya era —reprochó Rosa, vociferando todo sin respirar, como era su costumbre.

—Madre... —dijo Clara agitada por la carrera desde el rancho—, madre. Pedro está herido en su casa —y susurrando, le relató a su madre la historia del descubrimiento.

—A Dios gracias, hijita, que seguiste tu intuición. Debemos decírselo a don Rafael para que busque un médico. —Secándose las manos en su delantal, salió de la cocina.

—¡No, madre! Espera un momento. No lo creo conveniente. No sabemos qué fue lo que sucedió y, en lo posible, preferiría resolverlo discretamente —y

recordando el mensaje de Pedro, agregó—: En un momento de lucidez, me mencionó que buscara a una mujer de nombre... —Y cayendo en la cuenta de que conocía a alguien llamada de ese modo, no terminó con la frase. Desestimando la idea con incredulidad, expresó—: ¡No puede ser!

—¡Habla de una vez, hija! ¿Por quién mandó Pedro? —apuró Rosa, preocupada.

—Me dijo que llevara a *Elisa*, pero la única con ese nombre que yo conozco es la señorita Silva y, que yo sepa, no es médica, así que ella no podría ser. — Aunque algo en su interior le decía que estaba en lo cierto.

—Debe ser ella —dijo con pesar Rosa. Sospechaba algo desde hacía un tiempo, pero no quería comentarlo con su hija, no deseaba causarle más daño.

—Mamita, si sabes algo, por favor, dímelo. Es muy importante que Pedro se recupere. No sé cuán grave sea el asunto, pero lo vi muy mal. ¿Tú dices que puede ser ella? —Clara pensó que tenía la posibilidad de redimirse ante ese hombre que la había amado con locura adolescente y que ella había tenido el mal tino de dejarlo.

Rosa asintió con un movimiento de cabeza y Clara salió de la cocina, sin darle explicaciones, en busca de la señorita Silva.

Elisa y Amanda conversaban animadas en el dormitorio. La felicidad se reflejaba en sus rostros cuando un golpe de la puerta las sorprendió. Sin esperar la respuesta, Clara la abrió despacio y apareció detrás. Su gesto era alarmante, su semblante reflejaba preocupación. Con actitud de disculpas, manifestó—: Disculpen, señoritas, que interrumpa, pero vengo con un asunto urgente y creo que usted es la única que puede ayudarme. —Y clavó sus ojos oscuros en Elisa. Ambas hermanas se miraron intrigadas y la invitaron a pasar a la habitación con un rápido llamado con la mano. Elisa se paró con rapidez para escucharla y Amanda tuvo el instinto de cerrar la puerta detrás de la

joven que ingresaba.

—Pedro se encuentra herido de gravedad en su casa y me ha pedido que venga por usted.

Al oír la mención del nombre amado, Elisa no pudo responder. Se limitó a procesar las palabras que la mensajera improvisada le acercaba. Sintió cómo las piernas se le aflojaban y, sin poder contenerlo, tomó asiento al borde de la cama. Varias preguntas se agolparon en su mente, pero el sonido no salía de su boca. Sentía que el corazón golpeaba su pecho en forma convulsiva. Estremecida, escuchó a su vez, que su hermana soltaba preguntas agitadas.

—No sé bien qué pasó. Encontré a Pedro en el piso. No sé desde qué momento se encuentra así. Tampoco sé si su herida es de gravedad —y no quiso decir más para no asustar a la jovencita que ya se encontraba atónita ante la noticia.

—Debes ir —habló Amanda—. Vete ahora. Yo inventaré algo para que mamá y papá no noten tu ausencia. —Y sacándola de su estupor, la levantó de la cama. La besó en la mejilla y le susurró al oído—: Rezaré por él.

Ambas chicas salieron juntas y evitaron la zona del comedor, donde ya se encontraban Catalina y Rafael. Sin mirar atrás, atravesaron a la carrera los arcos que dividían el predio y tomaron el sendero que estaba en el bosque de pinos. Era el camino más corto hasta el rancho de Pedro. El cielo se presentaba en un diáfano azul. El canto de los pájaros parecía anunciar una tragedia. Elisa se preguntaba cómo era posible que Clara hubiera encontrado a Pedro herido, que supiera dónde vivía, ¿a qué había ido hasta su casa? Él nunca le había hablado de una amistad con ella. La muchacha que había regresado de la capital se limitaba a realizar las tareas que le fueron destinadas. Jamás había entablado conversación con ella ni Amanda. La veían muy concentrada en su trabajo. No parecía tener amistades ni dentro ni fuera de Villa Firma, sin embargo, hablaba de Pedro con total confianza, como si lo conociera bien. Las dudas atravesaron el corazón de Elisa. Las hipótesis se mezclaban unas con otras y, sin saber por qué, recordó que nunca habían

hablado sobre el encuentro con Nuria. Esa conversación de la que había sido testigo la noche de la cena de bienvenida. Entre incertidumbres, recorrió el camino que la conducía al rancho junto a la joven. No era momento de detenerse en esos pensamientos, no obstante, el aturdimiento que la noticia le causó le disparaba ideas desenfrenadas.

XXXII

Danza ancestral

Al llegar al rancho, el olor de la sangre golpeó con dureza el olfato de las chicas que se internaban en la propiedad. La urgencia que traían recortaba la respiración. Desde la puerta de la habitación, Elisa vio a Pedro y se abalanzó sobre el cuerpo que yacía tendido en el piso. Se arrodilló detrás de su cabeza y la apoyó en la tibieza de su regazo. El dolor rasgó su corazón, como si fuera de tela. Hubiera querido arrancarlo de su pecho y no sentir el desgarró lacerante que le quemaba hasta la piel, pero no era posible. Los sollozos le provocaban espasmos incontenibles, mas no dejaba de acariciar su frente quemante y sudada, con manos temblorosas. Sus lágrimas bañaban sus mejillas de rosa, y sus ojos tomaron un aspecto sombrío. Quería despertarlo y suplicarle que no la dejara, que le dijera que todo iba a pasar, que era un mal sueño.

—¿Pedro, Pedro? —le rogaba con la angustia de un lamento, sin dejar de llorar—. ¡¿Qué ha ocurrido, amor mío?! —Su padecimiento era tal que se le volvió tortuoso respirar. Todo su cuerpo se convulsionaba al ritmo del llanto estremecedor y la escena se volvió un calvario.

Sorprendida, Clara veía cómo Elisa se desvivía por Pedro; las caricias, el llanto acongojado, la tristeza de sus ojos. También recordó la mirada de Pedro, cuando pidió por Elisa en un instante de lucidez; y tras dejar su propia

herida a un lado, se acercó hasta ella y le dijo:

—Señorita, no llore más... Pedro dijo que usted sabría qué hacer —expresó tomándola por los hombros.

Elisa la miró confundida, abstraída por la situación. Sus ojos miel estaban vidriosos, y la expresión de su rostro pálido apenó a Clara.

—No comprendo qué fue lo que quiso decir. —Y tratando de recordar alguna cosa, miró a su alrededor. Hasta que vino a su mente el sueño de Pedro y su abuela. Él le había dicho que ante cualquier emergencia, recurriera al jardín de sus ancestros. Debía ser eso. ¿Pero qué hallaría en ese lugar? No importaba, algo allí encontraría. Debía confiar en esa fuerza interior que venía guiando sus pasos desde el comienzo de su romance con Pedro. Antes de eso, esa fuerza era desconocida para ella, pero en aquel momento sabía que su amor movería montañas.

—Necesito a Gitano —dijo más para sí que para Clara, sin embargo, esta reaccionó inmediatamente.

—Yo se lo traeré. Solo espero encontrarlo enseguida —y sin preguntar nada más, giró sobre sus pasos, pero Elisa le tomó el ruedo de la falda azul del uniforme para detenerla.

—¿Me ayudaría a levantarlo? Quizás entre las dos logremos acomodarlo en su cama —dijo Elisa, quien no quiso ponerle el verdadero nombre al camastro.

—Tiene razón. Probemos.

Las dos mujercitas se acomodaron una en cada extremo del hombre voluminoso para subirlo a su lecho. La fuerza de sus brazos no menguó hasta acomodarlo. Ambas sostenían luchas internas. Una, dueña de su pasado, descubría que su amor por él no había terminado del todo y verlo, en esas circunstancias, le provocaba un dolor inmenso. Quizás si no hubiera vuelto a Córdoba, no lo habría percibido. El aire espeso de la capital humedecía los sentimientos y era más sencillo tener nuevos amores, más fugaces pero no menos intensos. La otra, poseedora de su presente, le hubiera rogado al

universo que todo fuera una mentira. Un dolor inconmensurable desgarraba su pecho. Ese pecho en el que Pedro se había acurrucado tantas tardes, en las que ella leía o hablaba de su vida. Ese pecho que anidaba la vertiente de la que Pedro bebió la tarde que la hizo amorosamente suya. A pesar de su dolor, trataba de imaginarse en qué episodio se había visto envuelto Pedro para sufrir semejante herida y cuál había sido el motivo. A su vez, no dejaba de preguntarse cómo Clara lo había encontrado. Un sentimiento, que no era acorde al momento, comenzó a tomar forma: sentía celos de la muchacha que trabajaba en Villa Firma. Antes de partir, le hizo prometer a Clara que cuidaría de él en su ausencia. Le cambiaron las prendas sudadas y reemplazaron el agua del recipiente por una más fresca, ya que por la fiebre se había entibiado. Ambas mujeres se embarcaban en la empresa conjunta de salvar la vida de Pedro sin saber bien qué hacer. Un pacto silencioso pero estrecho las unía sin haberlo mencionado. Ninguna pensaba en otra cosa que no fuera salvar a ese hombre.

Suspiró con fuerza, soltó el aire que se le apelmazaba en el pecho y recordó las enseñanzas de Pedro. Elisa subió sobre el lomo de Gitano y comenzó su recorrido con la mayor velocidad que pudo, pese a su inexperiencia.

De camino al antiquísimo jardín, Elisa rezó en cristiano, pero invocó a la abuela descendiente de aborígenes y trató de pensar en dioses comechingones imaginarios, solicitando la ayuda necesaria para no equivocarse. Cualquier error podía costarle la vida al hombre amado. Solo en ella estaba la salvación. Momentos de urgencia en los que se reprochaba no haber hecho nunca algún curso de enfermería que dictaban en España para preparar a las mujeres en una posible guerra. Su vida en Europa no concibió la idea de una realidad tan riesgosa.

Gitano comenzó a subir los cerros de forma acelerada y Elisa descubrió que no dirigía al animal hacia ningún sitio. Pese a eso, reconoció el camino que la llevaría hasta el valle. El caballo intuiría que debía conducirla a aquel lugar tan familiar a su dueño, pensó. Ni bien llegó, descendió de su montura y corrió

hasta la espesura de las hierbas medicinales que Pedro le había enseñado en sus visitas. Paralizada por el lugar, se arrodilló en el pasto y lloró bajando su cabeza hasta que su frente se apoyó en el piso. «Por favor, dime qué hacer aquí», rogó sin saber a quién. Golpeaba sus puños contra el verde que cubría la tierra, mientras sus lágrimas tibias regaban la vegetación. «No, no, no», jadeaba en el espasmo desesperado en el que ardía su alma de dolor. «Pedro, Pedro», y levantando su rostro al cielo, un calor abrazador le entibió los párpados cerrados. Gitano resopló a corta distancia y el sonido la despabiló. Tomó el resto de sus fuerzas desperdigadas por el suelo y se levantó, a pesar de la angustia. Sus ojos pasearon de planta en planta, sin identificar nada en especial. Miraba sin ver, buscaba sin hallar. Recorrió nerviosa los matorrales y comenzó a mover, en gesto abatido, sus manos, al tiempo que sacudía los yuyos. Aun sin saber qué recoger, no podía quedarse quieta. Aromas intensos comenzaron a abrirse paso en el aire. Embargada por la mezcla de olores, comenzó a girar con los brazos abiertos y la cabeza inclinada hacia atrás, mirando al cielo. Pequeñas florcitas y semillas se despedían de sus hierbas, adquirirían libertad y brillaban a través de la luz clara, resplandeciente. Elisa danzaba sin saberlo. El sol doraba su piel y sus cabellos estaban sueltos, al viento. La imagen recreaba un rito comechingón, sin embargo, la diferenciaba el aspecto blanco y las prendas modernas. Una energía envolvente la hacía girar a más y más velocidad. Su entrega era total. Elisa nunca supo que la magia ancestral se había apoderado de su cuerpo para enseñarle qué debía recoger. La evocación espontánea que nació en la desesperación la condujo y, en ese trance improvisado, tuvo una revelación.

Ya sabía con qué debía volver.

Comenzó a recoger varas de todos los tamaños de tres clases de hierbas: una para la fiebre que se había apoderado del cuerpo dañado; otra para higienizar y esterilizar la herida; y la tercera para la curación y regeneración de la piel. Esta última debía aplicarse luego de corroborar que no quedasen restos del perdigón que había atravesado la pierna derecha de Pedro.

Las varas medicinales descansaron en su regazo, mientras Gitano la condujo de vuelta.

—Elisa no nos acompañará en la mesa hoy, madre. Se siente un poco indispuesta —comunicó Amanda al bajar a almorzar. Con el rosario en un bolsillo, no dejaba de suplicar en silencio por la vida de Pedro.

—Gracias, Amanda, luego subiré a verla —contestó su madre.

Los nervios de Amanda comenzaron a jugarle una mala pasada. Si Catalina quería ver a Elisa, ella no iba a poder impedirselo. Debía tranquilizarse y disimular lo mejor posible, se lo había prometido a su hermana menor cuando la empujó a seguir a Clara.

—Mira, madre, creo que es mejor dejarla descansar. Seguramente por la tarde se sienta mejor y podrá bajar a merendar con nosotros —logró afirmar Amanda.

—Puede que tengas razón. Luego veremos —contestó Catalina, no muy conforme.

Después de almorzar, Catalina le mostró la última carta de Firma enviada desde España. En la misma, contaba las buenas nuevas sobre Lili, su pequeño nietito y su adorada Europa.

XXXIII

Horas interminables

Pedro deliraba en la inconsciencia. La pérdida de sangre era abundante y ese era el motivo de su elevada temperatura. Su pulso se tornaba cada vez más débil y el color de su rostro, cada vez más pálido. Clara no dejaba de rezar y de aplicarle compresas frías en la frente afiebrada. Se preguntaba si Elisa sabría qué hacer. La joven española aparentaba ser frágil y tímida, pero se había mostrado firme al decidir. «Dios la guíe», pensó.

Elisa regresó al cabo de un rato. Intensas fragancias se desprendían de las varas recogidas e invadieron el espacio inmediatamente. Clara no sabía qué iban a hacer con las hierbas, pero dejó que Elisa dispusiera, y comenzó a buscar distintos elementos dentro de la cocina.

—Necesito algo que sirva como mortero —habló rompiendo el mutismo.

—A ver, a ver... ¿esto puede servir? —Clara levantó un cacharro de poca profundidad y una estaca gruesa y corta.

—Eso es perfecto. —Se alegró Elisa.

—¿En qué puedo ayudar, señorita? —preguntó Clara, al ver que enérgicamente Elisa desprendía las hojas de una de las especies clasificadas en su recolección.

Elisa levantó su vista y vio su reflejo en Clara. La muchacha, que la miraba del otro lado de la mesa, se notaba tan preocupada como ella. Había algo que

Elisa desconocía, eso era evidente. Sin embargo, no era momento de interrogatorios. Necesitaba una aliada que tuviera más libertad que ella y su hermana.

—Tutéame, Clara, por favor. Estamos juntas en esto. Pedro nos necesita a ambas.

—Está bien, Elisa, como tú digas —respondió.

—Ahora, ayúdame con eso —le habló señalando el mortero—. Tráelo aquí y comienza a machacar las hojas que estoy apartando. Haremos un emplaste con vinagre para bajarle la fiebre —dijo sin comprender de dónde provenía esa idea; Elisa se dejó llevar por su intuición.

—Muy bien.

—Cuando termine con estas hojas, pondremos a hervir esas varas más gruesas para esterilizar la herida. Necesitaré otro recipiente más. —Elisa supuso que Clara sabría dónde encontrar este también.

Entre aromas intensos, las mujeres trabajaban en silencio. Concentradas cada una en su tarea, cortaban hojas, picaban varas, colaban infusiones. Iban y venían controlando que nada se pasara de cocción, que todo estuviera en su justa medida. Elisa, por su parte, alternaba la cocina con la habitación. Ella le mudaba las compresas de su frente, le controlaba el pulso. Clara no se sentía con atribuciones sobre Pedro, desde que Elisa volvió a la construcción de barro. Luego de higienizar la herida nuevamente, improvisó otra venda y la ató alrededor de la pierna de Pedro. Ya no sangraba. «A Dios gracias», pensó. En cada acto de curación, Elisa lo acariciaba, le hablaba al oído, lo besaba. Sabía que él podía sentir su aroma, que la percibía cercana. Por sobre todas las cosas, quería que él se sintiera cuidado por ella.

Preparando remedios caseros, se pasó la tarde casi por completo. Pese a la dedicación, la temperatura de Pedro no descendía; pero no se desanimaron. Elisa sabía que hacían lo correcto. Una fuerza interior, la guiaba.

—Alguien debe quedarse esta noche. No podemos dejarlo solo todavía — Elisa sabía que no podría quedarse mucho tiempo más.

—Quizás Roquecito se anime a ayudarnos. Si no, le pediré a mi madre que ella lo haga —sugirió otra vez. Clara hablaba con confianza al referirse al amigo de Pedro, a su vida toda.

—Está bien —asintió Elisa.

—Ya no queda mucho tiempo de sol. Deberíamos pensar en volver.

—Es cierto. Dejaré todo preparado. Quien nos reemplace deberá cambiar las compresas.

Antes de marcharse, Elisa se acercó por última vez en ese día al camastro donde descansaba el cuerpo afiebrado. Se tomó unos instantes para llorar en silencio. Sus manos repasaron el rostro masculino. Los rasgos se habían acentuado, quizás por el dolor. Quizás por la inconsciencia. «¿Qué pasó amor mío?, ¿quién quiso hacerte daño?», le susurraba mientras tomaba sus manos entre las suyas. Rozó suavemente sus párpados cerrados, besó sus labios y se obligó a marcharse, rogando encontrarlo con vida al siguiente día. Clara la esperaba en la cocina, mientras dejaba en condiciones lo que habían utilizado. Por respeto, no quiso entrar a la habitación a despedirse. Las muchachas emprendieron juntas el camino de regreso. El sol casi llegaba al horizonte. En ese momento de la tarde, la luz ingresaba por el oeste en el bosquecito de pinos. Las sombras que se formaban entre los troncos le otorgaban cierto misterio. El aroma ya era familiar para ambas. En el último tramo, se separaron. Clara hablaría con Roquecito en los corrales para pedirle el favor, y Elisa haría el trayecto restante hasta la casa, sola y rápido para evitar ser vista.

—¡Elisa! ¡No puedo creer que hayas vuelto! —Amanda se encontraba junto a la fuente de los sapos, en actitud de espera, aguardando el retorno de quien se había ausentado antes del mediodía.

—¡Hermana! —Entre sollozos ahogados, se lanzó a sus brazos. Se encontraba exhausta, con la ropa desgñada y sucia, manchada con sangre. Olía a caballo, a hierbas, a amargura. Su cabello caía desordenado, daba cuentas del día atroz que había vivido. Sus ojos de almendra se encontraban

enrojecidos de llorar lágrimas de dolor—. No te imaginas cuánto te necesité. —Desde la noticia hasta el regreso a la casona, parecían días, meses y hasta años las horas transcurridas.

Amanda dejó que su hermana menor se desahogara en su abrazo firme y contenido. Le siseaba al oído y le acariciaba la espalda sostenidamente.

—Ven, te prepararé la tina con agua tibia, mientras me cuentas qué ha sucedido.

—¿Y mamá? —preguntó sin levantar la vista. Si bien su preocupación era la vida de Pedro, no quería que la situación empeorase con un escándalo familiar.

—Mamá fue a la misa de seis. Dios quiso que llegaras en este preciso momento.

—Gracias, Dios —susurró.

Las jovencitas subieron las escaleras abrazadas y recorrieron la galería trasera. Elisa apreció el aroma alcanforado que envolvía siempre la casona y aspiró profundo, hasta su alma. Nuevamente se sintió reconfortada, esperanzada. Ingresaron por la puerta de madera y se dirigieron directamente a sus aposentos.

Amanda abrió el grifo del agua caliente para llenar la bañera, mientras Elisa se despojaba de su ropa, del mal momento vivido. El cuarto de baño comenzó a llenarse de vapor y la bruma tuvo un efecto balsámico en la mente de la joven.

—Le llevaré tu ropa a Rosa. Ella sabrá qué hacer. Además, está al tanto de todo lo ocurrido. —Amanda envolvió las prendas y levantó los zapatos del suelo de mosaicos blancos y salió del baño.

Elisa se quedó un momento, sola. Parecía haber perdido la capacidad de resolución y aguardó, sentada en la silla con la ropa interior puesta, que su hermana regresara y le indicara ingresar a la tina.

—El agua está perfecta —pronunció la mayor, en actitud de quien prepara el baño a un niño, moviendo el líquido tibio en la bañera, y cerró el grifo con la

otra mano—. Entra, vamos —continuó—. Voy a buscar unas toallas.

Elisa se levantó de la silla de madera con parsimonia y tocó el agua con la punta de los dedos de los pies. El agua estaba estupenda y la joven acomodó su cuerpo en la bañera. Se sumergió total y lentamente hasta desaparecer. Estuvo bajo el agua unos instantes para emerger cuando el aire se agotó en sus pulmones. Necesitaba resurgir renovada. Pedro la necesitaba fuerte y valiente. No podía darse el lujo de claudicar. Y no lo haría. Amanda regresó al cuarto de baño y la asistió en el lavado de sus cabellos, mientras le relataba, de lo sucedido, lo poco que sabía. La herida de Pedro, su fiebre, su inconsciencia. La ayuda de Clara, su incondicionalidad, su respeto. Solo se reservó detalles del jardín ancestral y de cómo había tomado la decisión de las hierbas. Hablaron, además, de lo que tuvo que hacer Amanda para que Catalina no las descubriera: la mentira sobre la dolencia de Elisa, el evitar que la fuera a ver. Incluso había ordenado un caldo que, con el auxilio de Rosa, habían podido ocultar en el dormitorio en el que no se encontraba nadie.

—Hay algo que quiero contarte —Amanda se debatía entre lo que sabía y lo que se debía a su hermana y tomó una decisión antes que supiera por otra boca la verdad—. Luego del almuerzo, bajé a la cocina a investigar cuánto sabía Rosa de todo esto, ya que su hija era quien nos había dado la noticia. Clara y Pedro fueron novios —precipitó Amanda. Los ojos de Elisa se abrieron enormes ante la confidencia—. No te preocupes, fueron novios de adolescentes. Su relación terminó cuando ella decidió marcharse a Buenos Aires, la capital de la Argentina. Parece que quiso estudiar y superarse. Según Rosa, tuvo otra relación más intensa que la dejó abatida y la obligó a regresar a Villa Firma. Eso y haberse quedado sin trabajo.

Elisa había tenido una corazonada y algo dentro suyo imaginaba algo así, sin embargo, no quiso darle rienda sueltas a su olfato.

—Sabía que algo existía por la familiaridad con la que se movía en su casa —reflexionó un instante y cuestionó—, si no existe nada más entre ellos, ¿cómo explicas que ella lo haya encontrado?

—También se lo pregunté a su madre. Ella dice que fue porque se sorprendió al no verlo en las caballerizas, que Pedro nunca falta y todo eso...

—Pasado o no, lo tiene presente. Y, por lo visto, lo conoce más que yo. —En actitud infantil, salió del agua que ya estaba destemplada y se envolvió la toalla.

—No te formes ideas erradas. Pedro te ama, y tú lo sabes. Es más, Rosa me contó que se vieron y él le devolvió un collar de caracoles, que con eso cerró cualquier esperanza que ella albergara en su corazón, si es que lo hacía. Rosa sospechaba que ustedes tenían algo... —susurró con complicidad—. «El zorro sabe por zorro, pero más sabe por viejo», me dijo. —Amanda levantó los hombros en señal de no entender muy bien de qué se trataba eso, pero Elisa ya no la escuchaba con atención.

—De todas maneras, no confía en mí. Eso tampoco me lo contó.

—Eli, no podía contarte que se habían visto sin contarte que habían sido novios.

—Sí, bueno, no sé... —Resopló algo cansada—. Voy a vestirme.

—Ponte un camisón y métete en la cama, antes que mamá regrese de la capilla.

—Tienes razón.

Las jóvenes se mudaron a la habitación, donde Elisa se arropó con su atuendo de dormir. Se cepilló el cabello húmedo y se frotó las manos con una emulsión de miel y almendras. Se sentía relajada, a pesar del disgusto causado por los comentarios de su hermana con respecto a la relación con Clara. En su interior, sabía que Pedro la amaba sobre cualquier cosa y ella haría lo que estuviera a su alcance para salvarlo.

—¿Has comido algo? —quiso saber Amanda—. Si quieres, puedo hacerte preparar algo.

—Por favor, una leche tibia con miel me sentaría de maravillas. ¡Ah! Y pregúntale a Rosa si Clara pudo conseguir que Roquecito pase la noche con Pedro. En eso habíamos quedado.

Amanda salió con el pedido en el mismo momento que su madre ingresaba a la habitación. La miró con una mezcla de piedad y ternura. A pesar de ser una mujer fría con ellas, Elisa no quería causarle ningún mal. Sabía que ni bien saliera a la luz su romance con Pedro, su madre rompería el firmamento de un grito. Era su madre, pero Pedro era su vida.

—¿Te sientes mejor, hija? —preguntó Catalina acercando una silla junto a la cabecera.

—Sí, mamá. Gracias.

—Tu hermana ha hecho todo lo posible para que no te moleste, pero no soporté más sin verte. Por un momento, pensé que estaban ocultándome algo.

Elisa sonrió quedamente, y sus pómulos alcanzaron un tono rosa en la palidez de su rostro.

—Ahora que te veo, me doy cuenta por qué Amanda no quería que te molestemos. Estás muy indispuesta. Tu cara lo delata.

—Creo que necesitaba descansar sobre todo. —Elisa odiaba mentir, pero en esta circunstancia sentía que no tenía opción. Su energía debía estar focalizada en velar por la dolencia de Pedro; no era momento de luchar por un amor prohibido.

—Me alegro entonces. ¿Quieres algo? —dijo Catalina.

—Madre, necesito un abrazo. —Elisa recordaba pocos abrazos de su madre y era momento de sentirse acunada, contenida. Catalina se sentó en la cama y abrazó a su hija; la tomó de su cabeza y la recostó en su pecho. La joven contuvo el llanto que subía por su garganta y le revolvía las entrañas. Quería pedirle que lo tuviera presente en sus oraciones, pero no podía.

Amanda ingresó, con el líquido e invadió la habitación de dulce calidez. La tomó por sorpresa esa imagen y sin pensarlo mucho, se acercó hasta su madre. Se unió al abrazo discretamente, como abarcando las dos figuras desde afuera. Las tres mujeres se sintieron en paz.

El crepúsculo. Sola en su habitación, Elisa se dirigió a la ventana para observar el cielo. Teñido de naranja, el sol ya había huido por el poniente. El lucero chispeaba resplandeciente y la luna, junto a él, coronaba la imagen. Serrana y menguante se imponía a media altura. Parecía angustiada, pero tal y como ella, no perdía su brillo de plata. «Esa noche, en que la luna brillaba espléndida, usted opacó su belleza». Recordó las palabras de Pedro, la tarde que pasearon a caballo y supo entonces que ese hombre era capaz de parar los latidos de su corazón.

Rogó al cielo y a los dioses comechingones que la dejaran ser feliz con él.

XXXIV

Fiel amigo

En las caballerizas, Roquecito ponía en orden cada celda. Se aproximaba la hora en la que Gitano, Cleopatra y Fuego descansaban. Con su tridente desparramaba la alfalfa que servía de lecho para los caballos. Era un muchacho prolijo y ordenado. Se mantenía fiel a los mandatos de los patrones y, sobre todo, se dejaba guiar por el capataz, a quien consideraba un amigo, un hermano mayor. Por eso cuando Clara fue a buscar a Gitano para llevárselo a Elisa, la noticia de las heridas de Pedro calaron hondo en su preocupación. El día transcurrió en la incertidumbre más absoluta. Por pedido de la muchacha, solo ellos sabían de lo ocurrido. Sin hablar con nadie —al saber que su amigo apreciaba la discreción—, el silencio se tornaba pesado.

—Hola, Roquecito, ¿cómo has estado? —Clara se hizo presente en la entrada, con el aspecto demacrado.

—Aquí estoy... ¿Traes noticias de Pedro? —Su tono de inquietud era notorio.

—Vengo de su casa.

Roquecito apoyó el rastrillo de tres dientes en la pared de ladrillos de barro, ajada por el paso del tiempo, y se acercó a la muchacha con marcada preocupación.

—¿Cómo está?

—Muy mal. Aún no pudimos bajarle la fiebre. —Y dejándose caer sobre un tronco cortado que hacía las veces de asiento, rompió en llanto.

Roquecito se acercó a Clara sin saber qué hacer, un poco por la inexperiencia y otro poco por la falta de confianza. Se conocían de pequeños, pero la ausencia de la joven había trazado distancias con los habitantes en Villa Firma. Acucillándose a su lado, intentó tranquilizarla para que pudiera contarle las nuevas.

—Clara, cuéntame, por favor. Intenta no llorar...

—Lo vi muy mal. No quise llorar en su casa para no asustar a la española, pero no sé si se va a salvar. Quisiera confiar... —ya no pudo seguir hablando. Las lágrimas contenidas regaban sus mejillas a raudales.

—¿Puedo hacer algo por mi amigo? —interrogó Roquecito ante la desesperación de la muchacha.

—Sí. Podrías quedarte con él. No queremos que pase solo la noche. Nosotras estamos agotadas. Yo necesito descansar y a Elisa no le van a permitir que pase la noche fuera de la casona.

—Si Pedro me necesita, ahí estaré. Dime qué tengo que hacer.

—Dejamos todo preparado para que le cambies las compresas de su frente. No es necesario que no duermas si se encuentra estable, pero debes estar atento. Y cualquier cosa, escúchame bien —y al decir esto, Clara se puso de pie, se acercó a la cara del muchacho y levantó su dedo índice en señal de advertencia—: cualquier cosa que suceda, me avisas. Sabes dónde encontrarme.

—Lo haré. Descansa y mañana temprano nos vemos.

Clara se retiró a la parte trasera de la casona para descansar. Su madre la aguardaba con un plato de sopa. Rosa sabía bien que el alimento caliente reconfortaría su cuerpo cansado.

Roquecito ingresó al rancho de Pedro con todo lo necesario para pasar la noche junto a su amigo. Lo respetaba como capataz, lo admiraba como jinete, lo apreciaba como a un hermano. Le debía tardes enteras de enseñanza: cómo domar un potro salvaje sin violencia, cuáles eran sus cuidados, cómo ajustarse a sus manías. En divertidas tardes de verano, cuando Roquecito era un niño y Pedro adolescente, le había enseñado a montar. A escondidas de sus padres — quienes no autorizaban tales prácticas—, Pedro se reía de las torpes caídas del muchacho. Le había enseñado los peligros que podían acechar la estancia; le había prestado atención cuando todos se encontraban ocupados en actividades rudimentarias. Lo escuchaba en sus inquietudes. Le mostraba las aves, le contaba sus nombres y qué presagiaban cuando aparecían por el campo. Le contaba historias de sus antepasados, pero era muy discreto con sus romances. El jovencito se dejaba enseñar y guiar por su amigo mayor. Amigos, así se consideraban.

—Hola, Pedro. Quizás no puedas escucharme, pero aquí estoy. —Se acercó al camastro donde el cuerpo herido de su amigo descansaba. Le apoyó la mano en la frente y advirtió la elevada temperatura—. ¿Qué fue lo que te pasó? —le preguntaba como si pudiera escucharlo—. Ya despertarás y deberás contarme todo.

La sensación de ahogo apesaba el alma del muchacho que no concebía el estado de su amigo. No obstante, no se dejó quebrar y comenzó con lo indicado por Clara. Las compresas debían reemplazarse a cada rato por otras más frescas. Mientras se las mudaba le hacía chistes, le contaba anécdotas — que Pedro conocía de memoria—, le hablaba de los encuentros con Elisa, le preguntaba si estaba enamorado de ella...

La noche sucedió sin demasiados cambios. La temperatura de Pedro aún no disminuía y los delirios habían desaparecido. Inmerso en la inconsciencia, el capataz no daba señales de mejoría. Sin embargo, Roquecito se sentía muy útil acompañando a su amigo y reemplazando a las chicas.

Al amanecer, cuando el sol pintó la tierra serrana con sus primeros rayos, el

jovencito se quedó dormido.

XXXV

Trabajo conjunto

La mañana de finales de septiembre se perfilaba cálida y mostraba las primeras notas primaverales en el paisaje. Las hojas comenzaban a reverdecir en sus tallos, los capullos de las especies florales intentaban abrirse y llenar de colores los jardines, el aroma a los azahares invadía el ambiente. Ante el cambio estacional, Villa Firma olía a primavera y renacía con fuerza y belleza. El césped se convertía en alfombra esmeralda, tupida y confortable. No obstante, los habitantes del pueblo entero reclamaban más lluvias antes que el verano arrasara con su sequía.

—¡Papá! —Ambas jovencitas corrieron a los brazos de Rafael, a quien no veían desde hacía unos días. Catalina y su marido ya se encontraban desayunando en la mesa oscura del comedor, sumergidos en los manjares que las bandejas mostraban. Pan horneado, tostadas, dulces y mermeladas caseras combinadas con un espeso y aromático café con leche honraban la ingesta matinal. Elisa no podía contener sus lágrimas al ver a su padre. En sus brazos siempre se sentía en paz y protegida.

—¡Hijas mías! —Abrazó como pudo a las dos y se hundió en sus cabellos. Después de haberle confesado a Catalina sus errores pasados, no las había vuelto a ver. Su partida a Rosario había sido de madrugada, acompañado de Julián y, aprovechando la distancia, pudo reflexionar sobre lo acontecido. A

pesar de todo, aún no decidía si era conveniente o no contárselos.

—Cuidado hijas, no olviden que su padre llegó muy tarde anoche y aún no ha descansado como es debido —las reprendió Catalina.

—Estoy bien, Catalina. Deja a mis niñas que abracen a este padre cansado y cada vez mayor.

—Pero que aún está muy bien. —Rio Amanda.

—Sentémonos y continuemos con el desayuno. Elisa, hoy no debes dejar de alimentarte. Mira que ayer no has probado bocado. —Catalina, pulcra y prolija como siempre, seguía atenta cada movimiento de sus hijas.

—Sí, mamá. Hoy me siento mejor.

—Gracias a mis cuidados —recordó Amanda.

Mientras el desayuno transcurría en conversaciones de rutina, Elisa observaba los movimientos de Clara y Rosa, que entraban y salían de la cocina, trayendo y llevando vajillas y alimentos. Las muchachas se miraban sin hablar, cuidando de no despertar ningún tipo de sospechas.

—Mañana debo partir a Córdoba capital y desde ahí a Rosario nuevamente. Se están presentando algunas complicaciones en la empresa de Santa Fe... nada importante, pero que me obligan estar ahí. Así que hoy me tomaré el día para descansar un poco y para preparar el viaje.

—¿Julián ha vuelto contigo, papá? —interrogó Amanda.

—¡Sí! Ya me olvidaba. Me pidió permiso para visitarte hoy. Quiere pasar la tarde y quedarse a cenar. No sé si estarás de acuerdo... —Sonriendo con picardía, clavó su mirada en su hija mayor. Rafael tenía un carisma envolvente y siempre salía con algún chiste. Su secreto mejor guardado era, por esos días, su mayor preocupación. Lo único que verdaderamente le importaba era la reacción de su familia. Amanda sonrió de la emoción al saber que Julián pasaría la tarde con ella. No obstante, seguía tan preocupada por Pedro como su hermana, quien no emitía sonidos desde el saludo matinal. Se encontraba inquieta, ansiosa pero callada. Por momentos no sabía cómo contenerse y no salir corriendo al rancho. Quizás sería mejor hablar con sus padres, pero de

inmediato desestimaba la idea.

Terminado el desayuno, ambas jovencitas bajaron a la cocina en busca de Clara para ver quién reemplazaría a Roquecito en los cuidados de Pedro. Los peones eran varios y algunos adultos mayores tenían sobrados años trabajando en estancias, pero respondían a un capataz. Alguien debía estar al mando de las tareas. Con Pedro ausente, Roquecito era quien impartía las órdenes.

—¡Hola, Clara! ¿Has ido a la casa de Pedro? —preguntó Elisa, ni bien la localizaron lavando los utensilios utilizados en el desayuno.

—¡Hola! Aún no. Quería terminar los quehaceres para organizarnos. ¿Cómo haremos hoy?

—No juzgo convenientes que vayamos las dos. Tú tendrás, sin dudas, cosas que hacer y hoy llegó mi padre. No puedo ausentarme todo el día. Quizás pueda ir ahora, y tú...

—Tengo una idea mejor. Que vaya Clara ahora y esta tarde, cuando Julián venga, si es necesario, inventaremos una excusa para ausentarnos, ¿les parece? —acotó Amanda.

Ambas se miraron intrigadas a la espera de respuestas. Era una buena idea, y no levantarían sospechas.

—Me parece bien. Yo estoy terminando. Mamá se encargará del almuerzo — Clara desató su delantal con rapidez y se acomodó un poco la ropa. Su cabello atado prolijamente en un rodete no dejaba apreciar el largo. Elisa la juzgó bonita aún vestida en ropa de trabajo y una oleada de celos la invadió. La mañana transcurriría con Pedro y Clara solos en su casa. Sin embargo, su amor por el capataz y la necesidad de colaboración desbarataron sus fantasmas.

—Yo te reemplazaré ni bien termine el almuerzo.

—Está bien.

Las tres jóvenes salieron al patio y dejaron atrás la intimidad y calidez que siempre se vivenciaba en ese sitio. El sol tibio calentó sus rostros. Caminaron juntas hasta traspasar el arco y, comenzando la pradera, dejaron que Clara siguiera sola su camino. La vieron perderse entre los árboles cuando comenzó

a descender la lomada.

Al llegar al rancho, Roquecito le abrió la puerta. En pocas palabras, le comentó las novedades. No había mucho para decir. El estado de Pedro no había variado durante la noche. La temperatura continuaba alta y aún no despertaba. Despidiéndose de Clara y de su amigo, Roquecito abandonó el rancho para retomar algunas actividades en las caballerizas, a pesar del cansancio de no haber dormido.

Movida por una necesidad incontrolable, Elisa pidió a Amanda que la acompañara hasta la Capilla San Antonio para rogar por la vida de Pedro. Iban a misa cada domingo por la mañana, pero no podía esperar. Ansiaba un momento de paz, de consuelo. De misericordia.

A ambas les gustaba pasear por las callecitas tranquilas de Capilla del Monte. Los lugareños, que ya las conocían, las saludaban amablemente. Los que no, se preguntaban quiénes eran. A pesar de los meses vividos en el lugar, no terminaban de descubrir todos los rincones del poblado serrano. Un detalle en la fisonomía de una esquina, un comercio novedoso, un árbol de color exótico maravillaban siempre los sentidos de las jóvenes españolas que se regodeaban en las caminatas diurnas. En más de una oportunidad, solían darles maíz a las palomas de la plaza para luego hacerlas volar agitadas. Divertidas con la ocurrencia, reían como niñas. Tal era así que a nadie sorprendieron al anunciar que saldrían a caminar un poco. Con pasos apurados, subieron la última cuesta que las separaba de la construcción religiosa. Al llegar a la gran puerta principal, Elisa le dedicó a Amanda una mirada triste. La mayor apoyó sus manos en los hombros y la empujó delicadamente para que entrara. Una congoja inusitada estalló en su espíritu con el primer contacto directo con lo divino. Casi desplomada, se dejó caer en el último banco de la iglesia. Sus jadeos compulsivos acompañados de lágrimas le provocaban espasmos

incontrolados. Era la primera vez que sentía que podía perderlo. Quizás, hasta ese momento, no comprendía la gravedad del asunto. Su corta edad y su crianza no le permitían tener cabal consciencia de la realidad. Un rosario apretado giraba inquieto entre sus manos húmedas y nerviosas. Su hermana le alcanzó un pañuelito bordado en blanco para recordarle que no estaba sola, más que para secarse el llanto. Agradecida por el gesto, le sonrió levemente.

Poco a poco se fue calmando y, con la esperanza de que todo estuviera bien, elevó la vista a la imagen de Jesús. Conmovida por su rostro, buscó los ojos ambarinos de quien se encontraba clavado en la cruz. Sintió consuelo en la mirada y oró para sus adentros. Más tranquila y compuesta, la invitó a su hermana a rezar el rosario. Ambas se unieron en una única voz en la soledad del templo.

El rezo llegó a su fin y debían regresar a la casa. Un momento más, le susurró Elisa a su hermana y se arrodilló cerrando los ojos. En total comunión, fue su alma horadada por el dolor la que habló. «Daría mi vida por la de él. Si es un castigo por el pecado que estamos cometiendo, me alejaré. Pero necesito una señal... hazme saber que no podemos continuar juntos, y lo dejaré. Pero ¡sálvalo! ¡No lo dejes morir!». Sin derramar ni una sola lágrima, sus palabras sonaron en su interior con la fuerza de una promesa.

XXXVI

Confusión

Desde lo sucedido la otra noche, en el porche de su casa, Nuria no dejaba de imaginarse la suerte corrida por su otrora amante. Movida por la rabia y sin un plan certero para conquistarlo, se jugó una carta peligrosa. Sin pensar demasiado en la reacción de su marido, inventó una historia ficticia de un admirador que llegaba a perseguirla por las calles del pueblo. Príamo insistía en conocerlo y ponerlo en vereda. Nuria le ofreció citarlo en su casa. De esta forma, Príamo tendría la posibilidad de conocerlo y hacerle saber que su mujer se encontraba casada. Por su parte, Nuria pensaba en llamar la atención de Pedro. Quizás lograba su cometido: que el capataz, movido por los celos, no la hiciera a un lado.

—¿Dónde lo encontrarás? —interrogó.

—No te preocupes. Me acecha cada vez que salgo.

Si bien nunca se imaginó que su marido querría hacerse el héroe, disfrutaba con la idea de hacer sufrir a su amante tan solo un poco. Un diálogo acalorado, unas piñas mal pegadas, un escape a caballo hubiera estado bien. Pero nunca se imaginó que su marido apretaría el gatillo. Por suerte, Pedro era un muchacho fuerte y tenía los reflejos de un puma, pero presentía que algo había pasado. Por momentos, se arrepentía de la trampa tendida. En otros, reflexionaba sobre su maldad. No era eso lo que hubiera querido. Su sed de

venganza pasional le había turbado el raciocinio. ¿Y entonces? ¿Qué estaría pasando en el rancho de Pedro?... Preguntas ovilladas en su mente tejían y destejían conjeturas apresuradas. Una sola cosa sabía con certeza: Pedro no le perdonaría semejante traición mientras viviese. «¡Carajo!», había pronunciado Juan Carlos Príamo al errar el segundo disparo, «se me escapó por un pelito». Esa noche, ninguno de los dos esposos pudo conciliar un sueño tranquilo. Nuria, por su maldad concreta de haber pergeñado un plan que había dado resultados a medias; y Príamo por la incertidumbre de no saber si había alcanzado a herir al muchacho. Era muy tenaz en sus propósitos, su manipulación —sobre todo con su marido— alcanzaba límites impensados. No obstante, sin Pedro ya no se imaginaba cómo seguiría su vida.

Con su marido en la capital cordobesa, sus dudas la rondaban. Extrañaba los encuentros nocturnos, cargados de pasión en los que su amante ponía color en su vida gris plomizo. ¿Cómo hallarse tranquila sin saber qué había sucedido con Pedro? Sus ojos se nublaron por un momento. ¿Qué debía hacer? Apoyada en el marco de la ventana de hierro, decidió que iría al rancho del capataz a corroborar que estuviera bien.

Al cabo de un rato, se vistió lo más cómoda y discretamente que pudo. Salió de su hogar y atravesó la entrada en donde aún veía la imagen de Pedro corriendo para alcanzar a Gitano. Miró a su alrededor, movida por una culpa que nunca había sentido, y se dispuso a atravesar la plaza principal de Capilla del Monte. Debía evitar la callejuela que desembocaba en Villa Firma, aunque esto la retrasara un buen rato.

Con el sol acuciante del primaveral mediodía, Nuria se presentó en el rancho de Pedro con la urgencia propia de quien desconoce el paradero de un afecto. La puerta se encontraba entreabierta. Asimismo, ingresó despacio, tratando de hacer el menor ruido posible. Al habituarse a la penumbra, caminó a tientas hasta la habitación campechana de quien supo festejarla, sin ingresar. Sus ojos divisaron un bulto de tamaño considerable sobre el catre. «Pedro», supuso. Inmóvil en el umbral de la habitación, oyó un ruido que provenía

desde afuera del rancho. Clara se encontraba lavando los utensilios y cambió el agua para dejarle a Elisa todo en orden en la batea que daba al fondo de la casa de Pedro.

Nuria observó por la ventana y vio acercarse a la muchacha con pasos urgentes. Sorprendida por la presencia de una mujer, sus latidos comenzaron a acelerarse, sin embargo, los segundos que transcurrieron no alcanzaron para salir de la vivienda.

—¿Quién es usted?! —atinó a decir Clara, al ver a Nuria parada en medio de la cocina. Bajó los utensilios en lo que hacía las veces de mesada y sin darle la espalda, se acercó hasta la puerta de la habitación al tiempo que corroboraba que Pedro siguiera ahí. Ninguna de las dos identificó a la otra. Sin embargo, por la vestimenta de la desconocida, Clara pudo ver que se trataba de alguien con clase. A pesar del esfuerzo por pasar desapercibida, a Nuria se le notaba «la clase». «Con quién te has metido, Pedro», pensó Clara.

—Soy la amante de Pedro —probó Nuria con aires de grandeza.

—¿Amante de Pedro?! —Clara advirtió enseguida que la mujer llevaba una alianza en su mano izquierda.

—Así es. Se encuentra en ese estado por defenderme de mi marido —mintió. Nada tenía que perder. Si esa muchacha se encontraba en el rancho de Pedro, seguramente era porque lo conocía bien.

Clara olió la mentira. Sin embargo, no podía dejar que la señora lo percibiera. Tomó una actitud ingenua y comenzó a preguntar cómo le había sucedido tal cosa, especulaba con el horario, ya que en cualquier momento Elisa llegaría a tomar su lugar. Nuria inventó un contexto, pero las heridas se correspondían con la realidad.

—Le voy a pedir que se retire, señora. Esto no corresponde, y si su marido la siguió, la va a encontrar aquí y Pedro no podría soportar otro ataque. — Luego de lo oído, Clara ya no quería que Nuria permaneciera allí. Debía resguardarlo de todo peligro fuera mentira o verdad la historia.

—No me iré hasta que despierte. Mi marido ya no se encuentra en Capilla

del Monte.

—De todas formas, debe irse. Yo soy el familiar más directo que Pedro tiene y le ordeno que se retire o la saco de los pelos. —Clara debía resolver la situación costara lo que costara. Y si esta señora sabía que la salud de Pedro era delicada, hubieran sido cualquiera los motivos y circunstancias, era porque había sido —por lo menos— testigo del incidente.

Ambas mujeres comenzaron a forcejear. Clara vio que Nuria, en actitud caprichosa, no se movería de aquel sitio, por lo que la tomó del brazo y la arrastró hasta la puerta de entrada. Nuria intentaba zafarse y, a medida que se acercaba a la puerta, elevaba el tono de voz. Clara logró su cometido y, de un empujón, tiró afuera del rancho a la quisquillosa dama de sociedad. Despotricando, Nuria se alejó del lugar.

—¡Pedro! ¡Al fin despiertas! —Clara vio que el muchacho estaba sentado en la cama con talante aturdido. Corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos apurados, lo que hizo que liberara la energía contenida.

—¿Clara? ¿Qué estás haciendo aquí? —sin entender nada, y tratando de recordar lo sucedido, Pedro interrogó.

—Gracias a Dios, estás bien. Hace dos días que no despertabas. Te encontré la otra mañana, tirado aquí. —Y señaló el lugar preciso—. Pero ¿qué fue lo que te pasó?

—A ti puedo contártelo, pero no debes decir nada. Tuve una amante. —Hizo una pausa en su relato, como si le costara entender el error cometido—. Una señora casada que no pudo superar que haya terminado con lo nuestro. Y se volvió peligrosa. Me citó a su casa. Si no iba, le contaría a su marido. No podía permitir eso... Clara, me enamoré de la señorita Elisa.

—Ya lo sé. Me di cuenta de que, entre ustedes, existía algo cuando mandaste por ella entre tus delirios.

—¿Mandé por ella?

—Sí, señor, y vino aquí. Estuvo cuidándote estos días —Clara le contó todo lo que habían hecho, cómo habían trabajado en conjunto, cómo habían rezado

por él. A Pedro se le llenaron los ojos de lágrimas y el pecho se le hinchó de orgullo. Su mujercita se había comportado tal y cómo él hubiera querido.

—¿Y ahora? ¿Dónde está? —preguntó Pedro mirando hacia la puerta, esperando que apareciera.

—Debe estar por llegar. Quedamos en que vendría luego del almuerzo. —Miró su reloj de pulsera—. Pero, gracias a Dios, ¡aún no ha venido! Se hubiera encontrado con *tu amante*... —dijo marcando la expresión. Clara debía decirle a Pedro la verdad.

—¿¡Nuria estuvo aquí!?

—Seguramente te despertaron nuestros gritos. Tuve que sacarla casi a patadas de aquí. Supuse que estaba mintiendo.

—Gracias, Clara... Voy a tener que decirle a Elisa, la verdad... Esto se ha vuelto incontrolable.

—Tienes razón. Pero ahora descansa... No tiene caso que sigas dando vuelta sobre lo mismo. —En ademán de arroparlo, acomodó las mantas—. ¿Quieres comer algo? Debes tener hambre. Hace dos días que no pruebas bocado.

—Sí, pero antes quiero agradecerte lo bien que te comportaste conmigo y seguramente con Elisa. Gracias, Clara...

—¿Amigos? —propuso la muchacha.

—¡Amigos! —exclamó Pedro, y estrecharon sus manos derechas en son de paz.

Y llegó el momento de reemplazar a Clara. El almuerzo había transcurrido ya, sin embargo, a Julián todavía le faltaban algunas horas para llegar a Villa Firma. La ansiedad de Elisa la carcomía por dentro; no podría esperar hasta la tarde.

—¿Te parece buena idea esperar a que venga Julián para irnos hasta la casa de Pedro? —preguntó desconcertada; Elisa no sabía muy bien qué hacer.

—Como quieras, hermana. Propuse eso para tener un motivo para salir de casa sin levantar sospechas —contestó Amanda, mirándose al espejo de la habitación mientras se probaba atuendos.

—Esta incertidumbre va a matarme... —Algo cansada, Elisa se acercó a la ventana resoplando. De repente, divisó a Clara que se acercaba a la carrera a la casona—. Aquella que viene ahí, ¿no es Clara? —Y se acercó aún más al vidrio que la separaba del exterior.

—¿A ver? —Se asomó Amanda—. ¡Sí! Es Clara. ¿Habrá pasado algo con Pedro? Salgamos afuera.

Las dos muchachas bajaron la escalera con velocidad y atravesaron el comedor sin advertir que una empleada limpiaba los jarrones. Inquietas por saber qué había sucedido, descendieron los escalones del lateral para encontrarse con Clara que llegaba con una sonrisa en su rostro. Elisa no quería creer que esa sonrisa podía ser motivo de esperanza para no deprimirse luego, si así no era.

—¡Pedro despertó! —con ojos emocionados, Clara anotició a las hermanas.

—Gracias a Dios —dijo Amanda mirando al cielo.

Elisa no pudo pronunciar palabras, solo agachó su cabeza y comenzó a sollozar de alivio. Las tres mujeres, en causa común, habían dado todo para llegar a este resultado. Se agradecían mutuamente una a la otra, ya que todas fueron indispensables a la hora de salvar a este hombre.

—Elisa, Pedro se encuentra bien, ya no llores. —Clara tomó entre sus manos el rostro de la joven y la miró con estimación. Se habían ganado el respeto y la admiración—. Me pidió que viniera a buscarte. Se muere por verte.

—¿Te explicó qué fue lo que le sucedió? —preguntó con rigor.

—Será mejor que te lo explique él. —Clara no quería complicar las cosas. Además, lo importante era que Pedro estaba bien.

—No pierdan más tiempo, ¡vayan! —Amanda siempre tan resuelta y práctica.

—Sí, vamos. ¿Me cubres con mamá, hermana? —preguntó Elisa.

—Sabes que sí, pero vayan antes que alguien asome y las vea irse.

Las dos jovencitas corrieron hasta el sendero. Lo atravesaron a paso rápido, cada una con sus vivencias. Clara se había transformado en alguien entrañable no solo para Pedro, que ya había dejado de amarla, sino también para Elisa. De no haber sido por ella, Elisa no hubiera podido hacerlo sola.

XXXVII

Encuentro

A pesar de la recomendación de Clara de descansar mientras Elisa venía, Pedro no pudo con su genio y, para cuando las muchachas llegaron a su casa, ya estaba levantado. Solo vestía un pantalón vaquero gastado, sus pies estaban descalzos y ninguna prenda que cubriera su abdomen y su pecho.

Elisa ingresó al rancho con la ayuda de Clara, quien le abrió la puerta y esperó que entrara primero. Vio los pies de Pedro y no pudo contener la emoción de saberlo despierto y sentado al borde del catre. Corrió a su encuentro y lo abrazó con todas sus fuerzas. Se sumergió en su pecho ancho y varonil, y él supo refugiarse. Pedro cerró los ojos y le acariciaba la nuca siseándole despacio para calmarla. Su olor. A fresco, a limpio, a flores. Su cabello despedía un aroma exquisito. El contacto con su piel tersa le embargó la emoción de saberla suya.

—Pensé que no despertarías nunca. Sé que fueron dos días, pero para mí fueron años —con voz acongojada, Elisa rompió el mutismo.

—Tengo más vidas que un gato. Ven aquí —dijo atrayéndola contra él nuevamente—. Dame otro abrazo.

—Debes decirme qué fue lo que sucedió. ¿Corres peligro?

Pedro miró hacia afuera de la habitación, como buscando respuestas. O un aliado. Clara hacía ruido mientras ponía en orden el rancho. Pero escuchó la

pregunta rotunda de Elisa. «Dile la verdad, Pedro. Debes confiar en ella», pensó.

—Ya te contaré todo..., pero no debes preocuparte. Me cercioraré de no correr riesgos ni de que tú los corras.

«Bien. No se lo dirás aún», Clara resopló sin que la oyeran.

—¿Puedes quedarte a pasar la tarde conmigo? Clara me contó que te habías arriesgado mucho por mí en estos días, no quiero seguir causándote problemas.

—Voy a hablar con mis padres. Ya no soporto tener que esconderme para verte. En estos días que creí perderte, comprendí que lo que siento por ti es más fuerte que cualquier otro sentimiento. No le temo a la reacción de mis padres. No será fácil, pero no podemos seguir así.

—¿Y qué crees? ¿Qué me permitirán visitarte en la casona? ¿Qué podrás venir cuándo quieras? Pondrán el grito en el cielo, Elisa.

La joven tomó consciencia de que Pedro tenía razón. No podía hablar con ellos sin causar revuelo. No podía conseguir una autorización para frecuentarlo porque su madre, directamente, no lo permitiría. No había profundizado en el asunto. Hasta que resolvieran su situación y ella estuviera de acuerdo en dejarlo todo por él, no podía enfrentar a sus padres...

—¡Tienes razón! ¿Pero qué haremos?

—No es momento aún. Cuando tus padres se enteren, debemos tener resuelto qué haremos. —Bajó su vista—. No puedo traerte a vivir aquí.

—¿Por qué no? —se encaprichó Elisa—. Después de todo lo que he hecho por ti, no puedo creer que solo veas mi posición social y mi ridícula vida de holgazana. Si fuera pobre, ¿sí podrías traerme a vivir aquí?

—¡No es eso, Elisa! No tengo una vida decente que ofrecerte. Tengo planes, pero a futuro. Y no peleemos más... Ya veremos qué haremos. Déjame pensar en algo...

Pedro besó a Elisa en los labios con mucha ternura. Y ella se dejó llevar, trataba de borrar el entredicho. La realidad estaba contraponiéndose a lo que

sentían el uno por el otro. Debían buscar una salida. Debían enfrentarse con coraje a los prejuicios sociales. Ya no era posible vivir el uno sin el otro. Sus abrazos apretados daban cuenta de lo vivido en esos días de ausencia temporal y de lo intenso de su sentimiento, pero enfrentar la realidad no sería fácil. Sin embargo, cada uno deseaba darle fin al secreto y echar luz sobre un amor que merecía la pena y que traspasaba las fronteras que, por su inseguridad, el hombre decidió levantar. ¿Qué movía a la razón humana categorizar por la riqueza, la cultura, el color de la piel o el lugar del nacimiento? ¿A quién le hacían daño con lo que sentían? ¿A quién perjudicaban? Preguntas que no hallaban respuestas daban vueltas en la atmósfera cansina de la casa de Pedro, mientras el manto amoroso de la etnia protegía el sentimiento real y duradero que los unía. Quizás a los comechingones tampoco les hubiera hecho gracia el ingreso de Elisa en su casta, sin embargo, en nombre del amor la hubieran aceptado. Los tiempos que corrían eran otros y la lucha de clases se arraigaba de modo feroz en la realidad que les tocaba enfrentar.

Clara dejó todo el rancho en condiciones y sintió que su tarea allí estaba concluida. No quiso interrumpir el encuentro apasionado de Elisa y Pedro y, tratando de hacer el menor ruido posible, salió de la casa luego de cerrar la puerta tras de sí.

XXXVIII

Confesiones

Luego del trágico suceso del contador Fernández, las industrias Estévez y Cía. marchaban sobre rieles. Rafael ya se encontraba muy cómodo y a gusto con la administración de la empresa. Por su parte, el pragmatismo de Julián posibilitaba la resolución a cada conflicto que se presentaba. Gracias a su manejo en idiomas extranjeros, sobre todo el inglés, gestionaba nuevos contactos estadounidenses. Gracias a su gramática excelente y a sus años en el país del norte de América, pretendía sacar provecho de las amistades forjadas otrora. Ambos se dividían las tareas y Rafael comenzaba a estimar al muchacho, que además pretendía la mayor de sus hijas. Sin embargo, una contrariedad en las oficinas rosarinas mantenía al dúo expectante. Una nueva reglamentación del gobierno santafesino estaba complicando las exportaciones que salían del puerto.

—Creo que deberemos instalarnos una temporada en Rosario —dijo Rafael, una mañana—. Lo estuvimos conversando con Julián y él aprueba esta decisión. Necesitaré que venga conmigo porque no estoy muy seguro de lo complicado que pueda ser. Además, desconozco cuánto tiempo nos llevará.

—¿Y dónde se hospedarán? ¿En un hotel? —preguntó Catalina.

—Julián me habló de una casona que Odilo tiene en la ciudad. Trataremos de comunicarnos con él para ver qué dice de quedarnos ahí en este tiempo.

Suponemos que no habrá inconvenientes, ya que tenemos entendido que la habitan con Firma cuando se quedan en Rosario.

—A juzgar por cómo luce esta estancia, la casa de ciudad debe ser una mansión. Me gustaría conocerla.

—Déjame hablarlo con Odilo. Si la casa se encuentra en condiciones, no sería mala idea que tú y las niñas se vengán conmigo algunas semanas, o el tiempo que nos lleve. Una temporada en la ciudad nos sentará de maravillas.

—¡Buena idea, querido! Ojalá Odilo no lo encuentre inconveniente. Tanto a mí como a las chicas seguro nos encantará.

Una cálida tarde de primavera, Pedro y Elisa —aprovechando la ausencia del matrimonio Silva Bazán— prepararon un paseo a caballo. Gitano ya se había acostumbrado a recorrer con ellos las sierras y el cauce del arroyo. Aves curiosas y chillonas le daban musicalidad al recorrido. El tranco lento del animal les permitía —sobre todo a Elisa— descubrir algo novedoso. Un nuevo brote, un nido que no estaba, algún pequeño animalito que huía al verlos. La libertad que sentían les alcanzaba para soñar sin condicionantes. Sin embargo, había entre ellos un tema pendiente que ninguno se atrevía a encarar: el episodio de la herida. Esa tarde, Elisa hurgó hasta que encontró respuestas. A la orilla del río Calabalumba, se oía el sonido del agua murmurando mientras se escurría por las piedras de su lecho.

—Siempre amaré este lugar. Nada ni nadie hará que me olvidé de ti y de lo feliz que aquí soy. Si lo nuestro no puede ser y por alguna razón yo debiera irme, este seguiría siendo mi lugar en el mundo —Elisa manifestó el amor que sentía por el hombre que estaba a su lado y por la tierra mística que los acogía.

—No quisiera pensar que podrías irte. Pero me alegro de que sientas que este es el mejor lugar del mundo. Yo siento lo mismo. Aquí te conocí —dijo

Pedro mientras acomodaba su cabeza castaña en el regazo de la joven.

—Aunque te confieso que aun siento temor a causa del accidente que tuviste; y, por momentos, me pregunto si este es buen lugar para vivir.

Pedro sabía que no podía seguir inventando excusas y esquivando verdades. Elisa no merecía la mentira de «su accidente». Si bien ella había sido muy discreta, él sabía que el momento de hablar había llegado. Además, con Nuria, nunca se sabía.

—Hay algo que quiero contarte. Bueno, hay varias cosas que quiero contarte. Conoces de mi infancia, de mi familia, de mi pasado, pero de mi adultez muy poco te he contado. Quisieras que me escuches, sin molestarte, hasta que termine mi relato y luego puedes decidir lo que te parezca con lo nuestro.

—Me asustas, Pedro...

—No, no debes asustarte. Debes escucharme y comprender que mi vida como hombre no comenzó contigo.

—Eso ya lo sé —dijo Elisa, sonrojada. La pericia que ella percibía en él no podía ser de un novato. La forma con la que la acariciaba, la besaba y le hacía gozar no era de un improvisado en el tema.

—Cuando era apenas un jovencuelo, tuve una novia. Yo me enamoré perdidamente, pero ella no creyó en lo nuestro. O sí, no lo sé... El asunto es que tuvo una oportunidad de irse a Buenos Aires a perfeccionarse en su oficio y yo me quedé aquí, quizás esperándola. Nunca volvió. Bueno, sí... pero hace poco, luego de varios años.

—Clara —dijo Elisa convencida de poder hablar.

Pedro la miró a los ojos. Nunca se imaginó que ya supiera la verdad. El trato con Clara era bueno y Pedro sabía que habían trabajado en conjunto para cuidarlo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Clara te lo contó?

—No. Cuando sucedió lo que sucedió, Amanda habló con Rosa y ella le contó que ustedes dos habían sido novios.

—¿Y lo hablaste con ella? ¿Le preguntaste algo?

—No. Esperaba que tú me lo contaras, pero ese amor terminó para los dos, ¿verdad?

—Claro que sí. Mi historia con Clara terminó cuando ella se fue. Pero yo lo asumí verdaderamente cuando te conocí. Y ella también cerró esa historia cuando se fue, pero cuando volvió quiso pedirme disculpas por el sufrimiento que me había causado —suspirando, agregó—: no era necesario. Ya estabas tú en mi vida. —Y acarició el rostro claro y delicado con sus manos fuertes y callosas, lo que la obligó a cerrar sus ojos almendrados.

—¿Y qué tiene eso que ver con tu herida?

—Nada, pero hoy me levanté con ganas de contar historias... —Sonrió francamente, como solo a ella le sonreía.

—Pues continúa, entonces. Quizás nunca más amanezcas así. —Ambos rieron a causa del comentario.

—Bueno. Después de Clara siguieron otras relaciones sin compromisos, sin cariño. Yo solo me dedicaba al placer que me daba una buena noche. Y así me comporté: como un hombre sin escrúpulos. Las disfrutaba y las desechaba. El tema es que nunca pensé que alguna mujer podía enamorarse de mí... o encapricharse conmigo. Las que estaban casadas no me generaban ningún riesgo. Generalmente sus niveles sociales no les permitían pensar en mí como un buen candidato. Y las viudas y las solteras con las que estuve no llevan una buena vida...

Elisa abrió los ojos estupefacta. Estaba en condiciones de escuchar historias, ¡pero esto era demasiado! ¿Casadas? Algunas hipótesis tomaban forma concreta en su mente.

—Todo era manejable hasta que dejó de serlo. Cuando te conocí dejé atrás toda esa vida. Me sentía sucio, cobarde, no merecía tu pureza, tu inocencia. Y fue así como cerré terminantemente la única historia que tenía abierta: Nuria Príamo. La conociste en la cena de bienvenida seguramente.

El corazón de Elisa se aceleró. Ella recordaba con claridad la noche de la cena. Desde ese momento en el que había sido testigo encubierta del episodio

en el que Nuria reclamaba la continuidad del romance, no pudo borrar esa imagen. Tampoco había podido hablarlo con Pedro, no había reunido suficientes fuerzas para abordarlo.

—Así es. Tuve el *placer* de conocerla esa noche —no quiso mencionarle aún lo que había visto para no torcer la historia que Pedro estaba dispuesto a contarle.

—Bueno, esa noche y algunas veces más tuve la posibilidad de explicarle que lo nuestro ya estaba terminado. Pero no lo entendió. Ni esa noche ni las que siguieron. Insistía con que estaba enamorada de mí, con que no podía dejarla... ¡me maldije tanto! El asunto es que me tendió una trampa y no quise correr el riesgo de que todo el pueblo se enterara de lo que habíamos tenido y mucho menos tú.

Pedro continuó con el relato de la nota y de su decisión de cortar de raíz con esa locura. Pero lo que sucedió luego no estaba en sus planes y el marido de Nuria se blandió como héroe delante de su esposa. Le contó de su escape a ancas de su fiel Gitano y de la pérdida absoluta de consciencia estando ya en el rancho. Lo demás, Elisa ya lo conocía.

—No puedo creer que esa señora sea tan mala. Asco me da su comportamiento. —Y bajó su mirada hasta encontrarse con la de Pedro que intentaba escrutar lo que la joven pensaba más allá de sus palabras y lo que a él incumbía.

—Pero hay algo más... los últimos instantes de mi inconsciencia Nuria apareció por el rancho. Gracias a Dios, estaba Clara y no tú. ¡Tuvo que sacarla a las patadas! Si te hubiera encontrado a ti, te habría reconocido y habría ido a hablar con tus padres.

—Sí, todo hubiera sido peor. —Elisa estaba amargada con la historia.

—Hace un tiempo que no ha vuelto por aquí.

—El otro día escuché de boca de papá que estaban con su marido en la capital por negocios. Quizás por eso no ha vuelto.

A pesar de que la joven sospechaba de la relación de Pedro con Nuria, no

dejaba de sentirse dolida, apesadumbrada por la confesión abierta que acababa de escuchar. Además, el riesgo que Pedro había corrido no era para tomarlo tan a la ligera.

Por su parte, Pedro se sentía en paz con su consciencia. El peso de la culpa por ocultarle a Elisa algunas verdades, ya había menguado. En ese momento, solo restaba conformar a la muchacha de que todo había terminado y que su vida ya no corría peligro. Él no caería en ninguna otra trampa de esa mujer descabellada. Solo esperaba que su maldad no fuera extensiva a Elisa.

XXXIX

Decisiones

—**V**engan, chicas. Tomen asiento por aquí. Su padre y yo queremos hablarles.

Amanda y Elisa se miraron al ingresar al despacho del conde que utilizaba Rafael, sin entender demasiado para qué las habían hecho llamar con Rosa. Las reuniones formales en la familia siempre eran para comunicar alguna decisión. Ambas se sentaron al otro lado del escritorio en las sillas estilo Luis XV que engalanaban el pequeño recinto.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó Amanda.

—Queríamos comentarles que, en algunos días, nos mudaremos por una temporada a la ciudad de Rosario, de la que seguramente han oído hablar. El hecho es que la empresa que allí está instalada requiere de nuestros servicios para poner en orden algunas cosas. Hemos recibido un correo de Odilo donde nos pide a Julián y a mí que nos traslademos a Santa Fe. Allí tienen otra residencia de iguales o mejores características que esta, así que nos hemos tomado el atrevimiento de pedírsela para vivir lo que duren los trámites.

Amanda intercambiaba su mirada entre su madre, quien estaba visiblemente feliz con la propuesta, y Elisa que no podía entender lo que estaba escuchando.

—¿Y sabes cuánto tiempo nos ausentaremos? —dijo por fin la mayor, tomando como siempre la voz cantante en el asunto.

—Y... estimo que un par de meses. Cuatro o cinco a lo sumo. Quizás pasemos todo el verano en la ciudad.

—¿De qué te preocupas, hija? Julián también se muda a la ciudad — intervino Catalina, guiñándole el ojo a su marido.

La noticia le cayó a Elisa como un balde de agua fría. No se esperaba tal decisión. Por un momento, se sintió desmoronar, que perdía momentáneamente la consciencia. Esta nueva mudanza era diferente a la anterior. En este lugar había encontrado al amor. Estaba cumpliendo con un íntimo anhelo de amar y ser amada.

—¿Qué pasa, hija? —Rafael la notó demasiado abstraída.

—Con permiso —atinó a decir tomándose la cara con ambas manos para contener las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos. Si esto sucedía, ya no cabría forma de disimular nada. Subió las escaleras a toda velocidad y, sin encender la lámpara, ingresó a su habitación en penumbras y se tiró a su cama a llorar. Mientras tanto, en el despacho, Catalina y Rafael se preguntaban qué había pasado con Elisa.

—Iré a ver —dijo Amanda, sabiendo de antemano qué ocurría. Mudarse, aunque fuera por una temporada, suponía alejarse de Villa Firma. Y de Pedro.

—No. —El gesto de la mano de Catalina fue rotundo—. Iré yo.

Catalina subió las escaleras directamente al cuarto de Elisa y, antes de ingresar, la oyó sollozar.

—¿Qué está sucediendo, Elisa?

«Quizás sea el momento», se dijo la muchacha para tomar coraje. Lo hablado con Pedro, de esperar un tiempo más, quedaba sin efecto ante esta situación. Ella no podía irse. No esta vez.

—Madre, hay algo que ustedes no saben...

—Eso ya lo advertí. ¡Ni siquiera cuando nos vinimos de España te pusiste de esta forma, hija!

—Es que... ahora es distinto —dijo sentándose en el borde de la cama. Sentía su propio nerviosismo, en su voz, en su llanto, en su mente. No obstante,

los nervios no bloquearon su impulso de confesarle a su familia lo que estaba sucediendo.

—Habla de una buena vez, Elisa —expresó cortante Catalina que no dejaba de observarla.

Y como quien arroja una piedra al río y observa los círculos que el agua dibuja, soltó:

—Me enamoré. —Era el momento de defender su amor a capa y espada. Por fin, no debía ocultarlo más. Ya estaba dicho. Era el instante en que debía dar las explicaciones del caso.

Catalina la miró confundida. No lograba preguntar nada, con lo que Elisa se sintió obligada de seguir hablando.

—Ahora no puedo irme de aquí como de España. Aquí me enamoré y aquí me quedo. —El estar a la defensiva con respecto a lo que sentía hizo suponer a Catalina que, por alguna razón, algo no estaba bien.

—Hija... Nadie está hablando de irnos para siempre... ¿Y quién es el merecedor de tu amor? ¿Lo conocemos? —Catalina no imaginaba de quién se trataba. Elisa nunca había mencionado a nadie, nadie iba a visitarla, tampoco tenía muchas salidas.

—Es Pedro Saldivia. Trabaja aquí en Villa Firma.

El rostro de Catalina se desfiguró. Si trabajaba en la estancia, no era lo que ella esperaba para su hija.

—¿De qué estás hablando, Elisa?

—Es lo que acabas de escuchar, madre. Pedro es el capataz de los ranchos y me enamoré de él perdidamente.

—¿Estás loca? ¿Esto es un acto de rebeldía, o qué?

—No, nada de eso. Estábamos esperando el momento oportuno para que Pedro viniera a hablar con ustedes, pero ahora ya no hay tiempo...

—¡Ese muchacho no es para ti, Elisa! ¡No voy a permitir que te arruines la vida con ese hombre, que no tiene absolutamente nada!

—¡Tiene mucho más de lo que tú crees! Es honesto, trabajador, sencillo...

—¡Pero no tiene nada! No te educamos para esto... Hemos pagado los mejores colegios e institutos para que seas una dama de sociedad, no para que te sientes a mirar el estiércol de los caballos. —La dureza de las palabras de su madre golpeó su alma. Qué tonta había sido en pensar que existía una posibilidad de vivir su amor libremente—. Por si no entendiste, no saldrás de esta casa hasta que nos vayamos a Rosario. Ya mismo bajaré a hablar con tu padre.

El mundo se desmoronó a los pies de Elisa. Pedro era una persona como ellos. ¿Por qué su madre se dejaba llevar por las apariencias? ¿Por qué era tan importante la clase social? No podía renunciar a lo que sentían. No era justo. El amor les había llegado sin mirar las clases sociales o el nivel de educación. Cuando se besaban, no comparaban las vestimentas ni las joyas. A Elisa ni siquiera le importaba su posición social si no se le permitía vivir este amor que sacudía su vida.

Al cabo de un rato, notó que la tardecita completaba el paisaje. Pedro estaría finalizando su jornada laboral. Debía contarle lo sucedido. Pero ¿cómo? Solo se le ocurría que Amanda le llevara un recado. En eso estaba cuando sintió un golpe en la puerta.

—Hija, ¿puedo pasar? —La voz de Rafael sonó como un trueno en su cabeza. A pesar de mantener su dulzura, Elisa sabía que se venía otro enfrentamiento.

—Entra, papá.

—Permiso... ¿nos sentamos? —le dijo señalándole las camas. Cada uno se acomodó en una, enfrentados. Separados por el pasillo, la joven no levantaba la vista del piso de madera.

—Tu madre me ha contado algo. Pero quisiera que seas tú quien me lo diga.

—Me enamoré de Pedro Saldivia, papá. El capataz de la estancia. —Y elevando su rostro por primera vez, se topó con los ojos comprensivos de su padre.

—Mi niña... tan pura e inocente que eres...

—Papá, Pedro no se aprovechó de mí... Yo fui muy consciente de nuestro amor desde el primer momento.

—¿Y por qué no hablaste conmigo antes? ¿Por qué no confiaste en mí?

—Porque creí que no me entenderían... Sobre todo mamá... Está muy enojada, ¿no?

—Bastante... Le desarticulé la idea de escribirle a Odilo para que lo corra de aquí...

—¡Gracias, papá! —Elisa rompió en llanto. Nada más alejado para ella que hacerle algún mal a Pedro, aunque fuera en forma indirecta.

—Con esto no quiero decirte que estoy de acuerdo con tu romance. Creo que te va a hacer bien irte unos meses de aquí... Lo olvidarás, Elisa. Ese muchacho no tiene futuro.

—Pero lo amo, papá.

Rafael miró larga y profundamente a los ojos de su hija y sintió pena. Alguna vez él también había sido joven. La tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Pasará, hijita... ya pasará... Y ahora me voy a hablar con tu madre, a tranquilizar su bravía. Le prometí que sacaría de tu cabeza la idea del romance entre la niña bien y el muchacho pobre.

—Pero no es así, papá. Yo me enamoré de Pedro por lo que es, no por lo que tiene.

—Ya lo sé, hija. Y como sé cómo es y, por la estima que Odilo siente por el muchacho, intercedí para que tu madre no arme un escándalo.

—Gracias, papá, nuevamente.

Rafael salió de la habitación de su hija, tras cerrar la puerta. Un dolor agudo en su corazón no lo dejaba respirar. Otra decisión que tomaba obligado y que tenía que ver con la vida de uno de sus tesoros más preciados. ¿Quién era él, después de todo, para prohibir un amor? Después de lo que había hecho en España, no podía juzgar ni mucho menos condenar a nadie. Una idea comenzó a rondarle en su cabeza. No sería él quien arruinara la vida de una de sus

hijas. Ya vería qué hacer.

XL

Pacto de caballeros

Sin saber qué estaba ocurriendo en la casona, Pedro finalizaba el trajín diurno en el cálido atardecer. Era el segundo día que no veía a Elisa pasear por los alrededores. Supuso que le había costado buscar una excusa para ausentarse. Debía mentir siempre para hacerlo. No se encontraban todos los días, pero sí se veían aunque sea de lejos. Dentro de las caballerizas, estaba cepillando al último de los caballos cuando sintió un golpe en la puerta; característico de quien anuncia su llegada. Asomó su cabeza desde el habitáculo hacia la galería.

Rafael se encontraba parado en la puerta, bien vestido y con su sombrero puesto. Un gesto adusto se le notaba en el rostro.

—¿Sí, don Silva? ¿Qué necesita? —En más de una ocasión, Rafael se presentaba en el rancho o en los corrales a impartir alguna orden o simplemente para ver si todo andaba bien, por lo que la aparición no le causó asombro.

—Vine a hablar contigo, Pedro. De hombre a hombre.

Pedro se sorprendió ante la frase, sin embargo, no se amedrentó. Si Rafael venía a hablarle de Elisa, cómo él suponía, tenía que dar la mejor impresión. Bajó el cepillo al piso rápidamente y se paró erguido. De porte altivo, a pesar de su humildad, no se sentía inferior a nadie.

—Hable, por favor, don Silva.

—Mira, joven, te hablaré sin preámbulos. Elisa nos confesó a su madre y a mí que se había enamorado de ti. No soy tonto y espero que no me trates como si lo fuera. Sé que si mi hija dijo que está enamorada de ti, es porque entre ustedes ya hubo algo, y no voy a hurgar en ese aspecto.

—Don Rafael —y por primera vez lo llamó por su nombre—, lo que Elisa le dijo es verdad. Nos enamoramos sin buscarlo. Amo a su hija profundamente, como no amé a nadie en mi vida.

—¿Sabes cuál es el problema? Mi mujer considera que no eres digno de ella. No creas que a mí me agrada mucho la idea, pero... también sé que cuando dos personas se aman y están destinadas a vivir su vida juntas, no hay nada para hacer. La verdad es que esperábamos para ellas pretendientes... — buscaba una palabra que no sonara tan hiriente.

—... mejores —terminó la frase Pedro.

—No quise decir eso, pero cuando uno tiene hijas mujeres quiere lo mejor para ellas y, lamentablemente, tú no estás en condiciones de darle la vida que ella lleva ahora.

—Ya lo sé. Y su hija también. Pero si usted decide desampararla, yo no la rechazaré.

—No es eso, muchacho. Nunca desampararía a una de mis hijas por más errores que cometieran. Son mi tesoro más preciado. ¿Qué intenciones tienes?

—Quiero casarme con su hija —dijo rotundo, con seguridad.

—Supongamos que obtienen mi permiso, ¿dónde vivirían?

Pedro no pudo contestar esa pregunta. Sabía que Elisa no merecía vivir en la humildad de su casa. Bajó la vista.

—En unos días nos iremos a Rosario a pasar una temporada allí por asuntos de la empresa.

—Elisa no me dijo nada —lo interrumpió.

—Es que cuando se enteró, no pudo evitar la angustia y nos confesó lo vuestro.

—Pobre Elisa —atinó a decir.

Rafael advirtió que Pedro realmente amaba a su hija. Le había hablado con valentía, con coraje. ¿Quién era él para desbaratar ese amor?

—Te propongo algo, muchacho. Ninguno de los dos le dirá a Elisa que tuvimos esta conversación. Si es tan grande el amor que se tienen, te esperará hasta que tú te hagas merecedor de ella y puedas darle una vida digna. No me importa la riqueza, hablo de dignidad. Un lugar apto para que puedan construir su familia. Tú habrás ganado la batalla y yo no permitiré que nadie, ni siquiera su madre, se interponga entre ustedes. Bendeciré la unión y llevaré a mi hija hasta el altar, donde la estarás aguardando para hacerla feliz por siempre. Si uno de los dos desiste en algún momento del camino, sabrán que no valía la pena y esto quedará en el baúl de los recuerdos, donde se guardan las memorias de los amores que no debieron ser.

Y diciendo esto, le ofreció su mano derecha para sellar su pacto de caballeros.

XLI

Despedida

Desde el episodio de la confesión, Elisa y Catalina no habían cruzado palabras. Amanda hacía las veces de intermediaria, sobre todo para resolver asuntos atinentes a la nueva mudanza. Todo indicaba que pasarían el verano completo en la ciudad, por lo que las valijas estaban recargadas de atuendos.

Entre la mirada sagaz de Catalina y la opresión que Elisa sentía en el pecho, no había tenido oportunidad de escribir una carta de despedida para Pedro. No podía pensar, mucho menos hilvanar cuatro palabras para esbozar una oración. Caminaba por la habitación como un gato enjaulado. No quería ni asomar su cabeza por la casa para no encontrarse con su madre. La vida le estaba poniendo enfrente un nuevo desafío: separarse de Pedro. Quizás si no hubiera dicho nada, los meses en Rosario hubieran pasado y a la vuelta hubiera podido seguir con su amor. Pero el impulso fue más fuerte y, en aquel momento, pagaba las consecuencias. Gracias a la audacia de su hermana mayor que hacía de campana en la puerta del dormitorio, delineó con el corazón en la lapicera lo que sería una carta de despedida:

Amor mío:

Me voy a Rosario, mi padre debe ir a trabajar unos meses allí.

Les conté de lo nuestro y no les cayó muy bien. No me permiten salir.

Creo que saben que si salgo es para encontrarme contigo.

No sé cuándo regresaremos. No sé si me dejarán regresar.

Lo único que sé es que te amaré por siempre y esperaré por ti hasta que volvamos a vernos. Me llevo en mi corazón todos los momentos que pasamos juntos.

No me olvides. Recuerda que te amo. Cuidate mucho.

Tuya para siempre,

Elisa

Dobló el papel con cuidado y guardó el bolígrafo dentro de una de las cajas floreadas para que su madre no sospechara nada si entraba furtivamente a la habitación.

—¿Podrás llevársela? —Elisa miró con ojos acongojados y de súplica a su hermana mayor.

—Haré lo posible. Si no lo encuentro por aquí, se la dejaré a Clara para que se la dé. Mañana partiremos temprano, así que es ahora o nunca. —Y salió de la habitación persignándose.

La casa estaba revolucionada. Empleadas que iban y venían acarreando bártulos, doblando ropas y acomodando enseres y cosméticos. Cada habitación se iba despojando de efectos personales, de sombreros, de libros. De vida.

Otra vez la casona amanecería casi en silencio. El sol pegaría de lleno sobre los vidrios y se colaría por las ventanas desnudas. El gran comedor tendría que esperar un tiempo nuevamente para ser el anfitrión de reuniones de gala. Las cortinas serían sacadas de sus barrotes para lavarlas y guardarlas hasta el nuevo regreso: el de los condes o el del matrimonio Silva Bazán. Por un tiempo, nadie admiraría las fuentes, los jardines. Los paseos a caballo deberían esperar hasta nuevo aviso.

Por la mañana, cuando el sol aún no asomaba por el horizonte, la familia Silva Bazán descendía las escalinatas con sus bolsos de mano. Julián viajaba ese mismo día. Lo haría en el coche con su madre, que se había unido a último momento.

Pedro sabía que se iban casi de madrugada, por lo que decidió pasar la noche en las caballerizas para no correr el riesgo de dormirse y de no poder ver a Elisa, quizás por última vez. Por eso, cuando la vio bajar las escaleras, el corazón le dio un vuelco, atemorizado por la despedida. Sin acercarse demasiado al auto, para no generar un nuevo conflicto, buscó la forma de que Elisa lo viera. Hasta que consiguió su cometido. Elisa clavó sus ojos brillantes en el dueño de su corazón y murió de deseos de correr a sus brazos. Pero no era posible. Sus padres no se lo perdonarían nunca. La llevarían de todas formas y jamás la dejarían regresar. «Espérame», gesticuló Pedro con sus labios y se le encendió una pequeña luz de esperanza.

Lo esperaría, aunque él nunca fuera por ella, aunque se muriera de amor en el intento. Lo esperaría el resto de sus días, aunque eso le costara pasar la vida en soledad.

Lo aguardaría por siempre. Más allá de sus fuerzas.

SEGUNDA PARTE

*Podrá nublarse el sol eternamente; podrá secarse en un instante el mar;
podrá romperse el eje de la Tierra como un débil cristal. ¡Todo sucederá!,
podrá la muerte cubirme con su fúnebre crespón; pero jamás en mí podrá
apagarse la llama de tu amor.*

Gustavo Adolfo Bécquer

XLII

Aires urbanos

Rosario, noviembre de 1931

La casona de calle Santa Fe era propiedad de los condes Estévez desde el año 1922. Suntuosa y sofisticada, albergaba su presencia en temporadas alternadas con la estancia y Europa. Había sido otrora, la Embajada Española, y guardaba en sus rincones la cualidad europea. La fachada, revestida íntegramente en mármol de Carrara, italianizaba en el frente. Las columnas, los marcos de las ventanas y los barrotes de los balconcitos traducían más el estilo de vida de los condes que la misma estancia cordobesa. Las molduras que decoraban su frente eran rectas, simétricas. Desarrolladas con total prolijidad, guardaban el polvo que se elevaba por el tránsito de coches, berlinas, caballos y gente que recorría el casco céntrico de la ciudad rosarina. La concurrencia en la Plaza 25 de Mayo era intensa. Familias enteras paseaban en sus recreos y momentos de esparcimiento. Los domingos, por la mañana y la tardecita, era el momento de encuentro para quienes asistían a la santa misa en la Iglesia Catedral.

Las imágenes del recibimiento en Villa Firma aún eran vívidas y si bien la elegante mansión aguardaba la llegada del matrimonio Silva Bazán, esta no contaba con la calidez de las sierras. En la ciudad no había persona alguna que esperara por ellos. Por entonces, el calor se volvía abrasador y los rayos del

sol se colaban, atrevidos, entre las ramas de los árboles de la plaza del centro rosarino. El sonido de la brisa agobiante, que atravesaba la fronda, volvía más pesado el mediodía.

La llave abrió la puerta de vidrio, protegido por un dibujo meticuloso hecho en hierro forjado de color negro. El mármol del dintel de la puerta principal sonó agudo ante el taconeo de las mujeres. Con indiferencia, pisaron cada escalón alfombrado hasta llegar a la magnífica puerta de madera que abría ante ellos un mundo de faustos detalles de opulencia. Si bien todo se encontraba cubierto de blancas sábanas, guardianas de las huellas del paso del tiempo, las finas terminaciones se escapaban osadas. El recibidor estaba totalmente revestido. Del techo hacia abajo, un empapelado cuasi monótono llegaba a media altura, donde se encontraba con un friso de oscura madera. Paneles divididos en cuadros de distintos tamaños, tapizaban la pared hasta el piso, que también lucía un parqué que asomaba entre las alfombras. Los marcos que recuadraban las entradas a las dependencias que daban al recibidor de distribución eran impactantes. Los dibujos más exquisitos adornaban con prolijidad detallista la cobertura de las paredes que sostenían recuerdos de vidas pasadas.

El viaje, iniciado casi en la madrugada, había resultado agotador. El mediodía se encontraba rayando la jornada calurosa.

—Chicas, dejen sus bolsos por aquí. Iremos a buscar un lugar donde almorzar y pasaremos por la dirección que me envió Odilo, a ver si encontramos a esta señora... Raquel. —En la carta en la que el conde autorizaba habitar la casa de Rosario, le escribía el domicilio de la doméstica que trabajaba allí. En épocas en las que ellos no la habitaban, la señora pasaba una vez a la semana a airear un poco. Raquel no estaba contratada cama adentro, ya que contaba con casa propia y cumplía un horario que iniciaba a las siete de la mañana y finalizaba a las dieciocho. La rutina de los rosarinos se asemejaba más a la vida de los madrileños.

La vida en Villa Firma quedaba atrás y dejaba su recuerdo cual vacaciones

de verano.

El almuerzo de la familia le dio a Raquel el tiempo suficiente para llegar hasta la casa y descubrir los muebles, a los que despojó de los lienzos blancos que los cubrían. Acondicionó los dormitorios, tendió las camas y colocó los elementos de higiene en los baños. Repasó los espejos y ubicó popurrí en los cajones para aromatizar los placares que utilizarían para guardar sus pertenencias. Por lo demás, la casa se encontraba en excelentes condiciones.

La señora los recibió en la casona y les mostró las habitaciones de lo que sería su hogar por el tiempo que aún no determinaban y que dependía de las circunstancias. La tensión instalada en el aire no evitó que pudieran apreciar los detalles lujosos que se distribuían por las dependencias de la mansión. El comedor era magnífico. Una araña de bronce de dimensiones exageradas caía sobre la mesa. Sus lágrimas de cristal esfumaban la luz por todos los rincones. Las sillas tapizadas de un rojo intenso eran de madera tallada al igual que la mesa. Los sillones que se ubicaban en los extremos eran del mismo estampado pero de color ámbar. La alfombra combinaba con ambos, ya que teñía el piso con los dos colores. El empapelado que recubría la pared llegaba hasta el arco del hogar, su fondo era bordó y los detalles dibujaban arabescos dorados, color que estaba presente en casi todos los adornos. Marcos de madera, columnas, cortinados, platos de porcelana, bandejas con teteras, candelabros. El protagonismo del dormitorio principal lo tenía la cama de dos plazas. Su respaldo, tallado en madera, era imponente. Una imagen religiosa del rostro de la Virgen María protegía los aposentos privados. Un cuartito a la derecha era el lugar que Firma utilizaba como sala de lectura o escritura. Un cuadro de Lili lo decoraba. A la izquierda, otra habitación pequeña hacía las veces de vestidor. La habitación que las chicas utilizarían era la de Lili. Pintada en tonos celestes, su estilo no dejaba de ser lujoso, pero era más sutil en lo

detalles. Dos salones de estar se ubicaban a cada lado del recibidor de distribución. Uno recreaba el estilo francés. Recargado de adornos y detalles, era elegante y sofisticado. París mismo habitaba los rincones de este salón. Rosetones en el techo, un hogar de mármol y cortinados pesados de colores pasteles completaban el estilo. Los sillones y butacas recostados en la pared recreaban imágenes de hombrecitos y mujeres pintadas sobre sus tapizados. Desde el marco de este salón se divisaba perfectamente el «salón rosa», llamado así con cariño, no solo porque el mobiliario, las paredes y los adornos eran de ese color, sino porque además era el lugar elegido por las damas en los eventos sociales que se organizaban en la casa a la hora de separarse hombres por un lado y mujeres por el otro. El otro salón era más sencillo y recreaba el estilo español. La madera oscura y tallada protagonizaba el recinto. Cuadros traídos de ese país adornaban las paredes empapeladas. Vitrinas de madera y vidrio guardaban recuerdos de algunos viajes. La cocina daba a la calle San Lorenzo y tenía una entrada para carruajes y coches. Se encontraba separada del resto de la casa por un patio interno, con baldosas blancas y negras que semejaban un tablero de ajedrez; y en el medio se erigía una fuente de agua. Quizás para sentir cerca a Villa Firma.

Detalles rebuscados y opulentos no lograron variar el ánimo de la familia. Un nuevo giro de tuerca torcía las aspiraciones, los anhelos.

Un desvío inesperado les mostraba una nueva realidad.

XLIII

Pagos de los Arroyos

Los primeros días del último mes del año transcurrían en franca apatía. Las mujeres de la casa ni siquiera se dejaban maravillarse por la ciudad rosarina, que se presentaba briosa y moderna. Cultural, económica y comercialmente Rosario se abría ante ellos como la continuación más fluida de la vida en España. La «Chicago Argentina» prometía seguir creciendo. La zona portuaria era el sector más productivo. El puerto contaba con numerosos depósitos, elevadores, usinas eléctricas y demás adelantos técnicos que fomentaban la producción. A lo largo de los cuatro kilómetros en el que se encontraban distribuidos los muelles, la carga y descarga de vapores parecía incesante. Los obreros se establecían por esos lares dividiendo la ciudad en dos. El sector obrero estaba constituido por argentinos en su mayor medida y por toda clase de inmigrantes. Italianos, españoles, franceses, uruguayos, brasileños, árabes, turcos y demás extranjeros llegaban a la ciudad portuaria a probar una vida mejor. El costo del desarrollo lo soportaba el sector obrero con una muy mala calidad de vida. Los dirigentes sopesaban ese costo en pos del progreso. Rosario mantenía su estructura pujante gracias al estrato trabajador. La separación entre la elite y la clase baja se volvía cada vez más amplia.

La sociedad también se ajustaba a los cambios. Los caballeros vestían a la moda y las mujeres comenzaban a perfeccionarse en oficios y profesiones. Las

más jóvenes se animaban a estudiar en la universidad y a trabajar en oficinas públicas, sin que esto fuera mal visto. Los trabajos fuera del hogar dejaban de ser asuntos solo de hombres.

El calor diurno ahogaba la ciudad, que había nacido como Pago de los Arroyos. Su ubicación geográfica volvía el clima más húmedo y pesado. Las mujeres utilizaban abanicos para refrescarse y los paraguas menguaban un poco el sol. Si bien se volvían cada vez más anticuados, algunas señoras no querían despedirlos. El cine comenzaba a tener una fuerte presencia en las noches de sábado, además de ser un entretenimiento maravilloso, servía de encuentro de amigos o de citas entre enamorados.

A pesar de la diversidad de posibilidades rosarinas, Elisa no podía más con su dolor. Durante el día buscaba actividades que despejaran su mente, aunque no siempre lo conseguía. Ella y su hermana cruzaban a la plaza algunas tardes a tomar el sol que apremiaba más cada día. Conversaban, daban la vuelta y se sentaban en la fuente del centro del parque o en algún banco que diera a las veredas. La Iglesia Catedral era la salida obligatoria del fin de semana y, aunque ahora se encontraban en la ciudad, el tedio era mayor que en las sierras. Otras veces paseaban por las calles más concurridas o hacían algunas compras, pero el deseo de estar en Córdoba era entrañable. Por las noches todo era peor. Acostarse, sabiendo que ninguna flor aparecería en la ventana o que no encontraría a Pedro entre los caballos, la desarmaba. Se despertaba en un llanto agitado y se cubría la cara con la almohada para no despertar a nadie. Sus padres —Catalina sobre todo— las entusiasmaban a salir, a tomar el té fuera de casa, a recrearse, a hacerse de amigos, con tal que Elisa se olvidara del muchacho cordobés.

Rafael quería hablar con Elisa sobre Pedro, preguntarle cómo estaba, decirle que cualquiera podía caer en una tentación, pero Catalina no consentía esa charla.

—Debes dejarla que lo olvide. Si le hablas de ese capataz, nunca lo sacaré de su mente —contestaba de malos modos—. Es un capricho casi adolescente.

—Si estuviéramos hablando de Amanda, pensaría como tú, que quizás sea un capricho. Pero de Elisa, no lo creo...

—¿Y qué crees, pues?, ¿qué una de nuestras hijas pudo haberse enamorado de un hombre tan simple, tan básico?

—Todo es posible.

—Eres un romántico incurable, pareciera que aún no sabes cómo funciona el mundo. Además, Elisa no pudo haber tenido ningún contacto con este hombre. ¡Me hubiera dado cuenta! Seguramente llamó su atención el porte altivo. ¡Si hasta parece un vikingo! ¡Por Dios!

Y así barría con toda posibilidad de diálogo entre padre e hija. Rafael sabía que Catalina se equivocaba. Se sentía entre la espada y la pared. Por un lado, estaba su hija enamorada de un hombre que parecía amarla y, por otro lado, estaba su esposa con su testarudez. La división en castas poseía más efecto sobre Catalina que sobre él y no perdía oportunidad para demostrarlo.

Durante una siesta veraniega, Elisa sintió el ahogo sofocante de la habitación en penumbras. Acostada en su cama y adormilada, el techo comenzó a alejarse y el cuarto a darle vueltas. Sin incorporarse, volvió a cerrar los ojos. «¿Dónde estoy?», pensó. Un haz de luz se coló por la persiana de calle 25 de Mayo, que se proyectó en la pared del costado derecho de su cama.

Palomas. Arrullo de palomas.

El sonido la condujo a la realidad. En Villa Firma oía trinos de pájaros, relinchos de caballos, chistidos de lechuzas, pero no palomas. «Son propias de ciudad», pensó. Rosario. No estaba en Córdoba. Una puntada de dolor perforó su corazón. ¡Qué lejos estaba de Pedro! Su corazón quemaba en su pecho por la distancia. Su tristeza se agudizaba a cada momento. A la inversa de lo que su madre suponía, Elisa extrañaba a Pedro cada día más. El recuerdo de sus besos, de sus abrazos, de las palabras y caricias no escapaba

de su mente. Creyendo que podía volverse loca y sin saber en qué ocupar su tiempo, se enderezó en la cama y una idea comenzó a rondarle. No podía continuar en ese estado de depresión, debía continuar con su vida. Se vistió sencilla pero apropiadamente para lo que iba a hacer. Cruzó la sala de recepción sin mirarse en el espejo. Salió de la casa y se topó con un sol penetrante que le obstaculizó la visión por un instante. Atravesó la plaza en diagonal y se dirigió a la catedral. La sacristía se encontraba abierta. A pasos lentos, cuidados, ingresó y golpeó apenas una segunda puerta que encontró cerrada.

—Adelante. —Una mujer mayor, detrás de un escritorio, bajaba sus lentes para alejar la visión y direccionar el foco hacia la puerta que se abría.

—Permiso —dijo Elisa, tímida—. Buenas tardes, señora...

—Graciela Méndez —se presentó—. ¿Qué te trae por aquí, muchacha?

—Pues vengo a ofrecer mis servicios para lo que sea necesario. Elisa es mi nombre. —Y le tendió la mano.

El ceño fruncido de la señora, que se encontraba envuelta en papeles, la hizo dudar de su impulso.

—¿Podría ser más específica, señorita, por favor?

—Bueno, vea, yo...

La señora no quiso asustarla y, en un gesto de piedad, le señaló la silla que se encontraba vacía frente a ella.

—Gracias —dijo Elisa—. Estoy... estamos con mi familia viviendo aquí enfrente y la verdad es que me encuentro con mucho tiempo libre y quisiera sentirme útil. Se me ocurrió que quizás por aquí encontraría alguna tarea.

—Mire, señorita, aquí siempre hay cosas para hacer. Limpiar los jarrones de la Basílica, ordenar los altares o sacudirle el polvo a las imágenes. Pero si lo que usted quiere es hacer un acto de solidaridad, debería contactarla con una fundación que depende del templo. Se ocupan de brindarle ayuda a los más necesitados.

Al oír esto, los ojitos almendras de Elisa volvieron a brillar. Si bien estaba

dispuesta a realizar cualquier tarea que le asignaran con tal de ocupar el tiempo libre, la idea de sentirse «útil», en el mejor significado del término, la entusiasmó.

La señora Graciela comenzó a realizar algunas llamadas concluyentes y, al cabo de algunas anotaciones y gestos de asentimientos, le comentó que le había hallado un sitio. Una vacante —o varias— se encontraba a su disposición en un centro comunitario donde cada tarde una veintena de chicos merendaba.

—No te preocupes si nunca lo has hecho. Las demás te indicarán cómo. Además, lo único que realmente importa es tu buena voluntad y predisposición. —La señora, desde su silla, se acomodaba su camisa en gesto de despreocupación ante la sorpresa de Elisa, la que se evidenciaba en su rostro.

—Gracias, señora. Creo que esto me hará muy bien...

—Disculpa, ¿me has dicho dónde vives? —tras una breve pausa trajo el interrogante.

—Sí. Aquí enfrente. En la casa de los condes Estévez. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana mismo si quieres. Le diré a una de las chicas que pase a buscarte por aquí a las tres, ¿está bien?

—Cómo usted diga —respondió Elisa emocionada—. Hasta mañana, entonces —y dicho esto, salió del despacho.

Graciela quedó pensativa ante la aparición de esa niña, con aires de nobleza y modos educados, que vivía en la casa de los Estévez y con ganas de hacer caridad.

Con una tarea auestas y una sonrisa en los labios, Elisa caminó los pasos que la separaban de lo que, en ese momento, era su hogar. Faltaba hablar con sus padres, pero ya vería cómo convencerlos.

XLIV

Sin ella

Capilla del Monte, diciembre de 1931

Pedro no se acostumbraba a vivir en Villa Firma, sin Elisa. El malestar amanecía y se acostaba con él en su catre. Mirar hacia los senderos y no verla, buscarla entre las flores o sentada en el borde de las fuentes lo estaba volviendo loco. Quería dejar de pensar y concentrarse en las últimas palabras que le había dicho don Rafael Silva, pero el dolor se apoderaba de él. «Debo pensar en algo», se repetía una y otra vez.

Le habían llegado rumores a sus oídos de que, después del verano, Odilo volvería por unas semanas para tomar el mando de sus negocios y ver cómo se encontraba todo. Existía la posibilidad de que, pudiendo hablar con él, se le ocurriera alguna idea. Estaba de acuerdo con el padre de Elisa en cuanto debía mejorar su calidad de vida para darle a su hija lo que se merecía, pero ¿si no podía concretarlo? ¿O si Elisa no lo esperaba? Los días pasaban y no saber de ella lo estaba enfermando. Y pensar en que podía perderla lo desquiciaba. Tal era su amargura que más de una vez no veía ninguna salida y pensaba en tomar drásticas decisiones.

—Estás muy mal, amigo —le hablaba Roquecito, mientras cepillaban los caballos.

—No puedo dejar de pensar en ella —decía Pedro, frotándose la frente

sudada por el sol. Gitano parecía oler su desgracia y le acercaba la cara, moviendo la cabeza.

—Debes pensar en algo. Yo tengo algunos ahorros, si los quieres, son tuyos...

—Gracias, amigo, pero no es solo por el dinero. Yo debería cambiar mi vida para merecerla.

—Eso es lo que te dijo el patroncito Silva. Bien sabes que ella no piensa así.

—Sí, pero ella hará lo que sus padres digan. Es muy joven todavía para enfrentarlos.

Y así sucedían los días, llenos de interrogantes, angustia y confusión. Cada jornada volvía al jardín de sus amores y conversaba con su abuela, traía algunas flores que ya no dejaba en la ventana, mas sí las recogía pensando en ella. También ingresaba al lugar sagrado en el que sus antepasados adoraban a sus dioses y le entregaba una piedra al altar. Luego recostaba su frente sobre la roca que utilizaban para rogarles y así se quedaba largos ratos, sumido en una profunda conexión con el más allá. Dejaba el sitio con algunas esperanzas, como si alguien no solo escuchara sus ruegos, sino que además le contestara o diera algunas respuestas. Otras veces conversaba con Clara del único tema que hablaban. Tampoco la muchacha tenía demasiado para decirle. Sabía que el sufrimiento era más intenso que cuando ella se fue, pero de alguna forma la historia volvía a repetirse.

La noche del solsticio de verano, Pedro soñó a su abuela. No fue casualidad que la sabia mujer se hiciera presente en una fecha tan importante para su pueblo aborígen. Ellos celebraban los solsticios y los equinoccios, adoraban a los astros y sabían que los ciclos tenían un principio y un final. La *Pachamama* o Madre Naturaleza les regalaba las bendiciones de la Tierra. Todo encontraba un orden natural, regido por las leyes del universo. Al recordarle esto y hablarle de la esperanza, vino su abuela. En medio de la noche, encontró el alma del nieto que no hallaba dirección y la llevó hasta el

monte sagrado. Desde el lugar más alto del cerro, desde donde se podía ver casi todo el valle, observaron el cielo y las estrellas se volvieron más brillantes. Y en sueños, su abuela le dijo:

—Hijo querido, ¿ves las estrellas del cielo?

Pedro asintió con la cabeza.

—¿Puedes contarlas? —le preguntó.

—No, abuela.

—Cada estrella es testigo de tu amor por Elisa y del amor que ella siente por ti. ¿Puedes creer entonces que, con la fuerza de cada estrella que hay en este cielo, tu amor no podrá prosperar?

Pedro suspiró y largó todo el aire de sus pulmones.

—Ahora, mira la luna.

Ambos fijaron su mirada en la bocha plateada que coronaba el cielo negro azulado. Estaba imponente, luminosa.

—Está celosa de ella —le dijo su abuela en un susurro—. Dile que no existe nadie igual, pero que debes amar a alguien, aquí y ahora. En esta dimensión. En esta vida, en esta Tierra. Dile que nunca dejarás de adorarla y de agradecerle todo el bien que te suceda. Dile también que te ayude a recuperar la joven de piel satinada y prométele que cuando la encuentres, ella seguirá siendo la reina en tu noche.

Pedro estaba atónito. Repetía en su mente cada palabra que su abuela pronunciaba. Quería guardarlas en su corazón.

—Pasarán varios cambios de luna, algunos solsticios y equinoccios, hasta que Inti y ella se besen en el cielo —dijo su abuela señalando a la luna, y prosiguió—. Ese día, tú y Elisa volverán a encontrarse... —Y dicho esto, lo besó en la mejilla y desapareció.

Pedro se sentó en la cama de un impulso y se tomó las sienes. Todo había sido un sueño, pero cada vez que su abuela le hablaba, no se equivocaba. Se sentía confundido, no había alcanzado a interpretar todas sus palabras, pero tendría fe en ellas.

Para la cena de Nochebuena, Rosa y Clara organizaron algo sencillo para la peonada. Cocinaron un lechoncito a las brasas, algunas ensaladas y, de postre, el clásico pan dulce. Turrónes y praliné fueron la novedad a la hora del brindis, cuando el reloj dio las doce. Era la primera Navidad que Clara pasaba en Villa Firma luego del retorno. Pedro se encontraba presente en la celebración, puesto que Paco y Rosa se habían esmerado en convencerlo. Cuando el festejo aún no había finalizado, ya que los peones trajeron guitarras y un tamborcito, Pedro se retiró a su lugar sagrado a meditar. Desde allí apreció el firmamento lleno de estrellas en una noche clara de luna y pensó que quizás Elisa también lo estuviese mirando.

¿Pensaría en él aún? ¿O ya lo habría olvidado?

XLV

Navidad rosarina

Rosario, diciembre de 1931

Las campanadas de la catedral sonaron estruendosas a las diecinueve en punto. La hora de la misa de Navidad había llegado. El cielo celeste agua dibujaba pinceladas en tono rosa, lo que anunciaba el ocaso. El matrimonio Silva, acompañado por sus hijas, se encontraba de pie en el templo, ocupaban los primeros asientos. Todos vestían de gala y, a pesar de no haber formado muchos vínculos en la ciudad, iban a celebrar la Nochebuena. Solo Julián y Cristiana, su mamá, los acompañarían en la cena de vísperas por el natalicio de Jesús.

El sermón del cura párroco fue extenso y las palabras se perdían en la humedad silenciosa, que solo era interrumpida por el ajeteo de abanicos danzarines que menguaban el calor reinante. Los villancicos navideños alegraban un poco la seriedad de la celebración que parecía, a golpe de vista, tratarse de la muerte y no del nacimiento de Jesucristo. Elisa y Amanda no veían las horas de salir del encierro del templo, que desbordaba de gente.

En el atrio, luego de la misa, saludaron a Graciela Méndez —la señora que había ubicado a Elisa en el comedor comunitario— y la invitaron a cenar, por cortesía. Como era una mujer soltera, su idea era acompañar al sacerdote y a su monaguillo en la sencillez de la trastienda en una cena frugal, por lo que les

agradeció la invitación. Catalina se alivió para sus adentros, no tenía ganas de compartir la cena de Nochebuena con la mujer que había introducido a su hija a tan ingrata labor, a su criterio. La noche que se enteraron en que Elisa iría al salón comunitario donde daban la leche a los niños carenciados a media tarde, Catalina puso el grito en el cielo, pero Rafael intermedió para que su mujer autorizara a su hija a cumplir con su accionar generoso y desinteresado.

—No puedes prohibirle todo —se escuchó a media voz en el dormitorio del matrimonio, luego del «no» rotundo que Catalina manifestó en la sala francesa, en medio del café del postre.

—Yo sé que insistí en que buscara actividades para que se olvidara del cordobés, pero ¡no hablaba de esto!

—Déjala, mujer. Esa niña también debe vivir un poco. Verás que antes de que te des cuenta ya se habrá aburrido y no irá más al centro —dijo Rafael, sabiendo que mentía, que a Elisa sí le entusiasmaba realmente la idea de colaborar, pero necesitaba mitigar el desacuerdo de su esposa.

Al día siguiente, Catalina —forzada por Rafael— se dirigió a la habitación de las chicas y, a duras penas, autorizó a Elisa a colaborar con la copa de leche. Elisa saltó de la cama y una sonrisa se le dibujó en el rostro. Hacía muchos días que no la veían brillar, precisamente desde el día en que supieron lo de Pedro. Abrazó a su madre y le agradeció francamente la autorización. Y así fue como, cada tarde, Elisa se presentaba acompañada de alguna otra muchacha al centro comunitario, que en ese momento se encontraba de receso por las Fiestas Navideñas y Año Nuevo; lo que le parecía un absurdo, ya que los niños debían alimentarse como siempre, a pesar de los eventos.

Luego de saludar al párroco y también al monaguillo, los cuatro cruzaron la plaza que se alzaba magnífica con los adornos navideños y un pesebre de tamaño real. Las luces y las guirnaldas decoraban la esquina de 25 de Mayo y Santa Fe, y se extendían a los extremos opuestos, desplegaban color y belleza.

—¿Vieron a Julián y a Cristiana en la catedral? —preguntó Rafael, extrañado de no haberlos visto.

—No, yo no los he visto —dijo Catalina.

—¡Qué raro! —dijo Rafael mirando hacia atrás, buscándolos—. Allá vienen.

Las damas se dieron vuelta y vieron que Julián se acercaba del brazo de su madre, muy sonriente. Se habían demorado al saludar en el atrio al sacerdote y a su monaguillo, y la familia Silva Bazán se les había escapado en el descuido.

—Mis disculpas, familia querida. No podía traer a mi madre. ¡No paraba de hablar con el sacerdote! —dijo Julián muy divertido. Conocía la manía de Cristiana de dar vueltas sobre un asunto—. Imagínense que no pude escucharle la voz al padre.

—¡Qué exagerado que eres! No crean todo lo que este muchacho está diciéndoles —dijo Cristiana, aferrándose al brazo de su hijo con una mano y con la otra le daba golpecitos en el rostro, que Julián aceptaba como niño.

Las dos familias terminaron de atravesar la plaza y, en medio de la polvareda veraniega que los carros y coches levantaban al pasar, cruzaron la calle 25 de Mayo.

En la casa no había nadie esperándolos, sin embargo, todo se encontraba acondicionado por Raquel. La mantelería blanca, impecable al tacto y a la vista, los cubiertos de plata, la vajilla inglesa color verde musgo con sus bordes de oro, todo perfectamente dispuesto para ser usado. Dos candelabros de plata, con sus seis velas cada uno, destellaban luminosidad. Guirnaldas de muérdagos y frutitos rojos decoraban la entrada y cada marco de los accesos a los distintos salones. Pequeñas lucecitas de colores prendían y apagaban intermitentemente. Ante la falta de servicio doméstico, las chicas se entusiasmaron en servir la cena. La comida aguardaba en sus fuentes. La entrada se trataba de una pequeña picada de distintos fiambres, longaniza y quesos duros. El plato principal eran perdices rellenas con ensaladas, y el postre ensalada de frutas y budín navideño.

Fue una cena distendida, sin mucho protocolo. Amanda, Julián y Elisa se

sentaron en un lateral, y las madres enfrente. Rafael ocupaba la punta de la gran mesa oscura.

Cuando dieron las doce, brindaron con un espumante *champagne* traído de Francia, y cada uno pidió tres deseos mentalmente. Luego del brindis, Elisa salió al patio interno y, mirando al cielo, pensó en Pedro. Un aroma a flores le embargó los sentidos y buscó las flores que lo desprenderían, sin hallarlas. Una mezcla de pinos y jazmines pareció acercarse hasta su nariz. Cerró los ojos y suspiró larga y profundamente. «Amor mío», pensó. Antes de abrir los ojos, elevó su rostro al cielo y se dejó acariciar por la brisa de verano. Le envió un beso con el viento y su pensamiento viajó hasta Villa Firma, mientras pedía el último deseo que se había reservado.

XLVI

Una conversación significativa

Capilla del Monte, enero de 1932

En las caballerizas, atestadas de alfalfa y aserrín, los caballos movían las colas espantando las moscas. El clima era espeso, hacía semanas que no llovía y hasta el arroyo, que siempre los refrescaba, estaba más seco que de costumbre.

—¿Sabes si el señor Odilo llega en estos días? —Pedro le preguntó a Rosa, quien le alcanzaba una limonada fresca para menguar el calor del verano.

—¡Sí! Lo esperamos mañana. Ya desembarcó en el puerto de Rosario hace unos días y vendrá aquí a pasar una semana para ver que todo se encuentre en condiciones.

Pedro sorbió el refrescante jugo de un solo tirón, devolvió el vaso y agradeció el gesto.

—¿Qué estás pensando, muchacho? ¿Para qué lo quieres al conde? —Rosa era un zorro viejo, muy pocos asuntos se le escapaban.

—No lo sé —suspiró el joven—. Debo hablar con él sobre Elisa. No quiero que piense que soy un cobarde o un sinvergüenza. Además, es la única persona que conozco que puede ayudarme con esto...

Y no dijo más. Pedro no era de dar demasiadas explicaciones y mucho menos si de su vida privada se trataba. Rosa lo conocía bien y lo dejó en paz.

Por la mañana, cuando el día comenzaba a clarear, Pedro oyó el motor de un auto conocido. Sabía que el conde Odilo Estévez estaba llegando a Villa Firma. Rosa lo aguardaba, como siempre, al pie de la escalera y, luego de tomar las valijas y el maletín de sus manos, lo saludó con afecto.

Los vio entrar en la casa y se propuso que, antes que Odilo se sentara para almorzar, hablaría con él. Las ideas no lo dejaban concentrarse. Unas detrás de otras pasaban por su mente, cual estrellas fugaces que dejaban estelas de confusión. No tenía nada en claro. No sabía qué le diría para convencerlo de que había actuado guiado por el amor sincero que sentía por la hija de don Rafael. Tampoco sabía qué le pediría ni cómo para cumplir su cometido de darle una vida mejor a Elisa.

—Pedro, Odilo quiere hablar contigo —Clara se presentaba en las caballerizas, como emisaria de un mensaje que debía ser entregado.

—¿Te pidió a ti que vengas a buscarme? —preguntó asombrado.

—No. Le dijo a mamá, pero sabes cómo se pone cuando llegan los patrones. ¡No quiere salir de la casa por si la necesitan! —resopló con fastidio.

—Está bien. Iré a lavarme la cara y las manos, y entraré a la casa. Gracias por avisarme, Clara —dijo, ordenando con rapidez los elementos que había utilizado. Con pasos seguros, se dirigió hasta la fuente de agua limpia más cercana. Separando las piernas para no mojarse el pantalón, se subió aún más las mangas de la camisa, que ya estaban arremangadas, lo que dejó al descubierto la piel tostada de sus brazos.

Clara se encontraba a unos pocos metros aguardando para entrar juntos a la casa. El sol le daba de lleno en la cara y, haciéndose sombra con su mano, seguía los movimientos del muchacho. «Ay, Pedro, Pedro... si no fuera porque sé que estás enamorado de Elisa...», pensó. Lo observó mientras se mojaba la cara y sacudía la cabeza para peinar el cabello empapado. Su postura y movimientos varoniles provocaron un estremecimiento en el interior de la joven. Pedro seducía sin proponérselo.

Ambos jóvenes caminaron hasta la casona y entraron por la puerta de la

cocina, donde Rosa tapaba y destapaba ollas. Para ella, que el conde estuviera solo, con Firma o con varios más, era lo mismo. Siempre se empeñaba en que todo estuviera perfecto.

—Me parece que el patrón te adivinó el pensamiento —dijo Rosa entre graciosa y sarcástica—. Te espera en el despacho —le dijo, mientras le acomodaba un poco el cuello de la camisa. Sin embargo, vio que no tenía mucho arreglo y lo dejó ir.

Clara tomó una manzana de la cesta y se sentó en el borde de la mesada, sin perder de vista el firme caminar del joven que se perdía en el pasillo.

—Te sigue gustando, ¿verdad? —La sorprendió Rosa.

—Quizás sí, pero no hay caso. Está enamorado de Elisa. Y está bien que así sea. Yo lo dejé. Además, se nota que ella también lo ama... —Y continuó con su manzana, restándole importancia al asunto.

—Adelante, muchacho —le dijo Odilo cuando vio la sombra de Pedro detrás de la cortina de la puerta—. ¡Pasa, pasa! —Y se levantó de su silla.

—Permiso, don Odilo —le dijo Pedro, y le tendió la mano.

—¿Cómo has estado, muchacho? ¿Cómo ha ido todo por acá? —le preguntó el conde al pasar. Los diálogos que sostenían cada vez que Odilo retornaba a Villa Firma comenzaban de esa forma. Sin embargo, ambos sabían que la charla tomaría otros rumbos de un momento para otro.

—Todo en orden, don Odilo. Los animales como siempre. Con la sequía que estamos sufriendo, es raro que no hayamos perdido alguno, pero tratamos de paliar la falta de agua del arroyo con el sistema de riego.

—No me sorprende. Siempre has resuelto muy bien los asuntos que se fueron presentando. Gracias a tu trabajo y el de los peones, que sé que los mantienes a raya, Villa Firma persiste como lo que es: una estancia cordobesa. Y sabes también que por eso y por tu esencia como hombre de bien, te aprecio y te

respeto...

—Hago lo que puedo, don Odilo. Muchas gracias por su reconocimiento.

—Pedro, me urgía hablar contigo de otro asunto. No sé si sabes que vengo de Rosario. Estuve un par de días ahí visitando a mis amigos y tuve la oportunidad de hablar a solas con Rafael... sobre tú y su hija.

Al escuchar esto último, el corazón le dio un vuelco. Si bien se imaginaba que de su estadía por Rosario traería novedades, no sabía en qué condiciones se encontraba. Recordaba la charla que había tenido con Rafael, pero no sabía si seguiría sosteniendo lo mismo.

—Don Odilo, le puedo explicar...

—No tienes nada que explicarme, muchacho. Eres un hombre y Elisa una mujer. Nadie elige de quién enamorarse. Y estoy seguro de que no lo has hecho para tener una conquista más en el haber...

—¡No, claro que no! Me enamoré perdidamente de Elisa, apenas puso un pie en Villa Firma —contestó convincente.

—Pues bien, te contaré una historia, o parte de ella... —y el conde comenzó a relatarle los pormenores de su vida. El desembarco en la provincia de Entre Ríos, en la ciudad de Colón, a sus de catorce años de edad, en condiciones de extrema pobreza. El llamado de su hermano para trabajar en la producción de la yerba y de cómo había aprovechado las buenas y malas experiencias para crecer y convertirse en un hombre de negocios hasta ser lo que era; cómo había conocido a Firma y cuánto les había costado convencer a los padres de ella de que él era un buen partido para su hija—. Te preguntarás qué quiero decirte con esta historia. Que todo es posible en esta vida. Nadie nos regala nada, pero las oportunidades existen. Solo hay que saber aprovecharlas. Yo, con mi pasado, no soy quien para juzgarte. Pero por lo que me dijo Rafael, te impuso mejorar tu condición económica para darte la mano de su hija. ¡Justo fuiste a conocer una española de sangre casi azul y con padres conservadores!

—Soltó una sonora carcajada que retumbó en los oídos de Pedro, quien solo atinó a sonreír—. ¿Tienes algún plan, muchacho? No quisiera que dejes tu

puesto aquí en la estancia, pero te apoyaré en lo que decidas...

—En realidad, aún no tengo nada pensado. Sé que será muy difícil mejorar mi posición económica siendo capataz de estancia para brindarle a Elisa la vida que se merece, pero es lo único que sé hacer...

—No lo creo. Algún otro talento debes tener. Yo me quedaré unos días más, si se te ocurre algo, no dudes en hacérmelo saber. Incluso si necesitaras algún préstamo en dinero, lo hablamos. Eso sí, debes tener un plan.

—¡Gracias, don Odilo! Lo tendré en cuenta. —Y se levantó de la silla, tendiéndole la mano al conde.

Antes que atravesara la puerta, el conde le preguntó:

—Muchacho, ¿qué perfume usas?

—Uno que yo mismo preparé... con raíz de vetiver y...

—Es muy bueno. Si te sobra un frasco, ¡acuérdate de mí!

—¡Cómo no! —le dijo Pedro, haciendo una pequeña reverencia con su cabeza.

Al finalizar el día, Pedro se sentía muy cansado. La jornada había sido larga, sin contar la conversación de la mañana. Sin embargo, no solo estaba más aliviado por haber hablado con el conde, sino que además había recobrado un poco el ánimo gracias a lo que le había contado. Sin saber por qué, recordó las últimas palabras de la conversación. Recordó también la Esencia de luna que le obsequió a Elisa con todo el amor de su corazón. ¡Claro! ¿Cómo nunca lo había pensado? ¡La fabricación de los productos podía darle algún rédito económico! En ese mismo instante, desempolvó el libro de recetas y fórmulas que su abuela le había dejado como legado. Un legado vivo que le inyectaba esperanzas a una batalla que creía perdida de antemano. Casi un testamento que le permitiría encontrar la llave de su felicidad. Un secreto milenario que perduraba a través de los siglos, predestinado a caer en sus manos. Él conservaría todos los secretos de la alquimia practicada por sus antepasados, pero, sin traicionar su génesis, podía comercializar los productos. Contaba,

además, con un plus de buena suerte: no tenía que esperar las épocas de cosecha o florecimiento, ya que él tenía libre acceso a todas las especies que necesitaba, gracias a su jardín secreto.

Durante esa noche, pergeñó un plan de trabajo y armó una lista de los posibles productos que comenzaría a fabricar. El vivero frente a la casona, que se encontraba cerrado y sin utilidad, sería perfecto para comenzar la elaboración.

Por la mañana siguiente, y sin haber pegado un ojo en toda la noche, Pedro se vistió lo mejor que pudo y se dirigió con sus papeles ordenados y su frasquito de vetiver para enseñarle al conde su plan. Sin embargo, antes de ir al despacho, fue hasta el centro sagrado a invocar al Universo. «Pide siempre lo que necesites. Pídele al Universo y él conspirará a tu favor... siempre», le repetía su abuela. Al ingresar, tomó una piedra y la apretó fuertemente entre sus manos, ofreció todos sus miedos, sus pensamientos negativos y la depositó en el primer peldaño. La *Pachamama* era quien le daba la oportunidad de ser feliz. De ella retiraría todo lo que necesitaba para la elaboración de sus productos, como siempre lo hacía. Así que ella se merecía esta ofrenda en la entrada.

Llegó hasta el triángulo de piedra y, en un ceremonial sentido desde las entrañas, fue perfeccionando el pedido en su mente y dejó que su alma hablara por él. Antes de acabarlo completamente, apoyó su frente en la roca, sintió la frescura y le soltó al Universo su petición. Se encomendó a Inti y a la Luna. Invocó a su abuela, le rogó que protegiera siempre su espíritu *hênîa-kâmîare* y que lo acompañara en esta nueva aventura, sin permitirle nunca dar a conocer las prácticas de la alquimia. Rogó por un gran golpe de suerte y no dejarse tentar por la ambición. Respiró profundo y sonrió en ese instante de conexión tan íntima con lo que era, con lo que representaba.

XLVII

Primer trato

— ¡Buen día, Rosa! ¿El patrón se encuentra? —Entró Pedro en la cocina con el corazón desbocado.

— ¡Pedro! ¿Tan temprano por aquí? Mmm... ¿qué te traerás entre manos, muchacho? —quiso saber Rosa, husmeando los papeles y el paquete que traía.

Pedro la tomó de la cabeza y la recostó en su pecho en señal de afecto. Rendida por el gesto, Rosa le indicó el camino con su mano. Un beso en la coronilla hizo las veces de un «gracias». Y dirigiéndose al despacho de Odilo, ensayaba las palabras con las que iniciaría su discurso.

—Buenos días, don Odilo. ¿Puedo pasar? —dijo Pedro, asomando su cabeza por la puerta de madera.

— ¡Claro, Pedro! ¡Adelante! —exclamó Odilo, mientras ordenaba hojas sueltas, desparramadas por el escritorio—. ¿Qué te trae por aquí, muchacho?

—Vine a hablar con usted.

—Aguárdame un momento, por favor. —Se dirigió hacia la puerta y, tras abrirla a medias, gritó—: ¡Clara! Trae dos cafés al despacho —y volviendo al escritorio, dijo—: ¡Ahora, sí! Cuéntame.

—Antes que nada, quiero entregarle este obsequio... —Le dio el frasquito de perfume que Odilo le había encargado.

—Muchas gracias, muchacho... Te agradezco el gesto. A ver... —dijo,

mientras desenroscaba la tapa. Olió con exageración, cerrando los ojos—. Es bueno. ¡Es muy bueno! No suelo equivocarme con estas cosas. Realmente es exquisito.

Pedro lo observaba encantado. Anotó mentalmente el primer punto obtenido.

—Está hecho con raíz de vetiver y apenas una pizca de mentol, lo que lo diferencia del que yo traía puesto ayer. La base espesa es de resina de pino... Permite la conservación y la perdurabilidad en el cuerpo.

Sorprendido por la explicación, Odilo abrió los ojos y asentía enérgicamente con la cabeza.

—Con respecto a eso, vengo a hablarle. —Desplegó ante el conde todas las imágenes dibujadas con sus fórmulas, en códigos—. Al hablar con usted, ayer por la mañana, se me ocurrió que podía montar un pequeño laboratorio para elaborar estos productos. Son fabricados con elementos de la naturaleza. Mi abuela me enseñó a producirlos.

Odilo se echó para atrás en su sillón con la atención puesta en las palabras de Pedro.

—Continúa, muchacho, continúa...

—Mi idea era darle utilidad al vivero. —Y señaló, por sobre su hombro con el dedo pulgar, la ubicación del depósito que se encontraba de espaldas a él—. Se podría, con una pequeña inversión, armar todo lo necesario para la preparación y elaboración de las cremas, ungüentos, esencias, perfumes, emplastes, jabones de tocador y algunas otras cosas. Yo lo hago actualmente en mi casa, pero, a decir verdad, es muy rústica la producción... y muy escasa...

—A ver... Déjame pensar... —Odilo era un comerciante nato. Su visión para los negocios era fecunda. Sabía de antemano si un producto reunía las condiciones básicas para, por lo menos, entrar en el mercado. Su visión de empresario traducía todo en números.

—Yo no sé si esto será posible...

—Todo es posible. Solo que hay que encontrarle la verdadera salida. No

estaría mal empezar con una producción pequeña de productos, mientras organizamos las ventas. Luego de encaminar la primera etapa, podríamos comercializar al por mayor e, inclusive, exportar. El vivero es todo tuyo. Deberás contar con un aval... —Se aproximó a la puerta para abrirle a Clara que traía la bandeja con dos humeantes pocillos de café colombiano.

—Buen día, Pedro —dijo la joven un tanto sorprendida. La descolocó la situación. Por un momento, le pareció que ambos hombres hablaban de negocios.

Pedro saludó con un movimiento de su cabeza. No quería perder el foco de concentración. Que nada lo distrajera. Odilo volvió al escritorio, pero no se sentó. Se acercó a la ventana. Casualmente desde ella se apreciaba el vivero en ochava a la casona.

—Te propongo algo muchacho: ponle un nombre a tu producción de cosméticos o productos naturales. Mi firma, Estévez y Cía., será una suerte de padrino. Esto te permitirá dos cosas. Por un lado, ingresar al mercado por la puerta grande. Y por otro, que la empresa invierta en los insumos y productos sin que tú tengas que poner dinero de tu bolsillo.

—Solo insumos —corrigió Pedro—. Los productos son todos naturales.

—Tienes razón, Pedro. Ya me lo habías dicho. El asunto ahora es, ¿quién se hará cargo de los trabajos de la estancia? Yo no confío en nadie como en ti...

—Podría comenzar a trabajar en la elaboración de los productos medio jornal. El otro medio seguiría con los animales. Mientras tanto, adiestraría a Roquecito. De todas maneras, seguiré aquí...

—Me parece bien para empezar... Pero debes tener en cuenta que si te va bien, deberás dedicarte solo a esto para que el negocio crezca. Luego no va a combinar un peón de campo con un empresario en el rubro de los afeites y perfumes...

Pedro no alcanzaba a creer lo que escuchaba. Quizás el golpe de suerte que estaba persiguiendo era este.

—Si no funciona, don Odilo...

—Funcionará, muchacho. Eres muy bueno, créetelo. Es la única forma de triunfar en esta vida. Las ganancias serán para ti. Se te irán descontando los costos de la producción o distribución a partir del sexto mes. No los insumos, que los amortizarás sin que nos demos cuenta. Esto te permitirá iniciar la actividad sin correr riesgos y te asegurará las ganancias en los primeros meses. ¿Qué te parece?

—No sé cómo agradecerle, señor. No me va a alcanzar la vida para darle las gracias.

—Tienes todo mi apoyo. Y la próxima vez que vea a Rafael, le contaré los adelantos. Yo sé que esto lo haces por su hija. Y verás cómo cambia tu vida a partir de aquí. ¡Ah! Yo he venido solo y mañana parto para Córdoba Capital por unos días. Me gustaría que, esta noche, me acompañes en la cena. Quién te dice que no acabemos siendo socios... —Y le tendió la mano en señal de compromiso. Pedro la tomó con la derecha y apoyó la izquierda sobre la del conde, cerrando el trato, con el rostro colmado de evidente felicidad.

XLVIII

Lágrimas de tormenta

Rosario, enero de 1932

El calor estival atravesaba la ciudad. La humedad proveniente del río traía los olores del puerto: a pescado, a humo de las chimeneas de los barcos, a barro; todo se mezclaba en un nauseabundo aroma que saturaba los días de pesado calor. Las nubes comenzaron a desfilarse suavemente guiadas por una brisa cálida. Elisa estaba en el centro comunitario, sirviendo la leche a los niños, cuando un trueno cortó el silencio del barrio bajo, que aún parecía inmerso en la siesta. Los pocos niños que se encontraban a la hora de la merienda se paralizaron de miedo, lo que dio paso a un coro de llantos. Los mayores abrazaron a los pequeñitos y los que quedaron sin contención corrieron a las piernas de las muchachas que se hallaban en el comedor ordenando la mesa. El cielo se tornó negro de repente y un aguacero interminable comenzó a caer. Algunos truenos y relámpagos más dieron inicio oficialmente a la tormenta.

Elisa miró al pequeñito que abrazaba su cadera sin dejarla avanzar. Su cabecita morena no podía estar más abajo. Mantenía los ojitos cerrados, pero no se tapaba los oídos porque eso significaría soltar las piernas que le servían de cobijo. Lo levantó en sus brazos. Tendría unos cinco o seis años. Sus bracitos se echaron a su cuello y cerró las manos a la altura de la nuca. Elisa

buscó una silla con la mirada. Caminó algunos pasos hasta que llegó a la que estaba desocupada. Tomó asiento y acomodó al pequeño en su regazo. Sus ojitos continuaban cerrados, lo que le causó mucha ternura.

—Ya puedes abrir los ojos —le dijo dulcemente.

—¿No llueve más? —preguntó el pequeño.

—Sí, llueve. Pero los truenos y relámpagos ya no se sienten. ¿Tienes miedo?

El niño movió la cabeza, afirmando; y abriendo los ojos con lentitud, la miró.

—¿Y a qué le temes? ¿A los ruidos o a las luces?

—A los dos. Siempre que empieza una tormenta me voy debajo de mi cama y ahí me quedo hasta que pasa. A veces tengo que levantarme antes porque el agua moja mi cama.

—¿Mojas tu cama? ¿Hay goteras en tu casa? —preguntó Elisa sorprendida.

—Sí. Las chapas se mueven con el viento y el agua entra por ahí, por la puerta, las ventanas...

La joven no podía imaginarse tal situación de desamparo. Si asistían al centro a recibir la leche era por la carencia, pero de sus viviendas nadie hablaba y ella nunca lo había pensado. Miró a su alrededor. ¿Todos los niños se encontrarían en situaciones semejantes? La docena de criaturas que ahí se encontraba comenzaron a tranquilizarse. El mate cocido con leche y el pan con dulce de membrillo comenzó a menguar la congoja, y los niños se sentaron en sus lugares habituales.

Elisa dejó al pequeño en la silla, pero nada volvió a ser igual. Esa tarde, por las inclemencias del tiempo, tomó cabal consciencia de la pobreza que arreciaba el lugar. Inevitablemente pensó en Pedro. Lo imaginó de niño. Una inquietud se le clavó en el pecho. ¿Habría pasado él penurias de ese estilo? ¿Habría contado siempre con una taza de leche o un plato de comida? ¿Habría temido a las tormentas? Una lágrima se deslizó por su mejilla de seda. No quería que los demás la vieran llorar y mucho menos los niños que siempre estaban atentos al ánimo de las muchachas, pero no pudo evitarlo. Por obra del

destino o de la vida misma, ella había nacido en una familia acomodada, sin necesidades, y los pobres eran —hasta hoy— una clase social. Enfrentarse a esta realidad tocaba su fibra de humanidad y lo que antes resultaba lejano, en el centro comunitario, se volvía real, palpable. Se prometió a sí misma ponerse al servicio de los humildes. Ayudar cuanto fuera posible, contenerlos, abrazarlos, acompañarlos en las situaciones de desamparo.

Por los niños del comedor, de los que ya sabía todos los nombres.

Por el pequeño que consoló en su regazo.

Por Pedro.

A partir de esa tarde de tormenta, Elisa comenzó a pensar de modo reiterado en los pasos que debía seguir para llevar a cabo sus ideas. Luego tomaba notas en un cuaderno, hablaba con Graciela Méndez —la señora que la había ubicado en el centro—, con el párroco y su diácono. Sabía que no era nada comparado con las necesidades que existían. Pero también sabía que era mucho comparado con lo que había hecho en toda su vida por los demás.

XLIX

Sorpresas

—Esta noche llega Odilo a la casa —dijo Rafael, sacándose la camisa sudada por el calor. Catalina lo perseguía por la habitación y lo acompañaba hasta el baño, dispuesta a cualquier exigencia de su marido—. Me ha llamado esta mañana que estaba saliendo para aquí desde Córdoba. Ha estado unas semanas ahí, luego de haber pasado por Villa Firma.

—No me nombres ese lugar —dijo Catalina, cortante—. Me recuerda los caprichos de Elisa.

—Basta, mujer, con eso. Elisa no estaba encaprichada con el muchacho. Ella lo amaba. Y tengo mis serias dudas... ¿quieres que te diga algo? Lo sigue amando.

—¡Por Dios! ¿Qué cosas dices?

—¿De verdad crees que en un par de meses se puede olvidar un amor? ¡Mírala! Mírala de verdad: verás que ya no brilla su mirada, que ha perdido la música en su voz. ¡Compárala con Amanda! Mira la diferencia que existe entre ellas, una viviendo el amor de modo natural y la otra en la amargura de amar a la distancia.

—Elisa está un poco triste por el comedor —dijo Catalina negando la realidad—. Siempre las escucho hablar de las miserables vidas de esos niños.

—Sí, sí, puede ser —replicó, cansado—, pero yo sé lo que te digo. Elisa

sigue amando a Pedro. Que no te sorprenda si algún día se rebela... —Y no quiso seguir por temor a soltarle a su mujer que Pedro también amaba a su hija. La conversación que habían mantenido la última noche le repiqueteaba aún en los oídos. ¿Quién era él, después de todo lo que había hecho, para prohibirle a su hija a vivir un amor? ¿Quién era para juzgar a alguien? Con la culpa a cuestas por sus hechos en España y por no poder enfrentar a su mujer poniéndose del lado de su hija, cerró la puerta del baño. La tina comenzó a llenarse y el agua apenas tibia actuó con poder curativo, saludable, higiénico. Se dispondría a dormir una siesta reparadora, luego del arduo trabajo en la empresa, para esperar a Odilo, como el conde se merecía.

En la sala francesa de la casa rosarina, se encontraban Catalina, Rafael, Julián, Amanda y Elisa. Cristiana no había querido acompañarlos en el recibimiento de Odilo. Tal era el calor pesado y húmedo que envió sus saludos; otro día menos caluroso pasaría a visitar a su gran amigo.

Las chicas y Julián conversaban mientras una música suave sonaba de fondo. Amanda, con autorización de Elisa, le había hablado a su novio del romance de Pedro y su hermana, una tarde que Julián la encontró callada. Muy discreto, él no opinaba sobre la relación ni preguntaba más de lo que le comentaban las chicas. Alejados de sus padres, una conversación se desató a media voz.

—Eli, Julián viaja en algunas semanas para Capilla del Monte, ¿quieres escribirle a Pedro? —preguntó Amanda. Antes que Elisa pudiera responder, le habló a Julián—: ¿Puedes llevarle a Pedro una carta?

—Por supuesto. Si Elisa desea escribirle una carta, se la llevaré y se la daré yo mismo en persona.

Los ojitos de almendra se volvieron vidriosos, como si la sola mención del nombre amado desatara la catarata de sentimientos que en su interior reposaba. Con una apariencia atemperada, delicada, Elisa guardaba un brasa

apenas encendida, y un solo recuerdo o pensamiento atizaba la llama que ardía en su interior. Guardaba con celo lo que sentía por el muchacho y menguaba el sentimiento para no exponerse. Para protegerlo y protegerse.

—¡Sí, sí! Le escribiré... Solo avísame cuando viajas... —Y su mirada volvió a brillar, de modo fugaz, cual estrella que titila en la noche y luego se apaga—. Gracias, Julián.

—No tienes nada que agradecer.

Elisa le sonrió a su cuñado cuando un sonido proveniente del exterior se hizo oír.

—¡Ese debe ser Odilo! —dijo Rafael al escuchar la aldaba de la puerta de la calle 25 de Mayo, mientras corría a abrirla.

—¡Querido amigo! —dijo Odilo al ver a Rafael del otro lado de la puerta que permanecía con los vidrios abiertos, lo que permitía el ingreso de la brisa veraniega.

—Pasa, pasa —dijo Rafael. Ambos hombres se abrazaron con estima—. Siéntate como en tu casa. —Rieron con la ocurrencia.

—¡Catalina! ¡Tú tan bella como siempre! —Besó a la mujer en ambas mejillas—. Tengo una carta de Firma para ti, no olvides reclamármela.

—¡Hola, Odilo! —dijo Julián, cuando se unió al recibimiento.

—Buen trabajo, muchacho —le dijo el conde antes de abrazarlo—. Luego hablaremos... ¿Y tu madre? ¿Ya está en la mesa?

—Esta vez no nos acompañará, Odilo. Creo que el calor urbano está haciendo estragos en ella. Acostumbrada al clima seco, la humedad de Rosario la cansó. En unos días, viajo a llevarla de regreso. Extraña su casa y sus amistades. De todos modos, te envía sus saludos y pasará a verte una tarde de estas...

—Bueno, bueno... ¿A ver las chicas? Tan bonitas como siempre... La verdad es que te felicito, Rafael, tienes dos soles por hijas. ¿Conocieron a la mía? Un cuadro suyo está en el cuarto que ocupaba.

—Hola, Odilo, ¿cómo ha estado? —las chicas respondieron la galantería y

los saludos del recién llegado.

Sentados en el comedor, Odilo se acomodó en la cabecera de la mesa. Era el sitio que siempre se le reservaba en cualquier lugar donde se encontraran. Las mujeres de la casa comenzaron a traer los platos que ya estaban servidos en la cocina. Raquel había dejado todo dispuesto para que la velada no tuviera mayores complicaciones. Pollo con una crema de champignones y papas naturales aguardaban en el horno. Catalina no cocinaba jamás y las chicas, en Rosario, se las arreglaban como podían. Cuando los días domingos o feriados se quedaban solas, improvisaban algunas recetas que encontraban en los libros de cocina de la casa. Sin embargo, cuando tenían invitados aún no se animaban a preparar, ellas mismas, el menú.

Las conversaciones fueron sucediéndose de modo cálido y natural. El motivo que dio lugar al diálogo más extenso fue el nieto de Odilo. El hijo de Lili, Fonsito, no solo llenaba los días de sus padres, sino que también Firma y el conde se encontraban maravillados con el niño. Sus primeras carcajadas, sus balbuceos, sus palmaditas eran la felicidad de sus abuelos.

Una bandeja con pocillos y tetera humeante los invitó a pasar a la sala de estar. Los sillones eran más cómodos para disfrutar de un buen café o un té digestivo. Luego de algunos diálogos más, las mujeres se retiraron a descansar. Los hombres tenían varios temas que tratar. Ninguno había dejado escapar ni un solo comentario de trabajo ni relacionado con la empresa. En la discreción de la sala española, los tres hombres volvieron a servirse café, tenían para un buen rato aún. Las noticias eran varias, y las horas que Odilo estuvo en Rosario, antes de regresar a Capilla del Monte, hablaron sobre Pedro y Elisa, pero muy poco del episodio de Crespo.

—¿¡Qué me cuentan de Crespo!?! Les confieso que, a la distancia, sentí un dolor muy fuerte al recibir su telegrama. Ese hombre fue mi amigo, mi hermano... fue mi mano derecha en la empresa y fuera de ella.

—Sí, supusimos que así era. El mismo día del suicidio, unas horas antes, encontramos dentro de la caja, que nos condujo a descubrir la verdad, un

sobre con papeles personales... Ahí nos dimos cuenta de lo que significaban el uno para el otro —dijo Rafael.

—Sí, del mismo modo que yo no tuve el valor suficiente para enfrentarlo, él tampoco. Creo que hubiera soportado la cárcel, mas no mi mirada —comentó Odilo. Un gesto adusto se apoderó de su rostro. Ese hombre había sido su amigo, su mano derecha. No era cualquier subordinado en su empresa. Sin embargo, enseguida se recuperó para continuar con los caballeros que tenía enfrente—. La verdad es que hubiera preferido otro final. ¿Cómo fue?

—¡De película, según cuentan! —comentó Julián—. Nosotros no estábamos, pero dicen que nunca pensaron que iba a hacerlo ahí, delante de todos. Pero lo cierto es que no tenía escapatoria. La policía fue muy eficiente y no le dieron mucho espacio para que pudiera planear otra cosa. Era entregarse o el río...

Rafael escondía en su interior lo sucedido en España y esto lo perturbó. Con los recuerdos desordenados, en más de una ocasión, sintió que la muerte aún lo perseguía.

—¿Y luego del episodio? —Odilo era un hombre muy práctico. El momento de llorar a su amigo había sido el del descubrimiento de la traición. Este ya era momento de seguir adelante.

—Y bueno, luego de eso, pudimos intervenir su oficina y todos los libros. El oficial de justicia pudo secuestrar todo y los resultados fueron determinantes —acotó Julián.

—Quizás no es justificativo, pero encontrarlo tan responsable nos sacó un gran peso de encima. Sabíamos que era él y más que elocuente al encontrarlo con las manos en la masa, pero uno es humano y siempre queda alguna duda.

—Rafael no quería cargar con una nueva muerte injusta sobre sus hombros.

—Bueno, estimados, yo me retiro. Mañana debo presentarme temprano en la oficina. Armamos un nuevo equipo de trabajo y a las ocho tendremos la primera reunión. Será una larga jornada de instrucciones. Además, mi querida madre seguro me espera despierta. —Julián se levantó con pereza del sillón y estiró los brazos con gesto de cansancio. Les dio la mano a cada uno y se

despidió en la puerta de ingreso.

—¡Qué buen muchacho este Julián, ¿no? —dijo Odilo, sirviéndose un vaso de *whisky*.

—La verdad que sí, Odilo. Muy inteligente. Muy preparado y trabajador. Yo intento tratarlo como a un par, pero las veces que le di algunas directivas las tomó sin objetarme absolutamente nada. Es un muchacho que no tiene techo, la verdad. Y que esté con mi hija...

—Otro que no tiene techo es Pedro Saldivia —interrumpió Odilo.

—¿Por qué lo dices, Odilo? —dijo Rafael, tomando de la mano del conde el vaso que le había servido para él.

—Luego de la charla que tuvimos antes de irme a Córdoba, hablé con el muchacho ni bien llegué a la estancia. Es como un diamante en bruto. Solo hace falta pulirlo un poco. Y no te hablo de sus modos o educación. Tiene potencial para escalar alto en la empresa. Y estoy dispuesto a ayudarlo. No solo por Elisa, que es un encanto, sino también por él que lo aprecio mucho. Ya sabes cuál es mi opinión al respecto, y que haya puesto los ojos en tu hija no lo hace peor persona, ¡al contrario!

—Si Catalina te oyera hablar así...

—Dale tiempo... después de que tengamos avanzados los acontecimientos, yo hablaré con tu esposa, de ser necesario...

—¿A qué te refieres exactamente?

—Mira, su abuela fabricaba productos naturales con ingredientes que extraía de los campos. El muchacho tiene su libro de recetas con las fórmulas, proporciones y demás detalles para seguir con la producción. Tuve el agrado de probar un perfume y se nota la calidad del producto. Le ofrecí un negocio, bueno, ayudarlo con los primeros pasos de la manufactura y patrocinarlo con mi firma. ¿Qué te parece?

Rafael no sabía qué contestar. Odilo tenía muy buen olfato para los negocios, había amasado su fortuna en base a eso porque, al comienzo, no traía nada más que voluntad. Ni riquezas, ni recursos, ni influencias.

—¡Epa! Te dejé sin habla, compadre.

—La verdad es que sí... No imaginé algo semejante. Sin embargo, me alegra... Ese muchacho sabe lo que quiere. El tiempo dirá si merece o no a mi hija. Parece que mis palabras lo impulsaron a buscar un futuro mejor...

Y los dos hombres continuaron con este tema y varios más antes de desearse las buenas noches. El conde cruzó el patio interno de la casona para ocupar una habitación destinada a los huéspedes que ocuparía en su estadía en Rosario.

L

Presagio de arcoíris

Capilla del Monte, marzo de 1932

Llovía. El agua caía desde el cielo, incansable. La tormenta desatada la noche anterior dejaba sus húmedos vestigios sobre las sierras. Las nubes grises, pesadas, aún se encontraban en lo alto y acusaban renovados chaparrones. El verano contaba con esa peculiaridad: los aguaceros eran feroces, la llovizna era propia del otoño que aún no había comenzado. Los caminos eran pequeños canales por donde el agua corría velozmente lavando las piedras del terreno.

La actividad era escasa en la estancia en días como estos, por lo que Pedro se internó en el vivero. Semanas atrás, y con la ayuda de Roquecito, comenzaba la faena de dejarlo en condiciones. Picaron paredes, las revocaron y pintaron luego. Cambiaron algunas aberturas desvencijadas por el correr del tiempo y sus inclemencias, y arreglaron las que servían. Las lijaron, acomodaron sus bisagras y herrajes, las pintaron de blanco. Casi todas las ventanas contaban con su persiana y las que no, las habían fabricado. El piso era de tierra, por lo que lo nivelaron bien y le hicieron una carpeta de cemento. La iluminaria era escasa, pero encontraron algunos faroles más y colocaron algunas lamparitas. Entre tarea y tarea, Rosa los convidaba con alguna bebida fresca o la enviaba con Clara. Para aliviarles un poco la fajina,

los invitaba a cenar o les preparaba empanadas para que regresaran a sus ranchos ya comidos o con algo seguro. La mujer sabía del esfuerzo de los muchachos por dejar en condiciones ese galpón que hacía tiempo ya no se utilizaba, por lo que trataba de ahorrarles aunque sea el malestar de llegar agotados y tener que cocinarse. Roquecito tenía familia y seguro su madre algo le reservaba, sin embargo, Pedro estaba solo y quizás no llegara a preparar algo de cenar; y al otro día las tareas de los ranchos no les daban tregua.

Una tarde, mientras Pedro se encontraba en el techo cambiando algunas tejas rotas, Clara les acercó un jugo y unos cortes de budín de naranjas, preparado por ella en la mañana. Los dejó sobre una mesita de hierro donde apoyaban las herramientas. Pedro la saludó con su mano agradecido por el gesto. No podía hablar, tenía clavos apretados con los dientes, sin embargo, una sensación de gratitud le ocupó el pecho. En su mente sabía que el actuar de esa muchacha lo había llevado a combatir sus propios miedos, a querer forjar un futuro mejor, a saber qué era verdaderamente lo que quería y a luchar por el amor auténtico. Ese amor que no claudicaba por el paso del tiempo ni por la distancia. Ese amor que sabía de lágrimas, de promesas y sonrisas. Ese amor que le calentaba los ojos cada vez que pensaba en Elisa. Sus ojos, su boca, su cuello, sus caderas. Sus miradas diáfanas, sus besos apasionados, su olor a jazmines. Ese amor que aguardaba que el Universo resolviera las dificultades y conspirara a su favor.

Roquecito se presentó en el vivero sabiendo que allí encontraría a su amigo, en esa mañana lluviosa en la que Pedro se había avocado por completo a adecuar el interior. Ya no había goteras ni se filtraba agua por ningún lado. Las ventanas abrían y cerraban a la perfección. Luego de limpiar arduamente cualquier vestigio de polvo, adaptaron dos mesas de trabajo. Una, un banco de carpintero rústico fabricado con gruesos tirantes, y la otra, un tablón con dos caballetes de madera. Tres mecheros, un mortero de hueso y otro de madera más pequeño y un fuentón de chapa completaban los enseres y utensilios. Una cartuchera de cuero con cuchillos y cucharas se encontraba guardada en el

cajón del banco de trabajo. Colgaron unos finos tirantes sobre las mesas, frente a las ventanas, para ubicar las especies. El aire seco de la estación que comenzaría en algunos días tenía un poder de secado estupendo. Pedro había comprado una heladera a muy bajo costo, que acomodaron en uno de los laterales. La producción ya no sería improvisada y, gracias al favor del conde Odilo, la elaboración iría en aumento. Un rato más tarde destaparon los muebles que ya habían sido mudados del rancho de Pedro. Un aire nostálgico se instaló en la atmósfera. El armario que su abuela había utilizado toda su infancia para guardar los productos se encontraba, en aquel entonces, en la zona de trabajo con el mismo propósito. Parecía que aquel mueble guardaba más que solo frascos. Almacenaba historia, alquimia. Poseía un aura propia que protegía los secretos del pasado. Su noble construcción permitía que se encontrara en condiciones inmejorables para su utilización, y el cuidado que doña Pancha le había dado era propio de su humildad. El joven quería conservarlo en iguales condiciones, por lo que se prometió utilizarlo en el vivero hasta poder hacerse de otro similar para que el aparador regresara al rancho.

Al atardecer de ese día, Pedro ya tenía montado su emprendimiento. Antes de salir y cerrar la puerta con el candado, le echó una mirada al lugar. Pensó que a su abuela le hubiera encantado ver todo en esas condiciones. Una brisa húmeda se deslizó por uno de los postigos y, advirtiendo el aire fresco, Pedro miró por la ventana. El horizonte se tragaba un sol casi blanco, no obstante, los últimos rayos coloreaban sobre las sierras un tenue pero luminoso arcoíris. Un sonido titilante de campanitas hizo eco en sus oídos. Doña Pancha bendecía junto a los dioses aborígenes el nuevo comienzo. La Madre Tierra acompañaba los eventos y honraba la vida en armonía con el Universo.

Un milagro estaba a punto de ocurrir.

Con todo el lugar prolijo y organizado de modo práctico, Pedro se sumergió en la empresa de elaborar los productos. El conde Odilo le sugirió —cuando el joven le presentó el proyecto— que siguiera con sus tareas en el campo solo medio día. Así era que se levantaba muy temprano para organizar la peonada, pastar las cabras, limpiar los cobertizos, asear los caballos y demás tareas, cumplía sus obligaciones hasta el mediodía. Luego de un almuerzo liviano, se adentraba en el mundo de los *hênîa-kâmîare* y, desde el susurro de sus antepasados, traía al presente la magia que envolvía cada paso de la tarea. Antes de dar comienzo a su proyecto, temía no saber por dónde empezar o cómo hacerlo, sin embargo, a medida que fue conectando con su costado genuino, sus conocimientos lo fueron guiando intuitivamente. Del jardín secreto traía las especies que en el de Villa Firma no crecían. El azahar, la resina de los pinos, el alcanfor, el tilo, el vetiver, la lavanda y demás variedades eran de los alrededores de la casona. Las rosas blancas, el té, la menta, el jazmín, el nardo, el romero, el cardamomo, la bergamota, el enebro y las gardenias eran algunas de las infinitas especies de flores, plantas, árboles y arbustos que acopiaba en la recolección donde la *Pachamama* no retaceaba y brindaba en abundancia la prosperidad de la Tierra. De alma volátil, etérea, los aromas inundaban con sutilezas el lugar. Y así eran las fragancias: delicadas pero intensas. Elixires abroquelados acallaban las voces de lo incierto. Representaban el espíritu genuino, el que conectaba con el centro del Universo, de la Tierra. La identidad natural estaría presente siempre en su espíritu. Cada una de las fórmulas detallaba cantidades, proporciones, tiempo de cocción y de reposo de cada producto. Comenzó elaborando las esencias madres para luego utilizarlas en los distintos cosméticos, perfumes, cremas y ungüentos. Distintos fondos básicos como madera, almizcle y vetiver necesitaba en grandes cantidades, por lo que su elaboración comenzó por esos productos. Pasaba toda la tarde ideando productos. Tomaba notas, machacaba en los morteros, medía proporciones y temperaturas de cocción. Nada se pasaba por alto, ningún error se permitía, ya que podía costar el desecho de

toda una producción. Además del gran libro de recetas, contaba con un cuaderno en el que anotaba lo que debía comprar: envases de vidrio de distintas formas y tamaños, envases de plástico y de lata, querosene para los mecheros y otros utensilios que encargaría al conde comprar en la ciudad. Para empezar, contaba con algunos pocos; se arreglaría de algún modo.

Largas horas de jornada tenían un solo objetivo: darle a Elisa un amor digno. No se atrevía a pensar si la joven lo esperaba o si, por el contrario, alguien podría estar conociéndola. Era bella, culta, de buena familia y cualquiera era mejor candidato que él a los ojos de sus padres, sobre todo de su madre. Con lo único que contaba era con el amor que, creía, ella sentía por él. Lo demás era un misterio. Sin embargo, rendirse no estaba en sus planes. Tal era así que el cansancio no le quitaba fuerzas para continuar. Hurgar no muy lejos en su memoria y traer a sus pensamientos lo que había vivido con Elisa lo recargaba de nuevos bríos para enfrentar, cada amanecer, los miedos que se colaban en las noches: la posibilidad de no alcanzar la meta propuesta. La frustración que eso conllevaría le quitaba el sueño. Se obligaba a sacudir sus pensamientos negativos y a no perder el enfoque. Salía del rancho, aunque fuera medianoche y se armaba un cigarrillo. Lo disfrutaba con lentitud para bajar de a poco la ansiedad. Intentaba pensar en lo que su abuela le había enseñado. Caminaba algunos pasos. Miraba el cielo. Buscaba sus constelaciones preferidas, conversaba con ellas. El verano, que aún no quería despedirse, le regalaba noches claras y cálidas. Oía los grillos en la armonía de sus cantos hasta que alguna lechuza se atrevía a interrumpirla; quebraba, con sus chistidos, la cadencia del ritmo. Y así, de modo lento y pausado, comenzaba a fluir la tranquilidad por sus venas, recobraba la confianza, renovaba la esperanza. La ilusión volvía a entusiasmarlo, y se le dibujaba una sonrisa en el rostro moreno. Dando paso al descanso, agradecía cada día la evolución de su proyecto, se acostaba en el catre y conciliaba el sueño pensando en su amor distante pero auténtico.

LI

Bajo estrellas rosarinas

Rosario, marzo de 1932

Una tras otra, las hojas de papel eran arrolladas por las manos suaves de Elisa. El bolígrafo con tinta azul dibujaba trazos confundidos. ¿Y si Pedro no esperaba su carta? ¿Y si no quería contestarle? Los interrogantes no la dejaban expresar lo que su alma intentaba dictarle. Se aferraba a su amor, sin embargo, los meses pasaban y no había noticias de Pedro. ¿Aún la amaría? Él le suplicó que lo esperara. ¿Y si nunca la buscaba? ¿Cuánto podría esperar? Con estas ideas rondando en su cabeza, se acercó a la ventana. La luna iluminaba el cielo santafesino y las estrellas brillaban titilando. Se acomodó el camisón, se tiró sobre los hombros el *déshabillé* y caminó hasta el patio interno. Se sentó en la fuente del centro y, tras tocar el agua que reposaba tranquila, movió la imagen de la luna que se reflejaba como en un espejo. Una lágrima corrió por su mejilla tersa y un escalofrío la obligó a cerrarse el *déshabillé* que cubría el camisón. Lentamente, se levantó del borde y caminó unos pasos hacia atrás. Se paralizó al sentir que su espalda chocaba contra el pecho de un cuerpo firme. Dos manos la tomaron de la cintura. Elisa cerró los ojos sin dar crédito a la sensación, pero sabía que era Pedro quien se encontraba detrás de ella. Él bajó sus labios hasta el cuello desnudo de la joven que el atuendo veraniego de dormir no alcanzaba a cubrir. Elisa tembló ante el contacto y una sensación

conocida le recorrió la entrepierna. Pedro bajó sus manos hasta el borde de la falda casi transparente y le acarició los muslos. Subió por el vientre y sus dedos rozaron sus pezones duros por el frío y las caricias, que se encontraban sin sostén alguno. Ella se dejó llevar alcanzando un estado de excitación insospechado. Lo tomó de la cadera y lo apoyó contra sus nalgas. En pasos apurados, llegaron hasta la pared que daba a las habitaciones de la parte trasera. Él se separó de la joven y, de un movimiento, le deslizó el camisón hasta el piso. Con una mano sujetaba un seno y con la otra comenzó a hurgar en su entrepierna. Sabía que la humedad pringaría sus dedos. Retiró la mano del seno y desabrochó su cinturón y el cierre de la bragueta en un movimiento rápido y certero. El pantalón y el calzoncillo cayeron al piso, pegados al camisón de Elisa. En libertad, tomó la nuca de la joven, levantó su cabello hacia un costado y la obligó, con un movimiento firme, a separar más las piernas. Besó el nacimiento de su cabellera y buscó su miembro que introdujo en la intimidad de la joven ante el gemido inesperado que apagó el silencio. Varios embates profundos alcanzaron para enloquecerla mientras acompañaba el ritmo de la cadencia atrayéndola y liberándola con la mano que sostenía su cintura.

Pedro dejó que su simiente explotara en el centro bajo de Elisa. En estado de agitación, salió de su cuerpo, la dio vuelta y la apoyó de espaldas contra la pared. La subió sobre sus caderas y volvió a entrar en su intimidad. Los embates volvieron a tomar ritmo hasta que los jadeos de Elisa fueron más intensos, llegaron al punto máximo de la inconsciencia momentánea e hicieron que se desplomara sobre el joven, que la recibió en sus brazos.

Y así estuvieron un largo rato, acomodados uno junto al otro en el patio interno de la bella casona rosarina.

—¿Cómo es que estás aquí, Pedro?

Pedro suspiró sonriendo, mientras acariciaba el sedoso cabello de miel con los ojos cerrados. Sus dedos enredaban suavemente los mechones interminables. Los rizaba alrededor de su dedo índice y los soltaba con

rapidez, lo que hacía que cayeran pesados en forma de bucle.

—Vine con Gitano —contestó.

—¿Tú viniste a caballo hasta aquí? —Se incorporó Elisa, intrigada, mirándolo a los ojos.

—Sí. Salí hoy a la mañana. Paramos algunas veces a descansar y a comer algo, y continuamos el camino.

Elisa no podía creerle. Para ella había sido muy pesado el viaje en coche y Pedro había cabalgado solo para verla.

—No hay nada en este mundo que yo no haría por ti —le confesó con los ojos cerrados, tal era el cansancio.

—Te amo tanto, Pedro. Te amo como no sabía que se podía amar. Estos días interminables me han enloquecido. No existe lugar en el mundo en el que yo quiera estar si no es contigo.

—Mi niña dulce... Yo también creía que me volvería loco. Pero tuve un sueño revelador. Tú sabes cuánta importancia yo le doy a eso... Mi abuela me dijo que volveríamos a estar juntos. No de este modo. No en un asalto en medio de la noche, sino juntos de verdad. Para toda la vida.

Elisa suspiró. Su rostro suave sonrió tímido al hombre que se encontraba junto a ella, el mismo que se grababa en su alma y se ajustaba a cada centímetro de su piel.

—Escucha. No puedo quedarme mucho rato más ni prometerte que pueda volver enseguida. Estoy trabajando muy duro para venir a presentarme ante tu padre y pedirle su autorización para que te cases conmigo. No sé cuánto tiempo más debemos esperar, solo sé que alcanzaré mi meta propuesta.

—¡Llévame contigo, Pedro! —le suplicó en un quejido ahogado. La sola mención de volver a separarse de él la dejaba sin aliento, sin intención de respirar.

—¡Shhh! Pueden oírnos. ¿Tú confías en mí? —La miró a los ojos.

—Sí, confío en ti. —Y descansó su mejilla en las manos morenas que le acariciaban el rostro, cerrando los ojos.

—Entonces debes saber que aún no es tiempo, falta un poco todavía. No tengo un lugar digno para ofrecerte, pero estoy preparando todo para que así sea. No quiero que pases necesidades, pero tampoco quiero que pases vergüenza. No me parece justo robarte en medio de la noche y causarles semejante disgusto a tus padres.

—Pero hoy estamos separados por culpa de ellos.

—No digas eso, ambos quieren lo que creen mejor para ti. Y yo estoy de acuerdo con eso. Te daré lo máximo que pueda darte.

—Tu amor.

—Sí, claro. Pero además mi respeto y una vida digna.

Elisa volvió a la posición inicial y se dejó acunar por él que, aun más agotado que ella, no perdía ni un segundo en protegerla.

—No nos queda mucho tiempo. Antes que amanezca debo irme. Tengo varias horas de regreso, pero no me importan. Haberte visto de lejos ya hubiera valido la pena. Y mira lo que me has regalado. No debes pensar en el tiempo que falta para estar juntos como tú mereces. Todo va a estar bien. Ya lo verás.

—Sí, pero no sabes lo que es vivir aquí, lejos de ti. Cuando vivíamos en España y no te conocía, era una cosa; pero encontrarnos en Argentina, en otra provincia luego de haberte conocido, ya no es vida para mí.

—Villa Firma ya no es la misma sin ti. Pero vas a volver a Córdoba... Y estaremos juntos para toda la vida, ya lo verás.

Un abrazo apretado selló el momento. «Espérame», le susurró cerca de su oído, lo que le erizó la piel. Elisa no quería volver a alejarse de él. No después de este reencuentro. Sin embargo, él con sus convicciones al norte, sabía que era necesario este proceso. El tiempo que al Universo le tomaba alinear su energía en función de ellos era perfecto para que las cosas tomaran el rumbo adecuado. Desesperarse no tenía sentido, la ansiedad no era buena consejera.

Pedro tomó con sus manos las de Elisa y le dijo:

—Cuando te arrancaron de la estancia, no tuvimos tiempo de despedirnos.

Ahora contamos con esta bendición. Te prometo por esa luna que ves ahí arriba que volveré a buscarte, que serás mía contra todo pronóstico y para siempre.

Elisa lo abrazó en un gesto desesperado, creyendo que podría retenerlo. Un llanto desconsolado comenzó a fluir desde sus ojos, desde sus entrañas.

—Tranquila. Todo pasará, ya verás. ¿Has terminado tu perfume?

Elisa lo miró sorprendida. Sus detalles siempre eran únicos.

—No aún. No quiero terminarlo, es lo único que tengo de ti.

—Está muy equivocada, señorita. Tiene mi corazón, tiene mis pensamientos. Usted es la dueña de quien está frente suyo. —Y haciendo una reverencia graciosa con la cabeza y la mano, sacó de su bandolera una bolsita parecida a la que contenía el primer frasquito de Esencia de luna.

Elisa sonrió al adivinar el contenido y, con un nuevo brillo esperanzado en su mirada, tomó el paquetito y lo apretó contra su corazón.

—Quisiera prometerte que antes que termines este nuevo frasco de jazmines, volveré con otro, pero no me animo a desafiar al destino. Prefiero que todo tome su curso. Tampoco quisiera exponerte a ti y que tus padres descubran que nos volvimos a ver. ¿Sabes algo, bonita?

—¿Qué?

—Ya han pasado un solsticio y un equinoccio. Tenlo en cuenta.

Elisa sabía de lo que le hablaba porque lo habían conversado en la visita a las ruinas del monte sagrado, sin embargo, no entendía muy bien a qué se refería. Sus latidos comenzaron a acelerarse y su respiración se volvió entrecortada. Sabía que la despedida estaba cerca.

Se abrazaron como si el mundo hubiera dejado de existir debajo de ellos, como si todo alrededor hubiera podido desintegrarse en ese apretón perpetuo, donde cada poro de sus cuerpos gritaba con locura que se amaban. Solo ellos existían en el instante perfecto en que mente, cuerpo y alma se pertenecían sin distancias, sin obstáculos que pudieran separarlos. Un beso ardiente, casi doloroso, fue el último contacto de la visita secreta.

Pedro caminó los pasos que lo separaban de la parte trasera de la casa, donde había dejado a Gitano descansar. El sol aún estaba ausente, sin embargo, una delgada línea en el horizonte comenzaba a clarear. Subió al caballo y le tiró un beso a la muchacha que se encontraba parada al costado de la fuente, viendo cómo su hombre se alejaba de ella.

Mas no de su corazón.

Ingresó a la casa sin hacer ruido, con el frasco de perfume en sus manos. Sintió frío ante el contacto de los mosaicos del pasillo y advirtió, por entonces, que sus pies estaban desnudos. Sonrió para sí. No había sentido el menor fresco en el patio. Recorrió en puntas de pie el sector que la separaba de su habitación y cuando llegó, volvió a sentarse en la silla del escritorio. Al ver los papeles de carta desparramados encima, recordó que había salido un momento a tomar aire para hacer una pausa en la escritura, cuando Pedro la tomó por la cintura. ¿O había sido un sueño? ¿No sería un engaño de su mente? ¿Y si se había quedado dormida en la silla y su mente imaginó el encuentro? Algo se tornó confuso en sus pensamientos. Su boca palpitaba por el último beso apasionado. Su cuerpo aún vivía la sensación del placer, del contacto, de las caricias. ¿Podría tratarse de un sueño cuando todavía escuchaba su voz?

No. No había sido un sueño. Por un instante creyó volverse loca. Una oleada de razonabilidad le mostró la prueba del encuentro.

Esencia de luna descansaba en su regazo entre la falda del camión y el *déshabillé* desatado. Sonrió aliviada.

Tomó la lapicera y el papel, y escribió:

Amor mío, acabas de irte y ya te extraño...

Un rayo de sol entró por la ventana, burlando las cortinas y la persiana. En la pared se dibujó la sombra del frasco que descansaba sobre el escritorio y obstaculizaba el paso de la luz clara, mañanera.

Comenzaba a amanecer en la urbana ciudad santafesina.

Las veredas de la plaza San Martín se encontraban cubiertas por las hojas cobrizas caídas de los árboles. Apenas una pequeña brisa movía las que, no habiendo sido alcanzadas por la llegada de la estación otoñal, permanecían en las ramas. Se mantenían estoicas, como si pudieran evitarlo para siempre. Las pequeñas piedras del centro del parque se volvían más ruidosas, tras pisarlas, por los sonidos crujientes de las hojas amarillentas. El canto de los pájaros completaba la orquesta mañanera dominical. El trinar era primoroso, tal era la variedad de especies cantoras que habitaba la plaza. En ese evento sonoro, las campanas de la catedral comenzaron a repiquetear cuando las agujas del reloj dieron las nueve.

Unas cuadras más abajo, el río Paraná viajaba sereno queriendo hacer eco del azul del cielo, sin lograrlo. Su fondo barroso lo pintaba de otoño. Cobre, casi dorado, sus aguas calmas respetaban la tranquilidad del domingo. Algunos pescadores sacaban partido de los pocos asistentes que registraba la orilla. La arena se humedecía con el oleaje apenas perceptible.

La casa rosarina de Odilo guardaba los rastros del encuentro de Pedro y Elisa. Las paredes del patio y el piso de mosaicos fueron testigos forzosos de la unión. El aire olía a delirio, a amor. La pasión desatada la noche anterior y la ternura atemperada, que se dio paso luego de saciar las urgencias, se percibían en el espíritu del lugar que cobijó la coincidencia de los amantes. El ambiente de la elegante casona se encontraba teñido por el fuego desenfrenado hacía unas horas. Pedro y Elisa se habían amado luego de algunos meses de ausencia. Ausencia que no había conseguido borrar ese amor que quebraba la distancia. Amor que guiaba el camino, que atenuaba el tiempo, que contrarrestaba el recorrido. Era el aliento que necesitaban para subsistir lo que faltaba. La fuerza del sentimiento los protegía de las dudas e inquietudes, a pesar de las distancias, de lo breve que fue en Villa Firma, de las diferencias. Ambos sabían que el momento perfecto llegaría luego de sortear

las dificultades. Era necesario consolidar el amor para no perecer en el intento de aguardarse. Conectarse con los recuerdos, revivir los encuentros, volver a sentir los besos y caricias, hablarse a la distancia a través del cielo que los unía apaciguaba la ansiedad. Los aromas y sonidos contaban con la fuerza suficiente para impulsarse a través del tiempo y la distancia, renacían en cada momento ya vivido. Lo sucedido traía oleadas de esperanza. Se amaban con locura y se lo habían demostrado. Cualquier cosa que pasara no lograría separarlos; aunque pasaran años, aunque no volvieran a verse de inmediato. Ambos sabían que la distancia física no haría mella en sus corazones, en sus almas agigantadas de tanto amor.

LII

Nuevo giro al sol

Capilla del Monte, abril de 1932

Un año. Pedro recordaba con claridad el mes en que había conocido a Elisa. Habían sucedido tantas cosas que pensar en un año parecía muy poco. Era casi irreal todo lo que se había escrito en el designio de la vida, en tan breve tiempo. Luego del último encuentro, todo era más nítido, más revelador. Sabía que la mujer de sus sueños aún lo esperaba. Releía cada noche la carta que le había escrito esa madrugada en que volvió a hacerla suya, en el patio de ajedrez de la gran casona rosarina.

Daría lo que está a mi alcance y más para estar contigo, amor de mi alma. Pase lo que pase, siempre seré tuya.

Elisa

Así firmaba, en su carta, la joven de ojos pardos y mirada inocente. Y así la recordaba: siendo suya, amándolo a pesar de las distancias.

Su emprendimiento, cada día, se volvía más productivo. A pesar de continuar con sus tareas en el campo, el laboratorio funcionaba a la perfección. La primera remesa de productos saldría en muy corto plazo y tendría el alcance que el conde Odilo quería darle. Pedro confiaba en su criterio de empresario, por lo que esa misión había sido delegada en él por

varias razones, pero fundamentalmente porque no se sentía a gusto lidiando con ese aspecto de la industria y porque nadie más hábil que Odilo para tal quehacer. En él confiaba ciegamente y, sabiendo que contaba con su respaldo y marca, no cabía posibilidad alguna de no hacerlo bien.

Una tarde templada de sol, Odilo se encontraba en Villa Firma y llamó a Pedro a su despacho para conversar sobre la producción. Le gustaba la compañía de ese muchacho que era capaz de cambiar su historia de vida por el amor.

—¡Oye, pues! ¿Le has dicho a Elisa de este emprendimiento? ¿O será una sorpresa? —le preguntó con aire cómplice.

—No, aún no lo sabe —contestó con seguridad. Por un momento, Pedro pensó que quizás Odilo sospecharía del último encuentro, pero como era verdad que Elisa no sabía, no mintió.

—Picarón. —Rio—. Aguarda cuando lo sepa, no va a poder creerlo...

A pesar de cierta confianza, a Pedro aún le provocaba un poco de vergüenza naturalizar la situación de esta forma delante de Odilo, aunque no lo dejaba notar.

—¿Sabías que cuando tengas la primera remesa de productos será Capilla del Monte quien te dé la bienvenida, verdad? —y continuó—, ¿pero sabías que Rosario recibirá también tus productos?

Al escuchar esto último, Pedro no pudo más de ansiedad. Que sus productos estuvieran en Rosario y que Elisa pudiera toparse con ellos le parecía un sueño. ¿Los reconocería? ¿Lo sabría capaz de algo así? Una realidad inconmensurable comenzaba a hilvanarse ante sus ojos, que aún no eran capaces de visualizar semejante cambio.

Todas y en cada una de las jornadas laborales, pensaba en los raros propósitos del destino, donde ni siquiera hubiera imaginado que tales cambios le sucederían. Guiado por un agradecimiento constante, no perdía un solo minuto de trabajar en su propia empresa, en su propia vida.

Un hecho más lo tranquilizaba: meses después del episodio en la casa de

Nuria, esta y su marido se habían mudado de Capilla del Monte. Una mañana en la que cepillaban a Gitano, Roquecito dejó deslizar que los Príamo se habían ido a Buenos Aires. Pedro no quiso ilusionarse. A veces, algunos comentarios se volvían recurrentes en los habitantes del pueblo y llegaban, más tarde o más temprano, a oídos de todos. Sin embargo, para confirmar sus sospechas, Clara se acercó al vivero, algunos días después, con el único propósito de hacerlo partícipe de la buena nueva que se había desparramado como reguero de pólvora, tan de pueblo chico.

—¿Puedo? —Clara golpeó la puerta abierta con una sonrisa franca en el rostro.

—Claro, pasa —contestó Pedro.

—Estoy muy segura de que quieres escuchar lo que vengo a decirte.

—A ver... —le dijo, sin mostrar mayor entusiasmo.

—Nuria y el marido se fueron de Capilla del Monte —le soltó en un susurro cómplice—. ¿Lo sabías? —le preguntó con el tono de quien da una primicia.

—Sí —le contestó. Pero al notar el gesto de desilusión, prosiguió—: Roquecito me lo contó hace unos días, pero no quise creerle. Entonces, ¿es cierto?

—Sí, sí. Es tan cierto como que estamos hablando en este preciso momento. Se fueron a Buenos Aires. Quizás Príamo se aburrió de las andanzas de su señora.

—Quizás —dijo Pedro—, pero sea por lo que fuera, agradezco al Universo no tener que verles más la cara a esos dos.

Clara lo miró. Y Pedro comprendió que su mirada venía cargada de enseñanzas.

—Sí, sí, ya lo sé. La culpa fue mía por enredarme con mujeres casadas. Pero esa etapa se terminó para mí. De todos modos, me alegro de que ya no vivan en Capilla.

—Desde que conociste a Elisa que se terminó todo eso para ti... —pensó en voz alta la muchacha.

—Así es. Pero no te olvides de que comenzó cuando tú decidiste dejarme — remató tajante Pedro. Y sonrió al instante, lo que suavizó sus facciones. Nada de rencores guardaba en su corazón enamorado y menos luego de la redención de Clara, que no se había agotado de ayudarlos cuando la necesitaron.

—¿Nunca vas a dejar de recordármelo? —le contestó en chiste al ver que Pedro también sonreía.

—Gracias por confiarme la noticia —le dijo él.

—De nada —contestó ella, y salió del vivero, saludándolo con su mano.

Cada noche, antes de dormir, guardaba su libro de alquimia en el resguardo de su rancho. Mientras vivía el momento casi como un ritual, conversaba algunas palabras con su abuela, con sus pertenencias, con las cosas que retenían parte de su alma sabia en esta Tierra. Le agradecía por el día, le comentaba cómo le había ido y todo lo que la extrañaba. Por muchos años, su abuela fue la mujer de su vida, y nunca se cansaba de hacerla partícipe de cada suceso. Él tenía certezas de que su abuela aún se encontraba dando vueltas por allí. La actividad en el vivero, la mezcla de aromas y sabiduría, la templanza de quien debe aguardar los tiempos de reposo, la medida perfecta de cada especia, la delicadeza de las hojas y pétalos hacían que Pedro no alcanzara a ver el sentido comercial de eso. Para él, era alquimia pura, transmutación. Transformación. Tal y como la que estaba sucediendo dentro suyo.

Su vida comenzaba a tomar un verdadero sentido. Parecía que las cosas, por fin, se encauzaban. Su camino quizás dejaba de ser sinuoso para convertirse en apacible.

Y el Universo conspiraba a su favor.

LIII

Re-nacimiento

Rosario, junio 1932

El invierno comenzaba a hacerse notar en la ciudad, los días eran cada vez más cortos y fríos. Los árboles desnudos parecían tiritar ante las ráfagas de viento que provenían del Paraná, sus ramas no dejaban de moverse. El cielo gris marcó tendencia en ese principio de estación. Las lloviznas, moneda corriente ese año, caían incesantes, empapando todo cuanto tocaban. Las calles empedradas formaban extensos tramos de barro que se pegaban en las ruedas de los automóviles y carros. Por días enteros, el sol no irrumpía con su presencia.

Amanda y Elisa pasaban casi todo la jornada dentro de la casa, leyendo, escribiendo, dibujando o arreglando las distintas salas. A veces bordaban manteles o servilletas para ocupar el tiempo libre. La única actividad que Elisa continuaba con regularidad era su asistencia en el comedor. Era un beneficio mutuo: los niños le habían tomado un enorme cariño, y la joven se sentía útil por primera vez. Les servía la leche, los ayudaba con las tareas escolares, jugaban a la ronda y les contaba cuentos, que los niños escuchaban atentos y maravillados. Una vez al mes, Elisa organizaba la entrega de ropa y calzado para los chicos y sus padres. Las familias más pudientes entregaban, en el salón parroquial, las prendas que donaban para los más carenciados. La

última había sido un éxito. El cambio de estación permitía una recaudación más importante. Las familias se acercaban a la catedral con bolsas llenas de zapatos, zapatillas, pantalones, camisetas, camperas y buzos del invierno que a sus niños ya no les quedaba. La moda había variado algo, tal era así que aunque las prendas estuvieran en buen estado, los adultos que podían darse el lujo de seguir una tendencia, también rotaban su ropa.

—¿Notaron que hasta frazadas dejaron este invierno? —se preguntaban los compañeros de Elisa mientras organizaban por paquetes lo que entregarían a cada familia. Conocían a casi todas, por lo que cada vez les llevaba menos tiempo. No entregaban prendas al azar, sino que minuciosamente registraban en forma escrita las edades, los talles y los números de zapatos de los niños que asistían y de sus padres; de ese modo, la ropa era siempre bienvenida y nada se desechaba. Si bien Amanda no iba al comedor, sí colaboraba en las tareas de lavado, planchado y remiendo. Elisa atravesaba la plaza y la calle San Martín, cargada con paquetes en sus manos para arreglar pequeños agujeros en medias, pantalones o camisas. Luego, los lavaban y planchaban. Catalina no autorizaba a que Raquel las ayudara, sin embargo, ella misma, algunas veces, se entusiasmaba y colaboraba en la tarea, mientras tomaban el té de la tarde. Notaba que compartir una actividad tan sencilla e informal de ayudar a otro las unía. Podía sentirse más cercana a sus hijas, conversaban entre ellas o las escuchaba dialogar en medio de costureros, hilos y parches. La plancha, calentada a fuego vivo, terminaba de sellar los remiendos y les daba cierta prolijidad aun en la sencillez.

Una tarde, luego del mate cocido, Elisa regresó del comedor con la noticia de la llegada de un hermanito de uno de los niños. No conocía a sus padres más que de vista, sin embargo, si llegaban hasta ese lugar era porque por lo menos vivían en los barrios más carenciados. Tal fue su preocupación por este nuevo nacimiento que tomó la iniciativa para prepararle el ajuar completo, lo que le aseguró así que al bebé no le faltara lo indispensable. Según lo que pudieron captar, el niño nacería antes de comenzar la primavera. Cada prenda

de bebé o de recién nacido la retiraba de los paquetes, la apartaba y la reservaba en un espacio primordialmente dedicado al bebé por llegar. Lo llevaba a su casa, lo lavaba con jabón en pan, lo blanqueaba al sol y, luego de secarlo, lo planchaba con mucho cuidado de no quemarlo. Su instinto de madre nacía desde su realidad femenina, quizás la idea de tener hijos se le presentaba más real desde que se había enamorado de Pedro. Pensaba en él como padre de sus futuros hijos, como compañero de vida, como apoyo incondicional en los años venideros. Ya no imaginaba una vida sin él, y si debía ir contra viento y marea para defender su amor, así lo haría.

Cuando septiembre brilló en el cielo, las estrellas comenzaron, de a poco, a buscar su lugar y se impusieron ante las nubes invernales que emprendían su retirada pacífica. Las noches ya no eran tan eternas ni tan heladas. Los días despertaban más temprano y, con ellos, la vida misma. La plaza recobraba de a poco su verde follaje en árboles y arbustos. El césped rebrotaba ante la inminencia de la primavera que pugnaba en su lucha por asestarle un golpe mortal al invierno, sin embargo, este resistía. Algunos días se presentaban más cálidos, soleados, pero otros aún se sentían fríos.

Luego de un trabajo insistente, Elisa logró que su hermana la acompañara algunas veces al merendero. Además de realizar las actividades con los niños, aprovechaban las caminatas de ida y de vuelta para conversar con nuevos ánimos. Si la tarde lo permitía, regresaban por el puerto y tomaban el aire que provenía del Paraná. Algunas veces se sentaban en las escalinatas y veían a los estibadores, admiradas por la rusticidad del trabajo. Inevitable para Elisa no pensar en Pedro. Dentro de la casa intentaba no nombrarlo, pero estas escapadas con Amanda producían nuevos cosquilleos en su alma. Con solo nombrarlo, ya lo sentía más cerca.

—¿Aún te queda su perfume? —quiso saber Amanda, que no veía el frasquito de esencia de jazmines.

—Sí. Trato de no ponérmelo para que no se termine. Lo huelo y el aroma me

lleva hasta Pedro. ¿Crees que volverá a venir, como en verano? El invierno fue muy duro sin saber de él.

Amanda la tomó por los hombros para darle ánimos, le acarició el cabello, los brazos. La veía tan frágil, mas la sabía tan fuerte al soportar su amor prohibido y a la distancia; vivía una realidad que no esperaba, que no le pertenecía. Pero ahí estaba, de pie y poniendo su cuerpo y su alma a disposición de los demás.

—Quién sabe, hermana... Quién sabe... —le contestó sin más.

El aire soplaba limpio, fresco. Empero, ambas extrañaban Córdoba, sus sierras, sus parajes olvidados. El olor de los pinos, del alcanfor; el sonido del río Calabalumba, el balido de las cabras; el movimiento del rancho. Y Elisa añoraba sobremanera los encuentros con Pedro. Sabía que la amaba, podía sentirlo, pero algunas veces necesitaba un beso, un abrazo, una caricia.

Una tarde, en el merendero, supieron que el bebé había nacido. El flamante papá se acercó para darles la buena nueva, sabiendo que encontraría reunidos a todos allí. El niño que acudía todas las tardes a tomar la leche hacía días que no iba, indicio de alguna novedad. Ante el relato del hombre y su felicidad contagiosa, todos se abrazaron y celebraron la buena noticia. El bebé se encontraba en estado óptimo y la madre también. Aprovechando la ocasión, le entregaron al papá la caja que contenía lo que Elisa se había encargado, casi con exclusividad, de prepararle. Batitas, escarpines, baberos, pantaloncitos tejidos y mantitas, en blanco, amarillo y verde agua, componían el ajuar del recién nacido. Pañales de tela y chiripás, jaboncitos neutros y algún otro cosmético perfeccionaban el paquete que olía a ternura y alelí, ya que bolsitas de tul se escondían entre las prendas. El corazón de Elisa latía con fuerza, desbocado. La emoción se le escapaba del pecho y cuando se encontró con los ojos agradecidos del hombre, una lágrima corrió por sus mejillas. Contagiado de emoción, agradecía con gestos, palabras y lágrimas lo que los jóvenes del comedor habían hecho por su familia.

Antes de retirarse, una voz preguntó:

—¿Cómo se llama el niño?

Y el papá, elevando los ojos hasta el muchacho, le contestó:

—Pedro. Le pusimos de nombre Pedro.

Un nuevo sol, fuerte como una roca, se abría camino entre las nubes del cielo para recibir el solsticio de primavera y dejar atrás el equinoccio del invierno.

Definiciones

Capilla del Monte, noviembre de 1932

Hacía meses que Pedro comercializaba sus productos en Córdoba y aún no olvidaba la promesa del conde Odilo de llevarlos a Rosario. De solo pensar que Elisa se encontraba allí y que podía reconocerlos le entibiaba el pecho de emoción. Vibraba energía de amor, con la certeza de que valía la pena seguir luchando, desde el lugar que le había tocado por Elisa. Sabía que esta era la forma: hacerse digno del corazón de su amada ante la mirada de su familia. Sentía que este era el camino. Y así lo hacía. Día tras día, se encomendaba al Universo, en sintonía con lo sagrado, con sus antepasados, con todo lo aprendido. Se alineaba con el amor universal, invocaba los santos espíritus que protegían su legado y comenzaba su trabajo de alquimia. Con sumo cuidado, sabiendo qué podía mezclarse y qué no, conociendo muchas fórmulas a la perfección, se animaba cada tanto a crear un nuevo producto, diferente a lo especificado, pero manteniendo la matriz, el modelo. Sin embargo, Esencia de luna no se comercializaba. Su exclusividad pertenecía a la poseedora de su corazón, de su alma. De su vida entera.

Tanto deseó a consciencia ampliar el horizonte que una mañana el conde llegó de la capital cordobesa con varias novedades.

—Muchacho, ven a compartir un café conmigo —le dijo a Pedro, que

arreglaba las monturas.

—Enseguida, don Odilo —le contestó el muchacho, sabiendo que cuando el conde lo invitaba con un café, era para conversar de asuntos de importancia.

Pedro acomodó su camisa, lavó sus manos y subió las escaleras que daban directo al despacho. En su ansiedad, su mente tejía varios supuestos.

—Pasa, pasa, Pedro. Ya le dije a Clara que nos acerque un par de cafés. Traje una versión mejorada y muero por probarlo —le comentó, mientras ordenaba algunos papeles que sacaba de su portafolios y ponía sobre el escritorio. Así era él. Generoso, entusiasta, curioso. Era un empresario con mucha visión para los negocios, para descubrir diamantes en bruto y producir al ciento por uno, pero se deshacía de curiosidad por algo tan simple como probar un nuevo café. Su origen humilde hacía la diferencia; a pesar de su poder adquisitivo nunca perdió su capacidad de asombro.

Pedro, sonriendo, tomó asiento y se dispuso a escuchar lo que Odilo pretendía decirle cuando Clara ingresó con una bandeja que inundó la sala con aroma a café recién preparado. La muchacha se retiró y el conde se sentó enfrente.

—Mira, Pedro, ¿sabes lo que es esto? —le preguntó, señalando un papel escrito, firmado y rubricado.

—Creo que no, don Odilo —sopesó el muchacho.

—Este es el permiso para exportar tus productos. No quise decirte nada para no ilusionarte, bah, por si no resistía los análisis exigidos, pero se ve que sí. Es más, no solo España recibirá tus productos, sino que mis contactos en Portugal e Italia también los pretenden.

Pedro se quedó sin habla. Su cabeza no podía procesar aquella información. Los hechos precipitaban de modo excesivo sus deseos.

—¿Y, muchacho? ¿Qué dices? ¿Quieres o no quieres venderles a estos gringos? —Odilo sabía todo lo que Pedro sentía en estos momentos porque él ya había pasado por esa enorme sorpresa y posterior alegría.

—No sé qué decirle, don Odilo. Esto es un sueño para mí, ¡o más que eso!

No creo haber imaginado tanto —anonadado, manifestó lo que pudo.

—Felicitaciones, mi amigo. Has trabajado duro, así que bien merecido lo tienes.

—¡Gracias! Nunca voy a poder agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

—No, Pedro. Esto lo estás haciendo tú. El trabajo y la sapiencia son tuyos. Yo solo hice lo que sé, que es gestionar y avanzar en los negocios. ¡Somos un buen equipo, muchacho! Venga un abrazo —le dijo el conde, que dejó su silla y se adelantó hasta donde el muchacho se encontraba. Una amplia sonrisa le cubría el rostro.

Pedro, conmocionado aún y sin poder entender del todo lo que sucedía, se levantó de su asiento y rodeó al conde con sus brazos, tal y como este le había pedido. Por un momento, pensó que le hubiera gustado abrazar a su padre, aunque fuera una vez. Odilo palmeó la espalda de Pedro y, apartándose, lo hizo volver a su lugar. Tomó el último sorbo de su café y se sentó nuevamente.

—Siéntate, muchacho, que todavía nos quedan temas por conversar —le dijo, señalando la silla.

Pedro hizo caso a lo que el conde decía, pero después de esta noticia no sabía si iba a poder continuar escuchando con atención.

—Pedro, estuve pensando... y considero que debes dedicarte de lleno al laboratorio. Los pedidos de aquí en más serán cuantiosos y esta oportunidad hay que aprovecharla. Nos queda Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza y alguna que otra provincia, pero la exportación ya es un hecho. No puedes seguir haciendo las dos cosas. —Pedro asentía con su cabeza—. Roquecito debe ocupar tu lugar en el rancho y tú no podrás salir del laboratorio. Es más, en algún tiempo, seguro necesites ayudantes. ¿Qué te parece?

—Y... pensaba que en algún momento esto podía suceder, pero lo veía lejano aún. Yo haré lo que usted me diga —dijo Pedro, agradecido.

—Bien, muchacho. Hoy hablaremos con los peones por los nuevos cambios y, a partir de mañana, trabajarás solo en el laboratorio. ¿Te has dado cuenta de

que cada vez estás más cerca de concretar con Elisa? Deberás convencer a esa joven de que venga a vivir aquí, no puedes irte tú con todo esto en marcha.

Pedro sabía que el conde tenía razón. Los padres de Elisa debían aceptar su matrimonio y saber que la vida de su hija estaba en Córdoba. Solo un detalle lo inquietaba.

—Es verdad, don Odilo... solo que...

—Si ya sé lo que vas a decirme: no puedes traerla al rancho. Tu casa es digna, pero no para esa joven que ha vivido en los mejores ambientes toda su vida. Pensaba ofrecerte la casa que le habíamos construido a Lili, la que queda aquí arriba, al final del predio. Está apta para habitar. Quizás le haga falta una mano de pintura y algunos otros arreglitos de los que nos iremos haciendo cargo. Tú no te preocupes. Ya tienes un lugar a donde traer a tu futura esposa.

¡Qué día de definiciones para Pedro! El muchacho no podía dejar de pensar en toda la conversación. Primero lo de la exportación, luego lo del trabajo en el laboratorio a jornada completa y, en ese momento, ya tenía resuelto también lo de la casa. No podía creer la generosidad de ese hombre. Sabía que tenía un sentido, que el conde tenía su rédito de la producción de sus cosméticos, pero a nadie le servía tanto como a él si esto le permitía soñar un futuro con la mujer que amaba. Recordaba las palabras de Rafael y la emoción no le cabía en el pecho de tan intensa que era.

—Odilo, le debo tanto... esto no tiene precio para mí. Es la llave de una posible felicidad que voy a completar gracias a usted y su empuje.

—Muchacho, solo hago esto cuando creo que quien tengo enfrente vale la pena, y tú eres una persona merecedora de todo lo bueno que va a pasarte. Eres íntegro, leal, fiel. Me lo has demostrado con los caballos, en el rancho y me lo has demostrado ahora, con tu entusiasmo y tu incansable capacidad de trabajo. Me recuerdas a mí, con tu edad.

—Gracias, don Odilo. Usted no se imagina todo lo que yo estoy sintiendo en este momento. Nunca voy a poder agradecerle todo lo que está haciendo por

mí.

—Sí, muchacho, tu mejor agradecimiento es tu compromiso con el trabajo y tu lealtad. Con eso ya me basta. Por hoy ya es bastante, me quedo unos días porque debemos hablar de números y otros planes que tengo... Ahora ve y comienza a armar tu nueva vida como empresario exportador. —Y lanzó una sonora carcajada para quitarle tensión al diálogo.

—¡Gracias, Odilo! Tengo tanto que no sé por dónde comenzar...

Se saludaron con un nuevo abrazo y Pedro salió del despacho eufórico. La sangre le corría por la venas con efervescencia, no podía creer todo lo bueno que le estaba sucediendo; y lo mejor era lo cerca que se sentía de Elisa.

LV

Desasosiego

Rosario, noviembre de 1932

Elisa no sabía qué pensar. Hacía varios meses que no tenía noticias de Pedro. No había vuelto ni le había respondido la carta que le había enviado con Julián. En varias oportunidades, su futuro cuñado viajaba desde Villa Firma hasta Rosario y desde Rosario a Villa Firma, y cuando Elisa le preguntaba, él le contestaba que no lo había visto. No era su intención ocultarle a la muchacha las novedades, pero debía seguir el pedido expreso de Odilo en callar la nueva actividad de Pedro, hasta no concretar algunos resultados. Julián sabía que eso marchaba muy bien, pero debía producirse un cambio rotundo en la vida de Pedro para que la familia de Elisa lo aceptara como pretendiente. Ponerla al tanto a la joven quizás no era lo más aconsejable, sobre todo sabiendo que podía no funcionar. Aunque los ojos de Elisa sufrieran en silencio, lo mejor era que no supiera nada, por esa razón Pedro no escribía ni había vuelto. Teniéndola enfrente, no hubiera podido ocultarlo. A la distancia y trabajando de sol a sol, el tiempo pasaba casi sin darse cuenta. Sin embargo, Elisa que se encontraba ajena a los cambios, se angustiaba y sufría noches enteras de insomnio. Sus tristes pensamientos no la dejaban conciliar el sueño y si de día lo extrañaba, de noche era peor. Las blancas sábanas de su almohada se empapaban de lágrimas de amor y dolor,

dejaban grandes marcas casi inocultables, a pesar de su pericia por hacerlo. Algunas noches, miraba la luna recordando sus facciones. Cerraba sus ojos y se dejaba llevar por los recuerdos. Se veía en las sierras, cabalgando con Pedro o conversando en los claros. Escuchaba su risa, su respiración, su voz. Otras noches, el desasosiego era insoportable y el dolor le quemaba el pecho. Creía no poder resistir tanta amargura y un vacío enorme se le clavaba en la profundidad de sus entrañas. Sus ojos habían perdido el brillo de otrora y sentía que la idea de cercanía a la que se aferraba se iba disolviendo, de a poco, en la agonía de los cientos de kilómetros que los separaban. Su corazón latía por inercia. Su rostro entristecido pretendía dibujar una sonrisa. Hasta sus mejillas habían perdido color. Lo que no había sufrido los primeros días o las primeras semanas lo estaba sufriendo en ese momento que el tiempo corría y la lejanía ahogaba.

Amanda la notaba decaída y muy silenciosa. La instaba a comer, a salir, a arreglarse un poco. Temía que sus padres también lo notaran y que, ante la confrontación, Elisa no soportara la angustia y decidiera confesarles que estaba mal por Pedro; que aún lo amaba y que ni siquiera la distancia podía evitarlo.

Solo el diario trajín en el merendero acortaba los días un poco, y el dolor menguaba ante las necesidades de otros. Se obligaba a llegar con una sonrisa sincera. Respiraba hondo y se convencía de que debía ir a ese lugar, donde tanto la necesitaban. El espacio de tiempo que estaba con los chicos era lo único del día que valía la pena vivir.

Algo muy dentro de ella parecía morir de a poco, cada día.

—Odilo me escribió un telegrama contándome que Firma llegará en algunos días para pasar el verano en Capilla del Monte —dijo Rafael, concentrado en una porción de pollo, en el almuerzo de un precioso sábado de fin de

primavera—. Como llega antes de Navidad, van a desembarcar en el puerto de Rosario y pasarán unos días aquí. Nos invita a pasar las fiestas navideñas en Córdoba —soltó como al descuido, alternando la mirada entre su esposa y su hija menor. Ante la mención de la invitación, en un acto casi grotesco, Catalina carraspeó elevando la vista para encontrarse con el rostro sorprendido de Elisa.

—Me alegro enormemente que Firma regrese, puesto que tengo muchas ganas de verla —dijo Catalina simulando compostura—. Lo que no va a poder ser, definitivamente, es que volvamos a la estancia. Nada tenemos que hacer ahí nosotros —habló con una mueca de enfado en los labios.

Al oír esto, Elisa no soportó el odio de su madre ante el comentario y, soltando con fiereza los cubiertos, corrió atrás su silla. Una mirada irritada, sostenida en los ojos de su madre, descargó el grito que no dejó salir de su garganta y corrió a su habitación.

—¿Tienes que ser tan dura, mamá? ¿No te alcanza con haberlos separado despiadadamente que debes hacerla sentir así? —dijo Amanda, siguiendo a su hermana menor hasta el dormitorio. Al llegar la encontró sentada en su cama mirando un punto fijo en la pared del frente, sin caérsele ni una sola lágrima. La mayor no esperaba esa imagen. Se sentó en la cama, a su lado y, sin hablar, apoyó la mano en la rodilla de su rígida hermana.

—¿Por qué lo odia tanto, Amanda? ¿Puedes explicármelo? ¿Qué le hizo Pedro? —le preguntó con la vista aún inmóvil.

—No lo sé. Creo que ni ella lo sabe. Pretende para nosotros un buen pasar, no se detiene a pensar qué nos hace felices. Aspira solo a que no nos falte nada, pero ¿y lo demás?

—¿Sabes qué? Ahora que tengo contacto con personas de condición más humilde, confirmo lo que siempre pensé: el dinero y la posición económica no nos hace mejores que los demás. Mira lo que nos pasó a nosotros. Vivíamos en una casa preciosa, con todos los lujos y las comodidades, nuestro círculo de amistades era selecto, teníamos los mejores vestidos y no nos sirvió de nada.

A la hora de irnos, armamos las valijas, cruzamos el océano y acá estamos, viviendo casi de prestado. Y lo peor es que quizás nunca sepamos qué fue lo que pasó...

—Es cierto. Pero, además, tienes razón en esto que dices de que no somos mejores que nadie. Simplemente nacimos en otras circunstancias. Y de todos modos, ello no impidió el exilio.

—Tomé una decisión, Amanda. Le guste a quien le guste, yo voy a luchar por esto que siento. Ni mamá ni nadie me lo va a impedir. El único que podría poner fin a este amor es Pedro. Nadie más.

—Estoy contigo, hermana, para lo que necesites. Te apoyo en cada decisión que tomes. Lo único que deseo en este mundo es verte feliz.

Elisa seguía con la vista fija en el punto de la pared, sin embargo, dos lágrimas resbalaron por sus rosadas mejillas para sellar el pacto que acababa de hacerse. La promesa de luchar por el amor que sentía fue bendecida con las gotas que se desprendieron de sus ojos en un trato consigo misma.

En el comedor, Rafael se tragaba las palabras apelmazadas en el pecho. Sentía en carne propia el sufrimiento de su hija. Catalina estaba siendo demasiado dura con ella sin tener en cuenta que si la joven decidía rebelarse, contaba con el apoyo de su hermana y el de su padre.

—¿Qué haces, mujer? ¿De verdad no eres capaz de ver lo que sufre nuestra hija?

—Algún día, me lo agradecerá —dijo Catalina, tajante, mientras retiraba la servilleta de su falda y la doblaba con prolijidad sobre la mesa con una parsimonia consciente y exagerada.

—No, Catalina. No te lo va a agradecer nunca porque si ella no prueba por sí misma, si ella no comprueba por sus propios medios que está equivocada, va a vivir lo que le queda de vida pensando que ese amor hubiera podido funcionar. ¿Realmente quieres ver a tu hija siendo una infeliz toda su vida? ¿Realmente crees que va a dejar de amarlo? —Rafael apelaba al corazón de su esposa, sin embargo, este se encontraba cerrado.

—¡Vamos, Rafael! ¿De verdad crees que puede ser feliz con ese... ignorante?

—No lo sé. No puedo asegurarlo. Lo que sí estoy en condiciones de asegurar es que nunca, y óyeme bien, nunca podrá ser feliz con otro —dicho esto, apoyó sus manos abiertas sobre la mesa y, tras levantarse con brusquedad, se retiró del comedor.

Catalina se quedó sentada rumiando en su boca y, sobre todo en su estómago, las palabras que quería pronunciar. Pedro no era un hombre que mereciera a alguna de sus hijas. El mundo estaba lleno de posibles maridos que gozaban de un nivel social aceptable, de una educación mejor, de virtudes económicas que le ofrecieran a Elisa una vida confortable y sin penurias. Lo que Catalina no quería aceptar era el amor que su hija sentía por él y, de reconocerlo, era impensado para ella que ese muchacho la hiciera feliz. Sin embargo, en la soledad del comedor un atisbo de dolor le aguijoneó el vientre.

Culpó a Pedro por su sufrimiento y por lo que estaba provocando en su familia, sin reconocer, ni por un instante, que la discordia provenía de su no aceptación, de su desplante y no de ese joven que lo único malo que había hecho era posar los ojos en su bella hija.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes. Tengo una idea mejor... —dijo Odilo, del otro lado del tubo, al escuchar la justificación de Rafael para no concurrir a la estancia en Navidad. Los últimos días en la casa de San Martín, la familia Silva Bazán estaba desencontrada por demás. Las chicas casi no salían de su habitación y Catalina traía un humor de perros.

Al escuchar la idea del conde, Rafael se quedó sin habla. No creía que fuera una idea mejor, pero confió en él.

—No podemos aletargar la angustia de tu hija, sobre todo. Aquí Pedro trabaja duro todo el día, y sé que, aunque sufra, lo vive de otro modo, pero

Elisa debe estar pasándola muy mal...

—Sí, y me duele el pecho de verla tan triste —manifestó Rafael, apenado.

—Deja todo en mis manos —le dijo a su amigo, lo despidió con un abrazo a la distancia y cortó.

TERCERA PARTE

Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran, mientras responda el labio suspirando al labio que suspira, mientras sentirse puedan en un beso dos almas confundidas, mientras exista una mujer hermosa, ¡habrá poesía!

Gustavo Adolfo Bécquer

LVI

Señal de amor

Rosario, navidad de 1932

¿Valdría la pena seguir esperando? «Nunca me olvides», pronunció Pedro esa noche templada de luna llena. «Nunca lo haré», contestó Elisa, con su boca rosada sobre los labios del joven. Después de que se prometió a sí misma luchar por su sentir, a pesar de todo, nada había cambiado. La realidad continuaba siendo la misma: Pedro no llamó ni envió noticias. Quizás su madre tuviera razón. Quizás Pedro no estaba a la altura de las circunstancias, no por su condición, sino por su ausencia. ¿Valdría la pena luchar por ese amor? El sentimiento le generaba enfrentamientos con su madre, malestar, tristeza. Hacía un año que vivían en Rosario y no habían vuelto a la finca. Por momentos, pensaba que esa noche en que sufrió el asalto de Pedro había sido un sueño. No podía creer que ese hombre hubiera recorrido kilómetros y kilómetros a caballo para pasar solo unas pocas horas con ella, corriendo muchísimos riesgos para luego desaparecer por tantos meses que, en ese instante, le parecían años. Las lágrimas brotaban de sus ojos. Quizás esa noche, él había venido a despedirse. Quizás había cerrado esa historia, al saber que nunca podría ser merecedor de su amor. ¿Qué debía hacer, entonces? ¿Dejarlo ir y comenzar una nueva vida? ¿Cerrar ella también, para siempre, esa historia de amor? Las dudas e inquietudes la quemaban por dentro y el

pensamiento de su madre comenzaba a pesarle. Necesitaba una señal, algo que le renovara la energía para seguir de pie en la batalla.

Cansada de llorar, y agobiada por el calor del casi mediodía, abrió los postigos de su ventana.

Lo que allí encontró turbó sus sentidos. Un pequeño detalle, apoyado en el mármol del marco de la ventana, la dejó sin habla. Un jazmín blanco con su aroma penetrante junto a un frasquito de esencia. Sin poder creerlo, tomó ambos objetos. Llevó la flor hasta su nariz y aspiró con profundidad la dulce fragancia que los pétalos encerraban. Solo Pedro era capaz de ese gesto. Cerró los ojos unos instantes para serenar su corazón que corría desbocado en el centro de su pecho, salió de la habitación todo lo rápido que pudo y dejó el presente a los pies de la cama. Atravesó la sala repiqueteando la madera del piso con los tacos de sus zapatos sin importarle el barullo que ocasionaba. Bajó los escalones de dos en dos, tras haber dejado abierta la puerta del frente. Cruzó la calle y frenó su marcha en la vereda de la Plaza 25 de Mayo y, desde ese lugar, agudizó su vista para encontrar el rostro conocido, el cuerpo recordado; la figura amada de Pedro. «¿Dónde estás, amor mío?», pensó mientras estudiaba con ojos desesperados el movimiento incesante de la plaza. Gentes que iban y venían con bolsas y paquetes de todo tipo y tamaño. Compras de alimentos, bebidas, regalos para festejar la Navidad. Niños que corrían bajo el tórrido sol del mediodía escapando de las manos de sus padres o cuidadores. El ruido agobiante de la urbanidad, la atmósfera húmeda que provenía del río y el vaivén de la circulación de tantas personas la marearon. Se sintió desvanecer. No obstante, antes que su cabeza llegara al piso sintió la contención de dos brazos fornidos que abarajaron su cuerpo y evitaron la caída. En ese estado, el aroma a vetiver la invadió y, en la seguridad de la protección, se dejó llevar por la inconsciencia.

Pedro cruzó la 25 de Mayo y entró a la casa de Odilo con Elisa en sus brazos. La palidez de la joven lo estremeció, sin embargo, no desperdició la oportunidad de estudiar su belleza. Los párpados bajos finalizaban en una

pincelada de largas pestañas que ocultaban el almíbar verdoso de sus ojos. Su piel tersa, de porcelana, le recordaba a Pedro la juventud casi adolescente de la muchacha. Pero su visión se perdió en sus labios rosados, carnosos; miel de manantial. Subió los escalones y llamó con firmeza, tras pedir permiso.

Raquel lo vio ingresar con Elisa en sus brazos y llamó a Amanda a los gritos. La mujer, que poco sabía, creyó que ese gigante le había hecho algo malo a la señorita.

Amanda, espantada por los gritos, llegó al salón donde Pedro recostó a Elisa.

—¡Pedro! —exclamó Amanda y corrió hasta el sillón—. ¿Qué le sucedió a Elisa? ¿Qué haces tú, aquí? —preguntó extrañada—. Raquel, hazme el favor y tráeme un paño con alcohol y un abanico para hacerle viento. Trataremos de reanimarla nosotros.

Amanda miró a Pedro con compasión al notar la ternura con la que el muchacho observaba a su hermana. Raquel volvió con el pedido y mientras Pedro le hacía viento con el abanico, Amanda le pasaba el paño embebido en alcohol y le daba golpecitos suaves en las mejillas.

—Tienes suerte de que mamá no esté en la casa, ahorita. Esto podría haber sido una catástrofe —le manifestó Amanda, con tono cómplice.

—No planeé esto. Quise darle una sorpresa a tu hermana y no esperé esta reacción. —Suspiró Pedro, desanimado.

—Insisto, ¿qué haces aquí?

—Es una historia larga... Al conde se le ocurrió presentarme como... como un empresario y fabricante de productos... Pero en Villa Firma. Como tus padres no quisieron ir, decidió venir a pasar la Navidad con ustedes y traerme. No sé si fue buena idea, después de todo.

—¿Y te presentará aquí? —Amanda no pudo evitar la sorpresa.

—Parece... Por lo menos me dijo que cenaríamos aquí, esta noche —explicó Pedro.

Elisa recobraba el conocimiento con lentitud y le costó creer que fuera

Pedro quien la socorrió en la plaza.

—¡Esta noche va a arder Troya, cuñado! —exclamó Amanda, acompañando sus palabras con el sacudir de sus manos—. Quizás sea mejor, entonces, que luego de saludar a mi hermanita, te retires antes que vengan mamá y papá. Y luego, que sea lo que Dios quiera.

—Tienes razón, Amanda. Además, el conde no sabe que estoy aquí. Me escapé del hotel cuando pasaron tus papás a buscarlos para almorzar. ¿Cómo te sientes, bonita? Me asustaste, ¿sabes? —le dijo con ternura a Elisa, mientras acercaba las manos a sus labios.

Elisa, aún aturdida por el desmayo y la sorpresa, solo atinó a preguntarle por qué estaba en Rosario.

—Vine a buscarte, Elisa. Esta noche hablaré con tus padres y les contaré todo, a ti, a ellos y a todos. Tenemos la bendición del conde y de doña Firma. Ambos, principalmente Odilo, son testigos de todo lo que trabajé este tiempo para hacerme digno de tu amor.

Elisa rompió en llanto y se llevó las manos a su rostro, creyendo que moriría de felicidad.

—No llores, hermana, lo que Pedro te dice es maravilloso. Es una enorme prueba del amor que te tiene.

—Lloro porque pensaba que te habías olvidado, que ya no te importaba nada de mí. Lloro porque no confié en tus palabras...

—No llores, entonces —le dijo Pedro, acariciándole las mejillas y secando sus lágrimas—. Fue muy duro para los dos y yo también, por momentos, me volví loco al pensar que quizás me habías olvidado. Pero algo aquí dentro —señaló el centro de su pecho— me decía, cada día, que aún me estabas esperando. Mi corazón no me dejó claudicar en la distancia. Y si no te hice saber de mí en este tiempo, fue porque no quise que te ilusionaras; corría el riesgo de que no funcionara mi proyecto. Solo por eso... Y Julián tenía una prohibición del conde de mencionar mis avances. Todos quisimos protegerte, amor mío, todos. Hasta Rafael está al tanto de todo. Tu padre es un gran

hombre, Elisa. Se merece el mayor de mis respetos —y al decir esto, la emoción terminó de embargar su discurso sentido y añorado por muchísimos días.

—Pedro, amor mío —alcanzó a decir Elisa, cuando se abalanzó sobre el cuerpo fuerte del muchacho y lo rodeó con sus brazos con mucha fuerza, tanta que no sabía que era posible. Se besaron con ansias y aletargaron el instante lo más que pudieron. Sus corazones volvieron a latir con pasión, despertaron del sueño dormido de la nostalgia y el dolor.

—Debo irme. Esta noche volveré con Odilo y Firma. Veremos qué sucede...

Después de un largo abrazo, dejó a Elisa en la puerta de calle, que veía cómo el capataz de Villa Firma ya no era el mismo. Sus prendas eran más delicadas y sus modales no eran tan rústicos. Hasta las facciones resultaban suavizadas.

Rezó en silencio que todo saliera como deseaban, mientras veía los pasos de Pedro que se alejaban por la vereda de 25 de Mayo para el lado del centro.

La mansión rosarina de Odilo y Firma era un vaivén de manteles blancos que caían hasta el piso cubriendo las grandes mesas dispuestas en el salón; de copas facetadas de cristal, cuidadosamente frotadas; de platos de sitio que brillaban, que aguardaban el banquete y sus comensales. Toda la vajilla europea que se reservaba para ocasiones de gala como estas. La Nochebuena y la presentación de un empresario exportador, invitado nada menos que por Odilo, causaba cierta ansiedad. Las guirnaldas de muérdagos, acomodadas sobre las barandas y alrededor de las mesas auxiliares, destacaban con sus frutitos rojos sobre los demás adornos navideños. Los candelabros de plata reflejaban todo el movimiento de la casa y aguardaban ser encendidos en la noche esperada; junto a todas las piezas ubicadas sobre la mesa del gran salón comedor, creaban un clima exquisito en la Nochebuena.

La hora se acercaba y los nervios de Elisa aumentaban con el correr de los minutos. Mientras Amanda se probaba vestidos y zapatos, Elisa se retorció de

dolor abdominal en la cama.

—¿No piensas prepararte? —le preguntó Amanda, con aires divertidos. Le entusiasmaba muchísimo lo que estaba por suceder—. No creo que quieras que mamá se dé cuenta de lo que sucede, ¿verdad?

—Creo que lo mejor que podría hacer es atrincherarme en esta habitación —contestó Elisa, cubriéndose con la almohada.

—¡Claro que no! Llegó el gran momento y tú piensas en pasártela aquí dentro. Yo no me lo perdería por nada del mundo. —Carcajeó Amanda, retirándole la almohada de la cabeza—. Vamos, levántate, veremos qué vestido usarás. Ya no queda mucho tiempo para la misa de seis.

Una atmósfera distinta envolvía la casona.

LVII

P.S.

Las agudas campanadas sonaron de forma estridente e inundaron la ciudad con su melodía. La familia Silva Bazán ingresaba a la catedral justo cuando el último repiqueteo del campanario se dejó oír. Elisa no podía pensar en otra cosa que no fuera Pedro, su regreso, su inminente presentación. Lo que más sorpresa le causaba era la conducta de su padre. Siempre lo había encontrado tan fuerte, tan protector, tan amoroso con ella y su hermana que saberlo, en aquel entonces, de su lado la tranquilizaba. Su madre, en cambio, era quien tenía sometidos a todos bajo su decisión, mas nunca se imaginó que hasta a Rafael controlaba con sus designios. Que su padre supiera lo de Pedro y jamás lo hubiera hablado con ella era precisamente por la influencia de Catalina y el temor reverencial que a esta le tenía. Elisa miró a su padre de soslayo y le dedicó una bendición por todo lo que ese hombre soportaba a diario. Su padre le sonrió y su mirada le transmitió una suerte de valentía; ella leyó, en sus ojos, algo de complicidad, aunque él no supiera lo que ella sí ya sabía.

La misa de Navidad transcurrió entre sentimientos de amor y pensamientos de intriga. Por momentos, el miedo la ahogaba, pero aprovechaba el lugar y rogaba que todo saliera bien. Estaba decidida a correr todos los riesgos por este amor que la inundaba en cuerpo y alma, pese a que su coherencia la contenía y sujetaba. La dulce Virgen María acogió su ruego y su entrega: «Que

sea tu voluntad», pensó al finalizar la celebración, arrodillada ante la imagen. Lo que iba a suceder no sería fácil de enfrentar, pero sabía que tenía más aliados que enemigos y eso la tranquilizó. Solo su madre le preocupaba.

Al llegar a la casa, Odilo y Firma los estaban esperando. El calor era sofocante. Parecía que una tormenta se avecinaba, una brisa húmeda y caliente comenzó a elevarse. Nubes oscuras y amenazantes empezaban a divisarse en el horizonte, del lado del río.

—Entremos —dijo Odilo, tomando a Firma por los hombros—. Se ve que se avecina una tormenta —finalizó, mirando el cielo.

Ya dentro, los seis comentaban sobre la misa y algunas cuestiones de la cena. Elisa tenía un nudo en el estómago. La hora se acercaba.

—Me tiene muy intrigada vuestro invitado —mencionó Catalina a los condes.

—Déjame decirte, querida Catalina, que la capacidad y bondad de este buen hombre te sorprenderán —alegó Odilo—. No quiero adelantarme mucho, prefiero que cuente él su propia historia, sí decirles que tiene similitudes con la mía. La capacidad de superación, sorteando todos los obstáculos, define para mí la valentía con la cual se vive. No le fue fácil entrar en este mundo sin conocer el sistema, pero mi visión y mi padrinazgo permitieron que esté hoy transitando un camino distinto al que se le vaticinaba por sus circunstancias.

—¿Quieres decir que comenzó desde abajo? —preguntó Catalina.

—Sí, más que eso, con todo en contra. Ni un apellido, ni una familia que lo respalde. Solo ganas de trabajar por un motivo que supera lo económico, que tiene que ver con un sentimiento de los más puros: el amor.

—Me sorprenden estas historias. Siempre que me mencionan un empresario o un comerciante, me imagino que debe estar siguiendo un mandato familiar, una empresa ya en actividad...

—No, madre. Siempre hay uno que comienza —acotó Amanda.

El conde sonrió.

—Amanda tiene razón. ¿Recuerdas cuando les conté mi historia del

desembarco en otra provincia argentina, el molino, los fracasos? Bueno, es también parte de mi vida. Yo hice todo gracias a mi insistencia y mi tesón. Este muchacho, lo mismo. Solo quien ha pasado por penurias para superarse sabe de qué estoy hablando.

Firma le acarició la espalda. Sabía que a su marido lo emocionaba mucho remontarse a unas cuantas décadas para atrás y recordar el camino que había recorrido en el transcurso de la vida para ganarse el lugar y la posición en la que entonces estaba. Odilo, solo y sin una familia que lo contuviera y respaldara, había alcanzado muchos más objetivos que otros, a quienes todo les llegaba servido. Y en esto se parecía mucho a Pedro.

—Bueno, pero basta de chácharas. Traeré la valija para enseñarles lo producido por este muchacho, así saben de la calidad de sus cosméticos antes de que él llegue.

Los cinco se acomodaron en la mesa para disfrutar de la sorpresa. El conde Odilo apareció con una valija de mano de cuero azul marino y la apoyó sobre la mesa del salón. En una de las esquinas tenía grabada dos letras: *PS*, en un contorno sobrio y elegante. A Elisa, el corazón le dio un vuelco. Reconocer las iniciales de Pedro en un estuche tan elegante la emocionó. Y eso que todavía no tenía idea de todo lo que él había pasado para ganarse el respeto para poder pretenderla.

En cuanto el conde abrió la valija, con cierto sigilo para despertar aún más el interés, exclamaciones de asombro escaparon de la boca de quienes estaban ahí. Una fragancia, mezcla del olor del cuero y de los productos, activó el sentido del olfato y perduró todo el tiempo que duró la muestra. Dentro del estuche, frasquitos de vidrio con tapas de madera contenían líquidos ambarinos, espesos; y la etiqueta, con el nombre de cada producto, pendía de una cinta de color anudada al cuello del frasco. Un cofre de vidrio, en el centro, contenía una botellita que destacaba por su forma y tamaño. Tules y pequeños pétalos blancos le otorgaban encanto y distinción. La misma no portaba etiqueta, sino que estaba pirograbado el material con el nombre del

producto: *Esencia de luna*. Elisa creyó que su corazón se le escapaba del cuerpo. La sensación de orgullo y admiración por el hombre que amaba fue suprema. Nadie ni nada podría romper el encanto del amor profundo que sentía, uno por el otro. En ese instante, comprendía todo el tiempo de ausencias y letanía que había tenido que soportar. No fue en vano haber esperado. De su memoria se borró la soledad y tristeza que habían tomado sus días desde que Villa Firma dejó de ser su hogar. La distancia y el desencuentro fueron necesarios para que, en ese momento, Pedro pudiera presentarse ante Elisa y su familia como lo que era: un hombre honesto, hecho y derecho, digno de su amor. Siempre lo fue, solo que las circunstancias le imponían que demostrara tal condición, y el resultado de su duro trabajo lo hacía con creces.

—¡Oh! —exclamó Catalina, sin despegar los ojos del contenido de la valija—. Esto es de una exquisitez absoluta.

—Así es —contestó Odilo.

—Es magnífica la presentación de cada fragancia —dijo Firma y acercó su dedo para tocar un frasquito—. Miren esta, es de lavanda... y esta otra de azahar. Es muy bello todo.

—¿Vieron esta? —Señaló Amanda—. Esencia de luna —leyó. Miró de reojo a su hermana, de modo cómplice. Pero Elisa estaba embargada por la emoción, no podía desviar la vista en otra dirección que no fuera hacia el tesoro que se abría delante de ellos.

—Esa... —intervino Odilo—, esa tiene dueña. La mujer que conquistó el corazón de este productor fue la musa inspiradora de esta fragancia. Huele a jazmines. Si lo desean, cuando él llegue puede contar la historia completa.

—¡Oh, sí! Nos encantará —aplaudieron a coro Firma y Catalina.

—Y quizás logren así entender el valor que para este hombre enamorado tiene todo esto. No es la realización de un producto lo que tiene sentido, sino la realización de un sueño motivado en el amor —acotó el conde, poniendo énfasis en cada párrafo para preparar el corazón de Catalina, sin que ella fuera consciente de esto.

Quién sabía, quizás la mujer podría ver lo que estaba sucediendo con los ojos del alma.

LVIII

Noche Nueva

El sonido de la aldaba de la puerta de calle anunció la llegada de Pedro. Odilo se levantó del sillón donde estaba sentado y se dirigió a la entrada. Su voz y la de Pedro se oyeron desde adentro. Palmadas y aplausos enfáticos reflejaban cierto festejo y llenaron de intriga a todos. Al cabo de unos instantes, el conde y el empresario ingresaron al salón de estar.

—Les presento a Pedro Saldivia, mi nuevo ahijado —dijo Odilo, ante la mirada de todos. Pedro vestía una pulcrísima camisa blanca y un pantalón pinzado color caqui. Zapatos marrones oscuros combinaban con el cinto de cuero que rodeaba su cintura. El aroma a vetiver y pino lo envolvía, lo que le otorgó una atmósfera de delicadeza.

Elisa se sintió en un sueño y, en cuanto sus miradas se cruzaron en el salón, todo lo demás perdió sentido. Pedro observó el vestido amarillo que la joven vestía y se derritió en su cintura. El atuendo marcaba sus curvas de modo impecable. Ella lo notó y sintió que un calor sofocante se depositaba en sus mejillas y en su vientre. Ambos sintieron la misma urgencia en abrazarse, en tocarse, en besarse, pero no era ni el lugar ni el momento.

—Buenas noches —se escuchó la voz grave y profunda.

La respuesta a ese saludo no fue espontánea; solo la de Rafael sonó real, que dibujó en su rostro una sonrisa sincera de bienvenida.

—Este es el *nuevo empresario* del que les hablé. —Cierta orgullo teñían las palabras de Odilo—. Ya les adelanté un poco la historia y, seguramente, él nos tenga preparado mucho para contarnos. ¿No es cierto, muchacho?

—Así es —dijo Pedro sintiendo un cosquilleo en el estómago. Nunca imaginó que ese día llegaría y que sería tan pronto. Sin embargo, el paso del tiempo no fue suficiente para que Catalina lo desconociera. Sus prendas finas y su estilo mucho más delicado no ocultaron su esencia.

—¿Se puede saber de qué se trata todo esto? —preguntó Catalina observando al conde y a su marido, alternadamente.

—Lo que te conté, mi querida Catalina. Quizás omití el nombre para que no existieran preconcepciones en tus pensamientos. Si te hubiéramos dicho que se trataba de mi antiguo capataz de Villa Firma, probablemente no hubieras querido recibirlo.

—No te equivocas, Odilo. Jamás hubiera aceptado que compartiera con nosotros la mesa de Navidad. Exijo una explicación. —Catalina mostraba un gesto irreconciliable en su rostro. Su ceño y sus labios fruncidos denotaban una gran ofensa—. Espero que tú, Elisa, y tú, Rafael, no sean partícipes de esta farsa.

—Mujer, escúchame bien, esto no es ninguna farsa. Lo que Odilo nos relató por la tarde es lo que sucedió. Yo sí estaba al tanto de los avances, ya que lógicamente era un tema que me interesaba sobremanera al saber a mi hija tan triste —y extendiéndole la mano a Pedro, le dijo—: Bienvenido, Pedro, tienes todos mis respetos.

—Muchas gracias, don Rafael. —Y el apretón de manos marcaba el cumplimiento de la promesa que ambos hombres se habían hecho tiempo atrás, cuando la familia Silva Bazán dejaba la estancia tratando de romper otras promesas: la de un hombre y una mujer enamorados.

—Quiero aclararte, Catalina, que Elisa no sabía nada de todo esto —le explicó Odilo—. El plan fue organizado a sus espaldas, en total y absoluta confidencialidad con Rafael. La empresa hubiera sido puesta en marcha sin su

conformidad, sin embargo, me pareció que sería correcto que Rafael estuviera al tanto del proyecto desde los inicios, ya que, más de una vez, conversamos del tema que trajo tanto dolor a su hija.

—Felicitaciones, Pedro. Odilo me había comentado de tus planes e ideas, pero ver ahora tu empresa montada, tu dedicación exclusiva a la producción y tus esencias elaboradas me llenan de orgullo. Que seas parte de nuestra *familia* me alegra enormemente y es un honor para mí que compartas esta noche con nosotros, la cena de Nochebuena —le dijo Firma con cariño y admiración.

—Muchas gracias, doña Firma. El honor es mío.

—Bienvenido, Pedro, y felicitaciones —le dijo Amanda, con una gran sonrisa.

—Muchas gracias, señorita Amanda.

—Bueno, bueno, pasemos al comedor. Sigamos ahí conversando —invitó el conde.

El aire era espeso. La reunión no fluía de modo natural. Catalina estaba furiosa, y ese malestar no le permitía hablar, ni siquiera para exigir más explicaciones. Si por ella hubiera sido, se hubiera retirado del comedor, sin embargo, eso habría sido un desplante para los condes, a quienes tanto les debía. De todas formas, sentía muy dentro un dolor que le amargaba la boca. Se sentía traicionada por su marido, por sus amigos, no obstante, ingresó con los otros al comedor y se ubicó en su lugar de siempre.

Pese a los nervios, a Elisa y a Pedro no les cabía más felicidad. Pocas fueron las miradas que cruzaron en los minutos que la conversación duró. Ninguno se atrevía a dejarse llevar por el sentimiento que bullía en sus almas. Sentirse cerca, sin poder tocarse o abrazarse, laceraba sus espíritus cansados y sufridos. Pero estoicos, se encontraban ahí, uno frente al otro, simulando con sus rostros lo que sus almas querían gritar.

—Vas a tener que explicarme qué es todo esto —le dijo Catalina en un susurro a su marido cuando este se sentó a su lado.

—Dale una oportunidad al muchacho. Y dátela a ti misma de abrir el corazón y la mente —le contestó Rafael entre dientes simulando una sonrisa.

—Pedro, si quieres puedes relatarnos la historia de tu trabajo —pidió Odilo, mientras servía vino en las copas de los comensales—. Algo hemos conversado, pero yo preferiría que contaras tú los detalles.

—Sí, claro. —Sonrió Pedro. Su sonrisa fresca y sincera derritió a Elisa que, hasta el momento, no había pronunciado ninguna palabra. Solo lo miraba y sentía que los ojos de su madre la perforaban cada vez que Pedro hablaba.

—Tus perfumes son estupendos, Pedro. Los hemos analizado con las chicas antes que llegaras —se adelantó Firma.

—Muchas gracias, condesa. El secreto radica en la dedicación que le pongo a cada fórmula, a cada fragancia. Mi descendencia me ha legado una herencia enorme y, gracias al conde, pude iniciarme en el mundo empresarial. Lógicamente, es muchísimo el camino que me falta recorrer, pero el apoyo que tuve desde mis inicios han facilitado el crecimiento de la producción y, por lo tanto, de los ingresos. Mi abuela, desde niño, me ha enseñado a tratar las distintas especies que crecen en la zona, al instruirme en la elaboración de los productos. Era mínimo lo que ella comercializaba, con lo cual jamás a mí se me había ocurrido dedicarme a esto.

—Has nacido para ser empresario, muchacho, ya te lo he dicho... continúa, continúa —le dijo el conde.

—Cuando Odilo sintió mi perfume en una de sus visitas a la estancia y le conté que yo lo fabricaba, me hizo un comentario que me cambió la vida: me dijo que era bueno en esto, que pensara seriamente en dedicarme a la elaboración de los productos. Esa misma noche, sin poder dormir, tracé un plan de acción sobre la elaboración de los cosméticos que mi abuela me había legado y, bien temprano, se lo mostré a Odilo. Hablamos un buen rato y comencé, antes de ponerme de lleno con la fabricación, a restaurar el vivero que no se utiliza en la estancia, para elaborar ahí mis productos. Yo siempre hice un par de fragancias, la mía y algunas más, pero dedicarme a esto exigía

un lugar serio y adecuado para el trabajo. Y así fue como trabajé doble turno, un poco en la estancia y un poco en el vivero, hasta que las ventas superaron la cantidad de productos que elaboraba; y para cumplir con las obligaciones asumidas y los objetivos propuestos, dejé el trabajo en la estancia para dedicarme de lleno a esto.

—Sí, y deberemos sumar algunos empleados porque, además de la venta que acaba de concretar en la farmacia *boutique* más exclusiva de Rosario, importa sus productos a algunos países de Europa, como España y Portugal.

—Felicitaciones, Pedro, Odilo me transmitió el orgullo que siente por ti, con lo cual, yo también me siento orgulloso, si es que me lo permites. Admiro lo que haces y lo que has crecido en tan poco tiempo —le dijo Rafael, sabiendo que su promesa debía ser cumplida, si Elisa y Pedro aún estaban enamorados. A juzgar por el embeleso de su hija, confirmó que Elisa no lo había olvidado. Lo miraba anonadada, atónita en cada relato.

Esa noche Elisa vio a Pedro más hermoso que nunca y más resuelto que siempre. Notó que nada amedrentaba al hombre que amaba, ni su padre que hacía preguntas, ni su madre que lo miraba con furia. La convicción de saberse amado y respetado le hicieron luchar por una amor imposible que generó en él la capacidad de superarse en tiempo record, sorteó cada obstáculo, venció cada batalla y dominó cada situación por más compleja que se le presentara.

Hubo temas que no se hablaron, nadie mencionó el amor que Pedro y Elisa se tenían. Tampoco se habló de los planes de avanzar en esa relación; Rafael no mencionó la promesa. Solo se dedicaron a escuchar a Pedro contar de su boca todo lo referente a su marca y producción. La Nochebuena avanzaba y los platos de comida se fueron saboreando entre preguntas curiosas y respuestas pensadas. Amanda quiso saber, por ejemplo, cuantas fragancias distintas componían toda la variedad, a lo que Pedro le respondió que hasta el momento eran casi veinte entre las combinadas y las elaboradas con una sola especie. Pedro les explicó que nunca era una sola especie, que siempre se combinaban para darle perdurabilidad, aumentar o reducir la intensidad, aflorar, en alguna

más que en otra, cierto aroma. Incluso los fondos eran varios: madera, almizcle, terroso, oriental... Lo netamente empresarial, lo que a la comercialización hacía, podía aprenderse, tal y como lo había aprendido Odilo en otras décadas. Lo que indiscutiblemente no podía aprenderse era la sapiencia con la que había crecido Pedro en el trato con la materia prima natural. Secretos bien guardados, fórmulas de antaño, combinaciones impensadas eran producto de un legado legendario que contenía siglos de alquimia; que se correspondía con los ciclos vitales, que tenía en cuenta las lunaciones para los pasos de la elaboración. Esa era la verdadera riqueza de las esencias. El corazón que Pedro le ponía a cada producto convertía a la producción en un tesoro único e inigualable. Y Elisa era el motor que lo movía a continuar.

El motivo que los congregaba ya no era reunirse para esperar la Navidad, sino la historia de Pedro que cautivó a casi todos los presentes. Así fue que cuando el reloj dio las doce, todos cayeron en la cuenta de que un Nuevo Nacimiento estaba a punto de producirse. Casi como un presagio, casi como un anhelo.

Por más que pasaran años, nunca una Navidad sería como esta, donde la redención estaba encontrando la forma de un amor sincero y alejado de las conveniencias e intereses económicos; donde cada personaje entrelazaba su existencia con la de otro, donde algunos errores podían ser perdonados.

—Feliz Navidad, Elisa... —le dijo muy cerca del oído, rozándole la mejilla cuando fue el turno de saludarla. Su Esencia de Luna. La intensidad del aroma que la piel de la joven desprendía profundizó el sentimiento que los unía. Elisa creyó morir de amor por la cercanía, por la intimidad, pero debía disimular y continuar con la reunión.

Esa noche, pocos pudieron dormir. Salvo Odilo y Firma, que lo hicieron plácidamente, los demás tenían mucho en qué pensar.

Pedro se sentía eufórico, feliz. Sentir cerca a Elisa, haberle deseado una feliz Navidad, a ella y a su familia, haber brindado con cada uno de los que

estaban en la mesa, cuando pocos meses atrás hubiera sido impensado, lo recargaba de nuevos bríos. Jamás se sintió menos que nadie, sin embargo, su infancia, su adolescencia, sus trabajos posteriores, sus relaciones, le hicieron creer un poco que su vida no podría ser mejor de lo que era, que nunca habría podido superarse si no fuera por la ayuda externa de quien quería lo mejor para él. Jamás se sintió inferior a nadie, no obstante, las cosas nunca le fueron fáciles, ni siquiera en el amor. Recostado en la cama del hotel, con la lámpara encendida, su camisa arremangada y descalzo, miraba el techo y repasaba algunos acontecimientos importantes de su vida. Le agradeció a su abuela las enseñanzas que le permitieron progresar económicamente porque, aunque aún no veía grandes cambios en su economía, sabía que la vida que llevaba no sería la misma. La estadía en el rancho se estaba terminando —ya habían avanzado con Odilo en las mejoras a la casa de Lili—, la estancia ya no era su lugar de trabajo, salvo porque la fábrica se encontraba en el predio. Algo más faltaba: hablar con Elisa y sus padres para pedir formalmente su mano.

Catalina tampoco pudo conciliar el sueño. Jamás imaginó que la cena de Nochebuena de ese año sería de ese modo, pero mucho menos imaginó el progreso de Pedro. Debía reconocer que si no lo hubiera conocido de la estancia, nunca hubiera supuesto la vida que llevaba hasta hace algunos meses no muy lejanos, en los que el trabajo rústico en el campo ocupaba las horas de su día. Nunca creyó en la elocuencia del muchacho o el respeto con el que se refería a todos en una conversación. Quizás algunas reglas de protocolo desconocía, pero su soltura y carisma tiraban por la borda el ceremonial. Con todas las luces apagadas de la habitación, meditaba en silencio las posibilidades. Ella sabía que Pedro venía a buscar a Elisa. Recordó todo lo que Rafael le había contado aquella noche de confesiones, en la que la verdad —o parte de ella— había salido a la luz, en la que los pormenores de la huida eran aún desconocidos, pero el motivo se mostraba clarito delante de ella. Quizás el cambio que debería haber operado en cualquier mujer comenzaba a hacerse en ella recién en ese momento, al reflexionar que siempre se puede

estar peor. Sintió en el corazón una oleada de tranquilidad por saberse alejada de todo eso. El miedo atroz de no haber podido impedir que Elisa olvidara a ese hombre comenzaba a diluirse. Lo peor ya había pasado. Lo más temido ya había sucedido esa noche y, ante la mirada atónita de sus ojos, descubrió, aunque no pudiera aún reconocerlo, que Pedro no era tan mala alternativa. Después de todo, a España ya no volverían y, en la Argentina, el muchacho contaba con un padrino de lujo. Desconocía los planes de Pedro en relación a su hija, pero se jugaba cien por ciento que volvería a verlo.

Rafael, a punto de dormirse, juraba que Catalina habría saludado a Pedro con un beso en la mejilla por Navidad si este no le hubiera dado la mano con cautela. En los últimos momentos de la cena, había desaparecido el rigor del rostro de su esposa. Advirtió cierto cambio en ella con el correr de las horas. Si bien no había formulado ninguna pregunta, estuvo presente todo el tiempo en el comedor y escuchaba atenta el relato. Incluso, lo sorprendió que, llegado al dormitorio, no le hubiera reclamado nada. Quizás entendía por qué lo había hecho así. Ojalá, ya que él estaba muy feliz de haberle prestado su confianza al muchacho antes de saber qué haría con su vida.

Elisa aún no creía lo que había vivido. Todo el tiempo en que sufrió la distancia, la ausencia, la incertidumbre, ese instante le demostraba que había valido la pena. Se había enamorado de un hombre íntegro, capaz, responsable y trabajador. A su espera le había llegado su recompensa con creces. La historia de Pedro denotaba un amor único, tan grande que lo habían empujado a saltar, casi sin saber nadar; y tan profundo que había barrido las barreras. A ella nunca le había importado que no tuviera cuna ni familia adinerada, en aquel momento, se sentía orgullosa de saber que todo lo alcanzado, todo lo logrado y conquistado era producto de su propio esfuerzo, que a pesar del apoyo económico y moral del conde, Pedro era el artífice de su propia vida, el hacedor de su destino, el creador de una nueva y maravillosa existencia.

LIX

Promesa cumplida

Rosario, enero de 1933

—Pasa, Pedro, Rafael y Catalina te esperan en el living —le dijo Odilo cuando le abrió la puerta de calle ese mediodía de principios de enero.

—Muchas gracias, Odilo.

Las fiestas habían finalizado, y el clima festivo se retiraba de a poco de la ciudad. En Año Nuevo, una familia amiga de los condes los invitó a su hogar a recibir el año 1933. También fueron convidados los Silva Bazán y Pedro, como ahijado del conde. En esa reunión, Elisa y Pedro lograron avanzar en el galanteo que precede a las relaciones, como si en verdad se encontraran en esa etapa. La intimidad compartida otrora los volvía cómplices en cierto modo, pero el rigor exigía ciertas formalidades que, en ese momento, estaban dispuestos a respetar. No pudieron estar solos, tampoco lo buscaron. Pedro honraba su palabra de no avanzar formalmente en el noviazgo sin antes hablar con Rafael, y para eso consideraba mejor que pasaran las fiestas. En la mesa de Año Nuevo, había servido la copa de Catalina y le había sonreído con franqueza para demostrarle que no guardaba ningún rencor de aquella época. Es más, en algún punto, agradecía todo lo que había motivado su cambio de vida. Quizás no se hubiera conocido nunca en esa faceta, sino hubiera sido por la necesidad de alcanzar una meta. Porque Elisa se convirtió en su verdadera

necesidad, en su verdadera meta. Los meses que pasó sin ella fueron los peores de su vida, creyó morir sin saber qué les depararía el destino, pero supo transformar el dolor en superación y fue un artesano de su propio potencial. En ese instante se encontraba en el sitio donde quería estar. Él sabía que no se hubiera atrevido a hablar con Rafael para pedirle la mano de su hija, si no se hubiera encontrado en condiciones de ofrecerle la vida que Elisa se merecía. Por su parte, Rafael también lo creía de ese modo.

—Permiso —dijo Pedro cuando llegó al marco de la puerta del cuarto de estar.

—Pasa, toma asiento —dijo Rafael, poniéndose de pie e indicándole el sillón que se encontraba enfrente al de ellos—. ¿Prefieres un café o algo más fresco?

—Muchas gracias. Algo fresco está bien.

—Deja, Rafael, yo se lo sirvo —dijo Catalina, yendo al rincón donde se encontraba la mesita que tenía preparada la limonada y el café en la cafetera. A su marido le sirvió un café con una cucharadita de azúcar. Para ella nada. Su estómago estaba cerrado. Las conversaciones en los días previos la tenían bastante nerviosa. Su corazón quería darle una oportunidad a Pedro, mas su mente la condicionaba y torturaba con pensamientos e hipótesis absurdos. El momento de tirar de la punta del ovillo para comenzar a tejer había llegado.

—Pedro, sabemos a qué has venido. Te citamos ahora porque sabíamos que Elisa y Amanda no se encontrarían en este momento —dijo Rafael, e hizo mención del hogar donde concurrían las chicas a colaborar—. Podemos hablar con total tranquilidad...

—Me parece bien, don Rafael. Solo debo aclararles que le pedí a Odilo concertar una cita con ustedes, incluso antes de hablar con Elisa...

—No te preocupes, Pedro, sabemos los sentimientos de Elisa —dijo Rafael, y Catalina asintió con la cabeza.

Pedro estaba nervioso como un chico, jamás había pasado por una situación semejante. Solo Clara había sido su novia en la adolescencia y no le había

pedido la mano ni a Rosa ni a Paco.

—Bien. Hablemos entonces. Mi deseo más profundo es casarme con su hija, don Rafael.

—Creímos que ibas a solicitar visitarla formalmente...

—No lo creo necesario, salvo el tiempo que duren los preparativos de la boda, pero, para serles sinceros, si por mí fuera, salgo de aquí en este mismo instante, cruzo la plaza y hablo con el sacerdote de la catedral para que nos case mañana. Si Elisa está de acuerdo, yo quiero casarme con ella. Nada tengo que probar. Amo a vuestra hija, como nunca amé a nadie —dijo Pedro, resuelto. A Catalina no le hizo mucha gracia el comentario, puesto que ella quería para sus hijas grandes bodas, preparadas con toda la parafernalia posible.

—Cuéntanos que planes tienes con relación a la casa y demás... ¿dónde vivirán? —le preguntó Rafael. Algo le había dicho Odilo, pero quería confirmarlo.

—Don Odilo me ofreció, muy amablemente, la casa que le habían construido a Lili, ya que está habitable completamente y no se utiliza. Supongo que el conde no querrá desprenderse de esa casa, pero si así lo hiciera, yo le ofreceré comprarla porque es una casa preciosa y estuve detrás de todos los arreglos que hicieron falta. Por mi nuevo trabajo, no sería conveniente moverme de Capilla del Monte. Por lo menos por el momento, luego el destino dirá...

—¿Es una casa cómoda, segura? —se animó a preguntar Catalina. Ese tema sí le interesaba sobremanera.

—¡Sí, claro! Imaginen que los condes la mandaron construir para su hija... Luego supieron que Lili se quedaría en Europa... pero bueno. Nunca quisieron venderla. Es más, señora, si usted quisiera, podría hablar con doña Firma, de la casa. Por supuesto que es más modesta que Villa Firma, pero continúa su estilo. Es más, ambos autorizaron que refaccione y decore a mi gusto... o al de Elisa, en su caso —hacer mención del nombre amado en relación a la casa

donde posiblemente habitarían juntos, hizo que el corazón le galopara con fuerza.

—¿Y está en condiciones de asegurarle la vida que ella lleva? —volvió Catalina a preguntar.

—No, mujer. Eso ya es un asunto que deberá resolver Elisa si quiere correr el riesgo de que su vida cambie. —Rafael no permitiría que Pedro conteste eso, puesto que las posibilidades de que dijera que no, eran elevadas. La vida de ostentación que ellos habían llevado hasta entonces no era posible al iniciar un negocio y con tantos planes por delante y ansias de crecer. Rafael sabía que llevaría algún tiempo más alcanzar cierta calidad de vida y, con las inversiones del principio de cualquier emprendimiento, suponía que los gastos debían ser mínimos.

—Permítame contestarle, don Rafael —habló Pedro con cierto orgullo, propio de su personalidad—. La idea es que Elisa pueda realizar las actividades que quiera. Si quisiera ser ama de casa, lo aceptaría, si quisiera ocuparse de la cocina, de futuros niños o incluso trabajar conmigo en la empresa..., o estudiar algo, todo le aceptaría. Lo que sí les aseguro es que tendremos una empleada o dos, que nos ayudarán con la casa, que es bastante grande. Y como sé que ustedes quieren lo mejor para ella, les garantizo que no pasará un día en que no me esfuerce con todo lo que soy y lo que tengo para hacerla feliz. Por ella, por ustedes y por mí, porque esa mujer es mi felicidad y si ella es feliz, yo también lo seré.

Catalina se emocionó al escuchar eso último. Pensar que ella hubiera sido el artífice que pudo haber desactivado la felicidad de su hija... no tenía dudas: Pedro era la felicidad de Elisa.

—No esperaba menos de ti, Pedro —le dijo Rafael levantándose del sillón—. Tienen mi bendición para casarse... solo si la novia dice que sí —le dijo, estrechándole su mano, como se lo había prometido.

—A mí me cuesta creer, un poco todo esto —dijo Catalina—. Me corresponde ser franca con usted y mi esposo. Hasta conmigo misma.

Esperaba para Elisa, y Amanda, claro, que sus maridos fueran de familias tradicionales de España. Y cuando llegamos aquí, pensé que podría continuar con las mismas expectativas. No fue así, debo decirlo, ya que Capilla del Monte no es Madrid. Y si bien Amanda posó sus ojos en Julián, de quien no tenemos nada que decir, Elisa me sorprendió al enamorarse de usted. Le confieso que fui yo quien le hizo la vida imposible, pero estos últimos días, en que usted volvió, vi a mi hija llena de vida, con otro talante. Estuvo muy desanimada este último año y yo no quise ver la realidad. Creí que el aire de ciudad le recordaría que podría tener otra vida si quería, pero no fue así. La distancia de Villa Firma y el no saber de usted, le produjeron mucha angustia. Pero estos últimos días, mi hija volvió a ser lo que era en la estancia. Ahora que usted viene con estos planes tan responsables y le ofrece una vida digna, en la que garantiza hacerla feliz, no soy quien para oponerme. Yo misma hablaré con Elisa, hoy.

—No se imagina lo feliz que me hace escuchar eso, señora. Sé que Elisa nunca sería feliz si usted no lo fuera con nuestra unión. Ella necesita a su familia mucho, necesita de su apoyo, de su consentimiento, de su felicidad también... Muchas gracias por esto... ¿Cuándo puedo venir a visitarla formalmente? —Y los tres rieron de la ansiedad de Pedro, lo que hizo que descargaran las tensiones acumuladas hacia el final de la reunión.

LX

Madre e hija

—**A**delante —sonó la voz de Elisa desde adentro de la habitación. La cena había transcurrido con total normalidad y ni Catalina ni Rafael mencionaron la visita de Pedro.

—Permiso, hija. Vengo a hablar contigo. —Catalina se mostró un tanto nerviosa y esto alarmó a Elisa.

—¿Pasa algo?

—Sí, pasa... Sentémonos... —dijo Catalina haciéndole señas para que ocupara un lugar en la cama cercano a donde ella iba a sentarse—. Quiero que hablemos de Pedro.

A Elisa se le cerró la garganta, y el corazón comenzó latir descontrolado, tanto que por un momento creyó que su madre podría oírlo. El tema de conversación que traía Catalina era lo que las había mantenido distanciadas por mucho tiempo, por varios momentos. La joven no tenía idea en qué derivaría, pero se preparó para escuchar lo que su madre tenía para decirle.

—Dime, mamá.

—Hoy por la tarde estuvo aquí.

—¿Pedro? ¿Aquí?

—Sí. Tu padre y yo lo recibimos. Nos lo había mandado a pedir con Odilo.

—No sabía nada —dijo Elisa, y bajó la vista. La sorpresa la inquietó. ¿Por

qué Pedro hablaría con sus padres antes que con ella? ¿Habría cambiado de planes? La única conversación que había tenido sobre sus sentimientos había sido el día anterior a Navidad. Y tampoco había sido tan profunda. Ella había sufrido el desmayo producto del desconcierto y él le había dicho que venía a buscarla. Pero nada más.

—Es que él prefirió que así sea. Tu padre y yo lo consideramos prudente, incluso porque desconocíamos algunos detalles... No estaban dadas las condiciones para que ustedes avanzaran en una relación que ninguno de los dos sabía si contaba con nuestra aprobación. Antes de comenzar a hablar de ti y de Pedro, quisiera contarte una historia que preferiría que quede entre nosotras —y dicho esto, se estiró la falda y se levantó de la cama para acercarse a la ventana. Como quien recorre un período de tiempo o busca en la memoria ese recuerdo bien escondido, Catalina fijó los ojos en un punto a través del vidrio y comenzó un relato que atrapó a Elisa desde la primera frase —: Cuando tenía más o menos tu edad, me enamoré. O creí enamorarme. Él era alto, de ojos azules y mirada penetrante. Su cabello era color castaño, y su piel, morena. Era muy buen mozo y simpático. Pero tenía un defecto: era pobre. Mis padres, te imaginas, pusieron el grito en el cielo. Y ese grito era un *no* rotundo. Por un buen tiempo no pude salir a ningún lado sola. Mi papá o mi mamá me acompañaban siempre, hasta que un buen día mis amigas vinieron a buscarme y mis papás me dejaron salir. Por supuesto, lo primero que hice fue buscarlo... Lo encontré en su lugar de trabajo y hablamos de lo que había pasado en casa. Me prometió que hablaría con mis padres y que les pediría mi mano, pero el día que fue se encontró con una sorpresa: tu padre estaba reunido con los míos, pedía visitarme formalmente. Por supuesto que tus abuelos dijeron que sí. Rafael tenía muy buena reputación y había sacado a su familia de origen de la ruina. Pero a mí se me partió el alma en pedazos. No podía creer que la vida fuera tan injusta. Estuve mucho tiempo encerrada en casa, hasta que tu papá comenzó a hacerse querer y su compañía era tan grata que comencé a amarlo. No fue fácil perdonar a mis padres por su decisión,

pero sé que lo hicieron por mi bien. Tal y como nosotros queríamos hacer contigo.

—Cuánto lo siento, mamá... —le dijo Elisa, visiblemente afectada por la historia.

—Aguarda. No termina ahí. —Y acercándose, como si la vista en la ventana fuera el pasado y volver hasta donde estaba Elisa fuera el presente, se sentó en la cama de Amanda y le dijo—: El día que nos embarcamos en el puerto, allá en España, lo volví a ver después de casi 30 años... lo hubiera reconocido en cualquier circunstancia. Por un momento, todos los recuerdos de ese amor de juventud frustrado volvieron a mí. Por mucho tiempo, a pesar de que ya quería a tu padre, me seguía preguntando cómo hubiera sido mi vida al lado de ese hombre. Ese día en el barco, como una respuesta a mis preguntas y casi un presagio que luego me condicionó a la hora de decidir por tu futuro, volví a verlo. Estaba vestido con ropas muy sencillas y tenía un aspecto muy rústico y avejentado. Se notaba que su vida no había sido buena. El trabajo duro marcó su cuerpo. Estaba estibando unas cajas que se notaban pesadas en una de las ensenadas. En un momento dado, una señora de más o menos su edad le acercó un paquete que luego confirmé que era una vianda, ya que de adentro tomó algo que se llevó a la boca. La señora esperó que finalizara la porción y se retiró con el envoltorio. Un gesto, una caricia en su mejilla confirmaron lo que suponía: esa mujer era su esposa. Entonces entendí que cada cual está donde debe estar y lleva la vida que debe llevar. Agradecí a la memoria de mis padres en silencio y recé por su perdón; al fin y al cabo, ellos me resguardaron. Me libraron de ciertas miserias, y la verdad es que tu padre es un buen compañero. Tú y Amanda también deben agradecerles. Casada con Nelson, hubiéramos llevado una vida distinta, con la que posiblemente no estaríamos conformes. Esta historia estuvo guardada mucho tiempo. Ni tu papá la sabe y quise contártela para que entiendas qué me motivó a oponerme a tu relación con Pedro.

—Gracias por compartir tu historia conmigo, mamá...

—Sí, pero además tiene otro propósito: liberar mi memoria de ciertos recuerdos y dejar que tú forjes tu propia historia, con la seguridad de que Pedro puede darte una vida más digna que la que me hubiera dado Nelson, así se llama mi antiguo novio, porque no son iguales, porque nos demostró, a mí y a tu padre que él fue capaz de luchar por tu amor, de hacerse merecedor de una joyita como tú. Nos garantizó, además, que no pasará un solo día sin hacerte feliz.

—Mamá... —Elisa se quedó sin palabras y abrazó a su madre con todas sus fuerzas, como no lo había hecho desde hacía muchos años.

Ambas se quedaron emocionadas, instantes que se volvieron eternos y que borraron las diferencias y el dolor de mucho tiempo.

—Está en ti, querida hija, decidir si deseas avanzar en tu relación con Pedro. Si es así, cuentas con el consentimiento de tus padres.

Elisa tomó el rostro de su madre entre las manos y, con lágrimas que rodaban por sus mejillas, solo pronunció un «gracias» desde lo más profundo de su alma.

—¿Qué pasó con mamá? —entró Amanda a la habitación con cara de sorpresa.

—No sé... Yo estoy tan sorprendida como tú —respondió Elisa, recostada en la cama con los brazos bajo su cabeza.

—Cuando salió de aquí, me sonrió, me dio un beso en la mejilla y me dijo: «hija, hice algo que debería haber hecho hace mucho tiempo...» y se fue. ¿Qué hizo?

—Permitirá mi relación con Pedro..., si yo lo acepto, ¿no?

—¿¡Quééééééé!?

—Así como lo oyes. Te juro, hermana, que esperé tanto este momento... tanto... que ahora me cuesta creerlo.

—Ay, Elisa. ¡Cuánto me alegro!

Las dos hermanas se abrazaron y Elisa descargó en lágrimas una emoción profunda, un sentimiento que tenía guardado en su corazón. Ese corazón que tantos meses había sufrido en el silencio más oscuro, que aguardó el tiempo suficiente para reencontrarse con el gran amor que no dejó que la tristeza apagara para siempre sus fuerzas. Ese corazón que mantuvo encendido el fuego de una pasión capaz de traspasar cualquier frontera.

LXI

Jazmines de sol

Rosario amaneció espléndida. El sol lucía soberbio y su majestuosidad se reflejaba en el río. El Paraná se floreaba en el brillo dorado y cada ola que avanzaba sobre la playa humedecía la arena que lo rodeaba. Algunas aves rozaban el agua, en busca de una presa para desayunar, y mientras planeaban sobre ella, trinaban melodías.

Elisa no pegó un ojo en toda la noche de la felicidad, y por nada del mundo pensaba dejar pasar un día más de su existencia sin decirle a Pedro que sus padres le habían dado el consentimiento para formalizar con él. Con esa energía y actitud abrió temprano los postigos de la ventana que daba a la calle. Un ramo de jazmines la estaba esperando. Los latidos de su corazón se aceleraron locamente y una oleada de emoción la embelesó. No tenía dudas de quién había pasado por su vereda más temprano; ¿pero seguiría ahí? ¿La estaría esperando? Con la seguridad de quien se sabe amado con locura, se ató el cabello en una cola y aplicó, sobre su cuello, unas gotas de su Esencia de luna.

—¿A dónde vas tan temprano? —cuestionó Amanda, cuando pudo abrir los ojos.

—A buscar a Pedro —dijo Elisa, resuelta, y salió de la habitación con una sonrisa que, a pesar de su intensidad, no alcanzaba a reflejar todo el

sentimiento que bullía dentro.

Vestía una solera celeste con florcitas blancas y amarillas, un lazo atado a su cintura acentuaba su figura. Por acción del sol, su piel mostraba un tono levemente bronceado, que resaltaba el atuendo claro y el color de sus ojos.

Cuando apareció en la vereda, Pedro, que se encontraba sentado en un banco de la plaza frente a la casa de Elisa, se sumergió en la imagen amada. El aire veraniego, perfumado, llenó sus pulmones inflando su pecho de orgullo, de emoción. La miró con profundidad y descubrió —como cada vez que la miraba— que su amor por esa mujer era capaz de arrasarlo todo. Su amor por Elisa fue la primavera de sus noches más invernales, el perfume en sus días más amargos, el cielo abierto que le sigue a la tormenta, el agua que baja del manantial. El amor que sentía por Elisa fue el motor que cambió su vida. En ese amor hablaba el pasado, el presente y el futuro. Fueron las circunstancias que rodearon ese amor lo que lo obligó a superarse y encontrar en su esencia toda la sabiduría ancestral. Quizás ese legado tan guardado, tan oculto rugía por salir a luz y encontró la forma de hacerse palpable, de explotar en el mundo terrenal y de decir presente con toda su riqueza. Quizás encontró en Pedro la posibilidad de desvelar sus designios, quizás encontró en Elisa el espejo donde Pedro debía reflejarse.

Luego de buscar unos instantes, Elisa lo vio sentado en el banco de la plaza y captó su saludo, el mismo gesto con el que la saludaba en la estancia, solo que sin el sombrero. Todo el mundo se resumía en la sonrisa fresca y la mirada sincera de ese hombre. Sin soportar la urgencia que corría por sus venas, cruzó la calle para acercarse, a pasos rápidos. Avanzó por el camino de piedritas casi corriendo, mientras Pedro se ponía de pie como aguardándola, sin dejar de sonreírle. Su falda flameaba al ritmo del viento y una melodía de fantasía comenzó a sonar en sus oídos.

Cuando llegó a él, Pedro abrió sus brazos para recibirla y Elisa se arrojó a ellos. Se fundieron en un abrazo profundo y sentido. Íntimo, a pesar de encontrarse a plena luz del día. El contacto de sus cuerpos operó en ellos

como un bálsamo que alivió los dolores pasados, cicatrizó las heridas.

El olor a jazmines, que la piel de Elisa desprendía, envolvió a Pedro y, en un acto instintivo, la apretó más contra su pecho y aspiró profundo, quería absorber todo el aroma que la joven despedía. Aroma a *sus* jazmines.

—Tanto esperé por este momento —le susurró al oído.

—Yo también.

Las cabezas se separaron para mirarse a los ojos. Y el universo entero irrumpió en esa mirada, al conectar sus almas desde la profundidad de la Tierra.

Elisa tomó el rostro de Pedro en sus manos y acercó sus labios a los de él, que se dejó besar con ternura. Un beso que contenía todo el amor que un hombre y una mujer pueden sentir; un beso que engrandecía la historia de cada uno de ellos; un beso que los unía para siempre.

—Te amo —le dijo Elisa, sin despegar su boca de la de Pedro.

—Te amo —le respondió él.

Epílogo

Equinoccio

—Hoy es el cumpleaños de Pedro —le dijo Elisa a Amanda, mientras merendaban en Villa Firma.

—Sí, Eli, sabía que su cumpleaños coincidía con el comienzo del otoño.

—Sí, con el *equinoccio* de otoño, me dijo él.

—¿Tienen planes para esta noche? —preguntó la mayor, mientras tomaba un sorbo de café.

—Sí. En un rato pasa a buscarme por aquí. Me pidió que me vista para los cerros —Elisa sabía a qué se refería Pedro. Con seguridad, andarían a caballo y caminarían entre las sierras. A pesar del vaivén que había sufrido su vida, algunas cosas eran inmodificables.

—Ah... Cuéntame cómo va la decoración de la casa.

—Va muy bien. Pedro tiene casi todo resuelto. Lo que estaba faltando es la vajilla, y mamá me dijo que vio un juego precioso que piensa regalarnos.

La familia Silva Bazán se encontraba en Villa Firma desde principios del mes de marzo. Ambas chicas querían celebrar sus bodas en la estancia y se pusieron de acuerdo en realizarlas juntas en el mes de octubre. A Catalina le hubiera gustado que fueran separadas para que cada una se luciera como única protagonista, sin embargo, Elisa y Amanda sentían urgencia de unirse a sus prometidos. Las bodas se realizarían el tercer domingo de octubre, por la

tarde, en los alrededores de la casona.

—Permiso... —la voz de Pedro se hizo oír cuando ingresó al comedor, lo que provocó la sorpresa de las chicas.

—¡Hola! —dijeron ambas a coro, con amplias sonrisas.

Elisa se levantó de la silla y se acercó a Pedro. Lo tomó con las manos por el rostro y lo besó en los labios.

—Feliz cumpleaños, amor mío —le deseó por tercera vez en el día.

Pedro sonrió con dicha. Esa mujer lo embelesaba.

—Gracias. El mejor regalo eres tú...

—Bueno, bueno, bueno... Feliz cumpleaños, cuñado —le deseó Amanda, y lo saludó con un beso sonoro en la mejilla.

—Gracias, Amanda —le contestó sonriendo—. ¿Nos vamos, cielo?

—Sí, claro. Le pedí a Rosa que nos prepare algo para comer por si nos demoramos un poco —le dijo mientras tomaba de la punta de la mesa una canasta con provisiones y un mantelito a cuadros.

—Buena idea. Hoy es un día especial... ¿Avisaste que no volverías hasta mañana? —dijo Pedro, con picardía. Elisa se ruborizó.

—¡Vayan, vamos, que la tardecita está estupenda! —Amanda los empujó a salir de la casa.

Era cierto, el sol brillaba aún con la calidez del verano, que debía comenzar a despedirse, y el cielo parecía pintado con celeste pastel. Ni una sola nube empañaba la grandeza del astro.

—Agradécele a Rosa, de mi parte, por favor, Amanda.

—Como tú digas, Pedro.

Ambos bajaron la escalera principal tomados de la mano, entre risas. Era un sueño estar así de juntos, sin esconderse, sin disimular ante nadie. La alegría bullía entre ellos, que se sentían plenos y felices.

Clara los vio desde lejos y compartió su felicidad. Los acontecimientos la habían acercado a Elisa y redimido ante Pedro, y sentía afecto por ambos. Luego, los saludaría, pensó. No era momento de irrumpir en una escena tan

bella.

Pedro y Elisa montaron a Gitano, que comenzó a caminar hasta encontrar un claro donde trotar. Pedro no lo apuró, si bien tenía ansiedad por llegar, quería disfrutar el paseo con la mejor compañía.

El jardín secreto los estaba esperando. Parecía que se había preparado para celebrar el cumpleaños del último —hasta ahora— descendiente de la etnia comechingón. Las flores eran un sinfín de colores y tamaños, y el aroma que desprendían en el dorado atardecer abarcaba todo el lugar. Elisa no había vuelto a ir desde su llegada. Lo encontró inigualable. La magia que ese lugar contenía era palpable para todo aquel que pudiera sentir la sensibilidad y sutileza del universo. El jardín transmitía el amor que lo protegía; el espíritu de los *hênîa-kâmîare* sobrevolaba ese espacio encantado, que parecía suspendido en el tiempo.

Caminaron un rato, mientras hacían planes para el futuro. Hablaron sentados a la orilla del lago hasta que la noche cayó sobre ellos. Una leve brisa comenzó a soplar. Pedro condujo a Elisa hasta los jazmines, que se encontraban en flor. El aroma embriagador siempre los cautivaba. Se besaron con la pasión que la noche animaba, con la premura que el sentimiento profundo guardaba. Necesitaban encontrarse a solas para liberar el ardor que consumía sus pieles en cuanto se rozaban. Sin embargo, Pedro fantaseaba con una imagen que quería reproducir. Frenó con delicadeza la pasión que los envolvía y desplegó una manta en el páramo. Volvió donde Elisa se encontraba parada, esperando a que Pedro hiciera. La tomó por la cintura y le habló al oído, en el susurro que desataba su delirio. Las piernas de la joven flaquearon y se acomodó en la manta para que Pedro comenzara a amarla. La lentitud medida con la que él avanzaba la enardecía. Pedro desabrochó la camisa de la joven y se la quitó. Hizo lo mismo con las botas de montar y el pantalón azul. Con la destreza de sus manos, ubicó de costado el cuerpo de la joven. Elisa no sentía reparos con ese hombre. No solo confiaba ciegamente en él, sino que además disfrutaba acatando sus designios. Pedro se incorporó en cuanto Elisa

estuvo ubicada como él quería y observó con fogosidad sus curvas redondeadas. El contorno del cuerpo desnudo enardecía su virilidad.

—Nunca vi nada tan hermoso como tu cuerpo —le dijo con el arrebató propio de la urgencia varonil, arrastró su voz grave y profunda, mientras recorría el contorno con sus dedos ardientes.

Elisa le sonrió, aguardando los planes que desconocía. La luna llena, aparecida en el cielo, comenzó a platinar sus ondulaciones. Algunos mechones caían por delante de sus hombros y otros, por detrás, rozaban la manta. La cabeza elevada, apoyada en su brazo, le permitía ver qué hacía Pedro.

—Quédate así un instante, quiero terminar esto que empecé, aunque no pueda contenerme.

El pulso de Pedro se aceleraba con el contacto, con la visión, con el aroma a jazmines que la piel desnuda de Elisa desprendía; sin embargo, quería continuar con su obra de arte.

Tomó varios jazmines que tenía cortados de antemano y fue depositando uno al lado del otro, sobre el contorno de Elisa, delineaba su figura con las flores blancas, inmaculadas. Le colocó con destreza el último jazmín entre los mechones ondulados, que caían graciosos, y lo acomodó para adornar el rostro angelical. La silueta femenina, perfecta, redondeada, se despegaba del entorno, como una estampa enmarcada en el blanco puro de los jazmines y resaltaba en la claridad de esa noche de luna llena.

Y así, la observó por largos instantes, absorbía esa imagen que representaba la gloria. El anhelo más profundo, el de tener su amor se había completado tal y como su abuela en sueños había anunciado. «Varios solsticios y equinoccios deberán pasar», había dicho esa noche. En ese equinoccio, el de su cumpleaños, se cumplía exacto su presagio.

La imagen de Elisa, envuelta en luna, quedaría grabada a fuego en la memoria del lugar. Y para siempre en el corazón enamorado de Pedro.

Fin

Agradecimientos

A Dios, por regalarme el luminoso don de la escritura. Sin su bendición, esta historia no existiría.

A mi familia, por apoyar mis sueños y aceptar compartirme con mis musas.

A mis amigas de siempre. Me siento orgullosa de tenerlas en mi vida.

A Natalia Marcó, mi mentora, mi amiga incondicional. Su acompañamiento entrañable fue fundamental desde que nos comunicamos por primera vez.

A mis compañeras del Taller Poseía Poesía, por compartir el amor por las letras.

A quienes leyeron el manuscrito, ellos saben quiénes son. Gracias por sus palabras de aliento y afecto. Guardo en mi corazón cada una de sus devoluciones.

A Neris Bessón. Gracias a su logística, conocí el lugar mágico que inspiró la historia.

A Lola Gude y a todo el equipo de Selección BdB, por la oportunidad de seguir creciendo.

A cada una de las personas que creyó en mí y me alentó a seguir.

Y a todos aquellos que disfrutan y disfrutarán de mis producciones literarias. Ustedes son parte de este sueño.

Si te ha gustado

Esencia de luna

te recomendamos comenzar a leer

Sólo somos tú y yo

de *Fernanda Suárez*



Prólogo

Anne salió de su habitación con una tímida sonrisa en sus labios, aún no se podía creer que mañana sería su presentación en sociedad, su madre había preparado todo un baile para hacerlo, estaba nerviosa y lo admitía, siempre había esperado ese momento para ser sincera consigo misma, pero era demasiado tímida para aceptarlo, además tenía miedo, le costaba entablar una conversación con una persona desconocida, incluso con sus conocidos le era difícil, posiblemente era esa la razón por la que no tenía amigas y vivía metida entre libros, hermosas historias de amor que ella se moría por vivir, pero se esforzaría al máximo para tener una gran temporada, estaba decidida a disfrutarla, a bailar hasta que le dolieran los pies, quería saber lo que era coquetear, lo que era ser cortejada, sentir que un hombre está interesado en ti, ella quería eso y más, quería su propia historia de amor, de esas que cuentan los muchos libros que había leído.

Acomodó la falda de su vestido cuando llegó al último escalón de las escaleras y tomó su sombrero de manos de su doncella, se lo puso y caminó al despacho de su padre dispuesta a despedirse, quería ir a dar un paseo, caminaría un poco por el pequeño bosque que, afortunadamente, era posesión de su padre, le encantaba hacerlo, además le serviría para tranquilizarse y sí que lo necesitaba.

Al llegar a la puerta, levantó su mano dispuesta a tocar, pero el fuerte grito de su padre la detuvo.

—¡Basta, Lilian! Es una decisión ya tomada, no hay vuelta atrás, no me molestes más y vete —exclamó furioso su padre; es cierto que nunca fue especialmente cariñoso, pero nunca lo había escuchado así.

—Es tu hija, John, la única que tienes, no lo hagas, por favor, ella no se lo merece, ha sido una buena niña. —Un fuerte estruendo en el interior del

despecho hizo que Anne pegara un brinco asustada.

—¡Se casará! Ya está arreglado, déjame en paz. —Anne escuchó el gemido de su madre, posiblemente causado por las lágrimas.

—¡Es un viejo, es incluso mayor que tú! ¿Cómo puedes casarla con él? — Anne sintió que todo a su alrededor empezaba a dar vueltas, su padre le había concertado un matrimonio con un hombre mayor. En ese momento todo su mundo se vino abajo y la tristeza la invadió.

—Disfrutará el inicio de su temporada, no pidas más, al menos podrá asistir a un par de bailes, luego se casará, ahora lárgate que empiezas a hartarme. — Anne dio media vuelta y salió corriendo tan rápido como podía, le habían arreglado un matrimonio y no había vuelta atrás.

Roger se dejó caer en la silla frente a su escritorio, no tenía ánimos de revisar la contabilidad, la verdad era que desde hacía un tiempo empezaba a sentirse muy solo. Hacía poco que se había casado su querida hermana, que era feliz junto al hombre al que amaba, y al haber muerto su padre y su madre estaba completamente solo. En momentos como estos empezaba a plantearse la posibilidad de un matrimonio a pesar de que aún era joven, quería una mujer que le hiciera compañía, que lo esperara en casa, con quien pudiera conversar, que calentara sus frías noches, que le diera una familia, estaba harto de tener una mujer diferente cada noche, estaba decidido, quería una esposa.

Se levantó de su asiento y caminó hasta la pequeña mesa de centro que había en el despacho, tomó las invitaciones que le habían llegado y las revisó una por una, separando a las que jamás asistiría y a las que enviaría su respuesta afirmativa de inmediato. En dos días había un baile en casa de los Bristol, era su mejor oportunidad para empezar, las debutantes jamás se perderían ese baile, y solo invitaban a personas importantes, con título, de buena familia. Sí, definitivamente iría.

No buscaba mucho en una mujer, pero a él le gustaban esas que eran

arriesgadas, atrevidas, alegres, extrovertidas, no tenía paciencia para las personas tímidas o calladas, nada de mujeres que vivan a través de libros románticos, ese tipo de mujeres una vez que conocían el mundo real y entendían que ese tipo de historias solo existen en los libros, eran las mujeres más desdichadas del planeta, no quería eso para su vida de casado; sin embargo, solo quería una compañera de vida, estaba dispuesto a ceder en un par de cosas con tal de conseguir a la persona indicada.

Le gustaban las castañas por alguna extraña razón, con hermosas y pronunciadas curvas si era posible, el color de ojos le daba igual, era un hombre al que le gustaba disfrutar de una buena mujer.

Todo empezaría en casa de los marqueses de Bristol, ahí comenzaría su futuro.

Desde la profundidad de la Tierra, en la conexión más íntima entre el pasado milenario y el presente de esta historia, nace un amor que se apoya en la alquimia legada para soportar los reveses de la vida y sobrevivir.



Elisa Silva Bazán, la hija menor de un matrimonio europeo vinculado a la corona española, llega al confín del mundo arrastrada por un secreto familiar que desconoce. En ese lugar sagrado, Pedro Saldivia, el último descendiente directo de los henia kamiare –tribu aborígen diezmada por el hombre blanco– conoce a esta joven española, de la que se enamorará con

locura.

Una fragancia a jazmines envuelve la atmósfera de un amor que no sabe de fronteras ni diferencias culturales. Una separación intempestiva y un nuevo cambio de vida los obliga a liberar la esencia que yace dentro de sus almas.

Las sierras cordobesas, una edificación de estilo Mudéjar, la ciudad de Rosario y un centro de ritos comenchingones recrean el escenario perfecto para esta historia de amor, en la que personajes viven sus vidas para encontrarse, para redimir dolores y renacer, para ser felices; donde los estilos arquitectónicos y los paisajes serranos son también principales protagonistas del relato.

Mariángeles Pamela Medina nació el 21 de junio de 1981, en Longchamps, Buenos Aires, Argentina. Actualmente reside con su marido y sus tres hermosos niños en San José, Entre Ríos. La lectura voraz y cotidiana desde muy temprana edad le ha abierto las puertas de su imaginación. Inspirada por los lugares que ha recorrido, los aromas, las sutilezas del amor, las vivencias propias y ajenas, comenzó a incursionar en el fascinante mundo de la escritura. Sus letras, producciones cuidadas con delicadeza, son su mayor tesoro. En la actualidad divide su tiempo entre su familia, su profesión de abogada y su vocación de escritora.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Mariángeles Pamela Medina

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-15-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

- [1] Es la unión de dos etnias originarias de la República Argentina que habitaban, a la llegada de los conquistadores españoles en el siglo XVI, las Sierras Pampeanas de las actuales provincias de Córdoba y San Luis. Su denominación vulgar es *comechingón* y alude a la voz sanavirona que significa habitante de cuevas».
- [2] «Madre Tierra». Diosa pagana que representa el planeta Tierra para algunas etnias occidentales.

Índice

Esencia de luna

Nota editorial

Prólogo. Memorias de infancia. El legado

Primera parte

- Capítulo 1. Aires serranos
- Capítulo 2. Sonidos de agua
- Capítulo 3. Miradas encontradas
- Capítulo 4. Dulce espera
- Capítulo 5. Jazmines de luna
- Capítulo 6. Tiempos de cambio
- Capítulo 7. Buena madera
- Capítulo 8. Ciudad de Córdoba
- Capítulo 9. Palpitando un regreso
- Capítulo 10. Roce cobrizo
- Capítulo 11. Avances empresariales
- Capítulo 12. Principio del fin
- Capítulo 13. Cena de bienvenida
- Capítulo 14. Cruel hallazgo
- Capítulo 15. Volver a casa
- Capítulo 16. Afinidades
- Capítulo 17. Hênîa-kâmîare
- Capítulo 18. Un amor del pasado
- Capítulo 19. Una sombra en la noche
- Capítulo 20. Señales de ilusión
- Capítulo 21. Collar de caracoles
- Capítulo 22. Esencia de jazmines
- Capítulo 23. Complicidades
- Capítulo 24. Caro error
- Capítulo 25. De dioses y chamanes
- Capítulo 26. Querencias
- Capítulo 27. Trágico final
- Capítulo 28. Preciado tesoro
- Capítulo 29. Obediencia debida
- Capítulo 30. Siniestra mujer
- Capítulo 31. Graves heridas

Capítulo 32. Danza ancestral
Capítulo 33. Horas interminables
Capítulo 34. Fiel amigo
Capítulo 35. Trabajo conjunto
Capítulo 36. Confusión
Capítulo 37. Encuentro
Capítulo 38. Confesiones
Capítulo 39. Decisiones
Capítulo 40. Pacto de caballeros
Capítulo 41. Despedida

Segunda parte

Capítulo 42. Aires urbanos
Capítulo 43. Pagos de los Arroyos
Capítulo 44. Sin ella
Capítulo 45. Navidad rosarina
Capítulo 46. Una conversación significativa
Capítulo 47. Primer trato
Capítulo 48. Lágrimas de tormenta
Capítulo 49. Sorpresas
Capítulo 50. Presagio de arcoíris
Capítulo 51. Bajo estrellas rosarinas
Capítulo 52. Nuevo giro al sol
Capítulo 53. Re-nacimiento
Capítulo 54. Definiciones
Capítulo 55. Desasosiego

Tercera parte

Capítulo 56. Señal de amor
Capítulo 57. P.S.
Capítulo 58. Noche Nueva
Capítulo 59. Promesa cumplida
Capítulo 60. Madre e hija
Capítulo 61. Jazmines de sol

Epílogo. Equinoccio

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Mariángeles Pamela Medina

Créditos

Notas